



**JOHN
SCALZI**

**EL IMPERIO
EN LLAMAS**

minotauro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Libro primero

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Libro segundo

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Libro tercero

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Epílogo

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La Interdependencia, el imperio interestelar de la humanidad, está al borde de la desintegración. El conducto extradimensional que permite viajar entre los astros está desapareciendo, lo que dejaría desamparados sistemas enteros y civilizaciones humanas.

La emperox Grayland II de la Interdependencia está preparada para tomar medidas desesperadas que contribuyan a garantizar la supervivencia de miles de millones de personas. Pero a su alrededor hay quienes consideran que la desaparición del Flujo es una leyenda... o por lo menos una oportunidad para hacerse con el poder.

Mientras Grayland se prepara para el desastre, otros lo hacen para una guerra civil. Una guerra que se desarrollará tanto en los salones del poder, los mercados donde se llevan a cabo los negocios y los altares de adoración como entre naves espaciales y en campos de batalla.

La emperox y sus aliados son personas inteligentes y con recursos, pero lo mismo puede decirse de sus enemigos. La solución no será sencilla... y la humanidad entera se verá atrapada en estas llamas devoradoras.

JOHN SCALZI

El imperio en llamas

minotauro

Para Meg Frank y Jesi Lipp

Prólogo

Años después, Lenson Ornill reflexionaría sobre la ironía de que sus días como hombre religioso pudieran condensarse en una única palabra concreta.

—Oh, joder —dijo Gonre Ornill volviéndose hacia su marido, Tans. Estaban en el puente de mando de su nave, la *Esto no era lo acordado*.

Tans levantó la mirada de su terminal de trabajo, donde estaba enseñando a Lenson, su hijo de once años, algunos de los aspectos más específicos de la gestión de la energía de la nave.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Sabes esa nave imperial que no estaba siguiéndonos?

—Sí.

—Pues ahora sí que nos sigue.

Lenson vio que su padre fruncía el ceño, cerraba en la pantalla la ventana de gestión de la energía y abría la de navegación. En ella se mostraba una representación del tráfico de naves entre el puesto avanzado de Kumasi y el bajío del Flujo que llevaría a la *Acordado* hasta Yogyakarta, su siguiente destino, después de cinco semanas de viaje. La mayoría de las naves eran comerciales o de mercancías, como la propia *Acordado*; dos de ellas pertenecían a la Marina Imperial. Una de estas, la *Oliveer Bransid*, acababa de fijar un rumbo que interceptaría a la *Acordado* en unas seis horas, justo antes de alcanzar el bajío.

—Pensaba que habíamos pagado —le dijo Tans a su mujer.

—Y hemos pagado —repuso Gonre.

Tans señaló la pantalla como queriendo decir: «Bueno, pues es evidente que no lo hemos hecho».

—Hay un nuevo comandante de marina —apuntó Genaro Partridge, la oficial de comunicaciones, que formaba parte de la tripulación de la *Acordado*—. En el comedor oí comentarlo a Samhir. Dijo que lo habían advertido de ello mientras cargábamos la mercancía en la nave.

—¿Y nos lo dices ahora? —le espetó Tans.

—Lo siento. Estábamos en el comedor. Pensé que Samhir os lo había dicho.

—Iba a contároslo —dijo Samhir Ghan, el sobrecargo de la nave, tres minutos después, cuando apareció a toda prisa en el puente de mando. Lenson observó la figura jadeante de Ghan. Sabía que su padre tenía fama de ser un capitán comprensivo, hasta que dejaba de serlo. Ghan corría el riesgo de terminar con la comprensión de su padre—. Lo siento. Nos liamos con el cargamento.

—Cuéntanoslo ahora —dijo Tans.

—El nuevo comandante de marina se llama Witt. Por lo que dicen, es un verdadero gilipollas codicioso. Perdió su puesto en Central porque se acostó con la mujer del tipo equivocado, y ahora está haciendo méritos para recuperarlo «limpiando» el sistema. Lo que significa que está entrometiéndose en las prácticas establecidas para dar la impresión de que realiza un trabajo eficaz.

Tans arrugó el ceño. Lenson sólo tenía once años y desconocía los detalles de los negocios de sus padres, pero sabía lo suficiente para comprender que se fundamentaban en gran medida en las «buenas relaciones» con las diversas personas de las fuerzas del orden locales e imperiales de los sistemas por los que viajaba la *Acordado*. Hacía muy poco tiempo que Lenson había descubierto que las llamadas «prácticas establecidas» consistían en dar dinero y otros regalos a determinadas personas de una manera que no era exactamente lo que se entendía por legal.

Lenson se mantenía neutral en todo esto, porque todavía era lo suficientemente joven para creer que todo lo que sus padres hacían era por

definición correcto y le aburrían los detalles más complejos de su trabajo, aun así le parecía que era una manera muy laboriosa y complicada de hacer las cosas.

—¿Quién te ha contado todo eso? —preguntó Gonre.

—Cybel Takkat —respondió Ghan—. Mi homóloga en la *Espectacular*. —Lenson sabía que Ghan se refería a la nave *Es una vista espectacular*, con la que habían coincidido en el hangar de carga en la estación comercial de Kumasi. Las naves pequeñas como la *Acordado* y la *Espectacular* solían pagar a medias el alquiler de los hangares para ahorrarse un dinero. A veces, durante la carga o la descarga de las mercancías, las prisas hacían que ciertos artículos del inventario que en principio correspondían a una nave terminaran accidentalmente en la otra. Ahora que pensaba en ello, Lenson sospechó que en este caso también entraban en juego esas «prácticas establecidas». Me comentó que uno de sus contactos en la marina rechazó el pago porque, según le dijo, la gente de Witt estaba vigilándolo de cerca.

—Nos habría ido bien saber eso antes —señaló Gonre.

—Lo siento —repitió Ghan—. Iba a decíroslo. Pensé que Cybel sólo hablaba de que estaban tomándose medidas más duras para impedir los sobornos y que tendríamos que hacerlo de una manera más discreta. No se me ocurrió pensar que estaba advirtiéndome de que la marina iba a seguirnos hasta el bajío del Flujo.

Tans se volvió a Partridge.

—¿Algún mensaje de la nave de la marina?

—No, no se ha puesto en contacto con nosotros —respondió Partridge—. Se limitan a seguir la ruta para interceptarnos.

—Todavía no estamos a máxima potencia —dijo Gonre a su marido—. Podríamos escapar de ellos.

Tans negó con la cabeza.

—Todavía no. —Dio unos golpecitos en la representación de la *Bransid* en la pantalla de su terminal—. Es una nave grande y pesada. Su aceleración es más lenta, pero puede alcanzar una velocidad más alta que nosotros. Si intentamos escapar ahora, nos alcanzará antes de que llegemos al bajío.

—Si nos pillan con el cargamento que llevamos, nos joderán vivos —dijo

Ghan, pero entonces recordó con quién estaba hablando—. Esto... señor.

Tans asintió distraídamente y paseó los dedos por encima del teclado del terminal. Lenson se fijó en que su padre estaba haciendo cálculos relacionados con la *Acordado* y la *Bransid*. Se perdió en los detalles, pero oyó que emitía un leve gruñido de satisfacción y luego se volvía hacia él.

—¿Sabes qué estoy haciendo? —le preguntó a su hijo.

—No —respondió Lenson.

—Piensa.

—Intentas escapar de la otra nave.

—Correcto —asintió Tans—. Pero ¿sabes cómo pretendo hacerlo? Ya he dicho que, si aceleramos ahora, nos alcanzarán.

—No lo sé.

—Vamos, ayúdame, Len.

Lenson pensó un momento.

—Estás esperando —sugirió al fin. Esperaba que su padre no le pidiera más detalles porque, sinceramente, no tenía ni idea de lo que pensaba hacer luego.

—¡Sí! —exclamó Tans—. En un momento dado, si ponemos los motores a máxima potencia, la nave de la marina no podrá alcanzarnos antes de que llegemos al bajío aunque aceleren al máximo. Y ese momento llegará dentro de... —Tans miró a Gonre— cuatro horas y dieciséis minutos.

—Siempre y cuando la *Bransid* no comience a acelerar antes —apuntó Gonre.

—Exacto.

—Y siempre y cuando nuestros motores aguanten la aceleración máxima durante las tres horas que tardaremos en llegar al bajío.

—Sí.

—Y siempre y cuando nuestros campos de presión se mantengan activos para que no acabemos reducidos a gelatina por la fuerte aceleración sostenida.

—Sí —dijo con irritación Tans.

—Y siempre y cuando no intenten meternos un misil en el tubo de escape.

—¡Joder, Gonre! —exclamó Tans.

—Lo único que intento decir es que todavía no podemos presumir de lo listos que somos —dijo Gonre. Se volvió a su hijo—. Y tú, vuelve a tu camarote. Aquí vamos a estar liados hasta que lleguemos al bajío.

—En mi camarote no hay nada que hacer —protestó Lenson.

—De eso nada. Existe una cosa que se llama estudiar.

Lenson refunfuñó y se arrastró hasta su camarote, que, a pesar de que sólo era un poco más grande que un armario escobero, era el segundo más lujoso de la nave, sólo por detrás del camarote de sus padres, que tenía el tamaño de dos escoberos. Cuando llegó a su habitación, Lenson encendió la tableta en lugar de estudiar y estuvo viendo dibujos animados durante un par de horas, hasta que de repente desaparecieron los dibujos de la pantalla sustituidos por material de estudio. Lenson volvió a refunfuñar y se enfadó con su madre, que había tenido tiempo para comprobar qué hacía su hijo a pesar de que supuestamente estaba muy ocupada. Se puso a leer a regañadientes la lección sobre religión, dedicada a Rachela, la profetisa, la primera líder y emperox de la Interdependencia.

Lenson no era un buen estudiante en general, pero lo aburrían especialmente las lecciones sobre religión. Ni él ni sus padres eran personas religiosas ni se regían por los principios de la Iglesia de la Interdependencia ni de ninguna otra creencia. Eso no significaba que los Ormill fueran contrarios a la Iglesia o al resto de las religiones (Lenson sabía que algunos miembros de la tripulación de la *Acordado* profesaban una u otra fe y sus padres no le daban mayor importancia), simplemente era un tema que no les interesaba y habían transmitido esa indiferencia a su hijo.

Lo máximo que podía decirse sobre la falta de religiosidad de la familia Ormill era que la religión que menos practicaban era la de la Iglesia de la Interdependencia. En cuanto a Lenson, conocía la existencia de otras religiones, pero sabía tan poco sobre ellas que no podía decirse que las rechazara o las despreciara; ni siquiera las tomaba en consideración.

Por otra parte, sobre la Iglesia de la Interdependencia sabía alguna cosa. Una de las ventajas que tenía por ser la religión oficial de la Interdependencia era que formaba parte del plan de estudios de la educación obligatoria para

todos los niños de la Interdependencia. Todos aprendían qué era la Iglesia de la Interdependencia y quién había sido la emperox profetisa Rachela, creyeras o no, te importara o no.

Bueno, eso y que los Ormill celebraban el Día de la Emperox, fijado en el calendario estándar en el día del cumpleaños de Rachela, como todo el mundo, es decir, como una excusa para dormir hasta tarde, intercambiarse regalos y comer como cerdos.

La lección que Lenson estaba leyendo en ese momento no hablaba del Día de la Emperox, de regalos ni de comer hasta reventar, por desgracia para él, sino sobre las profecías de Rachela: el conjunto de augurios que había unido los heterogéneos sistemas que albergaban los asentamientos humanos en un imperio conocido con el nombre de Interdependencia, y que ayudó a fundar los sistemas económico, legal y social que sostenían la Interdependencia más de mil años después.

Todo eso, concluyó Lenson, era tremendamente aburrido. La culpa no era sólo de que el material didáctico, elaborado para lectores de entre nueve y doce años, no profundizara en las profecías ni en el impacto que habían tenido de un modo sustancial, sino que se ceñía a enunciar frases explicativas que trataban el tema como un hecho pedagógico en lugar de una materia para la interpretación y el debate (en el cual, siendo francos, Lenson no habría participado, pues se ya se ha dicho que no era un buen estudiante). La otra causa era la sensación de vaguedad que tenía Lenson cuando leía sobre las profecías, algo que no habría sabido expresar con palabras aunque lo hubiera intentado.

Pero si lo hubiera intentado, lo que le habría salido de dentro habría sido: «Oye, ¿sabes qué?, fundamentar todo un sistema de control social, político y económico en las palabras imprecisas y fácilmente tergiversables de una única persona que afirma haber recibido la inspiración divina probablemente no me parezca lo más inteligente del mundo».

Ello se habría debido a que Lenson, como sus padres, era una persona pragmática, poco dada a la espiritualidad, teológica o escatológica. De hecho, todo lo mencionado anteriormente le producía una sensación de desasosiego, como si fuera la versión intelectual de morder un trozo de tarta y notar un

sabor raro que, aunque no eres capaz de identificarlo, sabes que no es el de la tarta, y convierte algo que tenía que ser delicioso en otra cosa que no quieres tener dentro de la boca, pero que tampoco puedes escupir porque sería de mala educación, así que te lo tragas, tapas el resto de la tarta con una servilleta e intentas seguir con tu vida.

Leer las profecías le produjo esa misma sensación desesperante de insatisfacción intelectual en la cúspide del aburrimiento, así que hizo lo lógico en esas situaciones: se quedó dormido con la tableta en la mano. El plan era perfecto, hasta que la *Acordado* dio una sacudida violenta que tiró a Lenson de la cama y entró un viento huracanado en su camarote que absorbió todo el aire durante varios segundos, hasta que la puerta de la habitación se cerró con un golpetazo.

Lenson yacía en el suelo, desconcertado, respirando con dificultad, preguntándose qué pasaba y escuchando los silbidos estridentes que sonaban dentro de su camarote. La puerta se había cerrado, pero no herméticamente; de la misma manera, si bien los conductos de ventilación se habían cerrado cuando el aire había comenzado a circular en el sentido contrario, quedaron diminutos resquicios por donde este escapaba.

Había vivido la mayor parte de su vida dentro de una nave espacial, así que no necesitaba que nadie le explicara qué significaban esos silbidos. Fue hasta la puerta y la empujó para cerrarla herméticamente. Eso significaba que el aire sólo estaba filtrándose por los conductos de ventilación. Sin embargo, Lenson no podía llegar a ellos, ya que se encontraban en el interior de las paredes de la nave.

Sonó su tableta y Lenson respondió. Era su madre. Tras unos segundos de sollozos de alivio al ver que su hijo estaba vivo, le informó de lo que había sucedido.

—Los muy hijoputas nos han disparado —dijo, y fue la primera vez que Lenson oía a su madre utilizar ese insulto en particular—. Como ya no nos pillaban ni respondíamos a sus llamadas, justo antes de entrar en el Flujo nos han disparado tres misiles. Nuestros sistemas defensivos los han detenido, pero uno de ellos ha explotado a muy poca distancia de la nave y varios fragmentos han perforado el casco cerca de tu camarote. Hemos sellado todas

esas zonas, pero tenemos un problema.

—¿Cuál? —quiso saber Lenson.

—Ahora estamos en el Flujo —dijo Gonre—. Eso significa que debemos tener mucho cuidado de no alterar la burbuja espaciotemporal que envuelve la nave. Si llegara a romperse, toda la nave correría un grave peligro.

Lenson sabía que su madre infravaloraba el peligro. El Flujo era como un río por el que las naves espaciales viajaban de un sistema estelar a otro; les permitía trasladarse de una manera más rápida que si viajaran por el espacio normal, en el que sólo podían hacerlo a la velocidad de la luz. Pero el Flujo no era realmente un río, sino un campo extradimensional que hacía desaparecer todo lo que se expusiera directamente a él. Las naves que viajaban por el Flujo tenían que crear una burbuja de energía que también atrapaba una porción de espacio-tiempo con ellas y les permitía continuar existiendo dentro de él. Por lo tanto, si la burbuja explotaba, también lo hacía todo lo que contuviera.

—Así que debemos tener mucho cuidado para llegar hasta ti y reparar la nave —añadió Gonre.

—Mamá, el aire está filtrándose —dijo Lenson.

Lenson reparó en que su madre disimulaba muy bien que estaba al borde de un ataque de nervios.

—¿Cuánto?

—Muy poco, de momento. Al principio ha escapado mucho, pero luego la puerta se ha cerrado y yo la he sellado. Aun así, sigo perdiendo aire por los conductos de ventilación.

Gonre desvió la atención de la tableta un momento para gritarle algo a alguien. Luego volvió a mirar a su hijo.

—Vamos a arreglar eso lo primero para bombearte más oxígeno.

—¿Cuánto tardaréis? —preguntó Lenson.

—No mucho —le prometió Gonre—. ¿Serás valiente hasta que lo solucionemos?

—¡Claro que sí!

Pero cuando pasaron dos horas y la falta de oxígeno ya era notoria, Lenson dejó de ser valiente y comenzó a llorar un poco. A las tres horas tuvo

un ataque de pánico en toda regla, y Tans Ornill hizo todo lo posible para tranquilizar a su hijo a través de la tableta y evitar que su hiperventilación arrasara con la reserva cada vez más reducida de aire.

Pasadas cuatro horas, y por primera vez en su vida, Lenson rezó a la profetisa Rachela.

A las cinco horas recibió su visita.

Lenson contempló la cara de la profetisa y su media sonrisa serena y tranquila, en la mejor tradición de la iconografía religiosa, en la que durante siglos dioses, diosas y profetas mostraban, en el mejor de los casos, una mueca de desinterés con los labios ligeramente arqueados. No obstante, Lenson se sintió aliviado y reconfortado por ella.

—Tengo miedo —le confesó el niño a la profetisa.

Ella sólo ensanchó su sonrisa, irradiando una sensación de consuelo que resultaba más tranquilizadora que cualquier cosa que dijera. El mensaje que transmitía con ella, o eso creyó Lenson (y en este preciso momento, ¿por qué iba a ponerlo en duda?), era que había aparecido porque le había rezado, que sólo estaba allí por él, y que su presencia era una prueba de que él sobreviviría, pero no sólo de que sobreviviría, también de que estaba destinado a hacer grandes cosas.

Fue en ese momento, mientras estaba tendido en su camarote, contemplando sin apenas pestañear a la profetisa, cuando Lenson Ornill decidió consagrar su vida a la Iglesia de la Interdependencia.

La profetisa le sonrió una vez más, como aceptándolo en su Iglesia.

Justo entonces, los conductos de ventilación se abrieron con un chasquido y comenzaron a surtir de aire el camarote. Lenson Ornill aspiró a bocanadas el dulce oxígeno y en medio del éxtasis religioso perdió el conocimiento.

—Me suena a una hipoxia de manual —le dijo Tans Ornill a su hijo en la pequeña enfermería de la nave esa misma noche. Tans había sido el primero en entrar en el camarote de Lenson y su terror inicial se apaciguó al oír sus ronquidos. Nada más despertar en la enfermería, Lenson les había contado la milagrosa visita que había recibido—. Te faltaba oxígeno y justo antes del ataque estabas leyendo sobre la profetisa. Es lógico que tuvieras alucinaciones con ella.

Lenson miró a sus padres, que lo acompañaban junto a la cama de la enfermería, ambos profundamente aliviados por haber encontrado vivo a su hijo, y se dio cuenta de que ellos nunca apreciarían ni comprenderían la experiencia que había vivido, así que (en una muestra de madurez, pensó en aquel momento) decidió no insistir en ello, hizo un gesto de asentimiento a su padre y dejó que cambiaran de tema y despotricaran contra el cabrón de Witt, de quien juraron vengarse. Y cumplieron su juramento, como Lenson descubrió tiempo después, pues el comandante, por alguna razón, se encontró en el lado equivocado de una esclusa alrededor de un año después del ataque a la *Acordado*. Corrió el rumor de que Witt había vuelto a acostarse con la esposa de la persona equivocada, pero Lenson pensó que en su muerte habían intervenido otros factores, en los que sus padres podrían haber estado implicados o no.

Sin embargo, cuando Lenson se enteró del encuentro fatal de Witt con el frío y oscuro vacío del espacio ya no estaba en la *Acordado*; era estudiante del seminario de la Universidad de Xi'an, la preeminente escuela de la Iglesia de la Interdependencia. El hecho de que Lenson se hubiera criado a bordo de una nave espacial, algo muy poco habitual, despertó la curiosidad de sus compañeros en el seminario, pero sólo al principio; sin embargo, lo que hizo que sus compañeros mantuvieran en el tiempo esa curiosidad por él fue la visión que había tenido de la profetisa.

—A mí me suena a hipoxia —dijo Ned Khlee, uno de sus compañeros de piso del primer año una noche en la que se habían juntado unos cuantos estudiantes. Dio un trago de frado, un licor ligeramente psicotrópico, y le pasó la botella a Lenson.

—No fue por la hipoxia —repuso Lenson, cogiendo la botella y pasándola directamente a la persona que tenía a su derecha.

—Bueno, pero lo cierto es que estabas sufriendo una hipoxia, ¿no? —dijo Sura Jimn, su otro compañero de piso, mientras cogía la botella—. Tu nave tenía un boquete y el aire estaba escapando al espacio. Tu camarote estuvo perdiendo oxígeno durante horas.

—Sí —admitió Lenson—. Pero no creo que la viera por eso.

—Pues yo sí lo creo —afirmó Khlee. Estiró el brazo para quitarle la

botella a Jimn.

—¿Vosotros nunca habéis tenido una visión de Rachela? ¿Jamás? —preguntó Lenson, desconcertado.

—No —respondió Khlee—. Una vez tuve alucinaciones con un lagarto, pero es que estaba muy colocado.

—No es lo mismo —replicó Lenson.

—Más o menos es lo mismo —repuso Khlee, y tomó otro trago de frado—. Un par más de lingotazos de esto y quizá vuelva a verlo.

Lenson decidió que probablemente no serviría de nada seguir hablando de ese asunto con sus compañeros de piso. Tampoco hacerlo con buena parte de sus compañeros en el seminario. Estos eran en su mayoría unos chicos amables, simpáticos, moderados y compasivos, y todos tenían en común una personalidad pragmática, realista; ninguno había experimentado un fervor extático ni religioso en su vida, ya fuera con Rachela o con otro personaje.

—La Iglesia de la Interdependencia es una religión principalmente pragmática —le había dicho la reverenda Huna Prin, la consejera curricular de Lenson, en una de sus primeras entrevistas, cuando Lenson decidió que necesitaba orientación en ese asunto y acudió a Prin con la idea de que era la única persona en quien podía confiar sus problemas sin ser juzgado indebidamente—. No es una religión que se preste al misticismo, ni en sus principios ni en su aplicación cotidiana. En sus raíces está más próxima al confucionismo que al cristianismo.

—Pero Rachela tuvo visiones —objetó Lenson, agitando en alto un volumen en tapa blanda de *Las profecías de Rachela I comentadas*, de Kowal, que llevaba consigo.

—Así es —repuso Prin—. Y, naturalmente, uno de los principales debates en el seno de la Iglesia es la esencia de esas visiones. Fueron realmente visiones, es decir, comunicaciones con entes divinos, o «visiones». —Lenson advirtió el entrecomillado que la reverenda empleaba con la palabra—. Entendidas estas como parábolas para que una humanidad dividida comprendiera la necesidad de un nuevo sistema ético que se fundamentara en la cooperación y en la interdependencia a una escala mucho mayor de todo lo que había existido hasta el momento.

—Esos debates se han vivido como batallas encarnizadas durante toda la historia de la Iglesia —observó Lenson, asintiendo con la cabeza mientras recordaba el texto elemental que había leído siendo mucho más joven y que le había evocado la imagen de los primeros y brillantes teólogos enfrentándose en una guerra implacable por el alma de la Iglesia.

—Bueno, quizá sea exagerado llamarlas «encarnizadas» —objetó Prin—. Creo que la obispa Chen, de la Quinta dieta eclesiástica, arrojó una taza de té al obispo Gianni, pero tuvo menos que ver con la esencia de las visiones de Rachela que con el hecho de que estaba harta de que Gianni la interrumpiera. En general, los primeros debates fueron pacíficos y se centraron en los problemas prácticos de cómo presentar las visiones. Los primeros obispos eran plenamente conscientes de que las religiones carismáticas tenían tendencia a engendrar cismas y divisiones, lo que atenta directamente contra los fundamentos de la Interdependencia.

—Estoy seguro de que no soy el único que ha tenido esas visiones —afirmó Lenson. Cuando tiempo después recordaba esta conversación, recordaba el tono suplicante que empleó para plantear esa pregunta a su consejera.

—A lo largo de la historia de la Iglesia están documentados varios sacerdotes y obispos que aseguraron haber tenido visiones religiosas y las utilizaron para intentar provocar cismas —le había reconocido Prin—. La Iglesia tiene un protocolo de investigación, al que deben someterse todos los sacerdotes y obispos que afirman haber tenido las visiones.

—¿En qué consiste?

—Si no recuerdo mal, los sacerdotes que dicen haber tenido las visiones reciben atención médica por problemas mentales que no fueron diagnosticados a tiempo, se les trata y regresan al servicio, o se jubilan si los problemas persisten.

Lenson frunció el ceño.

—O sea, que la Iglesia los declara locos, ¿no?

—«Loco» es un término con demasiadas connotaciones negativas. Creo que sería mejor decir que la Iglesia se da cuenta de que las visiones normalmente no tienen una inspiración divina, sino que son el resultado de

otros fenómenos menos dramáticos. Más vale abordar ese problema que dejar que la enfermedad persista y provoque un cisma.

—Pero yo tuve una visión y mentalmente estoy sano.

Prin se encogió de hombros.

—A mí me suena a una hipoxia.

Lenson hizo oídos sordos a las palabras de su consejera.

—¿Qué pasa si es un emperox quien afirma haber tenido las visiones? Sería el jefe de la Iglesia. ¿También lo someterían a una investigación?

—Lo ignoro —respondió Prin—. No ha vuelto a ocurrir desde Rachela.

—¿Nunca? —inquirió con escepticismo Lenson.

—Una vez investidos, los emperox no suelen meterse demasiado en los asuntos de la Iglesia —dijo Prin—. Tienen otros asuntos de los que preocuparse. También tú, Lenson.

—Por lo tanto, usted cree que debería aceptar que mi visión se debió a la falta de oxígeno, ¿verdad?

—Creo que deberías considerar tu visión como un obsequio —respondió, levantando la mano para tranquilizar a su pupilo—. Cualquiera que fuera la causa, te inspiró para que consagraras tu vida al servicio de la Iglesia, y eso es una bendición para ti y podría serlo para la Iglesia. Ya te ha cambiado la vida, Lenson. ¿Eres feliz con el camino que te ha marcado?

—Sí —respondió él con absoluta sinceridad.

—Pues ahí tienes tu respuesta —dijo Prin—. En ese sentido, no importa si ha sido por inspiración divina o por el resultado de una falta temporal de oxígeno. Lo importante es que, mientras tuviste el oxígeno necesario, decidiste hacer de la Iglesia tu vocación. Así que aprovechemos eso, ¿de acuerdo?

Lenson decidió aprovecharlo y se entregó en cuerpo y alma a sus estudios en el seminario. Algunas de sus primeras asignaturas optativas profundizaban en el misticismo de la Iglesia de la Interdependencia, pero, irónicamente, se impartían de una manera muy impersonal y poco atractiva; la Iglesia no evitaba los textos que podrían haberse prohibido o repudiado, sino que los llenaba de montones de comentarios aparentemente pensados para dormir al estudiante. Lenson leyó todo lo que aguantó y fue perdiendo el interés, al

principio poco a poco y luego con mucha rapidez.

A Lenson le pasaban dos cosas. La primera era simplemente que las necesidades diarias de su seminario y de su educación pastoral lo tenían muy ocupado. El tiempo y el interés que podía dedicar a otros aspectos más esotéricos de la Iglesia —que resultaron ser mínimos— se redujeron a medida que se encargaba de asuntos más prosaicos del servicio a la comunidad y dedicaba el tiempo en Xi'an y en Central a observar y a ayudar a sacerdotes y a empleados laicos de la Iglesia a llevar a cabo sus obligaciones, unas obligaciones que algún día él asumiría. Era más difícil ocuparse de los temas esotéricos de la religión cuando había que ayudar a colocar velas para los oficios.

La segunda era la esencia pragmática del propio Lenson, que sus padres le habían transmitido y alimentado y de la que nunca se había deshecho, ni siquiera en el momento álgido de su conversión religiosa. Los aspectos mundanos de la Iglesia de la Interdependencia, en lugar de disuadirlo, lo habían reafirmado lentamente en su convicción fundamentalmente práctica. Lenson se dio cuenta de que la rutina y los silenciosos sistemas de control de la Iglesia lo atraían y de que se movía como pez en el agua en ellos. Durante los años que pasó en el seminario, sufrió una transformación a ojos de los profesores y de los estudiantes, y pasó de ser el objeto de su curiosidad a un seminarista modélico, cuyo potencial le auguraba un camino ascendente dentro de la Iglesia.

Lenson se dejó llevar por esa ola de aprobación y afecto generalizados en sus primeros destinos tras su ordenación, en Bremen (donde sus padres, una vez prescritos algunos asuntos legales, se habían jubilado cómodamente) y luego, en sus últimos destinos en Central y, finalmente, en Xi'an, donde acabó siendo nombrado obispo, en recompensa por sus esfuerzos para mantener los oficios religiosos entre los ciudadanos más pobres de la Interdependencia: un cargo que premiaba lo práctico por encima de la faceta espiritual de la Iglesia.

A medida que Lenson, ahora obispo Ormill, ascendía en la jerarquía y profundizaba en la Iglesia de la Interdependencia, más relegada quedaba en su memoria la visión de la profetisa Rachela, es decir, el episodio que lo

había llevado a unirse a la Iglesia. De acicate para su conversión pasó a ser primero una silenciosa fuente de fe, luego un extraño suceso que lo había ayudado a tomar una decisión vital, después una historia que contaba a sus amistades más estrechas dentro de la Iglesia y una fábula para los feligreses, y finalmente una anécdota que recitaba en las fiestas ante personas que acababa de conocer cuando otro obispo le pedía que la contara.

—Debió de ser un momento hermoso —le dijo una joven en una de esas fiestas.

—Probablemente se debió a una hipoxia —repuso él de un modo encantador pero reprobatorio.

En un pequeño rincón de su cabeza, Lenson era consciente de que era una pena que su único momento de éxtasis religioso se hubiera racionalizado (no sólo por los demás, también por él) de tal manera que ahora era el residuo de una disfunción en el proceso metabólico. Sin embargo, su respuesta a ese pequeño rincón había sido, a su entender, buena: en lugar de un instante de misticismo malinterpretado, había consagrado su vida al servicio de una Iglesia que era una de las piedras angulares de la civilización humana más longeva y, en muchos aspectos, próspera de la historia. Sería cínico afirmar que la Iglesia, tan bien integrada en el sistema imperial, sólo era otra palanca de control, pero Lenson también era consciente de que los cínicos podían permitirse el lujo de serlo gracias a la estabilidad del sistema del cual se mofaban.

En resumen, en la religiosidad de Lenson (o, últimamente, en su fe) no había casi ningún ingrediente místico. Pero eso no significaba que su fe hubiera disminuido. De hecho, era más fuerte que nunca. Sin embargo, no era una fe en la profetisa Rachela, sino en la Iglesia que esta había fundado, una Iglesia pragmática, diseñada para perdurar durante siglos y ayudar a que también lo hiciera el imperio que crecía con ella. Lenson creía en la Iglesia de la Interdependencia y en su misión personal en los confines reconfortantes, sólidos y fundamentalmente mundanos de la autoridad que tenía la entidad. Estaba en paz con su fe práctica.

Este obispo Lenson Ornill era el que, junto con todos los obispos de la Iglesia de la Interdependencia que pudieron acudir en el plazo establecido,

estaba sentado en los bancos de la catedral de Xi'an esperando a la emperox Grayland II, la cabeza de la Iglesia de la Interdependencia, quien, en una decisión sin apenas precedentes, iba a dirigirse a las principales personalidades de su Iglesia en calidad de cardenal de Xi'an y Central —es decir, en calidad de actual jefa de la Iglesia de la Interdependencia—, en vez de hacerlo en su más prosaico papel de emperox.

La decisión había sido recibida con desconcierto, pues no se recordaba a ningún otro emperox reciente que hubiera hecho lo mismo. El último había sido Erint III, más de trescientos años estándar atrás, con el fin de tratar el tedioso asunto de la modificación de las diócesis para que su distribución fuera más proporcionada en relación con la población. Los obispados actuales eran perfectamente aceptables desde el punto de vista de la población, así que no podía ser ese el asunto que iba a tratarse.

Asimismo, Grayland II, a quien los obispos consideraban, con cariño, una incompetente en su papel de emperox, no había mostrado hasta el momento una afinidad especial con la Iglesia como entidad. Últimamente había estado muy ocupada lidiando con una tentativa de sublevación por parte de la familia Nohamapetan y con un problema teórico relacionado con la estabilidad de las corrientes del Flujo a lo largo y a lo ancho de la Interdependencia. Nada de eso tenía una relación directa con la Iglesia, con sus procesos ni con su misión.

La idea de que la emperox deseara dirigirse a los obispos para hablar de un asunto eclesiástico era sorprendente y quizá, en opinión de algunos, incluso descarado. La actitud general entre los obispos reunidos era una predisposición a escuchar de manera tolerante lo que tuviera en la cabeza la joven emperox, y luego asistir a la recepción formal con ella, comer algo, fotografiarse a su lado y, finalmente, conservar el episodio en la memoria como una curiosidad y un tema de conversación. Lenson estaba seguro que ese sería el desarrollo natural del acontecimiento.

Así pues, el obispo Lenson Ormill (y, para ser justos, también el resto de los obispos de la Iglesia) se llevó una sorpresa cuando Grayland II, vestida con el hábito de una humilde sacerdotisa en lugar de con su lujoso atuendo de cardenal, se situó en el borde del presbiterio y dirigió a los obispos las

siguientes palabras:

—Hace muchos años, nuestra antepasada y predecesora Rachela tuvo visiones. Esas milagrosas visiones fueron el origen de nuestra Iglesia, de esta Iglesia, de los cimientos sobre los que se asienta toda nuestra civilización. Hermanas y hermanos, tenemos buenas noticias. Nos también hemos tenido visiones. Unas visiones maravillosas. Milagrosas. Unas visiones que nos hablan de la misión de nuestra Iglesia y de su papel en los tiempos turbulentos que nos han colocado al borde del precipicio. Alegraos, hermanas y hermanos. Nuestra Iglesia ha sido llamada para un nuevo despertar espiritual por la salvación de la humanidad, en este mundo y en el otro.

Lenson Ormill asimiló las palabras de Grayland II, su alcance y su significado, lo que presagiaban para la Iglesia tal como él la concebía, para la manera como había evolucionado su fe y para la génesis de su compromiso con ambas, atrapado en el minúsculo camarote, al borde de la asfixia, tantos años atrás. Y entonces, casi sin querer, pronunció las palabras que resumían lo que sentía por cada una de esas cosas en ese momento crucial:

—Oh, joder.

Libro primero

Uno

Todo comenzó con una mentira.

La mentira era que la profetisa Rachela, la fundadora del Sacro Imperio de los Estados Interdependientes y de los Gremios Comerciales, había tenido visiones místicas. Estas visiones profetizaban tanto la creación como la necesidad de ese vasto imperio de asentamientos humanos, dispersos en el espacio y separados por distancias de varios años luz, sólo conectados entre sí por el Flujo, la estructura metacosmológica que los seres humanos comparaban con un río, más que nada porque el cerebro humano, diseñado en un principio para mover el culo de un sitio a otro de la sabana africana y sin un gran salto evolutivo desde entonces, era incapaz, literalmente, de comprender lo que era en realidad; así que, perfecto, que sea un «río».

En las supuestas profecías no había ningún elemento místico. Eran una invención de la familia Wu, que poseía y gestionaba un conglomerado de negocios (algunos relacionados con la construcción de naves espaciales y otros que tenían en nómina a mercenarios). La familia Wu, en vistas del clima político que imperaba, juzgó que había llegado el momento perfecto para tratar de hacerse con el control de los bajíos del Flujo, los lugares donde el espacio-tiempo humanamente inteligible conectaba con el Flujo y permitía a las naves entrar y salir de ese metafórico río entre estrellas. Los Wu sabían perfectamente que la instauración de peajes y el monopolio de su recaudación era un modelo de negocio mucho más estable que construir cosas, o hacerlas

volar por los aires, dependiendo de qué servicio se hubiera contratado con ellos. Sólo necesitaban crear una justificación razonable para convertirse en los recaudadores de los peajes.

En las reuniones de los Wu se propusieron las profecías, se aceptaron, se redactaron, se estructuraron, se probaron y se perfeccionaron antes de asignárselas a Rachela Wu, una joven vástago de la familia que ya era conocida por ser la benévola cara visible del linaje Wu y poseer una mente perspicaz para el marketing y la publicidad. Las profecías eran un proyecto familiar (bueno, de ciertos miembros prominentes de la familia: no se podía permitir que cualquiera participara en él, ya que muchos primos eran indiscretos y sólo servían para beber y para ser delegados regionales de la sociedad familiar), pero Rachela fue quien las vendió.

¿Y a quién se las vendió? Pues al público en general, al que había que convencer de las bondades de la idea de que los remotos y dispares asentamientos humanos se unieran bajo un único y protector gobierno, casualmente encabezado por los Wu, que además gestionarían la recaudación de los impuestos por los viajes interestelares.

Naturalmente, no fue sólo Rachela. En cada sistema estelar, los Wu contrataron y sobornaron a políticos e intelectuales de reconocido prestigio para que promovieran la idea desde un punto de vista político y social entre las personas que creían necesitar una razón convincente y lógica para renunciar al control y la soberanía locales en favor de una incipiente unión política que estaba construyéndose con rasgos imperialistas. Pero aquellos que no eran tan presuntuosos intelectualmente, o que simplemente preferían que los convenciera de la idea de una unión interdependiente una mujer joven y atractiva, que con su sosegado mensaje de unidad y paz los hacía «sentir bien», bueno, ahí entraba en juego la recientemente apodada profetisa Rachela.

Los Wu no se preocuparon de convencer de la idea mística de la Interdependencia al resto de las familias ni a las grandes corporaciones entre las que se movían ellos y su conglomerado de empresas. En este caso siguieron otra táctica: si apoyaban el plan de los Wu para generar ingresos sin crear riqueza enmascarado en un ejercicio altruista por la construcción de la

nación, a cambio recibirían el monopolio de un producto concreto y duradero o de un servicio. En la práctica, les proponían cambiar su negocio actual, con sus molestos ciclos de grandes altibajos, por unos ingresos estables, predecibles y constantes, para siempre. Además de un descuento en los impuestos con los que los Wu pensaban gravar los viajes por el Flujo. En realidad no podía hablarse de un descuento, porque los Wu planeaban cobrar impuestos por una actividad que había sido gratuita hasta entonces. Pero la familia Wu supuso con razón que las otras familias y compañías estarían tan deslumbradas por la oferta de un monopolio inviolable que no se quejarían. Y no se equivocaron.

Al final, los Wu tardaron mucho menos tiempo del que habían calculado en llevar a cabo su plan de la Interdependencia. En menos de diez años, el resto de las familias y de las empresas habían aceptado los monopolios y los títulos nobiliarios prometidos; los políticos y los intelectuales habían hecho el trabajo por el que se les había pagado; y la profetisa Rachela y su Iglesia de la Interdependencia, en rápida expansión, habían convencido al resto de la gente. Se produjeron oposiciones, deserciones y rebeliones que se alargarían décadas, pero los Wu habían elegido correctamente el momento para actuar y su objetivo. En cuanto a los rebeldes, ya habían decidido que el planeta Fin, el puesto avanzado en la recientemente concebida Interdependencia al que más tiempo se tardaba en ir y del que más se tardaba en volver, y que sólo disponía de un bajío de entrada y de salida, sería el vertedero oficial para cualquier persona que se opusiera a sus planes.

Rachela, que ya era la cara pública y espiritual de la Interdependencia, fue elegida por aclamación (cuidadosamente orquestada) la primera emperox. Se escogió este título con género neutro porque los análisis de mercado evidenciaron que casi todos los segmentos sociales encontraban más atractivo ese giro novedoso y fresco de la palabra «emperador».

Esta historia concisa y abreviada de la formación de la Interdependencia podría llevar a pensar que nadie cuestionó la mentira, que miles de millones de personas se tragaron sin sentido crítico la patraña de las profecías de Rachela. Eso no sería ni mucho menos exacto. La gente puso en duda la mentira en la misma medida que ponía en duda cualquier atisbo de

espiritualidad popular con visos de evolucionar hacia una religión propiamente dicha, y se alarmó cuando su aceptación se generalizó y ganó seguidores y respetabilidad. Los observadores contemporáneos no fueron ciegos a las maquinaciones de la familia Wu para apropiarse del poder imperial. Fue el tema principal de innumerables editoriales periodísticos, programas de noticias y esporádicos intentos de acciones legislativas.

Pero la familia Wu superaba a todos sus rivales en organización y en dinero, y contaba con el resto de las ahora nobles familias como aliados. La formación del Sacro Imperio de los Estados Interdependientes y de los Gremios Comerciales era un buey almizclero en plena embestida, y los observadores escépticos eran un enjambre de mosquitos. Ninguno hizo mucho daño al otro, y al final hubo un imperio.

Otra razón por la que la mentira cuajó fue que, una vez formada la Interdependencia, la emperox profetisa Rachela declaró que sus visiones y sus profecías habían concluido, de momento. Transfirió todo el poder funcional de la administración de la Iglesia Interdependiente al arzobispo de Xi'an y a un comité de obispos, quienes reconocían una buena oportunidad cuando la veían, y rápidamente construyeron una organización que relegó los aspectos espirituales de la Iglesia, convirtiéndolos en meros condimentos de una nueva religión, no en el plato principal.

En otras palabras, ni Rachela ni la Iglesia abusaron del factor espiritual en los fundamentales años iniciales de la Interdependencia, cuando el imperio se encontraba en su fase más frágil. Los sucesores imperiales de Rachela, ninguno de los cuales añadió el calificativo «profeta» al título, siguieron al milímetro su ejemplo y se mantuvieron al margen de los asuntos de la Iglesia salvo en las ocasiones más ceremoniales, tanto para alivio de la propia Iglesia como, según pasaron los siglos, para desempeñar el papel que se esperaba del emperox.

La Iglesia, naturalmente, nunca reconoció la mentira de las visiones y las profecías de Rachela. ¿Por qué habría de hacerlo? Para empezar, ni Rachela ni la familia Wu reconocieron nunca explícitamente fuera de los círculos familiares que el aspecto espiritual de la Iglesia de la Interdependencia fuera completamente inventado. Nadie podía esperar que los sucesores de Rachela,

al frente del imperio y de la Iglesia, confesaran una cosa así, ni siquiera que airearan públicamente sus sospechas y menoscabaran su propia autoridad. A partir de ahí, sólo era cuestión de esperar a que las visiones y las profecías se convirtieran en doctrina.

Por otro lado, las visiones y las profecías de Rachela se cumplieron en gran medida. Esto era una prueba de que la «profecía» de la Interdependencia, pese a su vastedad, también era un objetivo alcanzable, si se tenía ambición, dinero y una cierta dosis de crueldad, como era el caso de la familia Wu, que disponía de todo eso a raudales. Las profecías de Rachela no pedían a la gente que modificara su modo de vivir en las pequeñas cuestiones cotidianas; sólo demandaban que cambiaran su sistema de gobierno para que las personas que ocupaban el escalafón más alto acumularan aún más poder, control y dinero que antes. Y resultó ser que eso no era pedir demasiado.

Al final, la familia Wu no se equivocaba. La humanidad estaba dispersa y de todos los sistemas estelares que estaban cerca del Flujo sólo uno tenía un planeta con las condiciones necesarias para albergar vida humana al aire libre: Fin. Todos los seres humanos en el resto de los sistemas vivían en hábitats artificiales contruidos en los planetas, en las lunas o en el espacio. Su aislamiento los hacía extremadamente vulnerables, y ninguno de ellos tenía la capacidad para producir todas las materias primas que necesitaba para existir o para fabricar todo lo necesario para la supervivencia. La humanidad precisaba la interdependencia para sobrevivir.

Si necesitaba concretamente la Interdependencia como estructura política, social y religiosa para poner en práctica esa clase de interdependencia era sumamente cuestionable, pero, un milenio después, se trataba de un asunto insignificante. La familia Wu había diseñado un camino para hacerse con el poder político y social a largo plazo y estaba siguiéndolo, valiéndose de una mentira para que todo el mundo lo acompañara por él. De paso, los Wu también crearon un sistema bajo el cual la mayoría de los seres humanos disfrutaba de una vida cómoda, sin el miedo existencial al aislamiento, a la entropía, al inevitable y terrorífico desmoronamiento de la sociedad y la muerte de todas las cosas y las personas a las que tenían cariño, que pendía

sobre sus cabezas en todos los momentos del día.

La mentira les fue bien a todos, más o menos. Para los Wu fue espectacular, bastante beneficiosa para el resto de la clase noble, y a la mayor parte del resto de las personas no les fue nada mal. Cuando una mentira tiene consecuencias negativas, la gente no la acepta. Pero ¿y si ocurre lo contrario? Las personas siguen adelante, hasta que todo el mundo olvida que la mentira era una mentira, o, en este caso, se codifica como fundamento de una práctica religiosa, se pule y se abrillanta para convertirla en algo más hermoso y aceptable.

Las visiones y profecías de Rachela eran una mentira que tuvo los efectos deseados. Eso significó que las visiones y profecías prevalecieron como una piedra angular de la doctrina de la Iglesia de la Interdependencia, con su origen en una profetisa, no lo olvidemos. Había habido una, que además se convirtió en emperox. No había nada en la doctrina de la Iglesia que impidiera que otro emperox reivindicara el poder de las visiones o de las profecías. De hecho, la doctrina de la Iglesia sugería que, como jefe de la Iglesia de la Interdependencia, el poder visionario de la profecía era un derecho de cuna de los emperox, los ochenta y ocho que hasta el momento descendían de la mismísima emperox profetisa Rachela, quien, aparte de ser la madre de la Interdependencia, también fue madre de siete hijos, incluidos unos trillizos.

Todos los emperox eran, de acuerdo con la doctrina, capaces de tener visiones y de hacer profecías. Sólo que, a excepción de Rachela, nunca se había dado el caso.

Es decir, hasta ahora.

En la antesala de la cámara del comité ejecutivo, la estancia del palacio imperial cedida al grupo con el mismo nombre, y del que la emperox era la presidenta, la arzobispa Gunda Korbijn se paró abruptamente, para sorpresa de su secretario, e inclinó la cabeza.

—¿Eminencia? —inquirió el secretario, un joven sacerdote llamado Ubes Ici.

Korbijn levantó una mano para mandarlo callar y permaneció inmóvil un instante, poniendo en orden sus pensamientos.

—Antes era más sencillo —dijo la arzobispa entre dientes.

Luego sonrió pesarosamente. Su intención había sido elevar una breve plegaria para suplicar paciencia, tranquilidad y serenidad ante lo que presentía que sería un día duro, un mes duro, y posiblemente un resto de carrera duro. Pero lo que la había hecho actuar así fue algo completamente distinto.

Bueno, no tenía que extrañarse después de cómo habían ido estos últimos días, ¿verdad?

—¿Ha dicho algo, eminencia? —preguntó Ici.

—Hablaba sola, Ubes.

El joven sacerdote asintió y luego señaló la puerta de la cámara.

—Los demás miembros del comité ejecutivo ya están dentro. Salvo la emperox, naturalmente, que llegará a la hora acordada.

—Gracias —dijo Korbijn, mirando la puerta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Ici, siguiendo la mirada de su jefa.

Korbijn sabía que Ici era una persona respetuosa, pero no estúpida. Era plenamente consciente de los acontecimientos recientes, pues no podrían haberle pasado desapercibidos. A nadie podrían haberle pasado desapercibidos, ya que habían sacudido los cimientos de la Iglesia.

—Estoy bien, gracias —lo tranquilizó Korbijn. Enfiló hacia la puerta e Ici la siguió, pero la arzobispa volvió a levantar la mano—. Sólo los miembros del comité pueden asistir a esta reunión —dijo, y, leyendo la pregunta en la cara de Ici, añadió—: Es probable que en la reunión se produzca un sincero intercambio de puntos de vista, y es mejor que estos no salgan de la cámara.

—Un sincero intercambio de puntos de vista —repitió con escepticismo Ici.

—Así es —asintió Korbijn—. Es el eufemismo que emplearé, por ahora.

Ici frunció el ceño, hizo una reverencia y dio un paso a un lado.

Korbijn alzó la vista y musitó una plegaria, esta vez sí, y luego empujó las puertas para entrar en la cámara.

La habitación era amplia y estaba excesivamente ornamentada, como sólo

podía estarlo la estancia de un palacio imperial, atestada de quincalla de siglos de donaciones artísticas, mecenazgo y adquisiciones realizadas por emperox con más dinero que gusto. Un mural recorría la pared del fondo, y en él estaban representadas las grandes figuras históricas que habían formado parte del comité a lo largo de los siglos. Era obra del artista Lambert, que había pintado el fondo imitando el estilo renacentista italiano y a los personajes en el estilo realista que caracterizó los primeros años de la Interdependencia. En sus primeros días como miembro del comité, a Korbijn le había parecido que el fresco era un horrendo revoltijo, y la heroica representación de las figuras una casi paródica exageración de la importancia del comité ejecutivo y su trabajo cotidiano.

«Nadie va a representar a este comité en un mural», pensó la sacerdotisa mientras se dirigía hacia la mesa alargada, rodeada por diez ornamentadas sillas. Ocho de ellas ya estaban ocupadas por otros dos representantes de la Iglesia, tres miembros del parlamento y tres delegados de los gremios y de la nobleza que los controlaba. Una de las sillas vacías, en una de las puntas de la mesa, era para ella, por su calidad de presidenta del comité. La otra estaba reservada para Grayland II, la actual emperox y el motivo del dolor de cabeza de Korbijn.

Como le recordaron en el mismo instante en que tomó asiento.

—¿Qué cojones es eso de que la emperox ha tenido visiones? —soltó Teran Assan, vástago de la Casa de Assan y el miembro más nuevo del comité. Era el sustituto que se había elegido precipitadamente (probablemente demasiado precipitadamente) de Nadashe Nohamapetan, que se encontraba detenida por asesinato, traición e intento de asesinato de la emperox.

Korbijn echaba de menos su presencia relativamente educada. Quizá Nadashe fuera una traidora, pero al menos tenía buenos modales. El exabrupto de Assan, ¡ay!, no era más que una manifestación de su comportamiento habitual. Era una de esas personas que consideraban que las convenciones sociales eran para los débiles.

Korbijn paseó la mirada por los presentes para ver las reacciones al arrebató de Assan, unas reacciones que iban desde el mero desprecio hasta el

triste reconocimiento de que probablemente el comportamiento de Assan estaba estableciendo nuevas y bajas cotas de mala educación.

—Buenos días también tenga usted, lord Teran —dijo Korbijn—. Ha sido muy amable por su parte comenzar nuestra reunión con una ronda de galanterías.

—¿Quiere galanterías cuando nuestra emperox anuncia que está teniendo delirios religiosos sobre el fin de la Interdependencia y la destrucción del sistema de gremios? —replicó Assan—. Si me permite la observación, eminencia, creo que su sentido para ordenar las prioridades está estropeado.

—Insultar a otros miembros del comité no es la manera más eficaz de trabajar, lord Teran —dijo Upeksha Ranatunga, la parlamentaria con más autoridad en el comité. Assan había sacado de quicio a Ranatunga desde el mismo momento en que se había unido al comité. Korbijn sabía que eso requería cierto esfuerzo, pues Ranatunga era el paradigma del político práctico. Se tomaba como un reto personal llevarse bien con todo el mundo, sobre todo con las personas a las que despreciaba.

—Permítanme que presente una objeción —continuó Assan—. En el último mes, nuestra querida emperox ha anunciado que creía que el Flujo, nuestro medio para realizar viajes interestelares, estaba desapareciendo, y presentó a un científico salido del culo del universo y del que nadie había oído hablar para que apoyara sus afirmaciones. Dichas afirmaciones están alimentando el nerviosismo en la economía y en la sociedad, incluso a pesar de que otros científicos ponen en duda su veracidad. Y ahora, en respuesta a eso, la emperox declara que tiene comunicaciones místicas.

»Pero su eminencia, aquí presente —continuó Assan, señalando a Korbijn—, desea que intercambiamos galanterías. Perfecto. Hola, eminencia. Tiene usted muy buen aspecto. Por cierto, perder el tiempo con galanterías es una estupidez innecesaria y, casualmente, por si acaso no se ha enterado aún, la líder del imperio está teniendo visiones, joder, de modo que quizá deberíamos dejarnos de galanterías y concentrarnos en eso. ¿Qué opina?

—¿Y qué objeción tiene usted a las visiones, lord Teran? —preguntó Korbijn en el tono más cordial del que fue capaz, juntando las manos.

—¿Es broma? —Assan se incorporó en la silla—. En primer lugar, es

evidente que la emperox dice lo de las visiones porque ha encontrado oposición a su teoría de que el Flujo esté desapareciendo. Está intentando pasar por encima del parlamento y de los gremios, que le oponen resistencia. En segundo lugar, de momento, la Iglesia, y esta es la parte que la afecta, eminencia, está respaldándola en esto. En tercer lugar, si de verdad tiene esas visiones y está utilizándolas en su beneficio, nuestra joven emperox está delirando, y eso podría ser también un problema urgente. Todas estas cuestiones exigen ser afrontadas inmediatamente.

—La Iglesia no está respaldándola —dijo el obispo Shant Bordleon, quien, como el segundo miembro más nuevo en el comité, estaba sentado enfrente de Assan.

—¿De verdad? —contraatacó Assan—. No he oído una sola palabra de la Iglesia desde que Grayland dio su discursito en la catedral hace dos días. Desde entonces han pasado un par de ciclos de noticias. A estas alturas ya podrían haber hecho alguna declaración. Una refutación, tal vez.

—La emperox es la jefa de la Iglesia —repuso Bordleon, en un tono que sonó como si estuviera aleccionando a un niño especialmente testarudo—. No es una vulgar sacerdotisa rebelde en un hábitat minero a quien podemos meter en cintura.

—Así que los emperox merecen un trato diferente —gruñó Assan sarcásticamente.

—Pues sí —afirmó Korbijn—. La emperox se dirige a los obispos siguiendo los formalismos, habla ex cátedra, no en calidad de jefa secular del imperio, sino como persona eclesiástica descendiente de la profetisa. En ese contexto, no podemos hacer caso omiso de lo que dice, ni refutarlo. Lo único que podemos hacer en el seno de la Iglesia es trabajar con ello. Interpretarlo.

—Interpretar delirios.

—Interpretar visiones. —Korbijn miró uno a uno a los miembros del comité—. La Iglesia Interdependiente se fundó sobre las visiones de la profetisa Rachela, que también fue la primera emperox de la Interdependencia. Ambos papeles se han mantenido entrelazados desde la fundación del imperio. —Fijó la mirada en Assan—. Hablando desde un

punto de vista doctrinal, Grayland no está haciendo nada controvertido. La Iglesia, con independencia de su esencia actual, se fundó a partir de unas visiones de naturaleza espiritual. Nuestra doctrina acepta que el cardenal de Xi'an y de Central, como jefe de la Iglesia, pueda tener visiones de naturaleza espiritual, como le sucedió a Rachela. Y que esas visiones puedan ser reveladoras y afectar a la doctrina.

—Y se espera que nosotros aceptemos todo eso —dijo Assan.

—¿A quién incluye en ese «nosotros»? —preguntó Korbijn.

—A los gremios, por ejemplo. —Assan señaló a Ranatunga—. Y al parlamento.

—Todavía hay leyes que regulan la blasfemia —recordó Bordleon—. De vez en cuando incluso se aplican.

—Vaya, qué conveniente, ¿eh? —dijo Assan.

—Lord Teran tiene razón en algo —señaló Ranatunga, y se ganó el respeto de Korbijn por ser capaz de decirlo sin sufrir un ataque—. Tanto si es correcto o no desde la perspectiva doctrinal, no se recuerda a ningún emperox que reivindicara de una manera tan enérgica su papel como jefe de la Iglesia. Y ciertamente ninguno había afirmado que hubiera tenido visiones.

—¿El hecho de que haya ocurrido ahora le parece sospechoso? —le preguntó Korbijn.

—«Sospechoso» no sería la palabra que yo emplearía —respondió Ranatunga, tan diplomática como siempre—. Pero tampoco estoy ciega a la situación política de Grayland. Lord Teran tiene razón. Ha alterado el funcionamiento del gobierno con sus afirmaciones sobre el Flujo. Ha hecho cundir el pánico en la gente. La respuesta a esto no es apelar a las profecías, sino a la ciencia y a la razón.

Korbijn frunció el ceño ligeramente. Ranatunga lo advirtió y levantó una mano con gesto tranquilizador.

—No estoy criticando a la Iglesia ni sus doctrinas. Pero, Gunda, tiene que reconocerlo. Esto no es algo propio de los emperox. Como mínimo deberíamos preguntarle sobre ello. De una manera directa.

La tableta de Korbijn emitió el sonido de una notificación. La arzobispa la leyó y se puso en pie, invitando a los demás a que la imitaran.

—Ahora tendrá la oportunidad de hacerlo. Todos en pie. La emperox ya está aquí.

Dos

El momento que había estado esperando la emperox Grayland II llegó al final de una larga y, sinceramente, soporífera reunión.

—Majestad, quizá deberíamos tratar en profundidad el asunto de vuestras... visiones —sugirió la arzobispa Gunda Korbijn.

Alrededor de la mesa, los miembros del comité ejecutivo, que tenían la tarea de asesorar a la emperox en la administración de la Interdependencia, tanto si ella deseaba oír sus consejos como si no, se volvieron para mirarla.

Grayland distinguió emociones variopintas en aquellos nueve rostros. Unos mostraban preocupación, cosa que agradeció. Otros, desprecio, cosa que no agradeció en absoluto. En otros advirtió regocijo, irritación, indignación o confusión. Algunas caras expresaban una combinación de todas o de unas cuantas de esas emociones.

Grayland II, emperox del Sacro Imperio de los Estados Interdependientes y de los Gremios Comerciales, reina de Central y de las Naciones Asociadas, jefa de la Iglesia Interdependiente, sucesora de la Tierra y madre de todas las cosas, octogésimo octavo emperox de la Casa de Wu, estudió todos aquellos rostros y sus expresiones, evaluando los sentimientos de las nueve personas seguramente más poderosas en el universo conocido, aparte de ella.

Y luego rompió a reír.

Una reacción que no le ganó la simpatía de los miembros del comité.

—¿Piensan que estamos loca? —preguntó Grayland II, utilizando el

plural mayestático propio de los emperox, porque daba la casualidad de que en ese preciso momento estaba ejerciendo de emperox y tenía el derecho de utilizarlo para dirigirse al comité sin que la acusaran de presuntuosa.

—Nadie ha insinuado tal cosa —dijo Korbijn con vacilación.

—Estamos segura de que eso no es verdad —replicó Grayland en un tono ligero—. Claro que nadie ha sugerido tal cosa, en este momento, en esta mesa, a la cara. Pero no somos tan ingenua como para creer que en nuestra ausencia tales cosas no sólo se dicen por lo bajo, sino que se comentan en voz alta y, tal vez, ocasionalmente, a viva voz.

Grayland advirtió sin sorpresa que varias miradas se volvían entonces hacia Teran Assan, el nuevo miembro del comité.

—Somos leales a vos —afirmó Upeksha Ranatunga.

Grayland se volvió hacia ella.

—No tenemos razones para poner en duda la lealtad del comité —declaró con suavidad. Ranatunga era la persona cuyo rostro había mostrado preocupación—. A mí y a la Interdependencia. Sin embargo, somos consciente de adónde puede conducir la lealtad a las personas que sienten preocupación si creen que el individuo a quien son leales ha perdido el juicio.

—Por lo tanto, su majestad desea nuestra obediencia —dijo Assan. Él era quien la había mirado con desprecio, aunque, siendo justos, su cara tenía la misma expresión desde que había tomado posesión de su cargo algunas semanas atrás.

—Lo que esperamos de ustedes es fe —replicó Grayland, y paseó la mirada por la mesa—. Créanme, comprendemos que les resulte difícil hacer ese acto de fe. Ningún emperox desde Rachela había declarado tener visiones reveladoras. Durante mil años, los emperox se han mantenido al margen del asunto de las revelaciones. Incluso aquellos de nosotros que experimentaron desvaríos, siempre los mantuvieron apartados del ámbito religioso. En las alucinaciones provocadas por el alcohol que Attavio II sufrió cerca del final de su reinado, vio gallinas enjoyadas correteando por el palacio. —Grayland rio tímidamente y reparó en que nadie más reía con ella.

—A algunos de nosotros nos preocupa que vuestras visiones estén más cerca de gallinas que de verdaderas revelaciones —intervino Assan, y

Grayland reparó en que ocho pares de cejas, pegadas a los rostros de los demás miembros del comité, se arqueaban para expresar diversos grados de perplejidad y sorpresa.

Grayland volvió a reír.

—Gracias, lord Teran. Ojalá todos nuestros asesores fueran igual de sinceros en sus opiniones.

—No lo he dicho para ganarme vuestro favor, majestad —replicó Assan.

—Le aseguro que no hemos pensado que fuera esa su intención —dijo Grayland. Se volvió a Korbijn, la presidenta del comité ejecutivo—. Y puesto que habíamos previsto que ese sería un asunto de la máxima preocupación del comité y, por extensión, del conjunto de la Interdependencia, ya hemos ordenado a Qui Drinin, el médico imperial, que se ponga a disposición del comité ejecutivo para hablar sobre nuestra salud física y mental cuando les plazca a sus miembros. Pueden preguntarle lo que quieran.

—Me alegra oírlos decir eso —dijo Korbijn—. Lo citaremos enseguida.

Grayland asintió con la cabeza y devolvió la atención a Assan.

—Nuestras visiones no son unas gallinas fantasmagóricas, lord Teran. Son algo completamente diferente. No hemos pedido tenerlas. Ya vivimos tiempos suficientemente difíciles sin necesidad de añadirles ese aspecto místico. Pero somos la emperox y descendiente directa de la profetisa Rachela. Por nuestras venas corre su sangre. El nuestro es el Sacro Imperio de los Estados Interdependientes, y el imperio ha juzgado adecuado mantener a la Casa de Wu en el trono durante un milenio. ¿No es razonable pensar que una de las razones para ello ha sido mantener viva la posibilidad de las revelaciones?

—Soy escéptico de que las revelaciones sean un rasgo genético hereditario, majestad —repuso Assan.

—Bueno, si le somos sincera, lord Teran, también nos —reconoció Grayland—. Y sin embargo, aquí nos tiene. Nos, como Rachela, somos la jefa de la Iglesia Interdependiente, una iglesia que se fundó sobre la base de unas revelaciones. Nos, como Rachela, hemos tenido nuestras propias revelaciones en el momento crítico de un cambio enorme en la esencia de la existencia humana en el universo. Nos, como Rachela, hemos sido llamada

para liderar a nuestro pueblo en esta crisis.

—¿Os referís a la desaparición del Flujo que sostiene vuestro científico?
Grayland sonrió.

—¿Usted ha visto la lista de las naves que han llegado a Central desde Fin en el último mes, lord Teran? Nos sí. Y es muy corta, porque el número es cero. No ha llegado ninguna nave porque ninguna ha partido de Fin. La corriente del Flujo que va de aquí allí ha desaparecido. Si la memoria no me falla, una de las naves cuya llegada está esperándose es suya, es decir, de la Casa de Assan. Tenía previsto llegar desde Fin hace tres semanas. Creo recordar que oí mencionarlo a mi asesor de aranceles.

Assan pareció ponerse nervioso.

—Aún está dentro del plazo de llegada aceptable.

—Y en Fin ha estallado una guerra civil —señaló Ranatunga—. Eso debe afectar a la llegada de las naves.

—El comité puede permitirse el lujo de achacar a causas banales el retraso de las naves procedentes de uno de nuestros estados —dijo Grayland—. Nos no. El conde de Claremont, siguiendo las instrucciones de mi padre, ha estudiado los datos de las corrientes del Flujo durante tres décadas y ha predicho que la desaparición de la corriente que une Fin con Central se producirá dentro de unas horas. Es muy probable que dentro de un mes desaparezca la corriente entre Central y Terhathum. Hemos puesto todos esos datos a disposición del comité, del parlamento y de los científicos; y lord Marce, el hijo del conde de Claremont, se ha quedado en Central para explicar los datos a todo aquel que quiera escucharlo.

—Aun así, ni el parlamento ni los científicos están convencidos del todo —murmuró Korbijn.

—Hay una cantidad ingente de datos y, por desgracia, el tiempo es escaso —dijo Grayland—. Lamentamos decir que probablemente estarán más convencidos cuando desaparezca la corriente del Flujo de Terhathum.

—Si desaparece —puntualizó lord Teran.

Grayland negó con la cabeza.

—Cuando desaparezca.

—Y todo eso lo habéis visto en vuestras visiones, ¿no? —insistió Assan.

Grayland sonrió.

—Las visiones no son necesarias cuando se dispone de datos. En ambos casos, no obstante, se requiere una predisposición. Es necesaria la predisposición de este comité. Debe comprender la importancia de esos datos. Debe tener fe. Y, en el caso de que no ocurra alguna de esas cosas, lord Teran, entonces sí, aceptaré la simple obediencia. De momento me conformaré con eso. —La emperox se puso en pie, lo que obligó al resto del comité a levantarse de sus sillas. Luego, se despidió con una inclinación de la cabeza y salió de la cámara.

—Es posible que haya cometido un error —le dijo Cardenia Wu-Patrick al fantasma de su padre.

Attavio VI, o para ser precisos, su fantasma, o para ser más precisos aún, la simulación generada por ordenador de Attavio VI a partir de una vida de recuerdos, emociones y actos registrados, asintió con la cabeza.

—Es posible.

—Gracias —dijo Cardenia, que cuando se presentaba como emperox se llamaba Grayland II—. Tu voto de confianza es una fuente de inspiración.

Ambos se encontraban en la Cámara de la Memoria, una habitación amplia y austera a la que sólo podía acceder el emperox vigente. En su interior se encontraba un asistente virtual llamado Jiyi, que, cuando se le solicitaba, era capaz de hacer aparecer la recreación de cualquiera de los emperox anteriores, incluida Rachela. Cuando llegaran a su fin los días de Cardenia como emperox, sus recuerdos, emociones y actos también se descargarían para ponerlos a disposición de quien la sucediera.

Si es que la sucedía alguien. Esta consideración fue como una pregunta para la que Cardenia no tenía una buena respuesta en ese momento.

—Sólo estaba dándote la razón —dijo Attavio VI—. Te veo abatida, y pensé que si te daba la razón te sentirías mejor.

—En este caso en particular no ha funcionado. Tenemos que trabajar en la capacidad de tu programa informático para interpretar los indicios emocionales.

—Bueno —admitió Attavio. Juntó las manos y permaneció en pie mientras su hija se sentaba—. Entonces dame más detalles sobre cuál crees que ha sido tu error.

—Creo que me he equivocado al decir que he tenido visiones.

—Sobre el final de la Interdependencia.

—Sí.

—Ah, bueno, sí. Probablemente hayas cometido un error.

Cardenia lanzó los brazos al aire.

—¿Qué esperabas que dijera? —quiso saber Attavio VI.

—¿De verdad eres tú quien me lo pregunta?

—Estoy siendo tan yo como es posible, sí.

—Explícame por qué —pidió Cardenia.

—Intentas recrear lo que hizo Rachela, pero tú no estás en las mismas condiciones de partida que ella. Careces del apoyo de la familia o de sus recursos. No tienes la influencia que tenía ella en el resto de las casas nobles para obligarlas a llegar a acuerdos. Es probable que sólo cuentes con el respaldo de la Iglesia, y a regañadientes. Y, en último lugar, no estás construyendo un imperio, sino tratando de desmantelarlo. Un imperio con diez mil años de próspera vida.

—Todo eso ya lo sé —repuso Cardenia—. También he tenido en cuenta que ya hemos perdido una corriente del Flujo y que no será la única. Sé que no tengo tiempo para lograr un consenso en el parlamento o entre los gremios, o ni siquiera entre los científicos, antes de que todo comience a desmoronarse. Tengo que sacar adelante esta crisis de un modo que me permita salvar el mayor número de vidas. Ese modo es a través de la Iglesia. Y la manera de conseguir mi objetivo es eliminando por medio de las profecías la posibilidad de que la Iglesia se oponga con argumentos doctrinales.

—Entiendes que el hecho de que no haya una oposición con argumentos doctrinales no significa que no vayas a encontrar oposición, ¿verdad? —apuntó Attavio VI—. La Iglesia es una institución separada de la religión que profesa. Está llena de gente. Y ya sabes cómo es la gente.

Cardenia asintió.

—Creía que lo entendía.

—Pero ahora tienes dudas.

—Sí. No pensaba convencer a la Iglesia de manera instantánea. No soy idiota. Pero sí creía que encontraría más cooperación, más comprensión de lo que estaba haciendo.

—No les habrás dicho eso a los líderes de la Iglesia, ¿verdad? —quiso saber Attavio VI.

Cardenia resopló y miró a su padre.

—No soy tan idiota. En lo que respecta a la Iglesia, confío serenamente en mis visiones. El comité ejecutivo también. Me he reunido con ellos hoy y les he dicho que necesito su fe. Me dio la impresión de que al menos lord Teran iba a explotar de rabia.

—No llegué a conocerlo —dijo Attavio VI—. Sí conocí a su padre. La Casa de Assan es una estrecha aliada política de nuestra familia.

Cardenia volvió a asentir.

—Creo que por eso han colocado a lord Teran en el comité. Los gremios consideraban que tenían que compensarme por haber puesto antes a Nadashe Nohamapetan. Pero dudo que lord Teran sea mejor. Por lo menos con Nadashe Nohamapetan sabía que conspiraba para ella y su familia. No estoy segura de qué trama lord Teran.

—Podrías averiguarlo —sugirió Attavio VI.

—Creo que todavía no estoy en situación de poder hacerlo.

—Eres la emperox. Siempre puedes hacerlo.

Lord Teran Assan pasó la mano por la cerradura de su suite en los apartamentos que su familia tenía en Xi'an. En la suite había lo mínimo imprescindible; la mayoría de sus pertenencias aún estaban en su residencia más espaciosa de Subcentral, donde, antes de su actual cargo, había estado ejerciendo de director ejecutivo de operaciones de la Casa de Assan en el sistema de Central.

El ascenso de Assan al comité ejecutivo imperial suponía un éxito inesperado para su familia, que llevaba literalmente siglos intentando entrar

en él. Siempre se le había negado esa posibilidad porque era de dominio público la alianza de la Casa de Assan con la de Wu, que era nominalmente la familia imperial. En realidad, los emperox casi nunca se entrometían en las operaciones cotidianas de la Casa de Wu, y el consejo de administración de los Wu, compuesto por los primos más prominentes de la familia, solía echárselo en cara. En cualquier caso, el emperox tenía que ocuparse del resto de la Interdependencia.

No obstante, el resto de los gremios y sus respectivas casas nobles consideraban que la relación entre los Assan y los Wu era demasiado estrecha para que no se resintiera la paz política. Lo último que querían en el comité ejecutivo era otro potencial partidario de las políticas del emperox de turno.

Pero entonces Nadashe tuvo la genial idea de intentar asesinar a Grayland II (una vez seguro, tal vez dos; el jurado aún estaba dilucidando esta cuestión. En realidad, aún estaban por seleccionarse los miembros del jurado que dictarían sentencia sobre ese hecho, pero la metáfora vale igualmente). Con independencia de eso, en su intento por asesinar a la emperox, Nadashe había matado a su hermano mayor, fomentado una sublevación en el planeta Fin con la ayuda de su otro hermano y cometido toda clase de evidentes actos de traición.

De repente dio la impresión de que los gremios querían hacerse un lavado de imagen ante la emperox. De ahí la entrada, por primera vez en la historia, de la Casa de Assan en el comité ejecutivo. Lord Teran, como el miembro más prominente de la familia en el sistema, se vio obligado a asumir la responsabilidad.

Lord Teran lo consideraba una pérdida de tiempo. Grayland II (y al pensar en ella se estremeció involuntariamente, porque había conocido a la emperox cuando era Cardenia Wu-Patrick y le había causado una impresión de profunda indiferencia; estaba tan preparada para ser emperox como él para hacer juegos malabares con cuchillos) tenía la obligación de reunirse con el comité y escuchar sus preocupaciones y consejos. Pero nada la obligaba a tomarlos en consideración ni a seguirlos, y a lord Teran le había quedado claro después de la primera reunión con ella, celebrada hacía alrededor de un mes, que Grayland asistía a las reuniones con la única voluntad de sacárselas

de encima.

Eso era especialmente problemático porque Grayland, justo antes de que él entrara en el comité, había soltado esa tontería sobre la alteración en las corrientes del Flujo, apoyándose en los estudios de un imbécil llamado lord Marce, que afirmaba tener pruebas de ello. Marce, todo hay que decirlo, no era precisamente el orador más convincente del mundo, ya fuera ante el comité o dirigiéndose al parlamento. Y si bien la no llegada de las naves procedentes de Fin estaba comenzando a preocupar a un gran número de casas (incluida la de Assan; la emperox tenía razón cuando decía que era preocupante el retraso de uno de sus *fivers*, la *Y por este don me siento bendecido*), el hecho de que el lacayo de la emperox anunciara que la próxima corriente del Flujo que iba a desaparecer sería la del sistema del que era originaria la familia Nohamapetan resultaba un poco sospechoso.

En cualquier caso, todavía no había ocurrido. Hasta que eso pasara, si es que lo hacía, había toda clase de motivos para que las naves no pudieran salir de Fin sin necesidad de una explicación tan drástica como la desaparición de la corriente del Flujo. Entre ellos, la prohibición imperial de la circulación de naves imperiales.

Lo cual le sugería la pregunta de a qué estaba jugando exactamente Grayland II. Pero no era esa la única pregunta que se hacía: ¿hasta cuándo pensaba la emperox que podría seguir jugando antes de que todo se desmoronara a su alrededor? ¿Esas malditas «visiones» no serían una táctica para alargar ese estúpido juego unos días o unas semanas más?

Teniendo en cuenta todo esto, lord Teran no podía evitar tener la sensación de que debería haberse quedado en su despacho ocupándose de los negocios familiares.

Pero eso no quería decir que no fuera a aprovechar su situación actual en beneficio propio.

Assan se acercó al mueble bar, echó hielo en un vaso, luego whisky, y llamó por una línea segura a Jasin Wu, miembro del consejo de administración de la Casa de Wu.

—¿Querías un informe de la sesión de hoy? —preguntó lord Teran.

Jasin respondió con un gruñido y lord Teran le contó lo principal, incluida

la discusión sobre las visiones de Grayland.

—Nos pidió que tuviéramos fe —dijo para concluir.

—Joder —dijo con fastidio Jasin Wu—. La Casa de Wu construye naves espaciales y ella va por ahí proclamando que el Flujo está desapareciendo. Los encargos han caído un cuarenta por ciento.

—Ella nunca perteneció de verdad a la familia —dijo Assan—. Rennered tenía que haber tomado el control de todo.

—Hasta que estampó el coche contra un muro —recordó Jasin—. Qué estúpido. Es decir, si Nadashe Nohamapetan no tuvo algo que ver en el accidente.

—Ella ya no es un problema.

—Sigue viva. Así que todavía es un problema... De momento.

—¿De momento?

Jasin hizo oídos sordos a la pregunta de lord Teran.

—Tienes que conseguir una audiencia privada con Grayland. Averigua qué está tramando en realidad.

—Llevo intentando que me reciba desde que llegué —protestó Assan—. Siempre me pone el último en la lista. Deberías ser tú quien le pidiera una audiencia. Y llevarme contigo.

—No es la práctica habitual —dijo Jasin—. La emperox celebra una vez al año una audiencia de cortesía con el consejo de administración de la Casa de Wu. De todo lo demás se ocupan los subordinados.

—Tampoco es habitual que la emperox declare tener visiones —señaló Assan.

Jasin volvió a gruñir.

—Lo pensaré —dijo, y cortó la comunicación.

Lord Teran tomó un sorbo de whisky e hizo una segunda llamada, esta vez a Deran Wu, primo de Jasin, que también formaba parte del consejo de administración de la Casa de Wu.

—¿Querías un informe de la sesión de hoy? —preguntó Assan, y le contó a Deran más o menos lo mismo que acababa de decirle a su primo.

—¿Le has contado a Jasin lo mismo que a mí?

—Más o menos.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Le preocupa que afecte al negocio de los astilleros.

Deran resopló.

—Eso es porque es un idiota. Todo lo que perdamos en la construcción de naves espaciales lo ganaremos en la venta de armas y en contratos de seguridad.

—A corto plazo —observó Assan—. Y si la emperox tiene razón en lo que respecta a la desaparición del Flujo.

Deran hizo una mueca de desdén.

—Grayland está chiflada. Y el resto de la familia no tardará en darse cuenta de ello y tomará las medidas oportunas.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no hay necesidad de preocuparse por eso ahora. Y que habría estado bien que Nadashe Nohamapetan hubiera terminado el trabajo cuando estrelló aquel transbordador para cargarse a mi querida prima. Fue una verdadera obra maestra.

—No creo que Jasin esté contento de que siga viva. Me refiero a Nadashe Nohamapetan, no a Grayland.

—Créeme, conozco perfectamente la opinión de Jasin sobre ese tema. No se molesta en disimularla.

—Dejaría en mal lugar a la emperox que le sucediera algo a Nohamapetan.

—No —dijo Deran—. No quiero sacar esa pieza del tablero de ajedrez de esa manera. Ni esa ni ninguna otra pieza, de hecho. Otra cosa de la que no tienes que preocuparte en este momento, Teran.

—Claro.

—Deberías insistir en conseguir una audiencia privada con Grayland.

—Me evita.

—Bueno, ya veremos qué podemos hacer al respecto, ¿de acuerdo? — Deran sonrió y terminó la videollamada.

Assan también sonrió, pero para sus adentros. Apuró el whisky y realizó la tercera y última llamada de la noche.

—¿Sí? —respondió una voz al otro lado de la línea.

—Quisiera hablar con lady Nohamapetan.

—Está... indispuesta.

—Eso ya lo sé. También sé que puedo dejarle un mensaje y que usted se lo trasladará a ella.

—¿De qué se trata?

—Creo que podría estar interesada en recibir un informe de la sesión del comité ejecutivo de hoy.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea.

—Adelante —dijo al fin la voz.

Tres

Lo primero que Nadashe Nohamapetan pensó cuando la asesina fue hacia ella con un puñal hecho con un cepillo de dientes fue: «Bueno, había esperado que pasara antes». Llevaba más de un mes en el centro penitenciario imperial. El hecho de que Grayland II hubiera tardado tanto en enviar a alguien para que la matara rayaba lo ofensivo.

Lo segundo que pensó, y expresó en voz alta, fue:

—Ah, mierda.

Aunque uno espere, en el plano teórico, que le claven un cepillo de dientes (o lo que sea) entre las costillas, cuando el objeto afilado está a punto de introducirse en tu cuerpo, empuñado por alguien que tiene toda la pinta de que cuando estaba en libertad se dedicaba a estrangular reses, está permitido pronunciar una pequeña imprecación.

Siendo sinceros, este sólo era el momento culminante de un mes poco menos que espectacular para Nadashe Nohamapetan.

Pero era consciente de los riesgos cuando preparó el encuentro de su hermano Amit (en más de un sentido del término) con Grayland durante la visita a la nave espacial y luego envió un transbordador para que se estrellara a toda velocidad contra la bodega. Los conocía, pero creía que podría controlarlos. Después de todo, era completamente razonable esperar que el resultado hubiera sido el cuerpo de la emperox espachurrado contra la cubierta de la bodega, o absorbido por el vacío del espacio, o una

combinación de ambas cosas. El transbordador era lo bastante grande y se estrelló a una velocidad adecuada, y la amplitud de la bodega era suficiente. En el fondo había sido mala suerte que las alarmas saltaran literalmente un par de segundos antes de lo deseable, lo que dio a Grayland el tiempo que necesitaba para arrojararse por la puerta de una esclusa que ya se cerraba.

Luego se las había ingeniado para sobrevivir cuando la nave espacial recién terminada se hizo añicos debido a las fuerzas de rotación, refugiándose en un pasadizo que estaba perdiendo oxígeno poco a poco. Grayland debería haber muerto primero aplastada por el transbordador, luego por la destrucción de la nave y, finalmente, por la simple falta de oxígeno.

Y eso sin mencionar el atentado del día de su coronación.

Grayland era, en pocas palabras, una cabrona con suerte.

Nadashe era todo lo contrario últimamente.

—Bueno, esta es la lista de los cargos —le había dicho Cal Dorick, el abogado personal de Nadashe, poco después de que la detuvieran—: asesinato en primer grado por Amit, asesinato en primer grado por el piloto del transbordador, asesinato en segundo grado por los guardaespaldas de Grayland y de Amit, intento de asesinato por el resto del contingente de seguridad, intento de homicidio involuntario por la tripulación de la nave... que incluye varias docenas de cargos, intento de asesinato de la emperox, intento de homicidio de la emperox, que técnicamente es un delito distinto, y, naturalmente, traición.

—¿Eso es todo? —preguntó Nadashe.

Dorick se la quedó mirando con extrañeza, pero respondió:

—De momento. Tengo entendido que la Casa de Nohamapetan, tu casa, está planteándose la posibilidad de pedir a la fiscalía que también te acuse de destrucción de la propiedad. La Casa de Lagos, propietaria del transbordador que robaste, casi con toda seguridad presentará una denuncia, pero todavía no lo ha hecho. Y aún se podrían añadir más delitos, dependiendo de cómo se desarrolle la investigación.

—¿A qué nos enfrentamos? —preguntó Nadashe—. En términos de sentencia.

Dorick se quedó sin palabras.

—A la muerte, Nadashe —respondió al fin—. Esa es la sentencia habitual por traición. Tienes posibilidades de ser condenada a muerte por las tres acusaciones de asesinato en primer grado. Y de que te condenen a cadena perpetua por las de segundo grado. Las condenas por los numerosos intentos de asesinato son menores, pero la fiscalía ya me ha dejado claro que luchará para que se cumplan de manera consecutiva, no simultánea.

Nadashe paseó la mirada por la insulsa sala en la que se encontraban, pintada de unos colores verde y gris industriales.

—Así pues, en el mejor de los casos, esto es lo que me espera el resto de mi vida y en las siguientes vidas.

—En el mejor de los casos, sí —asintió Dorick—. Y siendo muy optimistas.

—¿Han ofrecido algún trato?

—Nada —respondió el abogado—. Cuando la fiscalía está convencida de que has intentado matar al emperox, hace todo lo posible para que el castigo sea ejemplar.

—Bueno —dijo Nadashe, y entrelazó las manos sobre la mesa, entre ella y su abogado—. Eso es simplemente inaceptable.

Dorick abrió la boca como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla. Se arregló el traje y cogió el bolígrafo y la tableta.

—Entonces, «no culpable», ¿es eso?

—Por supuesto. Soy absolutamente inocente.

—¿De todo?

—Evidentemente. La sola idea de que yo intentara matar a Amit, mi hermano, a quien quería, es ofensiva. Y en cuanto a Grayland, su hermano estuvo a punto de casarse conmigo. Mi hermano albergaba la esperanza de casarse con ella. Por lo tanto, no hay ninguna razón para que yo deseara su muerte. Todo esto es ridículo. No soy culpable de nada.

Dorick se la quedó mirando.

—¿Qué pasa? —preguntó Nadashe.

—Bueno, has admitido la traición —dijo el abogado—. Sobornaste a toda una nave de marines imperiales y la enviaste por el Flujo hasta Fin con el objetivo de que te ayudaran en tu intento de apoderarte del planeta. Se lo

contaste personalmente a la emperox. Y al comité ejecutivo al completo.

—Declaración espontánea —dijo Nadashe.

—No es así como funciona legalmente la «declaración espontánea», pero vale.

—Fue una bravata en el acaloramiento del momento —añadió Nadashe sin inmutarse—. Consecuencia de que me culparan de la muerte de mi hermano. Sinceramente, no recuerdo mucho de lo que dije entonces.

—Hay grabaciones.

—Estoy segura de que las hay. Pero los detalles son confusos dentro de mi cabeza. Una evaluación psicológica confirmaría que hay una laguna en mi memoria respecto a esos hechos.

Dorick no parecía muy convencido.

—Grayland ha ordenado una investigación exhaustiva del servicio para descubrir a quién más pudiste sobornar.

—¡Yo no he sobornado a nadie! Fue Amit.

—Amit.

—Sí.

—Tu hermano muerto que quería casarse con la emperox.

—Siempre abogó por que hubiera un plan B.

—¿Su plan B implicaba matarse?

—La gente está dispuesta a hacer cosas desesperadas —dijo Nadashe—. Y creo que durante tu investigación descubrirás que Amit dejó instrucciones precisas de que en el caso de que él muriera, la *Profecías de Rachela* partiera hacia Fin.

—¿Eso descubriré? —preguntó Dorick, anotándolo.

—Con absoluta seguridad.

—Una afirmación que es de todo punto imposible de verificar porque, si la emperox tiene razón, la corriente del Flujo que une Fin con este sistema ya ha desaparecido.

—Si tú lo crees así...

—De todos modos, parece tener un conocimiento detallado de los planes de Amit.

—Estuve investigando a mi hermano.

Dorick levantó la vista de la tableta y arqueó las cejas.

—Porque sospechabas de su traición.

—Sí, entre otras razones.

—Y no se te ocurrió poner sobre aviso a la emperox, al comité ejecutivo o, ya que estamos, a las autoridades pertinentes, de las que había... unas cuantas.

—Amit era mi hermano, Cal —dijo Nadashe—. Tenía que estar segura.

—Entonces, para que quede claro, todo esto... —Dorick movió en el aire la mano con la que sostenía el bolígrafo, en un intento por abarcar la ingente cantidad de delitos que había intentado cometer Amit.

—Sí, todo fue idea de Amit.

—¿Hay alguien que pueda corroborar tu declaración?

—Mi hermano Ghreni —respondió Nadashe—. Estaban muy unidos.

—Ghreni, que también está en Fin. Por lo tanto, no podemos pedirle que comparezca para confirmar tu versión de los hechos.

—Así es, por desgracia.

—Sí que es una desgracia —repuso Dorick, en un tono que distaba mucho de ser sincero. Nadashe comprobó con satisfacción que su abogado cazaba las ideas al vuelo—. Bueno, no cabe duda de que esta es una teoría alternativa del caso, ¿verdad?

—Sí —asintió Nadashe.

—Una teoría que nos llevará algún tiempo investigar. Semanas, seguramente. Tal vez meses, incluso. ¿Años?

—Deberías tomarte todo el tiempo que necesites —dijo Nadashe—. Estoy dispuesta a esperar para que se haga justicia.

—No lo dudo —repuso Dorick. Y después de una pausa, añadió—: No será barato. Y, hablando claro, la Casa de Nohamapetan está planteándose si pagar o no tu defensa.

Nadashe asintió.

—Toma nota. —Nadashe enunció una larga serie de números—. Llévalo al Banco Imperial de Subcentral, a la sucursal que está enfrente de la Torre de los Gremios.

—Si la cuenta está a tu nombre, es probable que ya la hayan embargado.

—No está a mi nombre, sino al tuyo.

—Vaya. Ojalá me hubiera enterado antes de que tenía ese dinero.

—Yo habría preferido que nunca hubieras tenido que enterarte —dijo Nadashe—. Pero así están las cosas.

Dorick asintió y se puso en pie.

—La próxima vez que nos veamos será en la lectura del acta de acusación.

—Quiero salir bajo fianza —dijo Nadashe.

—Permíteme que te recuerde que van a acusarte de intento de magnicidio. Pensar que te impongan una fianza es ser optimista.

—Inténtalo de todos modos.

Cal Dorick lo intentó con el argumento, no descabellado del todo, de que su defendida, como persona inocente acusada de intentar asesinar a la emperox, podría ser el objeto de la agresión o del intento de asesinato de otro interno del centro penitenciario, con el afán de conseguir notoriedad o con la esperanza, completamente fuera de lugar, de que si mataba a quien había intentado asesinar a la emperox, tendría más opciones de conseguir la libertad condicional o una conmutación de la pena. El juez de la audiencia preliminar no quedó, por usar un eufemismo, muy convencido, pero aceptó a regañadientes la necesidad de que Nadashe contara con una seguridad adicional. Después de ofrecer a la acusada permanecer en una celda de aislamiento durante el periodo previo al juicio, el juez acabó por conceder a Nadashe su propia celda individual en un ala de seguridad media del centro penitenciario de seguridad Emperox Hanne II, a treinta kilómetros de Subcentral.

El centro se consideraba de seguridad porque no existía un medio de transporte subterráneo para la entrada o la salida de personas; sólo se podía entrar en la cárcel o salir de ella por la superficie. Puesto que Central era un planeta sin atmósfera, con rotación sincrónica y con una temperatura que oscilaba entre los trescientos grados centígrados y los doscientos bajo cero, dependiendo de qué lado se eligiera para pasear, el viaje por la superficie no era, digamos, agradable, en el mejor de los casos. Sólo se permitía acercarse al centro penitenciario a los vehículos con autorización; los que carecían de

ella recibían una advertencia cuando se acercaban a tres mil metros, se apuntaban las armas en su dirección cuando estaban a dos mil metros, y eran destruidos a mil metros. Nadie salía a la superficie del planeta para dar un paseo y reflexionar en solitario.

Durante el primer mes tras su llegada, Nadashe adoptó una actitud reservada, no se cruzó en el camino de nadie y evitó meterse en problemas. A ello contribuyó que recibió la orden de comer sola en su celda, adonde le llevaban la comida, y que se duchaba en la zona de la enfermería, que contaba con compartimentos individuales y baños vigilados. Una vez a la semana se reunía con Dorick, que la mantenía al día de lo que ocurría en el mundo exterior. Entre otras cosas, el abogado la informó de que se había cedido a la Casa de Lagos la administración de los negocios de la familia Nohamapetan en el sistema de Central; también le contó que Grayland II había provocado una crisis social y política con sus advertencias sobre la inminente desaparición de las corrientes del Flujo; y más recientemente, Dorick le habló de cómo la emperox había comenzado a afirmar que estaba teniendo visiones místicas, como Rachela en los inicios de la Interdependencia.

Nadashe, que tenía más información que casi cualquier otra persona en el universo para poner en contexto las dos últimas noticias, no comentó nada sobre ellas con su abogado y se centró en el hecho de que la Casa de Lagos se hubiera hecho cargo de los negocios de los Nohamapetan.

—¿A quién han puesto como administradora?

—A lady Kiva Lagos —respondió Dorick.

—Ah... Ella.

—¿Os conocéis?

—Tonteó con Ghreni cuando estaban en la universidad. ¿Qué tal está llevando los negocios?

—Desde fuera da la impresión de que está haciéndolo bastante bien.

—¿Y desde dentro?

—Nadie de dentro quiere hablar conmigo en este momento.

—Vaya, eso es muy grosero por su parte.

Dorick se encogió de hombros.

—Se te acusa de asesinar al presidente de la compañía y de destruir la nave más nueva y cara que habían construido. Cuya póliza de seguro, por cierto, ha sido invalidada. Puesto que trabajabas en la empresa en el momento del incidente, la empresa aseguradora alega que se trata de un caso de intento de fraude.

—Eso es ridículo.

—Teniendo en cuenta el aspecto económico, en condiciones normales la Casa de Nohamapetan debería tener un interés especial en que te declararan inocente. Pero vista tu intención de culpar de todo a Amit... —Dorick volvió a encogerse de hombros—. Todo parece indicar que tu familia no se meterá. Sobre todo ahora que Kiva Lagos tiene el control.

—Por ahora.

Dorick asintió.

—Parece ser que tu madre va a enviar a uno de tus primos con un ejército de abogados desde Terhathum para recuperar el control de la compañía. Pero todavía no han llegado, y si tenemos en cuenta que Grayland afirma que la corriente del Flujo que nos une con Terhathum podría estar a punto de desaparecer, tenemos que añadir otro nivel de... dramatismo a la situación. Voy a citar testigos y reclamar como pruebas varios documentos, pero, como ya me has dejado claro, no tenemos prisa ninguna.

Nadashe archivó la cuestión.

—¿Cómo va el retraso del juicio?

—Sorprendentemente bien. La acusación quiere más tiempo para preparar el caso. Quieren presentarlo como algo irrefutable y cerrado. Yo los animo para que se tomen todo el tiempo que necesiten.

—Perfecto.

—¿Hay alguna otra razón para el retraso, aparte de alargar tu vida?

—¿No te parece razón suficiente? —preguntó Nadashe.

—Sí —respondió Dorick—. Pero soy tu abogado, así que preferiría saber si está pasando algo más relevante para el caso.

—¿Por qué lo preguntas?

Dorick sacó un folio de una carpeta y se lo entregó a Nadashe.

—La otra noche recibí una llamada. Es posible que el contenido de esa

llamada sea de tu interés.

Nadashe leyó el folio en silencio.

—Ahí no hay nada que me parezca especialmente relevante para el procedimiento legal, así que no me siento obligado a compartirlo con la acusación —continuó Dorick—. Es decir, a menos que tú me digas que es relevante, en cuyo caso informaré a la fiscalía.

Nadashe devolvió el documento a Dorick.

—A mí tampoco me parece relevante. Da la impresión de que alguien está gastándote una broma o quiere que actúes de una determinada manera.

—Esa es una posibilidad clara —afirmó Dorick, guardando el papel—. Es evidente que se trata de un caso de interés general y recibo toda clase de mensajes extravagantes relacionados con él.

—Infórmame si vuelves a recibir mensajes similares.

—Por supuesto.

Mientras regresaba a su celda, Nadashe reflexionó sobre la nota que le había enseñado Dorick, de parte de Teran Assan, a quien conocía de manera informal. Assan era un trepa y un gilipollas con una opinión excelente de sí mismo, pero también le había sido útil en más de una ocasión proporcionándole información desde dentro de su propia casa y de la Casa de Wu. El hecho de que la hubiera sustituido en el comité ejecutivo y de que ahora quisiera compartir con ella cierta información sobre la emperox y sus propios contactos dentro de la Casa de Wu era, cuando menos, interesante.

Nadashe sabía que esa generosidad tendría un precio que tarde o temprano debería pagar de una u otra manera. Pero ese momento todavía no había llegado. Su cerebro echaba humo intentando juntar las piezas del rompecabezas.

Estaba tan concentrada en eso que no reparó en la asesina que se dirigía hacia ella empuñando el cepillo de dientes hasta que la tuvo a tres pasos.

—Oh, mierda —dijo Nadashe.

La asesina se abalanzó sobre ella y la agarró del cuello, la tiró al suelo y clavó el cepillo de dientes en la carótida de la mujer que estaba justo detrás de Nadashe, que se le había acercado por la espalda blandiendo un cuchillo hecho con una cuchara.

Cuchara Punzante, claramente sorprendida por la repentina aparición de la mujer que empuñaba el cepillo de dientes y también por este, ahora introducido en su cuello, soltó el cuchillo y palpó en vano el rudimentario puñal que le atravesaba la arteria. La mujer del cepillo de dientes abrió una mano y con la palma empujó el arma para hundirla un poco más, lo que provocó el grito ahogado de la otra presa; luego la agarró por la pechera del uniforme de reclusa y la arrojó por encima de la barandilla. Cuchara Punzante cayó a plomo los cuatro metros de altura, se estrelló contra el suelo con un ruido sordo y murió.

Cepillo de Dientes se asomó por la barandilla y recogió el arma de Cuchara Punzante.

—No lles una cuchara a una pelea con un cepillo de dientes —dijo. Arrojó el arma al interior de la celda más cercana.

—¿Cómo? —preguntó Nadashe, desconcertada.

Cepillo de Dientes señaló hacia Cuchara Punzante.

—¿Sabes quién la ha enviado?

Nadashe se recuperó del susto y respondió:

—Supongo que Grayland.

—Casi, pero no. Ha sido Jasin Wu.

—Vale —repuso Nadashe—. ¿Y a ti quién te envía?

—Deran Wu. Y tengo una proposición para ti de su parte.

Los guardias y otras reclusas se habían reunido alrededor del cadáver de Cuchara Punzante y miraban hacia arriba.

—No te preocupes por eso —dijo Cepillo de Dientes—. Se puede arreglar.

—Está bien saberlo.

—¿Quieres oír la proposición?

Nadashe se volvió de nuevo hacia Cepillo de Dientes y pensó: «Bueno, también había esperado que esto pasara antes».

—Te escucho —respondió, y advirtió que los guardias ya subían por la escalera—. Será mejor que te des prisa.

Cuatro

Kiva Lagos recorrió con la mirada el almacén vacío en el que se encontraba y se volvió hacia Gaye Patz.

—¿Me has traído a este puto lugar para ver... nada?

Gaye Patz, la mejor experta contable de la Casa de Lagos, asintió con la cabeza.

—No ve nada —repuso—, pero debería estar viendo un almacén lleno de varios millones de marcos en cereales y en otros productos de la Casa de Nohamapetan listos para ser enviados.

Kiva miró con perplejidad a la contable.

—Entonces... ¿se han enviado ya?

—Es posible —respondió Patz—. Pero de haber sido así, no se ha hecho de una manera legal, o no se han entregado a compradores legales. Aunque lo más probable es que la mercancía nunca llegara aquí. Productos por valor de diez millones de marcos, volatilizados.

—Pero según los libros...

—Sí, según los libros, todo está aquí. Junto con otros cuarenta millones de marcos en productos que, según el inventario, deberían estar en otros almacenes de la Casa de Nohamapetan repartidos por Central, que también están vacíos.

—Unos putos productos que ya nos han pagado.

Patz asintió.

—Todo lo que debería haber aquí ya estaba pedido y pagado. También lo que había en el resto de los almacenes. La Casa de Nohamapetan, y ahora usted, pues ha asumido la responsabilidad de administrar sus negocios, están en un aprieto por esos cuarenta millones de marcos en mercancías desaparecidas. Pero también hay una noticia buena.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál es?

—Todos los destinos de los productos están fuera de este sistema. La emperox afirma que las corrientes del Flujo están desapareciendo, así que es posible que lo hagan antes de que le reclamen legalmente el cumplimiento de los contratos de compraventa.

Kiva respondió con un resoplido y volvió a pasear la mirada por el almacén vacío.

—¿Por qué no he sido informada antes?

—¿Acerca de este almacén?

—Sí.

Patz se encogió de hombros.

—A pesar de que es una cantidad grande, el dinero desviado en este turbio asunto representa menos del uno por ciento de los intereses locales de la Casa de Nohamapetan y, naturalmente, un porcentaje mucho menor en el conjunto de los negocios de la familia. Las mercancías van y vienen, así que los almacenes no están mucho tiempo vacíos. —Señaló con una mano el vasto espacio del almacén—. Este lo hemos descubierto porque teníamos que hacer una auditoría al hacerse cargo la Casa de Lagos de los negocios de la familia Nohamapetan. Dentro de un par de días, este y la mayoría de los otros almacenes volverán a estar llenos.

—¿Cómo cojones han podido ocultarlo?

—La magia de que los clientes se encuentren a varias semanas o varios meses de distancia. Si falta algo cuando los envíos llegan, se modifican los pedidos para retirar de ellos los productos que faltan o se añaden en una remesa posterior. En ambos casos, las pérdidas son consideradas contingencias comerciales y se deducen los impuestos. Para verlas como otra cosa hay que hacer una auditoría de toda la actividad comercial.

—Cosa que los Nohamapetan nunca iban a hacer porque ellos eran los

que estaban robando —dijo Kiva.

—Bueno... —repuso Patz con una nota de prudencia en la voz—. Todavía no tenemos ninguna prueba que lo confirme.

—Excepto que Nadashe Nohamapetan aparentemente financió con fondos de la familia un maldito intento de golpe de Estado a la Interdependencia.

—Eso sí —masculló Patz.

—¿Podremos hacer frente a estas pérdidas? —preguntó Kiva—. A diferencia de los jodidos Nohamapetan, nosotros no podemos fingir que todas esas mercancías se cayeron de las naves en pleno Flujo.

—Eso no corresponde a mi departamento —dijo Patz—. Imagino que podrá resolverse de alguna manera. En cualquier caso, faltan cincuenta millones de marcos. He puesto a mi equipo a investigar la contabilidad de los últimos diez años para intentar calcular el verdadero alcance de este fraude.

—¿Crees que vas a descubrir algo más?

Patz miró a su jefa sin perturbarse.

—Lady Kiva, un fraude como este no se produce de un día para otro. Probablemente descubramos un desvío de varios centenares de millones de marcos. Seguramente de miles de millones.

—Los golpes de Estado no son baratos —dijo Kiva.

—Supongo que no, señora.

—¿Sabemos por lo menos dónde está el puto dinero?

—Todavía no. No tenemos la autorización para investigar fuera de los libros de cuentas de los negocios locales de la familia Nohamapetan. Las cuentas personales de los miembros de la familia y la contabilidad de otras actividades ajenas a eso quedan fuera de nuestras competencias. Por supuesto, estoy compartiendo la información con el Ministerio Imperial de Hacienda. El ministerio podrá llevar a cabo una investigación más exhaustiva.

—Quiero recuperar todo el dinero que se encuentre —dijo Kiva.

—Es mi deber advertirle de que es muy poco probable que el Ministerio de Hacienda acepte esa petición.

—Que lo jodan, al ministerio.

—De acuerdo —dijo Patz—. Pero aún está el asunto de que la Casa de Nohamapetan probablemente deberá afrontar el pago de impuestos y de multas. Casi con absoluta certeza el importe que se le exigirá será superior al dinero extraviado.

Kiva soltó un gruñido.

—¿Hasta qué punto se me hará responsable de todo esto?

—En mi opinión, eso dependerá de quién reparta las responsabilidades —respondió Patz—. No creo que Grayland ni el Ministerio de Hacienda vayan a utilizarlo contra usted, puesto que el fraude es anterior a su nombramiento como administradora. —Patz volvió a abarcar el almacén vacío con un movimiento del brazo—. No obstante, la Casa de Nohamapetan intentará culparla. Sobre todo a la luz de los recientes acontecimientos.

—¿Qué recientes acontecimientos?

—Bueno, se trata de otra cosa que hemos descubierto durante la auditoría. Sabotaje. De las mercancías, de las máquinas, de las naves... Todo en el último mes, desde que la Casa de Lagos tomó el control.

—¿De cuánto estamos hablando?

Patz no dijo nada, pero miró a Kiva de una manera que ella interpretó como «una millonada».

—Lamento repetirme —dijo Kiva—, pero ¿me entero ahora de todo esto?

—Es la nueva jefa, lady Kiva. Algunas personas evitan decirle según qué cosas.

—¿Y las demás?

—Bueno, las demás quieren destruirla, señora.

Tres horas después, Kiva había vuelto a su despacho en la Torre de los Gremios. El despacho había pertenecido a Amit Nohamapetan, quien, por cortesía de su hermana, recientemente había estado en la parte equivocada de un transbordador espacial, y luego sus restos se habían esparcido por la bodega de carga mientras la nave daba vueltas y se revolcaba como un perro en un montón de estiércol.

A Kiva no le parecía la mejor manera de morir. Pero cuanto más pensaba

en ello, más maneras peores se le ocurrían. Amit había perdido la vida antes de darse cuenta de que estaba muerto, y siempre quedaba el consuelo de que la gente hablaría de la manera como había fallecido durante años. Era mucho más interesante que los típicos derrames cerebrales o los infartos. De hecho, la forma como había muerto era lo más interesante que había pasado en la vida de Amit, y a Kiva le parecía un testamento bastante triste de la vida que el miembro de la familia Nohamapetan se había tomado la molestia de vivir.

El despacho del ahora muerto y, en cierto modo, ultrajado Amit Nohamapetan era amplio, como correspondía al director de operaciones de su familia en el sistema de Central, decorado con un buen gusto que dejaba claro que todo el mobiliario respondía más bien a las preferencias de un interiorista que a los gustos del propio Amit, si es que los tenía (cosa bastante improbable); además, disponía de todos los dispositivos tecnológicos que cualquier ejecutivo moderno podría desear o necesitar.

«Todos salvo un sistema de alarma en plan: “Oye, que tu hermana está planeando meterte un transbordador por el culo”», se dijo Kiva. Si bien había que reconocer que ese sería un artilugio demasiado especializado.

Kiva estaba pensando eso mientras miraba la calle que se extendía a sus pies a través de la pared de cristal del despacho. Aparte del habitual bullicio callejero de Subcentral, la ciudad más grande de la Interdependencia (como históricamente suelen serlo las capitales de un imperio), había una capa adicional de ruido procedente de lo que parecía una protesta. Kiva se encontraba a demasiada altura para leer con claridad los carteles que enarbolaban los manifestantes u oír sus proclamas, pero la gente parecía bastante alterada.

—Lady Kiva.

Ella se dio la vuelta y vio a Bunton Salaanadon, el secretario que había heredado de Amit Nohamapetan. Kiva había decidido mantenerlo en el puesto porque él no tenía la culpa de que lo hubiera contratado un inútil traidor a la Interdependencia, y también porque había cosas que él sabía y ella ignoraba y no quería tener que esperar semanas o meses para aprenderlas. Hasta ahora, Bunton se había mostrado correctamente agradecido por no haber sido despedido y se había revelado muy útil en el intento de Kiva de administrar

los negocios de la Casa de Nohamapetan, mejor de lo que lo haría un imbécil advenedizo.

Kiva señaló la pared de cristal con la cabeza.

—¿Por qué protestan?

Salaanadon acudió junto a su jefa y echó un vistazo a la calle.

—Creo que no es exactamente una protesta. La emperox ha declarado que ha tenido visiones sobre el futuro de la Interdependencia. Me parece que la gente que hay abajo la apoya.

—Mmm...

Salaanadon miró a Kiva.

—¿Su majestad comentó algo sobre esas visiones cuando la recibió en audiencia, lady Kiva?

—No —respondió ella—. Cuando la vi todavía estaba recuperándose del hecho de que la hermana de su antiguo jefe hiciera explotar una nave espacial junto a ella. No estuvo muy locuaz. Me dio las gracias por contribuir a desenmascarar el complot de los Nohamapetan y me dijo que me pondría de administradora aquí. Luego me echaron de la habitación.

—Aun así, es un honor ser recibida por la emperox.

—No estuvo mal. Creo que ahora se tira a un antiguo amante mío.

—¿Señora?

Kiva sacudió una mano.

—Nada importante. ¿Quería algo, Bunton?

—Sí, señora. Está aquí un abogado.

—Tírelo por la ventana.

—En realidad es una mujer.

—Pues tírela. Es igualmente defenestrable.

—Lo haría encantado, pero esta abogada viene de parte de la Casa de Nohamapetan.

—¿Ahora trabaja para mí?

—Me temo que no —respondió Salaanadon—. Viene desde Terhathum. Es...

—Sé qué es y dónde está Terhathum —lo interrumpió Kiva—. Viene de la jodida sede central.

—Así es, señora.

—¿Salen las cuentas?

—Terhathum está a quince días de Central a través del Flujo. Por lo tanto, sí, a duras penas.

—¿Qué quiere?

—Creo que quiere hablar con usted sobre la administración de las propiedades locales de la familia Nohamapetan.

—En ese caso debería hablar con la emperox, que es quien me ha colocado aquí.

—Me ha dado a entender que también le gustaría tratar otros asuntos.

—Más trabajo para la emperox.

—Creo que no podemos deshacernos de ella. Trae consigo un documento sellado.

Kiva frunció el ceño.

—Está bien, joder. —Un documento sellado era un documento legal que confería a quien lo tuviera en su poder la misma consideración que tenía un miembro prominente de la familia. Desde un punto de vista legal, Kiva no podía evitar a aquella maldita abogada, pues habría sido lo mismo que evitar a la mismísima condesa de Nohamapetan, cosa que no podía hacerse. Técnicamente hablando, y a pesar del decreto de la emperox, Kiva, en su papel como administradora, era una empleada de la condesa.

—Está en la sala de espera —dijo Salaanadon.

—De acuerdo. Hazla pasar. Cuanto antes acabemos esto, mejor.

—Sí, señora. —Salaanadon hizo una leve reverencia y salió del despacho.

Kiva volvió a mirar la multitud congregada en la calle y por un momento se preguntó cuántas de aquellas personas serían verdaderos creyentes y cuántas estarían allí pagadas por Grayland. Al fin y al cabo, los emperox habían contratado multitudes para cuestiones menos importantes que esas visiones místicas. Y si la Interdependencia estaba a punto de sufrir una abrupta desintegración, bien podría haber invertido sus marcos en aquello antes de que perdieran todo su valor.

«Es un buen consejo también para ti», pensó Kiva.

Correcto, pero el problema era que, siendo una persona rica, para Kiva el

dinero era la última de sus motivaciones. Claro que le gustaba el dinero, y le gustaba tenerlo, y era consciente de que sería una mierda vivir sin él. Pero puesto que durante toda su vida había tenido el dinero suficiente para conseguir todo lo que había deseado (ser la hija del jefe de una familia noble de comerciantes tenía sus ventajas), nunca había pensado en él, y colmaba sus necesidades materiales con un pequeño porcentaje del que tenía a su disposición.

Por el contrario, Kiva tenía dos objetivos principales en la vida: follar, actividad a la que se entregaba con un entusiasmo que (casi) la llevaba a no hacer distinciones; y dirigir, una tarea con la que se divertía y que, según parecía, no se le daba mal. Kiva sabía que nunca dirigiría los designios de la Casa de Lagos: era una de las últimas llegadas a una familia ya de por sí numerosa, así que nunca entraría en la contienda por heredar el cargo de director general de la Casa de Lagos; y no tenía ninguna intención de seguir el ejemplo de su antigua amiguita de la universidad, Nadashe Nohamapetan, y asesinar hermanos para aumentar sus probabilidades. El universo era lo suficientemente grande para ofrecer a Kiva otras cosas que dirigir, como, en este caso, los negocios de los Nohamapetan.

Por ahora, al menos. Hasta que los Nohamapetan se los arrebataran o las corrientes del Flujo desaparecieran y, en cualquier caso, se fueran todos a la mierda.

«Vivimos unos tiempos de la hostia», pensó Kiva.

La puerta se abrió y Salaanadon entró acompañado por una mujer que rondaba la edad de Kiva.

—Lady Kiva de Lagos, esta es la señora Senia Fundapellonan.

—Lady Kiva —dijo Fundapellonan, haciendo una reverencia.

—Sí, sí —dijo Kiva, indicándole con señas que entrara y se sentara en una silla al otro lado del enorme escritorio.

Salaanadon frunció el ceño, pero se excusó y salió del despacho en silencio. Kiva se dejó caer en el sillón del escritorio.

—Me gustaría empezar trasladándole los saludos de la condesa de Nohamapetan, que le da las gracias por hacerse cargo de los asuntos locales de su familia en estos tiempos turbulentos.

Kiva puso los ojos en blanco.

—Mire... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Senia Fundapellonan.

—Son muchas cosas de golpe.

—Me hago una idea, lady Kiva.

—Fundapellonan, ¿podríamos... saltarnos las chorradas preliminares? Es decir, usted me parece una persona inteligente.

—Gracias, lady Kiva.

—Por lo tanto, como persona inteligente que es, ya debe de saber tan bien como yo que agradecimiento es la última mierda que la condesa de Nohamapetan debe sentir hacia mí en este momento. Entregué pruebas a la emperox de que sus hijos eran unos traidores, de que uno de ellos mató a otro, y ahora estoy dirigiendo su maldita empresa. Tengo la impresión de que lo que de verdad le gustaría hacer a la condesa es tirarme por una maldita ventana.

Fundapellonan esbozó una leve sonrisa.

—Además, suponiendo que usted realmente venga de Terhathum...

—Es verdad.

—... si tenemos en cuenta el tiempo que se tarda en ir allí y venir, a usted la enviaron casi en el mismo momento que la condesa recibió la noticia sobre sus problemáticos hijos. En cuyo caso, la idea de que piense algo sobre mí me resulta bastante cómica. Yo más bien imagino a la condesa Nohamapetan pensando, aparte de «¡joder!», en, antes que nada, cómo salvar a su hija de una casi segura sentencia de muerte; y después, en cómo expulsar de su querida compañía a mí o a cualquier otra persona que no sea un Nohamapetan. ¿Le parecen plausibles mis conjeturas?

Fundapellonan reflexionó un momento antes de responder.

—No se equivoca.

—Por lo tanto, con el único interés de ahorrarnos tiempo a ambas, le pido por favor que vayamos al puto grano.

—Me parece una petición justa —replicó Fundapellonan—. Así que hablaré claro, lady Kiva: la Casa de Nohamapetan, a la que represento, le solicita que dé un paso a un lado y permita que un directivo de nuestra

elección tome el control de nuestros intereses locales. —Sacó el documento sellado y lo depositó sobre el escritorio de Kiva—. Aquí tiene la solicitud oficial. Extraoficialmente, como parte de las condiciones para su dimisión, recibirá una sustanciosa compensación económica.

—¿Se refiere a un soborno?

—Me refiero a una compensación económica. Es la manera que tiene la condesa de agradecerle su disposición para tomar las riendas de nuestros negocios en un momento de crisis.

—Pensaba que habíamos acordado que nos dejaríamos de chorradas.

—Hay chorradas y chorradas, lady Kiva.

—Bueno, al menos en eso tiene razón. —Kiva señaló el documento sellado—. Supongo que usted y la condesa saben que fue la emperox quien me puso a cargo de los negocios de la familia Nohamapetan. No puedo renunciar sin más.

—Lo sabemos. También sabemos que la emperox estaría más receptiva a su salida si usted le mostrara su voluntad de dejarlo.

—No esté tan segura.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, aparte de que Nadashe Nohamapetan intentó asesinar a la emperox con un transbordador espacial, lo cual no contribuye precisamente a mejorar la reputación de la maldita familia, también está el asunto del fraude endémico que han descubierto mis auditores en sus libros contables de los últimos años.

Fundapellonan ladeó la cabeza.

—¿Y los libros contables de la Casa de Lagos están limpios de fraudes y corrupción, lady Kiva? Usted sabe tan bien como yo que el fraude, por parte de empleados, de directivos y, sí, incluso de manera puntual y completamente reprobable, de miembros de la propia familia, es una actividad habitual. Lamentable, sí. Inusual, no.

—¿Ese es su argumento para que devuelva el control a un Nohamapetan? ¿Que todo el mundo lo hace?

—Seamos justos, todo el mundo lo hace.

—Seamos justos, no todo el mundo intenta cargarse a la emperox.

—Entonces, su respuesta es que no.

—Mi respuesta es que ni lo sueña.

Fundapellonan se encogió de hombros.

—Como quiera. Sepa que de todos modos vamos a solicitar su destitución.

—Les deseo suerte.

—No necesitamos suerte, lady Kiva. Ya tenemos a nuestro favor su incompetencia.

—Lo que usted diga.

—Le interesará saber que se ha producido un aumento considerable de sabotajes a las propiedades y las mercancías de los Nohamapetan.

—Eso he oído.

—Entonces, seguramente ya sabrá que eso pone en peligro las relaciones comerciales de la familia. La reputación de la Casa de Nohamapetan podría verse perjudicada.

—No lo sé —replicó Kiva—. No le discutiré que los sabotajes se han disparado, pero si quiere saber mi opinión, ningún acto de sabotaje puede compararse a cuando Nadashe convirtió una nueva y reluciente nave Nohamapetan en un jodido amasijo de hierros. Si estamos hablando de cosas que causan un perjuicio a la reputación de la casa Nohamapetan, tal vez también habría que poner eso en la lista.

Fundapellonan arrugó el ceño.

—A lo mejor la emperox ve las cosas de otra manera.

—Lo dudo —dijo Kiva, y señaló el documento sellado—. Uno de esos le conseguirá una audiencia con Grayland, pero no creo que la emperox vaya a olvidar que su casa conspiró contra ella.

—No fue la casa. Sólo uno de sus miembros.

—Buena suerte con ese argumento.

—No seré yo quien defienda ese argumento, sino la condesa Nohamapetan.

Kiva se la quedó mirando con perplejidad.

—¿Va a venir la condesa?

—Naturalmente —respondió Fundapellonan, y sonrió—. Lady Kiva,

como usted ha señalado sagazmente, la reputación de la Casa de Nohamapetan ha recibido varios golpes últimamente. No es un asunto que vaya a resolver una humilde abogada. Ni siquiera mil abogados lograrían arreglarlo. La única manera de solucionarlo es traer a la condesa desde Terhathum para que hable personalmente con la emperox. Yo sólo estoy aquí para ocuparme de... lo siento, los preparativos preliminares relativamente menores, como hablar con usted, por ejemplo. La condesa en persona se encargará de los asuntos importantes.

—¿Y cuándo llegará?

Fundapellonan echó un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca. A Kiva la sacó de quicio aquella sobreactuación de la abogada.

—Si la nave en la que planeaba viajar no ha sufrido ningún incidente, la condesa de Nohamapetan estará aquí dentro de tres días. —Miró de nuevo a Kiva—. Por lo tanto, tiene ese plazo para cambiar de opinión. No es mucho tiempo, lady Kiva. Más bien al contrario.

Cinco

—Entonces, ¿cuándo ocurrirá?

Marce Claremont consiguió evitar que se le descompusiera el rostro (por fin estaba aprendiendo a hacerlo), pero por dentro, que es lo que cuenta, se había llevado las manos a la cara y las arrastraba por las mejillas. Su vida durante el último mes se había reducido a responder, una y otra vez, una y otra vez, la misma pregunta, en sus infinitas pero mundanas variaciones, a personas que no querían que la respuesta los convenciera ni tenían los conocimientos matemáticos necesarios para comprender por qué era veraz, por mucho que ellos desearan oír otra cosa.

Pero ahora ese era el trabajo de Marce: asesor especial para asuntos científicos de la emperox Grayland II, encargado de informar sobre las cuestiones relevantes acerca de la inminente desaparición del Flujo a varios personajes supuestamente importantes. Estos incluían, aunque no se limitaba a ellos, los ministros imperiales, los miembros del parlamento, los jefes de las casas nobles y sus séquitos, los obispos y arzobispos de la Iglesia Interdependiente y de otras religiones, científicos, periodistas, famosos, «líderes de pensamiento», reconocidos intelectuales y algún que otro presentador de programas de entrevistas de televisión.

Durante todo el día, todos los días del último mes.

Durante todo el día, todos los días de un futuro previsible.

En este preciso momento, Marce acababa de presentar su ya mil veces

rebatida exposición a la Sociedad Imperial de Exogeología, que se había reunido para su congreso bienal en Central; bienal porque no era fácil para sus miembros, procedentes de todos los rincones de la Interdependencia, arrastrar sus respectivos culos por las corrientes del Flujo, que tardaban semanas, o en algunos casos meses, en transportarlos a sus destinos; y en Central, bueno, porque todas las corrientes del Flujo llevaban a Central.

(«De momento», señaló en contra de su voluntad una parte del cerebro de Marce, quien volvió a meter esa parte en el agujero del que había salido.)

Podría pensarse que, de todos los colectivos a los que Marce tenía que exponer el tema de la desaparición del Flujo, los científicos serían los más fáciles de convencer. Después de todo, lo que Marce les ofrecía eran datos recopilados durante tres décadas, estudiados, codificados y presentados en un formato que casi cualquier científico comprendería. Tablas y gráficos, columnas y notas al pie, y, por supuesto, un archivo digital con toda la información que su padre, el conde de Claremont, había reunido a lo largo de treinta años.

Pero resultaba ser que los científicos eran la peor audiencia. Marce podía entender que los físicos del Flujo reaccionaran con desdén o escepticismo; después de todo, era su campo de estudio, y ahora un noble de segunda fila, profesor aún más insignificante en una universidad sin pedigrí en el culo del universo, les presentaba una información, encima recopilada por su padre, que demostraba que todo aquello que ellos creían saber sobre el Flujo era completamente erróneo. Era una verdadera patada en el trasero, intelectualmente hablando. Sinceramente, Marce se habría llevado una sorpresa si los científicos del Flujo hubieran reaccionado de una manera que no fuera atacando, al menos hasta que tuvieran tiempo para sentarse con los datos y reconocer la aterradora verdad que revelaban.

Pero no eran sólo los físicos del Flujo. Todas las comunidades científicas, de todas las disciplinas, habían tratado de refutar los datos que él y su padre habían recopilado e interpretado. Esta oposición lo había dejado completamente perplejo al principio, hasta que recordó lo que el director de su departamento durante sus días en el mundo académico le había dicho una vez sobre los colegas que se sentían obligados a relacionar todos los

hallazgos nuevos a su propia especialidad y se empeñaban en restringirlos a ella: «Cuando tienes un martillo, sólo ves clavos».

Ahora Marce veía reflejado el significado de esa afirmación desde otra perspectiva. No eran pocos los científicos que sabían una sola cosa y consideraban que ese conocimiento era universalmente aplicable a todos los problemas, hasta el punto de excluir o descartar información proporcionada por personas cuyas especialidades eran precisamente esos problemas.

Marce no adolecía de esa vanidad, pues era plenamente consciente de todo lo que ignoraba, que últimamente parecía ser cualquier cosa que no tuviera que ver con el Flujo. Sin embargo, cada vez se daba más cuenta de la gran cantidad de científicos que empuñaban martillos y buscaban clavos en sus datos y en su exposición.

Resultaba agotador. Más de una vez estuvo a punto de lanzar los brazos al aire y decir: «Vale, olvídense de mí y de mis datos. Espero que se diviertan cuando sean los primeros en convertirse en carne asada con la desaparición del Flujo». Pero entonces recordaba que le había prometido a Grayland, la emperox de la Interdependencia con la que, por extraño e inverosímil que parezca, había trabado amistad, que la ayudaría a encontrar una manera de prevenir la desaparición de la civilización humana.

Y eso significaba que no podía gritarle a una audiencia de exogeólogos recalitrantes que a él le daba igual que lo creyeran o no, pero que el Flujo estaba desapareciendo. Y también lo obligaba a responder por enésima vez la maldita pregunta básica que le hacían todas y cada una de las veces que exponía sus argumentos.

—Ya ha comenzado —respondió Marce al hombre que había formulado la pregunta, un científico prepotente y calvo que sin duda, pensó Marce, debía de ser el mayor experto de toda la Interdependencia en un tipo muy concreto de roca ígnea. Marce hizo un gesto hacia el esquema que flotaba en el aire encima de él mostrando los sistemas de la Interdependencia y todas las corrientes del Flujo que se extendían entre ellos; en concreto señaló la corriente que unía Central, la capital del imperio, y Fin, que resultaba ser el planeta de origen de Marce, del que se preguntaba si algún día volvería a verlo—. Como he dicho, la corriente entre Fin y Central ya ha comenzado a

desaparecer. Está desapareciendo desde Fin en dirección a Central. Da la casualidad de que yo he venido en una de las últimas naves procedentes de Fin. Hace semanas que no llegan naves desde allí. Tal como predicen los datos, no volverá a llegar ninguna.

—Entonces, Fin está aislado —sugirió otro científico.

—En un sentido. —Marce señaló otra corriente que se extendía entre Central y Fin—. En el sentido inverso, la corriente sigue intacta, de momento. Podemos enviar naves a Fin. La cuestión es que no pueden regresar.

Marce señaló entonces otra corriente que conectaba Central con Terhathum.

—Estamos bastante seguros de que esta corriente del Flujo entre Central y Terhathum será la siguiente en desaparecer. Calculamos que ocurrirá en las próximas semanas. La emperox ha enviado una nave de investigación para que observe el bajío, y estamos enviando drones especializados a través del bajío para que evalúen la estabilidad de la corriente.

—¿Cómo lo hacen? —quiso saber otro científico.

—Bueno, es un asunto complejo —respondió Marce—. La topografía interna del Flujo no se corresponde con el espacio-tiempo que conocemos nosotros. De hecho, si no envolvemos las naves en una burbuja espaciotemporal antes de que entren en el Flujo, simplemente dejan de existir, al menos de la manera como nosotros concebimos la existencia. Podría explicarlo de un modo más claro, pero necesitaría más tiempo, y tengo que hacer otra exposición en la otra punta de Subcentral dentro de dos horas y media.

Esto provocó un suave murmullo de risas.

—Cuando la corriente que une Central con Terhathum desaparezca, también Terhathum quedará aislada, como Fin —dijo el calvo probablemente experto en un tipo muy concreto de roca ígnea.

—No —replicó Marce, y estuvo seguro de haber oído un gruñido—. Fin se llamó así en parte porque es el único planeta que sólo dispone de una corriente para llegar a él y de otra para salir, y ambas pasan por Central. —Marce señaló el sistema Terhathum en la imagen suspendida—. Terhathum

está conectado con Central, pero también lo está con otros tres sistemas: Shirak, Melaka y Paramaribo. Por lo tanto, ahora, en lugar de viajar directamente desde Central a Terhathum, la ruta más rápida de llegar allí será a través de Melaka. Eso aumenta nueve días la duración del viaje.

—Pero Terhathum no estará aislada.

—Aún no. —Marce se acercó a los controles de la proyección y apretó el botón para iniciar la animación—. Pero la desaparición de la corriente que va desde Central hasta Terhathum sólo es la primera. Casi de manera inmediata perderemos otras. —Una a una, las corrientes del Flujo fueron desapareciendo de la imagen proyectada y cada vez quedaron menos conexiones entre los planetas—. En los próximos tres años quedarán aislados varios sistemas. —La animación continuó—. Y dentro de diez años, todas las corrientes del Flujo habrán desaparecido.

—¿Y no hay manera de viajar de un sistema a otro sin ellas? —preguntó alguien tras unos segundos de silencio.

—No sin tardar varios cientos de años, por lo menos —respondió Marce—. Los motores de nuestras naves están diseñados para viajes internos dentro del sistema. Alcanzan una velocidad que sólo es una fracción de la velocidad de la luz. Aunque construyéramos naves más veloces, digamos por ejemplo que alcancen una velocidad de la décima parte de la de la luz, se tardaría décadas en viajar entre los sistemas más próximos. —Marce vio una mano levantada—. Ustedes son científicos, así que no hace falta que les recuerde que es físicamente imposible superar la velocidad de la luz. —La mano bajó rápidamente.

—¿Y usted está seguro de todo esto? —preguntó el hombre calvo—. Porque le he comentado a mi cuñado, que es físico del Flujo, que hoy íbamos a escuchar su exposición, y me ha dicho que usted no era más que un excéntrico que ha embaucado a la emperox.

Marce sonrió. También estaba acostumbrado a que le hicieran esa acusación.

—Caballero, creo que no lo entiende. Mi padre, cuyo trabajo les he presentado, y yo mismo, estaríamos encantados de equivocarnos. Nos encantaría que todos los físicos del Flujo se sentaran a estudiar nuestros

datos, que hemos suministrado a todo aquel que los ha pedido, y encontraran errores y demostraran que hemos pasado por alto cierta información que demuestra que hemos estado interpretando de manera errónea todos los datos. ¿No es así como trabaja la ciencia? Se presenta una hipótesis a los colegas, se les proporcionan todas las mediciones, las observaciones y los datos, y se les pide que demuestren que mientes. El mejor de los casos, caballero, sería que se demostrara que mi padre y yo somos unos excéntricos y me enviaran de vuelta a Fin hundido en la ignominia.

»Sólo hay un problema, que ya he comentado —añadió Marce, señalando de nuevo Fin—. Y es que ya ha comenzado, lo que concuerda con nuestros datos y predicciones. Si todavía estamos debatiendo el asunto a estas alturas se debe exclusivamente a que sólo ha desaparecido una corriente del Flujo y podemos buscar toda clase de excusas para explicar por qué las naves que ya deberían haber llegado a Central no lo han hecho aún. Cuando, en las próximas semanas, desaparezca la corriente que une Central con Terhathum, el debate sobre la estabilidad del Flujo se habrá zanjado. Y cuando eso suceda, tendremos que preguntarnos qué podemos hacer nosotros, como científicos, para contribuir a la supervivencia de todos los habitantes de la Interdependencia.

—Dice usted «como científicos», pero la emperox afirma que ha tenido visiones sobre lo que va a suceder —objetó un exogeólogo.

Marce no pudo disimular la incomodidad que le provocaba ese tema.

—Yo no puedo hablar sobre esas visiones. Sólo puedo expresar el compromiso de la emperox Grayland II con proseguir y fomentar la investigación científica en este asunto, que comenzó su padre, Attavio VI.

—Pero ¿no le parece raro que pierda el tiempo con esas tonterías místicas? No creo que ayuden en nada.

Marce se tomó unos instantes para reflexionar antes de responder.

—Apreciados colegas —dijo al fin—, acabo de ofrecerles una exposición de una hora sobre una hipótesis que se fundamenta sobre unos datos que concuerdan con el comportamiento del universo observado hasta ahora, unos datos que han sido revisados por colegas científicos y que cumplen todos los requisitos establecidos para la investigación científica. Y, sin embargo, sé que

menos de la mitad de ustedes ni siquiera están medio convencidos de mis conclusiones. Son científicos. Si no puedo convencerlos a todos ustedes con mis datos, es posible que con el público general me vaya mucho peor.

Paseó la mirada por los exogeólogos, que guardaban silencio.

—Ahora bien, no voy a decirles que entiendo las afirmaciones de nuestra emperox acerca de las visiones y de las revelaciones —continuó Marce—. Les aseguro que no puedo decirles que las crea del todo. Pero creo en la emperox. Creo que la emperox está decidida a ayudar a todos sus súbditos a prepararse para lo que se avecina. Y si las visiones contribuyen de alguna manera allí donde la ciencia observable y verificable no llega, acepto de buena gana esas visiones. Teniendo en cuenta lo que está en juego, tal vez ustedes deberían hacer lo mismo.

Marce percibió a la mujer antes de verla, o, para ser más precisos, vio que Nadau Wilt, su ayudante/guardaespaldas, se ponía tensa mientras se dirigían al coche de Marce y se interponía entre él y una mujer que claramente caminaba hacia ellos. Marce alzó la vista y vio a la mujer que se les acercaba, algo mayor que él, de aspecto desaliñado y cargada con un montón de papeles.

La mujer vio que Wilt se plantaba delante de ella y se detuvo a un par de metros de distancia. Levantó las manos como para protegerse.

—¿Lo que ha dicho es verdad, doctor Claremont?

Marce sonrió. Hacía tiempo que nadie lo llamaba «doctor».

—¿Sobre la desaparición del Flujo? Absolutamente verdad.

—No, no me refiero a eso —dijo la mujer en un indisimulado tono de irritación y casi de desprecio—. Me refiero a que le encantaría que demostraran que se equivoca.

«Ah —pensó Marce—. Ya estamos.» Una de las características recurrentes de esas presentaciones sobre la desaparición del Flujo era que uno o dos de los asistentes lo abordaban a la salida para compartir con él sus teorías «científicas», como que el Flujo era en realidad un plano fantasma o que la emperox estaba desactivando el Flujo a petición de una especie

alienígena desconocida hasta entonces, cuyos individuos tenían un aspecto que era una mezcla de tiburón y de caniche (quien le propuso esta teoría incluso le mostró ilustraciones). La estrategia que Marce seguía en esas situaciones era tratar a sus interlocutores con educación mientras se dejaba arrastrar por Wilt hasta la siguiente charla.

—Sí, claro —respondió educadamente Marce—. Nada me haría más feliz que se demostrara que me equivoco.

—¿Está seguro? Porque tengo que confesarle, doctor Claremont, que yo no me alegré mucho cuando usted demostró que yo estaba equivocada.

La confusión que provocó en Marce ese comentario duró varios segundos. Pero entonces se quedó literalmente boquiabierto y dijo:

—Usted es... Hatide Roynold.

—Así es.

—Usted les dijo a los Nohamapetan que las corrientes del Flujo estaban cambiando, no desapareciendo.

—Sí.

—Se equivocó.

—Sí, sí —admitió con impaciencia Roynold—. Tal vez no me habría equivocado si su padre se hubiera dignado contestarme las cartas que le envié acerca de la materia, pero nunca lo hizo.

—El emperox le había ordenado que mantuviera en secreto sus investigaciones —explicó Marce.

—Esa es su excusa, ya lo sé.

—Los Nohamapetan utilizaron sus datos para intentar dar un golpe de Estado.

—Bueno, nunca me contaron que ese fuera su plan —dijo Roynold—. Como imagino que la emperox no le habrá contado a usted que está utilizando sus datos para esa ridícula estrategia suya de las «visiones».

Marce volvió la vista atrás, hacia el edificio del que acababa de salir.

—¿Cómo... es que ha visto la presentación? Usted no es exogeóloga.

—Cogí una placa de identificación cualquiera y me colé. —Se señaló casi con desdén—. Ya ve qué pinta tengo. Los demás exogeólogos no son exactamente unos figurines, así que no desentono.

—Lord Marce, deberíamos irnos —dijo Wilt, que siempre sabía cuándo había llegado el momento de dar el siguiente paso. Marce se dejó arrastrar por su ayudante.

—No tiene razón, doctor Claremont —dijo Roynold, avanzando de nuevo, y volviéndose a detener cuando Wilt le lanzó una mirada fulminante, aunque no se amedrentó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Marce.

Roynold señaló el maletín de Marce, en el que estaban la tableta, el proyector y sus documentos.

—Su investigación. No es correcta. No es incorrecta del todo, pero no es completamente correcta. Está incompleta.

—¿Incompleta?

Roynold asintió.

—Eso he dicho.

Marce dio un paso en dirección a Roynold, para consternación de Wilt.

—Los datos de mi padre han predicho la desaparición de la corriente del Flujo desde Fin con un elevado grado de exactitud. Yo mismo revisé las ecuaciones.

—Lo sé —dijo Roynold—. Eso es correcto. Y también acertará con la desaparición de la corriente de Terhathum. Mire, ya le he dicho que su teoría no es incorrecta del todo.

—Entonces, ¿a qué se refiere con lo de incompleta?

—Esa parte en concreto no está incompleta, pero la teoría general sí. Usted y su padre han trabajado en una teoría general de la desaparición del Flujo. —Roynold sacudió los papeles que tenía en la mano—. Esta es la teoría especial.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que su padre acierta en su predicción de la desaparición de las corrientes del Flujo, y usted revisó las ecuaciones. Pero pasó por alto que, durante ese proceso, el Flujo también crearía nuevas corrientes. Y usted nunca revisó eso porque él no lo tuvo en cuenta.

Roynold le ofreció los papeles a Marce, que se acercó a ella para cogerlos.

—Yo me equivoqué porque tomé como punto de partida algunas suposiciones que nunca comprobé —dijo Roynold mientras él leía los documentos. Se encogió de hombros—. Me habría ayudado que algún colega revisara mi trabajo, pero me pagaban para que no hablara de él con nadie. Resulta ser que mi proceso era correcto, simplemente me basaba en unas condiciones iniciales erróneas. Cuando pude acceder a sus datos, me di cuenta de que su padre y yo estábamos estudiando distintos aspectos del mismo problema. Relacionados, pero casi independientes. Así que introduje sus hallazgos en mi proceso. —Señaló los papeles—. Y este es el resultado.

Marce levantó la vista de los documentos y se quedó mirando con perplejidad a Roynold.

—¿Está de acuerdo? —preguntó Roynold, señalando los papeles—. Sólo son unas conclusiones preliminares, naturalmente. Aun así...

—Lord Marce —dijo Wilt, esta vez en un tono más insistente.

Marce hizo un gesto a su guardaespaldas y miró de nuevo a Roynold.

—¿Puedo quedármelos? —preguntó, levantando en alto los documentos.

—Los he traído para dárselos.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted para seguir hablando?

—Encontraré mi información de contacto en la portada.

—¿Hay alguna hora a la que le vaya mejor que la llame?

Roynold esbozó una sonrisa incómoda.

—No hay hora mala, doctor Claremont. En este momento estoy sin trabajo.

Marce frunció el ceño.

—Pensaba que era profesora.

—Sí, bueno... Resulta ser que cuando unos traidores utilizan tu trabajo para socavar la Interdependencia e intentar asesinar a la emperox, trabajar en una universidad imperial se vuelve... problemático.

—No es culpa suya que utilizaran sus investigaciones para eso. No le contaron lo que planeaban.

—Ya —repuso Roynold—. Por otro lado, la verdad es que yo tampoco les pregunté qué pensaban hacer con mi trabajo. —Se encogió de hombros—. De todos modos, eso me ha dado un montón de tiempo libre para trabajar en

esto. No sé muy bien cómo voy a hacer para comer la semana que viene, pero supongo que para estas cosas está el subsidio mínimo de la Interdependencia.

Marce la miró con sorpresa.

—¿Lo dice en serio?

—Tal vez me haya pasado. Lo siento. Me cuesta darme cuenta de dónde está el límite en estas cosas.

Marce sonrió y le devolvió los papeles a Roynold.

—Vamos. Tengo que dar otra de estas charlas en la otra punta de la ciudad y ya llegó tarde. Podemos hablar de camino allí. Y después podremos seguir charlando.

—De acuerdo. —Roynold cogió los documentos—. Ya veo que es cierto que no le molesta que le demuestren que se equivoca. La verdad es que no lo esperaba.

—Usted misma lo ha dicho, doctora Roynold. No estoy equivocado. Es sólo que no tengo razón.

Seis

La corriente del Flujo desde Central hasta Terhathum desapareció.

Este evento se adelantó a la fecha prevista, pero se produjo dentro de los parámetros de probabilidades del gráfico que Marce Claremont le había presentado a la emperox Grayland II. La última nave que entró en el Flujo por el bajío de Central con destino a Terhathum fue la *fiveer* de la Casa de Nohamapetan *Siempre te recordaré como un niño*, que lo hizo seis horas antes de su desaparición. La capitana de la *Niño* había sido advertida antes de entrar en la corriente del Flujo de que el asesor científico de la emperox había predicho su desaparición; también se la había informado de que era probable que dicha desaparición comenzara desde dos puntos aleatorios dentro de la corriente, a diferencia de cómo había sucedido en el caso de la corriente entre Fin y Central, que había comenzado en un extremo y se había extendido como una ola hacia el otro. Desde el servicio de control del tráfico de Central se le había sugerido que tomara la ruta que pasaba por Melaka.

La capitana de la *Niño*, Daris Moria, expresó a su segundo comandante, Lin Burrotinol, su desprecio hacia Grayland II, hacia su asesor científico y hacia el servicio de control del tráfico de Central y dio la orden para que la nave entrara en el bajío en la fecha prevista.

La nave no llegaría a Terhathum en la fecha prevista ni tampoco nunca. La *Niño*, de hecho, desaparecería para siempre de la Interdependencia. Saldría disparada de la agonizante corriente del Flujo en algún lugar a varios

miles de años luz de cualquier asentamiento humano. Esto se debía a que el Flujo, si bien se pensaba en él como un río, una carretera u otra clase de vía, no se parecía ni remotamente a nada de todo eso. Si la *Niño* hubiera sido expulsada de la corriente del Flujo sólo un segundo antes, habría salido a únicamente un año luz de la estrella Sirio A, a un paso, como aquel que dice, del antiguo sistema solar de la humanidad. Si, en cambio, lo hubiera sido un segundo después, se habría encontrado mucho más cerca del centro galáctico de la Vía Láctea.

En cualquiera de los casos se habría encontrado muy lejos. De Central, de Terhathum, de la humanidad. Lejos del rescate. Lejos de la vida.

La *Siempre te recordaré como un niño* era una nave diseñada para garantizar la supervivencia y la seguridad de su tripulación durante cinco años. A partir de ese momento, inevitablemente cundirían el caos y la locura. Sin embargo, como la mayoría de las *fivers* comerciales, la *Niño* no estaba configurada para mantener a su tripulación durante cinco años. En su caso concreto, se había adecuado la nave para realizar cortos viajes de transporte de mercancías entre Central y Terhathum, unos trayectos que apenas duraban dos semanas, así que no era necesario preparar la nave para la supervivencia de la tripulación durante un largo periodo de tiempo. Hasta que lo fue.

La capitana Moria hizo un llamamiento a su tripulación para que mantuviera la calma y esta le hizo caso... durante dos semanas. Cuando pasaron otras dos semanas, Moria estaba muerta y la tripulación, que conocía perfectamente lo que le había ocurrido a la *Niño*, dónde estaba (y dónde no) y la escasez de víveres y de otros recursos, comenzó a dividirse. Al cabo de un mes y medio, la mitad de la tripulación había muerto, incluida la mayoría de los oficiales. Pasadas otras seis semanas, la tripulación se había reducido a treinta personas, repartidas en tres grupos que no colaboraban entre ellos, y los sistemas de la nave comenzaron a fallar.

Transcurrieron doscientos setenta y siete días más hasta que el último miembro de la tripulación vivo, un operario de la bodega llamado Jayn Brisfelt, grabó un extenso testimonio de los últimos y terriblemente deprimentes días de la *Niño* y de su tripulación. Después se dirigió a la oficina de seguridad y se hizo con una pistola, se metió en una de las salas

comunes, se puso una de sus comedias preferidas y se pegó un tiro mientras estaba riéndose en mitad de su escena favorita.

El testimonio, grabado en una tableta, jamás sería visto ni oído por otro ser vivo. La propia tableta, cuya batería se agotaría en menos de dos años, dejaría de funcionar al cabo de cincuenta años aunque se hubiera recargado. La *Niño* sería una chatarra fría cuando pasaran diez años. Ni los humanos ni ninguna otra especie inteligente, si existía, la encontrarían jamás. Estaría vagando entre las estrellas durante veinte millones de años, hasta que quedara atrapada en el campo gravitacional de una estrella enana roja que pasara cerca de ella, y seguiría orbitando como un cometa durante otros seis millones de años, cuando terminaría cayendo a la estrella y se vaporizaría en los átomos que la componían.

Pero eso ocurriría en el futuro.

En el momento presente, la desaparición de la corriente del Flujo entre Central y Terhathum se confirmó mediante un sencillo procedimiento: un dron de observación intentó entrar en el bajío del Flujo y no pudo hacerlo. Donde sólo un momento antes había estado el bajío no había nada más que un espacio-tiempo convencional, y vacío. Otras naves sondearon la zona con la idea de que el bajío podría haberse desplazado o estaba desplazándose, un fenómeno que rara vez se había producido, pero que en teoría era posible. No estaba desplazándose. Simplemente había desaparecido.

La noticia de la desaparición de la corriente que llevaba a Terhathum tardaría semanas o meses en llegar a todos los sistemas de la Interdependencia (incluido Terhathum, ahora a cerca de un mes de distancia de Central), pero en el interior de Central los efectos fueron inmediatos.

En la bolsa de valores de Central, el valor de las acciones se desplomó, los contratos de los mercados de futuro se paralizaron y se volatilizaron en el acto miles de millones de marcos. Un puñado de especuladores, que habían realizado operaciones de venta al descubierto, se vieron de repente ridículamente ricos, hasta que se suspendieron las operaciones y las ganancias y las pérdidas se congelaron.

Varias casas mercantiles presentaron reclamaciones a la Casa de Aiello, que poseía el monopolio de los seguros, por pérdidas provocadas por la

(ahora casi totalmente confirmada) desaparición del Flujo entre Fin y Central. Las reclamaciones eran por naves, cargamentos y tripulaciones perdidas, y ascendían en su conjunto a varios miles de millones de marcos. La Casa de Aiello rechazó casi todas esas reclamaciones con el argumento, no del todo descabellado, de que la desaparición de las corrientes del Flujo era un acto divino.

Tiendas y mercados de todo el sistema de Central se llenaron de compradores aterrorizados que adquirieron primero los productos esenciales y luego cualquier cosa que quedara en los estantes. Los propietarios y los directores de los almacenes intentaron tranquilizar a los clientes de que la desaparición de una corriente del Flujo no significaba que estuvieran inmediatamente condenados a morir de hambre y a sucumbir a la desesperación. Sin embargo, no obtuvieron el resultado que habían esperado.

La policía y las fuerzas de seguridad del sistema se pusieron en alerta máxima y se prepararon para hacer frente a las revueltas. La buena noticia fue que el pánico de la población pareció limitarse al frenesí de las compras. La mala noticia fue que nadie creía que eso durara mucho tiempo.

La Iglesia de la Interdependencia y otras religiones se encontraron con sus lugares de culto llenos a rebosar. Los creyentes, los nuevos creyentes y los «no soy creyente pero esto que está pasando es muy raro, así que por si acaso» acudían a los centros religiosos y, dependiendo de su experiencia, rezaban, meditaban o se preguntaban qué se suponía que tenían que hacer una vez que estaban allí. Sacerdotes, ministros, rabinos, imanes y otros líderes religiosos se alegraban, por una parte, de poder ser útiles en un momento de crisis espiritual y existencial, pero por otra parte eran plenamente conscientes de que estaban ante el equivalente teológico de la invasión de tiendas y mercados de pávidos compradores, y sus nuevos feligreses se aferraban a lo que fuera con la esperanza de que los ayudara a superar la crisis.

En Subcentral, los nuevos devotos que no estaban en una iglesia se congregaban ante las puertas de Brighton, la residencia imperial en el sistema. Todos los habitantes del sistema de Central conocían las visiones que había tenido Grayland acerca del futuro de la Interdependencia y su defensa de lord Marce Claremont, cuyos descubrimientos científicos habían

predicho la desaparición de las corrientes del Flujo de Fin y de Terhathum. Tanto si creían en sus visiones como si consideraban que era un truco para engañar a los crédulos o un síntoma de inestabilidad mental, ahora tenían motivos para pensar que estaba sucediendo algo. Así que acudían a Brighton, algunos para venerarla, otros para rezar, y aun otros porque, si bien no querían entrar en una iglesia, sentían la necesidad de estar en algún lugar durante esos momentos de profunda intranquilidad teológica.

La emperox, sin embargo, no se encontraba en Brighton, sino en Xi'an, en el gigantesco hábitat imperial suspendido sobre el planeta Central y la ciudad de Subcentral. Algunos sugerían que estaba en comunión con su antepasada Rachela, la otra profetisa emperox, planeando el siguiente paso, el siguiente anuncio, para salvar a su pueblo y su imperio.

Y los que así pensaban no iban desencaminados del todo.

La arzobispa Korbijn no podía decir que estuviera muy emocionada por recibir a su siguiente visita, pero a estas alturas no podía hacer demasiado para evitarlo. De manera que lord Teran Assan entró en su despacho en el complejo de la catedral de Xi'an.

—Bienvenido, lord Assan —dijo Korbijn con lo que esperaba que fuera la educación suficiente.

Assan inclinó levemente la cabeza y paseó la mirada en derredor, apreciando el despacho privado de Korbijn, inmenso y decorado con un gusto exquisito.

—Estoy impresionado —comentó lord Assan.

—Gracias. Soy la jefa de la Iglesia.

Assan asintió.

—De una Iglesia que no destaca por su humildad.

—Nos fundó el vástago de una familia de comerciantes que luego se convirtió en la emperox de una civilización interestelar. Así que no, la verdad.

—Hablando de vástagos de familias de comerciantes que se convierten en emperox, supongo que ya se ha enterado de que Grayland II va a dirigirse al

parlamento.

—Sí —respondió Korbijn.

—Se especula con la posibilidad de que aproveche la ocasión para declarar la ley marcial, en vista de que se ha cumplido lo que predijo su científico mascota sobre la desaparición de la corriente del Flujo de Terhathum y que el pánico ha cundido entre la población.

—Yo no lo llamaría pánico aún.

Assan ladeó la cabeza y sonrió.

—¿En serio?

—En serio —afirmó Korbijn—. La gente está inquieta y asustada, sí. Pero no se ha puesto a quemar cosas.

—Todavía.

—Y espero que nunca. Los incendios en hábitats cerrados siempre son un problema.

Assan sacudió la cabeza en dirección a la ventana. En el jardín de la catedral de Xi'an se había congregado una multitud.

—Su negocio está prosperando en este momento de crisis.

—¿Quería verme por algo, lord Teran?

—¿Qué hará la Iglesia si la emperox declara la ley marcial?

—¿Para eso ha venido a verme?

—En parte —respondió Assan—. Como representante de los gremios en el comité ejecutivo, he recibido un aluvión de llamadas y de correspondencia de casas nobles y de representantes de los gremios para expresarme su preocupación. Sé que mis homólogos en el parlamento han recibido la misma clase de comunicaciones de sus electores. Pero su electorado no son personas, arzobispa. Es la propia Iglesia.

—Habla como si no tuviéramos feligreses, lord Teran.

Assan volvió a señalar la multitud del otro lado de la ventana.

—Ahora más que nunca.

—Lo que quiero decir es que no estoy de acuerdo con su afirmación.

—Como quiera, pero todavía no ha respondido mi pregunta.

—No lo he pensado —dijo Korbijn—. Y no lo he hecho porque es literalmente la primera noticia que tengo sobre esa cuestión. No suelo dedicar

mis energías a considerar hipótesis. Yo misma podría preguntarle qué haría usted si Grayland anunciara que va a abolir el desayuno.

—Estoy a favor del desayuno.

Korbijn lanzó los brazos al cielo.

—No entiende lo que quiero decir.

—Entiendo lo que quiere decir —le aseguró Assan—. Pero me atrevería a afirmar que usted no entiende lo que yo quiero decir. No estoy planteándole una hipótesis tomada al azar, como la prohibición de una de las comidas del día. La emperox se dirigió a la Iglesia en su calidad de líder de la misma y anunció que estaba teniendo visiones, algo que no se había oído en mil años, y la obligó a usted, como Iglesia, a seguirle el juego. —Agitó una mano en dirección a la gente reunida en la catedral—. Un juego que, debo reconocer, ha sabido jugar muy bien. La gente aterrorizada no para de inundar las iglesias y las catedrales, y de un día para otro, la institución que usted representa, arzobispa, ha aumentado considerablemente su poder. Pero es un poder que ha tomado prestado de la emperox, quien lo ha cosechado con el bulo de las visiones.

—¿Qué está sugiriendo?

—No estoy sugiriendo nada. Lo diré alto y claro: esto es un golpe de Estado, contra usted, concretamente, arzobispa. La emperox ha utilizado la desaparición del Flujo para arrogarse el poder de la Iglesia. Y lo ha hecho tan bien que da la impresión de que usted todavía no se ha dado cuenta. A menos que lo haya hecho y esté de acuerdo con ello.

Korbijn abrió la boca para responder, pero Assan continuó:

—Y ahora la emperox quiere dirigirse al parlamento, justo después de la desaparición de la corriente del Flujo de Terhathum, cuando la gente está asustada, es vulnerable y necesita que la tranquilicen, cuando es políticamente manipulable. Teniendo en cuenta todo esto, ¿considera que mi pregunta sobre la posibilidad de que la emperox declare la ley marcial le parece una hipótesis tomada al azar?

—No —respondió Korbijn tras meditarlo.

—Entonces, volvamos a mi pregunta.

—Pero tampoco me parece probable que lo haga —añadió Korbijn,

haciendo oídos sordos a la propuesta de Assan—. Trabajo con esta emperox desde que accedió al trono. La conocía antes de que se convirtiera en la emperox. Grayland puede ser muchas cosas, lord Teran, no todas ellas deseables en un emperox, pero no tiene ninguna ambición de poder.

—¿Y si estuviera equivocada con ella?

—¿Y si estuviera equivocado usted? —Esta vez fue Korbijn quien señaló la multitud de fuera—. Su teoría sobre el golpe de Estado de Grayland contra la Iglesia Interdependiente no tiene en cuenta el hecho de que no ha intentado ejercer control alguno sobre la Iglesia ni antes ni después de dirigirse a los obispos. No es ella la que está en este despacho tomando decisiones sobre políticas, prácticas y doctrina. Soy yo. No es ella la que asigna iglesias a los sacerdotes. Es el obispo Carnick. No es ella la que administra nuestros servicios sociales. Es el obispo Ormill... De momento.

—¿De momento?

—Está considerando renunciar. Una repentina crisis de fe, según dice. Pero quienquiera que sea su sustituto, no será elegido por la emperox. Eso es lo que quiero que entienda, lord Teran. Para que exista un golpe de Estado, el poder tiene que cambiar de manos.

—Si usted lo dice, arzobispa. Creo que ya he obtenido su respuesta. Gracias.

—Assan hizo una breve reverencia y salió de la misma manera abrupta como había entrado, lanzando también una mirada al despacho.

Korbijn permaneció de pie unos instantes, preguntándose qué acababa de ocurrir, y luego se sentó a su escritorio. Estaba inquieta. Llamó a su secretario, Ubes Ici.

Ubes apareció en la puerta casi al instante.

—¿Sí, eminencia?

—Prepara una reunión con mis asesores para esta tarde —dijo Korbijn—. A las siete en punto. Diles a los obispos que cancelen los planes que tuvieran.

—¿Quiere que les informe de cuál será el asunto que se tratará en la reunión?

—Necesito su consejo. Sobre la emperox.

Dio la impresión de que Ici iba a pedirle más detalles, pero, al parecer, lo

pensó mejor.

—De acuerdo, eminencia —dijo al fin.

—Organice la cena y prepare refrigerios. Será una reunión larga.

—¿Cómo se ha tomado la arzobispa Korbijn tus insinuaciones de que están utilizándola? —preguntó Jasin Wu.

—Las ha rechazado, naturalmente —respondió Assan—. Pero el objetivo no era que estuviera de acuerdo conmigo, sino plantar la semilla de la duda. Y ya tiene dudas, por supuesto. Alguien de su posición no puede permitirse que una emperox advenediza vaya por ahí soltando tonterías sobre profecías. Supone una amenaza para su poder y su influencia personales.

Jasin gruñó. Se encontraban en su despacho de la Torre de los Gremios de Subcentral, una habitación diáfana y que rezumaba poder, como no podía ser de otra manera dada la posición de Jasin en el consejo de administración de la Casa de Wu. Ambos sostenían un vaso con whisky, que, en opinión de Assan, era un cliché del poder al nivel del vasto despacho en el que estaban.

—Cuando llegue el momento, necesitaré a Korbijn como aliada.

—Lo sé, Jasin.

—Bien, porque tengo la impresión de que ese momento llegará más pronto que tarde.

—¿Por la desaparición de la corriente del Flujo de Terhathum?

—Porque sólo ha sido la primera. Bueno, la segunda —se corrigió Jasin—. Pero las demás también desaparecerán, y tenemos que estar preparados antes de que la cifra aumente demasiado.

—Preparados para tu golpe de Estado.

Jasin torció el gesto.

—Joder, Teran, no digas esas palabras en voz alta.

—Llámalo como te apetezca, Jasin, tú y yo sabemos que es necesario. Por eso moviste los hilos para colocarme en el comité ejecutivo. Quieres que el resto de los miembros te apoyen.

Jasin lo miró de soslayo.

—Se comenta que no eres muy popular en el comité. La palabra

«gilipollas» se asocia a ti con mucha frecuencia.

—Sólo soy yo mismo.

—Es verdad que siempre has sido un poco gilipollas, dicho sea sin ánimo de ofender.

—No sufras. Es absurdo fingir ser quien no soy. Los miembros del comité no son idiotas. Se darían cuenta enseguida. Así que soy un gilipollas, pero uno con las ideas claras, y eso no pueden negarlo, por mucho que me desprecien.

—A eso lo llamo yo ser optimista.

—Está funcionando.

—Esperemos que sea así. —Jasin tomó un sorbo de whisky—. Nadashe Nohamapetan sigue viva.

—Eso he oído.

Jasin miró por el rabillo del ojo a Teran.

—¿Sigue viva porque le contaste a Deran que planeaba hacer que la asesinaran?

—No —respondió Assan, ofendido—. Sigue viva porque el despacho de Deran está tres plantas más abajo y es increíble la incapacidad de la Casa de Wu de mantener en secreto la información.

—Yo te di a entender que planeaba algo.

—Y yo no se lo he contado a nadie. Sabes que hablo con Deran, y él sabe que hablo contigo. La diferencia es que Deran cree que soy su agente doble, cuando en realidad soy tu agente doble. Y, como tal, permíteme decirte que me alegro de que tu plan haya fracasado.

—Nadashe Nohamapetan es peligrosa.

—Sí, lo sé. Pero ella y su familia pueden ser tus enemigos o tus aliados. La Casa de Nohamapetan ha caído en desgracia, pero conserva su poder. Todavía tiene amigos poderosos. Y para lo que te propones hacer vas a necesitar todos los amigos que puedas conseguir.

—Ojalá hubiera visto su cara cuando le dijiste que no fuiste tú quien me habló de su plan para matar a Nadashe —dijo Deran Wu media hora después, en su despacho. Este era ligeramente más pequeño que el de Jasin, pero tal vez su decoración fuera más suntuosa, y su whisky era mejor.

—Bueno, las cosas son así —dijo Assan—. Tú sabes que hablo con Jasin y él sabe que hablo contigo. La diferencia es que Jasin cree que soy su agente doble, cuando en realidad soy el tuyo. Y, como tal, permíteme decirte que ahora mismo deberías andarte con ojo con los Nohamapetan.

—¿Por qué? Precisamente ahora tengo a Nadashe de mi parte. Hablará bien de mí a su familia a través de su abogado. En contraprestación, yo utilizaré nuestros contactos en el poder judicial y en los cuerpos de seguridad para alterar las pruebas que la inculpan.

—Para eso tendrás obligatoriamente que culpar de todo a Amit.

—¿Y?

—Y todo el mundo sabe que Amit era el hijo favorito de la condesa. Así que deshonorar su memoria para liberar a quien la condesa sabe que es la responsable de su muerte, aunque también sea su hija, tal vez no sea la jugada ganadora que tú piensas.

Deran frunció el ceño.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Sabía que lo harías.

—¿Tienes un plan alternativo?

Assan sonrió.

—Depende de hasta dónde estés dispuesto a llegar para convertirte en emperox.

—Así que está enfrentando a los primos Wu —dijo Tinda Louentintu, que era la de directora de personal de la condesa Nohamapetan. Estaban en la suite imperial del RacheLine, el hotel más exclusivo y seguro de Subcentral. Prefería hablar allí que en las oficinas de la Casa de Nohamapetan, donde había alguien que no era de fiar, un asunto que habría que resolver en breve. El RacheLine era un lugar espléndido, la suite imperial estaba amueblada y decorada con elegancia, y el whisky, que Assan se cuidó de beber poco a poco y a pequeños sorbos, puesto que ya tenía mucho alcohol en el cuerpo, era excelente.

—No estoy enfrentándolos exactamente —repuso Assan—. Dejo que piensen que están utilizándome para espiarse el uno al otro mientras decido a quién apoyaré en última instancia en su carrera por convertirse en emperox.

—Podría salir mal parado si confrontan la información que les da — señaló Louentintu.

—Para que hagan eso deberían dejar de odiarse durante más de quince segundos seguidos. Mi familia mantiene una estrecha relación con los Wu desde hace muchas generaciones. Tengo la edad de Jasin y de Deran y crecí con ellos aquí, en Subcentral. Ninguna otra persona externa a la familia los conoce mejor que yo. Ninguno de los dos corre el riesgo de sentir un afecto repentino por el otro.

—¿Cree que le servirá de algo mantener ese enfrentamiento?

—Lo pregunta como si fuera culpa mía —respondió Teran—. En mi familia hay un dicho: Nadie odia tanto a un Wu como otro Wu. Ya es un milagro cuando los miembros del consejo de administración se ponen de acuerdo en lo que van a comer, así que imagínese en este asunto. No estoy enfrentando a Jasin y a Deran. Pero tampoco pienso desaprovechar su desencuentro.

Louentintu asintió.

—Por eso está aquí, lord Teran.

—Sí. Debe saber que, pase lo que pase, Grayland no va a continuar como emperox. Si de verdad está teniendo visiones, eso significa que es una persona inestable. Si las visiones son una mentira, entonces está jugando a un juego en un momento de crisis que en parte ha provocado ella. Por el bien de la Interdependencia, tiene que marcharse.

—Si usted lo dice.

—Ah, pero no soy yo quien lo dice —repuso Assan—. En todo caso no soy el único. El resto de las familias están nerviosas por estas alteraciones en el Flujo y por lo que Grayland podría hacer, utilizando eso como excusa, en relación con sus negocios y monopolios. El parlamento está convencido de que Grayland está a punto de declarar la ley marcial. Ni siquiera la Iglesia sabe qué hacer con Grayland ahora que está imitando a Rachela. Se avecinan cambios. Eso es obvio. Y creo que todo el mundo está de acuerdo en que, cuando lleguen esos cambios, lo principal será tener estabilidad en el trono imperial.

—La Casa de Nohamapetan ya se ha rebelado una vez contra la emperox

—le recordó Louentintu—. No fue beneficioso para nuestros intereses.

Assan negó con la cabeza.

—No. Discúlpeme, ministra Louentintu, pero la Casa de Nohamapetan no se ha rebelado contra la emperox. Lo hizo uno de sus miembros. Y si bien ese miembro actuó de un modo nada inteligente, no es menos cierto que tenían una queja legítima. La casa imperial había estado de acuerdo en que el siguiente emperox se casara con un Nohamapetan. Pero entonces la emperox rompió el trato. No debería haberlo hecho. Es un error que debería corregirse. Y que puede corregirse.

Louentintu enarcó las cejas.

—Es decir —continuó Assan—, siempre y cuando la Casa de Nohamapetan acepte que el acuerdo se lleve a cabo con uno de los dos primos Wu que ambicionan el trono y lo apoye con sus propios recursos y los de sus amigos.

—¿Cuándo?

—Pronto, creo. El científico de la emperox nos ha dado un calendario.

—¿Y qué saca usted de eso? —preguntó, incorporándose en el sofá, la tercera persona que se encontraba en la suite imperial, que hasta ese momento había permanecido callada.

—¿Qué quiere decir, señora? —inquirió Assan.

—Lo que quiero decir, lord Teran, es que no soy estúpida —respondió la condesa de Nohamapetan—. Sé por qué Jasin y Deran están metidos en esto: un miembro de la familia Wu debe ser el emperox y los dos son lo suficientemente necios como para desear ocupar el cargo, incluso en este momento, cuando da la impresión de que el imperio se desmorona. Y ha quedado claro cuál considera usted que debería ser nuestro interés, puesto que está sugiriendo abiertamente una unión política entre nuestra casa y el Wu que consiga su objetivo. Lo que quiero saber es qué interés tiene usted en esto. Ya es director general de la Casa de Assan y está en el comité ejecutivo. Ya es un noble. Ha llegado a la cima del poder. ¿Qué más quiere?

Assan sonrió.

—No lo hago por mí —respondió. Sacó la tableta y abrió un archivo de imagen. Dos niños pequeños sonreían al fotógrafo que capturaba la escena.

Assan se la mostró a la condesa.

—Qué tierno —dijo esta—. Pero ¿por qué son relevantes sus hijos?

—Son relevantes porque uno de ellos se casará con el vástago del próximo emperox.

Una inescrutable serie de emociones cruzó el rostro de la condesa mientras procesaba esas palabras.

—Pensar en un futuro tan lejano deja claro que es usted ambicioso, lord Teran. Teniendo en cuenta que nuestra civilización está abocada a un abrupto final...

—No toda. Sólo una gran parte. Aún queda Fin, con cuyo control está intentando hacerse su hijo Ghreni, y adonde Nadashe envió una nave llena de marines con el fin de ayudarlo. Es el único lugar en toda la Interdependencia donde los humanos podrán vivir. Sus hijos pretendían apoderarse de él y convertir a la Casa de Nohamapetan en la nueva casa imperial. Bueno, los planes no les salieron como esperaban. Así que ha llegado el momento de retomar el plan A: casarse con un emperox. Yo la ayudaré a conseguirlo.

—¿Y lo único que quiere a cambio es el trono?

—Sí. A la larga. Primero puede disfrutarlo su familia. Que es lo que desea, ¿verdad, señora?

Assan vio que la condesa de Nohamapetan desviaba la mirada hacia su directora de personal, quien asintió de una manera casi imperceptible. Luego miró de nuevo a Assan.

—Explíquenos con más detalle su plan, lord Teran.

—¿Quiere que empiece diciéndole qué Wu prefiero, señora? ¿Si a Jasin o a Deran?

Siete

Kiva Lagos estaba recibiendo un satisfactorio servicio oral cuando sonó su tableta. Volvió la vista hacia ella y vio que era Bunton Salaanadon, su secretario. Kiva pensó no responder, porque estaba ocupada y porque le había dicho a Salaanadon que no la molestaran a menos que el mundo estuviera ardiendo en llamas. Pero entonces, porque existía la posibilidad de que el mundo estuviera ardiendo en llamas, y también porque el servicio oral sólo estaba siendo satisfactorio, nada espectacular que requiriera toda su atención, cogió la tableta y contestó sin encender la cámara.

—¿Está quemándose el mundo? —preguntó. A sus pies, su amante levantó la cabeza con una expresión de desconcierto y miró a Kiva de una manera que esta interpretó como «¿debo parar?». Kiva le hizo un gesto con la mano para que siguiera y su amante obedeció.

—Depende de la consideración que le merezca una citación imperial, señora —respondió Salaanadon.

—¿Cómo? Explíquese.

—La condesa de Nohamapetan ha solicitado, y se le ha concedido, una audiencia prioritaria con la emperox para tratar la disposición de las actividades locales de los negocios de su familia. En concreto ha pedido que se la destituya a usted de su cargo. Supongo que la emperox ha considerado que sería justo que usted tuviera la oportunidad de expresar su opinión al respecto, lady Kiva.

—¿Cuándo será la audiencia?

—Dentro de dos horas, señora.

—Entonces necesitaré un medio de transporte.

—Ya lo he organizado todo para que la recojan en su apartamento y le he reservado un asiento preferente en el transbordador de Xi'an. Puesto que acude a una citación imperial, se le concederá la prioridad y los permisos necesarios. Una escolta imperial estará esperándola cuando llegue, y ya he rellenado todos los documentos para que no la entretengan en los controles de seguridad.

—No quiero armas a mi alrededor, ¿de acuerdo?

—Sí. A mí también me parece lo más aconsejable, señora —dijo Salaanadon. Kiva nunca estaba segura de si su secretario advertía cuándo estaba siendo sarcástica y cuándo no, y supuso que Salaanadon había elegido tomarse siempre todo en serio como forma de vida.

—¿Estaremos sólo las tres?

—¿En la audiencia? Tengo entendido que la condesa asistirá con su abogada, la señora Fundapellonan. La conoció el otro día, si no recuerdo mal.

—Sí, ya nos conocemos —dijo Kiva.

—¿Quiere que le envíe a uno de nuestros abogados para que la acompañe en la reunión?

—Ya me encargo yo —respondió Kiva—. Usted asegúrese de que mi archivo de «recibos» esté actualizado. Es posible que lo necesite.

—De acuerdo, señora.

—¿Cuándo me recogerá el coche?

—Estará en su apartamento dentro de quince minutos. A menos que lo quiera antes.

—No, así me va bien —dijo Kiva. Terminó la llamada y volvió a concentrarse en el satisfactorio servicio oral que estaba recibiendo.

—Deberías mirar los mensajes —le dijo a su amante después de correrse.

—¿Por qué? —preguntó Senia Fundapellonan.

—Ya lo verás. —Kiva fue al cuarto de baño para quitarse el olor a sexo.

—Podrías habérmelo dicho cuando recibiste la llamada —le recriminó Fundapellonan cuando Kiva regresó del baño, ya sin la evidencia olfativa de

haber recibido un servicio satisfactorio.

—Estabas ocupada.

—Esto es ligeramente más importante —dijo Fundapellonan, agitando la tableta en dirección a Kiva.

—Eso es opinable —repuso Kiva—. De todos modos, no vas a llegar tarde por culpa de eso.

—Tengo que pedir un taxi para que me lleve al aeropuerto y luego coger un transbordador.

—Pues ven conmigo.

—¿No crees que dará una mala impresión que suba contigo a un coche que pasa a recogerte por tu casa?

Kiva se encogió de hombros.

—Como si la condesa no supiera ya que nos acostamos.

Fundapellonan se la quedó mirando con los ojos como platos.

—¿Cómo?

—Supongo que te comentó mi debilidad por el sexo y que deberías liarte conmigo a ver si te decía algo útil mientras follábamos.

—¿De verdad crees que eso es lo que está pasando aquí? —preguntó Fundapellonan.

—¿No lo es?

—Bueno, sí. Pero en principio no tenías que saberlo.

—Que me guste follar no significa que sea idiota —dijo Kiva.

—Si ya sabías que estaba preparado, ¿por qué...?

—¿Me he enrollado contigo?

—Sí —respondió la abogada.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Porque no era algo sincero?

Kiva la miró con incredulidad.

—Tú no sales mucho, ¿verdad?

—¿Doy esa impresión? —preguntó Fundapellonan, ligeramente atolondrada.

—¡Sólo es sexo, por el amor de Dios! —exclamó Kiva—. Yo no iba a proponerte que nos acostáramos. Te ofreciste tú, y eres mona...

—Gracias —dijo secamente Fundapellonan.

—... y no he follado mucho desde que Marce Claremont me cambió por la emperox. Y no tenía pensado decirte nada sobre mis negocios.

—Querrás decir sobre nuestros negocios.

—Bueno, de eso va la reunión de hoy —dijo Kiva—. Lo que quiero decir es que me parecía que era una oportunidad de tener sexo sin correr ningún riesgo.

—No sé cómo tomarme eso —dijo Fundapellonan.

—No puedes quejarte de que tú no hayas recibido nada a cambio.

Fundapellonan sonrió.

—Eso es verdad. —Hizo una pausa—. Es la primera vez que hago una cosa así.

—¿Acostarte con alguien porque te lo pide tu cliente?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Casi todo bien.

—Bueno, perfecto —dijo Kiva, y le dio una palmada en la espalda—. Porque estoy a punto de joderte otra vez, esta vez delante de la emperox.

La condesa de Nohamapetan era sin duda una persona que exigía para sí toda la parafernalia protocolaria, así que la audiencia con la emperox se celebró en el más formal salón de audiencias. La estancia era tan vasta que seguramente podría aterrizar en ella un transbordador, aunque Kiva imaginó que, teniendo en cuenta quién había solicitado esta pequeña farsa de audiencia y quién la concedía, ninguno de sus participantes apreciaría sus ocurrencias sobre un transbordador.

Kiva miró de soslayo a la condesa de Nohamapetan y la dejó bastante fría. La noble iba vestida de una manera demasiado elegante y ostentosa para esta emperox en particular. Grayland sólo se había engalanado una vez en la vida, el día de su coronación. Aquella jornada, puesto que durante la ceremonia sufrió un atentado con bombas en el que murió su mejor amiga, no fue un momento memorable en la historia de la moda. Los asesores de la

condesa podrían haberla advertido de que Grayland prefería un estilo más sencillo; quizá lo hicieron y la condesa no les había hecho caso, así que allí estaba ella, como una granada que hubiera explotado en el interior de un cajón lleno de cintas metálicas.

Kiva iba vestida de una manera más discreta, con un traje formal negro y dorado de comerciante y un colgante que exhibía los colores de la Casa de Lagos: rojo, amarillo, azul claro y azul oscuro. Kiva pensaba que el maldito traje la hacía parecer una camarera o una criada, pero no podía elegir cómo vestir para asistir a una audiencia con la emperox, así que se aguantaba.

La emperox había optado por un traje más parecido al de Kiva que a la monstruosidad que llevaba puesta la condesa, exquisitamente confeccionado a medida (porque no podría ser de otra manera, ¿no?), del color verde oscuro imperial que, por el tono de su piel, en principio no debería haberle sentado bien a Grayland, pero que de todos modos la favorecía. Quizá el hecho de ser emperox implicaba que todo te quedaba bien. Una ventaja envidiable de un trabajo que era, por lo demás, una mierda.

Kiva, la condesa y Senia Fundapellonan, que llevaba puesto el mismo traje discreto que Kiva le había quitado esa misma mañana, aguardaban de pie frente al estrado sobre el que estaba instalado el trono de Grayland. Ni el estrado ni el trono eran especialmente ridículos; es decir, no desentonaban en el salón, pero su estilo estaba en consonancia con el gusto de Grayland.

Una puerta que había detrás del estrado, a una distancia considerable, se abrió y la emperox entró en el salón. Lo hizo sin la compañía de consejeros, cosa que Kiva empezaba a sospechar que era una costumbre que estaba imponiéndose. Aceptó las sencillas reverencias y las manos ofrecidas por Kiva y Fundapellonan y una aparatosa reverencia cortesana, o lo que cojones fuera aquello, de la condesa. Luego subió al estrado, se sentó en el trono y sonrió.

—Estamos preparada para escucharla, querida condesa de Nohamapetan —declaró.

Kiva reparó en el uso del plural mayestático. Era la primera vez que oía a Grayland emplearlo; las otras veces que la había visto siempre había hablado en singular. Bueno, hay que recordar que la última vez que vio a Grayland, la

emperox estaba sufriendo el ataque de naves espaciales, así que cabía la posibilidad de que estuviera un poco fuera de sí.

La condesa repitió la reverencia cortesana o lo que cojones fuera aquello.

—Permitidme, majestad, que comience garantizándoos la lealtad incondicional de la Casa de Nohamapetan. Soy consciente, como casa somos conscientes, de que tiene razones de peso para dudar de la sinceridad de dicha lealtad. Sé que la única manera de recuperar vuestra confianza es ganándonosla de nuevo, poco a poco y con dificultad. Esa es la misión que se ha impuesto mi familia. Y como primer pequeño paso para lograr ese objetivo, me comprometo a que todos los beneficios que los Nohamapetan obtengan este año en este sistema se donen a la Fundación Naffa Dolg.

Kiva estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva al oír esa burrada. En primer lugar, la condesa sabía perfectamente que no podía comprometer esos beneficios, pues ella era quien tenía el control sobre los mismos y la última palabra a la hora de decidir en qué se utilizaban. Dado que Kiva administraba los negocios locales de los Nohamapetan, todos los ingresos se habían depositado en unas cuentas bancarias que Kiva había puesto a disposición del Ministerio de Hacienda, con la idea de que estuvieran sujetas a una especie de auditoría permanente. La condesa sólo podría hacer lo que quisiera con los ingresos sin necesidad de contar con el consentimiento de Kiva si la emperox le devolvía el control de las operaciones locales. Y la condesa sabía eso tan bien como ella. Por lo tanto, se encontraba ante una jugada directa para deshacerse de Kiva o ante un intento de convertirla en el pelele del día, cosa que también sería una jugada directa para librarse de ella.

En segundo lugar, Naffa Dolg, la mejor amiga de la infancia de la emperox y su primera jefa de personal, había sido asesinada el día de la coronación de Grayland por una bomba que casi con absoluta certeza, aunque todavía no se había demostrado, había puesto algún gilipollas a sueldo de los hermanos Nohamapetan, los hijos gilipollas de esta condesa gilipollas. Tanto si la condesa sabía algo sobre el atentado en el momento en que se produjo como si no, la verdad era que ahora conocía los detalles. De la misma manera que sabía que la bomba se había puesto para matar a Grayland.

De manera que la condesa de Nohamapetan estaba diciéndole a la emperox algo así como: «Estoy demostrando mi lealtad donando un dinero que no tengo a la fundación en memoria de vuestra amiga, a la que mis hijos mataron accidentalmente cuando intentaban asesinaros a vos».

Lo que a Kiva le pareció una manera la mar de interesante de tratar de ganarse el favor de la emperox.

O la condesa era ridículamente inconsciente del insulto que estaba dirigiendo a Grayland, o estaba desafiándola a que reaccionara de alguna manera. Kiva recordó a los Nadashe y Ghreni Nohamapetan que había conocido en la universidad y dudó que la condesa fuera tan inconsciente de lo que estaba haciendo. Tal vez pareciera una gallina vestida con lentejuelas, pero no era estúpida.

Así que tenía que tratarse de alguna especie de prueba a la que la condesa pensaba que estaba sometiendo a la emperox para comprobar, tal vez, si Grayland se daba cuenta de sus intenciones. O para ver cómo reaccionaba a lo que era en toda regla una bofetada en la cara a ella y a su querida amiga. O quizá la condesa sólo quería averiguar qué podía sacar y qué era lo que la emperox estaría dispuesta a aceptar a cambio. O tal vez sólo pensaba que Grayland era una idiota integral.

Kiva miró por el rabillo del ojo a Fundapellonan, cuya cara tenía una plácida expresión indescifrable, y se preguntó si su más reciente amante había sugerido esa estrategia a la condesa. Lo dudaba. Fundapellonan no parecía tener las agallas necesarias para proponer algo así. Kiva miró de nuevo a Grayland, que había escuchado en silencio a la condesa y estaba procesando sus palabras.

«Vamos —pensó Kiva—, pídemme mi puta opinión.»

—Su ofrecimiento nos conmueve, condesa —dijo Grayland al fin—. Es un reflejo de la calidad de su alma, y nos alegra conocerla.

Y entonces, después de esa obra maestra de la retórica para hacer sonar como un cumplido lo que en realidad significaba «vale, zorra, ya me doy cuenta de cómo eres», la emperox miró a Kiva.

—Nos gustaría saber qué piensa lady Kiva, como administradora de la condesa en el sistema, acerca de su extraordinario ofrecimiento.

«Ahora verás», pensó Kiva, y respondió:

—No hay duda de que la condesa tiene las mejores intenciones, majestad, pero lamento decir que este año los beneficios en el sistema serán casi inexistentes.

Grayland arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso posible, lady Kiva?

—Fraude a gran escala, majestad. Encargué una auditoría cuando me pedisteis que supervisara los negocios en el sistema de los Nohamapetan y hemos descubierto unas discrepancias sustanciales en los libros de cuentas que afectarán a los ingresos y los beneficios. Aún no hemos concluido la auditoría. Tardaremos meses en obtener los resultados definitivos, y mientras tanto tenemos que hacer frente a las compensaciones a los clientes y a las multas y las sanciones que nos impondrá el Ministerio de Hacienda.

—Esas son muy malas noticias —dijo Grayland.

—Si lo deseáis, puedo haceros llegar un informe completo, majestad —dijo solícitamente Kiva—. Ya hemos enviado uno al ministerio.

—Gracias, lady Kiva. Nos gustaría mucho tenerlo.

—Y, si me lo permitís —añadió Kiva—, me gustaría proponer una solución para este desgraciado problema.

—La escuchamos.

—Estoy segura de que la condesa no tenía la intención de no daros nada cuando os ha ofrecido los beneficios de este año. Sus contables fueron engañados y se les ocultaron cosas, y, puesto que ella acaba de llegar al sistema, no he tenido la ocasión de ponerla al corriente ni tampoco a sus empleados del aspecto financiero de los negocios locales. Casi con toda seguridad se trata de un inocente error. Además, dicha sea la verdad, si el fraude no hubiera sido tan endémico ni extenso, la Casa de Nohamapetan estaría teniendo un año fabuloso, desde el punto de vista de los beneficios.

—¿Qué sugiere, lady Kiva? —preguntó Grayland.

—Una cosa muy sencilla, majestad: ordenaré a mis contables que calculen el importe de los beneficios locales que habríamos obtenido en los últimos doce meses de no haber sufrido estos casos de fraude, así la condesa podrá donar a la Fundación Naffa Dolg dicho importe a través de los fondos

globales de la Casa de Nohamapetan. Todo el mundo saldrá ganando.

Grayland asintió y miró de nuevo a la condesa Nohamapetan.

—Si la condesa acepta esta pequeña enmienda a su generosa oferta, como estamos seguras que así será, aceptaremos gustosamente su caritativo gesto.

«¡Chúpate esa, bruja hipócrita!», pensó Kiva. La condesa creía que estaba poniendo a prueba a Grayland y resultaba ser que era ella la que se había llevado una lección. La emperox había recogido esa bofetada en forma de regalo y le había dado la vuelta para estampársela en la cara a la condesa.

La matriarca de los Nohamapetan se concedió un par de segundos para pestañear con incredulidad.

—Por supuesto, majestad. Así se hará —respondió la condesa.

—Fantástico. —Grayland miró a Kiva—. ¿Cuándo tendremos el placer de recibir la información sobre ese importe, lady Kiva?

—Os lo puedo enviar mañana, majestad.

—Entonces esperaremos. —Se volvió hacia la condesa—. Supongo que la Fundación Naffa Dolg recibirá su donativo de manera casi inmediata, ¿no? ¿Digamos a lo largo de la semana?

—Por supuesto —respondió la condesa.

Grayland asintió.

—Tiene mucha suerte de contar con lady Kiva como administradora, condesa Nohamapetan. Aparte de su inteligente solución para este problema menor, debe suponer un gran alivio para usted que haya descubierto el fraude y la corrupción generalizados que había en su compañía.

—Ciertamente —dijo la condesa, sin mirar en ningún momento a Kiva.

—Habría sido una desgracia que esas prácticas se hubieran extendido al conjunto del conglomerado de empresas de la Casa de Nohamapetan — continuó Grayland—. De ser así, el Ministerio de Hacienda y el de Justicia tendrían que intervenir. —Lanzó una mirada a Kiva—. Pero usted no cree que haya ocurrido eso, ¿verdad?

—Todavía no, majestad —respondió Kiva—. Pero, naturalmente, nuestra investigación no ha concluido aún.

—¿Cuánto tiempo más piensa que durará, lady Kiva?

—Dada la complejidad de las fuentes de ingresos y de los libros de

contabilidad de la Casa de Nohamapetan y la sofisticación del fraude, calculo que unos cuantos meses más.

—Unos cuantos meses más —repitió Grayland, poniendo el énfasis en la palabra «meses».

—Como mínimo —añadió Kiva.

Grayland devolvió la atención a la condesa de Nohamapetan.

—No tengo ninguna duda de que dispensaré a su administradora todas las atenciones y la cooperación necesarias mientras evalúa el alcance de los problemas de su compañía en el sistema de Central, condesa.

—Por supuesto, majestad, pero...

—¿Sí, condesa?

—... si bien lady Kiva ha demostrado tener una extraordinaria perspicacia...

—La condesa es muy amable dedicándome ese cumplido —la interrumpió por sorpresa Kiva—. No obstante, debo confesar que mi perspicacia ha tenido un papel irrelevante en esto. Sólo hacían falta unos ojos nuevos para descubrir todos estos deslices.

—¿Se refiere a alguien externo, lady Kiva? —preguntó Grayland.

—Sí, tal vez sólo era necesario eso —respondió Kiva.

Grayland golpeó suavemente los brazos del trono con las manos abiertas.

—En ese caso, creemos que lo mejor será que esos ojos externos continúen investigando las irregularidades en los negocios de los Nohamapetan en el sistema y ayuden a enderezar esa rama de tan ilustre casa. Y, naturalmente, como administradora, lady Kiva, mantendrá un contacto permanente y directo con la condesa para informarla de todos sus descubrimientos, de la misma manera que nos informará a nos.

—Por supuesto, majestad —dijo Kiva.

—La Casa de Nohamapetan es muy importante para nos, lady Kiva —añadió Grayland—. Tiene usted una gran responsabilidad, tanto con ella como con esta emperox.

—Comprendo —repuso Kiva. Lanzó una mirada a la condesa, quien, todo sea dicho, contenía su ira de un modo admirable.

—Ahora, condesa, tratemos el asunto de su hija —declaró Grayland.

—¿Majestad? —exclamó la condesa de Nohamapetan, absolutamente sorprendida.

—Teníamos entendido que era esa la razón de su visita —dijo Grayland.

—De hecho, majestad, hemos venido para hablar sobre el asunto de lady Kiva...

—Bueno, eso ya está resuelto, ¿no? Y en cuanto a su hija, tenemos interés en hablar con usted. Si desea escucharnos.

Kiva advirtió que la condesa confrontaba fugazmente y de una manera casi imperceptible su deseo de retomar el asunto de apartar de su compañía a lady Kiva con la posibilidad de enojar a la emperox, que estaba en proceso de obligarla a arrastrar su patético culo por todo el salón. Optó por la vía menos valiente.

—Estaré encantada de hablar sobre mi hija, majestad.

—Se acusa a su hija de algunos de los delitos más graves, condesa: asesinato, intento de asesinato y traición. Si es declarada culpable, será condenada a muerte.

La condesa palideció ligeramente.

—Sí, majestad.

—Nos apena profundamente que se encuentre en esta situación, condesa de Nohamapetan. En un momento dado, llegamos a pensar que podría convertirse en nuestra hermana, por vía del matrimonio con nuestro hermano Rennered, que estaba llamado a ser el emperox. Las cosas serían muy diferentes si él hubiera vivido para suceder a nuestro padre.

—Sí, claro —dijo la condesa—. Estoy convencida de ello.

—No podemos decir qué llevó a Nadashe a cometer los delitos de los que se la acusa. Tampoco podemos evitar las consecuencias que tendrán para ella. Debe ser juzgada. Y si es declarada culpable, tendrá que recibir el castigo correspondiente. Todos debemos responder ante la ley y la justicia. ¿Lo entiende, verdad, condesa de Nohamapetan?

—Sí —respondió esta, que agachó la cabeza y fijó la vista en el espléndido mosaico del suelo.

Grayland asintió.

—Nadashe debe someterse a la ley y a la justicia, y tiene que ser

castigada —repitió la emperox—. Sin embargo, en señal del amor que mi hermano le profesaba, y en agradecimiento por la lealtad que según usted me debe su familia, podríamos dispensar cierta clemencia.

La condesa levantó la cabeza.

—¿Majestad?

—La vida en vez de la muerte —declaró Grayland—. Si es declarada culpable de alguno de los delitos de los que se la acusa y es sentenciada a muerte, conmutaremos la sentencia por una cadena perpetua. Y cumplirá la pena aquí, en Xi'an, en la cárcel de Agua Silenciosa.

Kiva parpadeó con sorpresa. Agua Silenciosa no era tanto un centro penitenciario como un complejo de vacaciones del que uno no podía salir. Era adonde iban los parlamentarios cuando se descubría que aceptaban sobornos o los contables que malversaban fondos. Era la única cárcel que había en Xi'an, ya que a nadie le hacía gracia la idea de que el emperox compartiera hábitat con criminales reincidentes. Recluir en ella a Nadashe, cuando había asesinado a docenas de personas, incluido su hermano, suponía un premio de la hostia. Ya que estamos, era como si le dieran un helado de cucurucho.

—¿Es aceptable para usted, condesa de Nohamapetan? —preguntó Grayland.

Kiva reparó en que por el rostro de la condesa pasaban toda serie de emociones, algunas de una manera tan fugaz que Kiva no estuvo segura de haberlas visto realmente. Entonces la matriarca de la familia Nohamapetan miró a Grayland y volvió a hacer la reverencia cortesana o lo que cojones fuera aquello.

—Por supuesto, majestad —dijo—. Gracias.

Grayland asintió y se puso en pie.

—Hemos hecho grandes avances hoy —declaró—. Estamos contenta por ello. Y ahora, les ruego que me disculpen, pero tenemos otro compromiso al que llegaremos tarde si no nos marchamos ya. Condesa de Nohamapetan, lady Kiva, señorita Fundapellonan. —Grayland hizo una escueta reverencia, que las otras tres mujeres imitaron y mantuvieron hasta que la emperox salió por la puerta que había detrás del estrado, la misma por la que había entrado.

La puerta se cerró.

—Y tú, ¿qué? ¿Para qué cojones crees que te he traído? —le espetó la condesa de Nohamapetan a Fundapellonan. Esta abrió la boca para responder, pero la condesa ya caminaba como el pavo real más cabreado del mundo hacia la puerta.

—No sé por qué está tan enfadada —comentó Kiva mientras observaba la espalda de la condesa—. Me parecía que había ido bastante bien.

Fundapellonan miró a Kiva con los ojos entornados.

—Era una trampa.

—¿Estás de broma? ¿Tu jefa entra aquí con un plan más que evidente para insultar a Grayland y cuando recibe una patada en el culo te quejas de que era una trampa? —Sacudió la cabeza en dirección a la iracunda condesa, que ya había abandonado el salón—. No ha sido ninguna trampa. Ha sido una carnicería, simple y llanamente. Tu jefa ha cometido el error de presuponer que la emperox era débil y Grayland se la ha metido doblada. Tanto es así que ni siquiera has podido presentar tus argumentos para que me echen como administradora de la compañía.

—Claro, y tú no lo habías preparado de antemano con la emperox.

—La emperox y yo no somos amigas —dijo Kiva—. No hacemos fiestas de pijamas en las que nos peinamos la una a la otra y cotilleamos sobre chicos. Es la segunda vez que la veo en mi vida.

—Mmm.

—No me malinterpretes —continuó Kiva—, pero ha sido un espectáculo cómo ha machacado a tu jefa. No le ha dado la menor oportunidad para que rebatiera mi propuesta. Ni siquiera os ha dado la opción de poner sobre la mesa el argumento del sabotaje. La emperox ha dejado bien clarito que va a vigilar de cerca lo que pase conmigo y con vuestros negocios en Central. Luego le ha restregado en la cara a la condesa el hecho de que su hija sea una asesina y una traidora, y ha conseguido que le dé las gracias por decir que su niñita va a pasar el resto de su vida en la cárcel.

Fundapellonan miró con una expresión extraña a Kiva.

—¿Eso es lo que crees que ha pasado?

—Estaba aquí, de modo que sí, la verdad.

Fundapellonan negó con la cabeza.

—No has entendido nada. Cuando Grayland ha dicho que conmutaría la pena de muerte de Nadashe por la reclusión en Xi'an no estaba siendo clemente. Ni siquiera le ha restregado en la cara a la condesa el hecho de que Nadashe vaya a pasar el resto de su vida en la cárcel. Lo que la emperox ha hecho es dejarle claro a la condesa que Nadashe es su rehén. Aquí mismo, en Xi'an, donde la tiene a mano si alguna vez la condesa vuelve a pasarse de la raya. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta, Kiva? ¿Cómo es posible que no te hayas enterado de que la emperox acaba de convertir a la condesa en su enemiga? La condesa de Nohamapetan nunca olvidará lo que Grayland ha hecho hoy. Y jamás se lo perdonará.

Ocho

Era cierto que Grayland II tenía otro compromiso al que casi llegaba con retraso, aunque, la verdad sea dicha, siempre tenía un compromiso al que casi llegaba con retraso. Sin embargo, en esta ocasión por lo menos no tendría que ser Grayland II. Su cita era con Marce Claremont, lo que significaba que podría ser Cardenia Wu-Patrick durante la cerca de media hora que estarían juntos.

El hecho de que la cita fuera de treinta minutos era todo un lujo. Para conseguir media hora con la emperox en los tiempos que corrían había que ser ministro, o arzobispo de Xi'an, o tendría que estar ardiendo uno de los principales hábitats de la Interdependencia. Pero Marce Claremont tenía treinta minutos porque, primero, era una figura capital para entender los cambios que estaban produciéndose en el Flujo y que estaban afectando a la Interdependencia, y ningún otro científico del Flujo poseía sus conocimientos; y segundo, Cardenia se había enamorado de él y le gustaba pasar el tiempo mirándolo.

—¿Os encontráis bien, majestad? —le preguntó Obelees Atek, una funcionaria del palacio imperial que estaba llevándola a su siguiente cita.

—Estoy bien —respondió Cardenia—. ¿Por qué lo pregunta?

—De pronto os han subido los colores a la cara.

Esto hizo que Cardenia se pusiera un poco más colorada.

—No es nada —respondió—. Estaba pensando en una cosa que ha dicho

la condesa de Nohamapetan.

—¿Tan mal ha ido, majestad?

—Podría haber ido peor —dijo Cardenia, aunque en ese momento no sabía cómo habría sido eso posible. Tenía claro que el resultado de la audiencia había enfurecido a la condesa, y estaba segura de que iba a intentar pasar por encima de ella para recuperar el control de sus empresas en el sistema de Central.

«Esa es la ventaja de que te infravaloren», dijo para sus adentros Cardenia. No era la primera vez que superaba en astucia a alguien porque la otra persona la consideraba lenta, o ingenua, o simplemente demasiado bonita para ser algo más que un obstáculo que podía manipularse o sortearse. Cardenia recordaba que en sus primeros días como emperox se había sentido ligeramente ofendida cuando la gente pensaba que podía convencerla para que tomara una u otra decisión adulándola o intimidándola intelectualmente.

Luego pasó mucho tiempo conversando con las recreaciones de sus predecesores en la Sala de la Memoria, y allí descubrió que las adulaciones y las intimidaciones intelectuales habían sido muy fructíferas a lo largo de los siglos. Esas revelaciones le dejaron una opinión pésima de los anteriores emperox y de las personas que los habían manipulado para obtener beneficios de ellos. También comprendió el valor que tenía dejar que la gente la subestimara, hasta el mismo momento de sacarla de su engaño. Como acababa de hacer con la condesa de Nohamapetan. La condesa no repetiría el error.

«Y eso no es forzosamente bueno», apuntó una parte del cerebro de Cardenia. Y era bastante cierto. Cuando le restregabas a alguien en la cara que te había subestimado, ya no podías volver a usar el truco con la misma persona.

«Soy la emperox —pensó Cardenia—. Tengo otros trucos.»

Y también eso era bastante cierto.

«Ya está bien de pensar en la condesa de Nohamapetan —protestó otra parte de su cerebro—. Estaba pensando en Marce.» Cardenia se dijo que esa parte de su cerebro podría ser de una quinceañera enamorada.

Pero Marce... era todo un enigma, ¿no?

—No sé qué hacer —le había confesado Cardenia a la recreación de su padre, Attavio VI, la noche anterior en la Sala de la Memoria.

—Acuéstate con él —le dijo su padre.

—No es tan sencillo —objetó Cardenia.

—Sí lo es —repuso Attavio VI—. Eres la emperox.

—¿Y qué? ¿Lo obligo a meterse en la cama conmigo?

—Ya se ha hecho así antes.

—Yo no lo he hecho —replicó Cardenia—. Dejando de lado todo lo demás, yo no soy así.

—Entonces, invítalo a ello —sugirió Attavio VI—. Menos problemático y con igual tasa de éxito, desde una perspectiva histórica.

—¿Tú hacías eso? —preguntó Cardenia.

—Antes de responder, me gustaría recordarte que soy una simulación generada por ordenador de tu padre, así que no tengo ningún ego que defender. Por lo tanto, te responderé con absoluta sinceridad. Quería mencionarlo porque en el pasado algunas de mis respuestas a tus preguntas te han puesto triste. Tal vez deberías hacerle esa pregunta a otro emperox con el que no tengas un vínculo emocional.

—¿Estás diciéndome que tu respuesta me pondrá triste?

—Sí, básicamente es eso.

—Bueno, pues ahora necesito saberlo —dijo Cardenia.

—Lo hacía a todas horas —afirmó Attavio VI—. Era una de las grandes ventajas de ser emperox.

—Oh, Dios mío —exclamó Cardenia, y sepultó el rostro en las manos—. Tenías razón. No quería saberlo.

—Me funcionó con tu madre —añadió Attavio VI.

—Eso en concreto no necesitaba saberlo.

—En su caso llevó a algo más. Pero tienes que saber que empezó con una invitación por mi parte, que, como ocurría con casi todo el mundo, ella no rechazó.

—Sabes que no lo estás mejorando, ¿verdad? —dijo Cardenia.

—Nunca obligué a nadie —repuso Attavio VI—. De vez en cuando me rechazaban, y en esos casos nunca insistí. No hay necesidad de hacerlo, sobre

todo si eres el emperox.

—¿Y no piensas que el hecho de ser el emperox fuera un factor determinante para que la gente aceptara, que las personas se sintieran presionadas para acostarse contigo porque tú, digamos, podías destruirles la vida?

—Tampoco eso es necesario —respondió Attavio VI—. Sólo es sexo. Y también se daba el caso inverso, es decir, personas que querían acostarse conmigo porque era el emperox. Querían tener algo que contar a sus nietos. Su deseo era mayor que el mío.

—Y tú satisfacías sus deseos porque eras así de generoso —dijo sarcásticamente Cardenia.

—No, lo hacía porque yo también quería sexo. Con la única diferencia de que ellos lo deseaban más.

—Recuérdame que no vuelva a pedirte consejo sobre temas amorosos.

—He grabado esa petición y te lo recordaré si vuelve a surgir el tema —declaró Attavio VI.

—Gracias.

—Dicho lo cual, debes ser consciente de que nunca dejarás de ser la emperox. Siempre serás más poderosa que cualquier persona que te interese. Si no quieres estar sola ni que un profesional se encargue de satisfacer tus necesidades sexuales y emocionales, tendrás que aceptar que eso forma parte de tu vida.

—No me he acostado con nadie desde que soy la emperox —confesó Cardenia.

—Pues eso no me parece saludable.

—A mí tampoco me parece lo mejor del mundo. Pero también forma parte del problema. No quiero que Marce piense que estoy utilizándolo como mera válvula de escape.

—No sé si estoy cualificado para hablar contigo sobre eso —dijo Attavio VI—. Soy una simulación de tu padre generada por ordenador, no tengo ningún diploma que me acredite como experto en terapia de pareja.

—No creo que esto llegue al nivel de una terapia —replicó Cardenia.

—Si tú lo dices... —repuso Attavio VI. A Cardenia la molestó que una

recreación generada por ordenador pudiera simular de una manera tan perfecta la duda—. A lo mejor deberías decirle a esa persona que te gusta. Lo peor que puede pasar es que te rechace.

—Lo sé.

—Y entonces puedes desterrarlo.

—¡No! —exclamó Cardenia. Pero entonces añadió—: ¿Acabas de hacer un chiste?

—Si así te hará sentir mejor lo que acabo de decir, sí, era un chiste —respondió Attavio VI.

Mientras recorría el palacio imperial en dirección a sus aposentos, Cardenia llegó a la conclusión de que su padre, o su simulación generada por ordenador, tenía razón. En última instancia, Marce y ella ya eran mayorcitos y podían abordar ese tema como adultos. Cardenia intuía que ella también le gustaba, pero Marce era demasiado tímido para dar el primer paso, en primer lugar porque era una especie de bicho raro, y en segundo lugar, porque, después de todo, ella era la emperox, y a pesar de las afirmaciones que había hecho su padre en el sentido contrario, Cardenia sospechaba que había que tener unos nervios de acero para insinuarse a un emperox. Marce, como era perfectamente comprensible, estaba esperando que fuera Cardenia quien diera ese primer paso.

«Vale. Lo haré —se dijo Cardenia—. Ya hace semanas que nos conocemos. Ha llegado el momento. Lo peor que puede pasar es que me rechace.»

Cardenia entró en sus aposentos y se despidió de Atek con un gesto de la cabeza. La funcionaria del palacio regresó a su despacho, donde estaría hasta que la emperox volviera a necesitarla. Cardenia se dirigió entonces al comedor privado, donde sabía que Marce estaría esperándola. Y acertó.

Pero no estaba solo.

—¿Quién demonios eres tú? —espetó Cardenia sin poder refrenarse.

—Lo llamamos «evanescencia» —decía Marce—. Corrientes que se forman a causa del cambio de la topografía del Flujo en nuestra parte del espacio. Por

lo tanto, si bien las corrientes que considerábamos perdurables y estables están desapareciendo, se formarán esas nuevas corrientes que conectarán los sistemas estelares durante un periodo indeterminado de tiempo.

—Correcto —afirmó Hatide Roynold, la mujer que Marce había llevado a su cita con la emperox—. Aunque sea «indeterminado», probablemente podamos calcular cuánto tiempo permanecerá abierta cada corriente. Lo que queremos decir es que cada caso es distinto. Algunas podrían estar abiertas un día, otras un par de semanas y otras varios años.

—Aun así, todas desaparecen rápidamente en comparación con las corrientes a las que estamos acostumbrados, que han durado mil años —añadió Marce—. Por eso llamamos «evanescencia» a este fenómeno.

—Ahora las ves, ahora no las ves —comentó Roynold.

Cardenia asentía en silencio y trataba de poner en orden sus pensamientos mientras los otros dos describían pormenorizadamente sus últimos descubrimientos. Su entrada en el comedor había sido desastrosa, y daba la impresión de que ni Marce ni Roynold habían conseguido explicarse el porqué de ella. Marce se había disculpado por haberse presentado con la otra física, pero dejó claro que había comunicado a su secretaria que iba a llevar a una invitada y dio por supuesto que Cardenia ya lo sabía.

Esto era del todo posible, ya que Cardenia no se había molestado en mirar su agenda personal en la tableta entre un compromiso y otro, pues sabía dónde y con quién se celebraba su siguiente reunión. La presencia de Roynold implicaba que esta era completamente inofensiva para Cardenia, puesto que la seguridad del palacio no habría permitido su entrada si representara alguna clase de amenaza.

Marce la había llevado porque, de entre todos los científicos del Flujo que aún estaban estudiando el trabajo del conde de Claremont sobre la desaparición del Flujo, ella era la única que estaba al día de la investigación. Había realizado su propio estudio sobre la materia, si bien sólo de un modo correlacionado, y por encargo de los Nohamapetan, que habían utilizado su trabajo para tratar de dismantelar la Interdependencia.

No obstante, nadie parecía tenérselo en cuenta. Ni siquiera, al parecer, la Guardia Imperial, que le había permitido entrar en el palacio, y era obvio que

tampoco Marce, que ahora hablaba animadamente con ella, terminando uno la frase que empezaba el otro.

Cardenia observó cómo hablaban sobre el Flujo y advirtió que un punzante sentimiento de celos asomaba entre sus emociones. Marce y Roynold tenían una comunión de ideas que a Cardenia le parecía amor a primera vista; era evidente que estaban el uno por el otro, o al menos sus cerebros. Roynold era un poco mayor que Marce, pero eso no sería un impedimento si todo lo demás funcionaba.

«Tal vez deberías prestar atención a lo que están diciéndote —proclamó una molesta voz dentro de su cabeza—. Ya podrás fantasear con él después.» Cardenia tomó nota para buscar esa voz más tarde y acallarla, posiblemente con alcohol.

Por lo tanto, la emperox levantó una mano para pedir a sus invitados que pararan de hablar. Marce obedeció al instante. Roynold siguió parloteando hasta que Marce le puso una mano en el hombro. Cardenia lo vio y sintió una pequeña punzada en la zona del corazón.

—No necesito conocer los detalles —dijo la emperox—. De todos modos no los comprendería, y dentro de unos minutos tengo que acudir a otro compromiso. Así que veamos si he entendido lo que quieren decirme.

—Está bien —dijo Marce.

—Primero: Las corrientes del Flujo siguen desapareciendo.

—Así es —asintió Marce.

—Segundo: De vez en cuando aparecen nuevas corrientes donde no las había.

—Sí.

—Tercero: Esas nuevas corrientes sólo duran un periodo indeterminado de tiempo. No sustituyen las corrientes anteriores.

—Sí.

—Bueno... —intervino Roynold.

—¿Bueno qué? —inquirió Cardenia.

—Nuestro trabajo preliminar... —comenzó a decir la investigadora.

—Superpreliminar —puntualizó Marce.

—... sugiere que es muy probable que al final se forme toda una red

nueva de corrientes del Flujo estables en esta parte del universo. Como ya predije para los Nohamapetan —concluyó Roynold.

Cardenia miró a Marce con una expresión de confusión.

—¿Es así?

—Bueno...

—Porque si es así, tengo un montón de preguntas para usted, lord Marce. No todas ellas amables. He asumido muchos riesgos basándome en que sus predicciones eran correctas.

Marce levantó una mano y señaló a Roynold.

—Preguntadle a ella qué significa «al final» en este contexto.

Cardenia dirigió su atención a Roynold.

—¿Qué significa «al final» en este contexto, doctora Roynold?

—Dentro de entre cinco mil y ocho mil años, majestad —respondió Roynold.

Cardenia volvió a mirar a Marce con desconcierto.

—Mi padre y yo teníamos razón —dijo Marce—. Las corrientes del Flujo tal como las conocemos desaparecerán pronto y durante mucho tiempo, el suficiente para que la civilización humana se extinga si no actuamos. — Señaló de nuevo a Roynold—. Ella también tenía razón. Es muy probable que las corrientes acaben regenerándose en esta parte del universo, formando una red distinta de la actual. La doctora Roynold sólo se equivocó en la escala de tiempo.

—No tenía a nadie para que revisara mis ecuaciones —se disculpó Roynold.

—Y los dos pasamos por alto una cuestión, hasta que hemos podido cotejar nuestros trabajos —continuó Marce—. Me refiero a la evanescencia. Eso no cambia el hecho de que las corrientes del Flujo están desapareciendo. Tampoco que la Interdependencia está amenazada. Pero podría darnos un poco más de tiempo para tratar de encontrar una solución.

—¿Cómo?

—Habéis preguntado si las corrientes del Flujo surgirán donde previamente nunca había habido otras —dijo Marce—. La respuesta es que sí, en algunos casos. Pero hay otro efecto colateral.

—Las que desaparezcan volverán a aparecer —afirmó Roynold—. A veces. Y por poco tiempo.

—Pero el suficiente tiempo para enviar naves por ellas —añadió Marce.

—Tal vez —puntualizó Roynold—. Eso dependerá.

—Y para traerlas de vuelta —dijo Marce.

—De nuevo, tal vez y dependerá —repitió Roynold.

—Lo que nos lleva a la siguiente cuestión. —Marce se inclinó hacia delante—. Y esta es importante.

—Muy importante —afirmó Roynold.

—¿Qué? —preguntó Cardenia, mirando a uno y otro alternativamente—. ¿De qué se trata?

—Hatide había predicho que una corriente del Flujo desaparecida hace mucho tiempo estaba a punto de reaparecer. Cuando la corriente de Terhathum desapareció, envié uno de los drones al lugar donde había estado el bajío de esa corriente olvidada.

—¿Y? —inquirió Cardenia.

—Entró —respondió Roynold—. La corriente de salida del Flujo ha reaparecido. Y la de entrada también. Las dos vuelven a ser transitables.

—Pero por poco tiempo —señaló Marce.

—Así es —dijo Roynold—. Volverán a desaparecer. La de salida lo hará dentro de aproximadamente un año, y la de entrada, mucho antes; digamos que dentro de unos tres meses.

—¿Por qué esa diferencia? —quiso saber Cardenia.

—Ya os lo expliqué cuando nos conocimos —respondió Marce—. La corriente que va en un sentido y la que va en el otro en realidad no están relacionadas. Además hay otra cosa. —Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a Roynold.

—La corriente de entrada lleva abierta unos cinco años —dijo la física.

Cardenia se la quedó mirando con sorpresa.

—¿Cómo es eso posible?

—El comportamiento del Flujo no se adapta a nuestro calendario —declaró Roynold—. Las alteraciones en las corrientes están ocurriendo desde hace décadas, quizá siglos.

—No —exclamó Cardenia, ligeramente irritada—. Quiero decir que cómo es posible que hayamos pasado por alto ese bajío justo encima de Central.

Roynold se encogió de hombros.

—Porque nadie lo buscaba. Y nada llegaba por él. Además, la corriente de salida había desaparecido hacía tanto tiempo que es posible que nadie haya pensado en ella en varios siglos.

—Salvo, tal vez, ahora vos —le dijo Marce a la emperox.

Cardenia lanzó las manos al aire con exasperación.

—¿Podrían dejarse de misterios e ir al grano de una vez?

—Se trata de Dalasýsla —dijo Marce—, el perdido sistema estelar de la Interdependencia.

Cardenia se quedó muda de la estupefacción.

—Pregúntaselo —le dijo Roynold a Marce.

—Preguntarme el qué —dijo Cardenia, mirando también al físico.

—Creemos que deberíamos ir a Dalasýsla —declaró al fin Marce.

—¿Por qué?

—Porque es el sistema que perdimos —respondió el hijo del conde de Claremont—. Lo que ocurrió allí podría ocurrirle a cualquier otro sistema de la Interdependencia. Debemos ir y averiguar todo lo posible para evitar repetir errores.

—Y debemos ir cuanto antes —añadió Roynold—. Antes de que la corriente de entrada vuelva a desaparecer.

—Hatide tiene razón. Necesitamos una nave. Y la necesitamos ya.

—Y ustedes dos quieren ir en esa nave, ¿no? —dijo Cardenia.

—Por supuesto —respondió Marce, y sonrió—. Será la expedición científica más importante en varios siglos. No me la perdería por nada del mundo. —Lanzó una mirada a Roynold—. Creo que hablo por los dos.

Era cerca de medianoche cuando Cardenia por fin se dijo «¡a la mierda!» y envió a buscar a Marce Claremont.

—¿Qué clase de científicos necesitará para esa expedición? —preguntó

en cuanto el físico apareció jadeante en sus aposentos.

El apartamento de Marce se encontraba en el ala del palacio destinada al alojamiento del personal, separada del ala de la emperox por una distancia considerable. Cardenia sabía que Marce disponía de fondos propios (su padre lo había enviado a Central con una parte de la fortuna familiar en una unidad de almacenamiento de datos), pero parecía feliz en lo que era en esencia un estudio de un solo ambiente con un cuarto de baño. Había tardado varios minutos en recorrer la distancia que separaba su apartamento de los aposentos de la emperox, deteniéndose en los distintos de puestos de seguridad que había entre ambos. Ahora los dos estaban de pie en el salón de la emperox, visiblemente incómodos y a cierta distancia el uno del otro.

—Creo que necesitaremos investigadores de todos los campos de la ciencia —respondió prudentemente Marce. Cardenia notaba que el físico no tenía muy claro por qué lo había convocado, y ahora que le había hecho esa pregunta, no entendía por qué necesitaba tener una respuesta cinco minutos antes de la medianoche—. Físicos del Flujo, evidentemente, pero creo que también me gustaría que me acompañaran biólogos, químicos, astrofísicos, físicos, antropólogos y arqueólogos...

—¿Arqueólogos?

—Dalasýsla lleva siglos abandonado. Necesitamos personas que sepan analizar sus vestigios. También necesitaríamos científicos forenses y patólogos; e historiadores, sobre todo expertos en Dalasýsla y en las primeras etapas de la Interdependencia. También necesitamos ingenieros y gente con conocimientos de la informática y de los sistemas de la época. Es lo que se me ocurre así, de buenas a primeras. Puedo prepararos un informe completo, si lo deseáis.

—¿Y si yo quisiera que fuera algo más reducido? —preguntó Cardenia—. Más reducido y discreto.

—¿Por qué?

—Porque en este momento, cuantas menos personas estén al tanto de este asunto, y de las evanescentes corrientes del Flujo que usted y Roynold han descubierto, menos quebraderos de cabeza tendré para explicarlo con usted ausente —dijo Cardenia, y entonces miró a Marce a los ojos—. No quiero

decir que quiera mantenerlo en secreto siempre. Es sólo que quiero saber lo que esta expedición descubre sobre Dalasýsla antes de hacer cualquier anuncio público.

—Otros físicos están trabajando con los datos que les hemos proporcionado —señaló Marce—, así que podría ser que de todos modos alguno de ellos hiciera el mismo descubrimiento que nosotros.

—Estos otros científicos están trabajando en los datos que recopilaron usted y su padre, ¿no es así?

—Sí.

—No en los de Roynold.

—No.

—Entonces es un riesgo que vale la pena correr.

—Si así lo pensáis.

—Así lo pienso. Volviendo a mi pregunta. En una expedición reducida y discreta, ¿cuántos científicos necesitaría?

—Cada miembro podría asumir varias tareas —dijo Marce—. Físicos del Flujo. Podríamos prescindir de los físicos generales porque todos hemos estudiado la física general y la clásica y podemos recopilar datos para que ellos los estudien posteriormente. Un patólogo forense que tenga conocimientos en biología. Hay muchos arqueólogos con experiencia en antropología y viceversa. Lo que sí necesitamos es alguien que conozca los sistemas informáticos de la época. Y alguien con conocimientos sobre los hábitats de entonces. Quizá encontremos a alguien con estudios en ambos campos.

—Así pues, cinco o seis personas.

—Supongo. Más la tripulación de la nave.

—¿Cuánto tiempo necesitarían pasar en Dalasýsla?

—Todo el que podáis concedernos.

—Marce, por favor, sea más concreto.

—Unas dos semanas como mínimo.

—¿Cuánto se tarda en ir y en volver?

—A partir de los datos de los que disponemos y de la información histórica que tenemos sobre el sistema, calculamos unos ocho días. Estamos

casi seguros de que se trata de una corriente del Flujo que ha reaparecido, no de una completamente nueva con sus mismas características. Pero yo pondría un margen de tres días arriba o abajo.

—Por lo tanto, once días como máximo para llegar a Dalasýsla, dos semanas allí y otros once días para regresar. Eso suma más de un mes.

—Ahora ya sabéis por qué queremos partir cuanto antes —dijo Marce.

—¿Por qué necesitan dos científicos del Flujo si cada uno de los miembros de la expedición va a abarcar varios campos? —quiso saber Cardenia.

Marce pareció vacilar un momento.

—Creo que no es una cuestión de necesidad —respondió al fin Marce.

—¿De qué es entonces?

—El descubrimiento es nuestro. Mío y de Hatide. Los dos queremos participar en la expedición y considero que los dos lo merecemos. No me gustaría tener que pedirle que se quedara aquí. Y yo por nada del mundo me perdería este viaje. Tal vez estemos concediéndonos un lujo desde el punto de vista del personal, pero creo que podemos permitirnoslo.

—¿Y si le pidiera que se quedara? —preguntó Cardenia.

Marce esbozó media sonrisa.

—¿Si me lo pidierais?

—Pedíroslo, no ordenároslo.

—Majestad, si la emperox pidiera una cosa así, el que se lo tomara como algo distinto a una orden sería un idiota.

Cardenia tuvo un recuerdo fugaz de la conversación con la recreación de su padre de ese mismo día acerca de la diferencia entre la orden y la invitación de mantener relaciones sexuales de un emperox.

—Oh, olvídelo —dijo, y se acercó al mueble bar para servirse una copa.

—Estoy confuso —dijo Marce tras unos segundos de silencio.

—Bienvenido al club —repuso Cardenia mientras echaba hielo en un vaso.

—Tengo la impresión de que me he perdido algo.

Cardenia se sirvió la bebida, tomó un trago largo y bajó el vaso.

—Esto se me da fatal —dijo la emperox.

—¿Qué se os da fatal?

—Dígame una cosa, ¿Roynold y usted están juntos?

—¿Cómo?

—¿Roynold y usted están juntos? Ustedes dos, ya sabe... —Cardenia hizo unos movimientos bruscos en el aire con el vaso y derramó una parte del líquido que contenía— ¿tienen algo? ¿Son pareja? ¿Una relación amorosa?

Cardenia vio cómo Marce —bendito fuera su corazón estúpido, distraído, de científico despistado— comprendía por fin la pregunta.

—No, no somos pareja —respondió el físico—. No tenemos una relación amorosa.

—¿Está seguro? —insistió Cardenia—. Los he visto hablando esta tarde y se los veía muy animados juntos.

—Eso es porque somos las únicas dos personas en todo el sistema que comprenden lo que dice el otro. Por lo menos en lo referente al Flujo. Es como si encontraras a la única otra persona en el mundo que habla tu idioma.

—Bueno, a eso me refería precisamente —dijo Cardenia, y apuró el contenido del vaso. Volvió a llenarlo.

—Ese idioma es la física del Flujo —explicó Marce—. Es una materia muy especializada, muy abstrusa, y nada romántica.

—¿Está seguro de que eso es también lo que piensa Roynold?

—¿Creéis que siente algo por mí?

—Quizá.

—No creo que yo sea su tipo —dijo Marce.

—¿Cuál cree que es su tipo?

—Símbolos matemáticos, sobre todo. Si pasarais un tiempo con ella os daríais cuenta de que le gustan más que los seres humanos.

—A ella le gusta usted.

—Acepta pagar el precio de tratar con mi parte física a cambio de trabajar con mi cerebro. No es exactamente lo mismo.

Cardenia guardó unos instantes de silencio.

—Entonces... no hay nada entre ustedes.

—Si la civilización sobrevive, quizá pasemos a la historia juntos como los descubridores de la teoría Claremont-Roynold de la distribución de las

corrientes del Flujo, junto con mi padre —dijo Marce—. Por lo demás, nada.

—Vale, joder —exclamó Cardenia. Fijó la mirada en el vaso y luego se volvió hacia Marce—. ¿He mencionado que esto se me da fatal?

Marce sonrió abiertamente.

—Sí. —Señaló el vaso que Cardenia había vuelto a llenar y sostenía en la mano—. Si me lo permitís, ¿podríais dejar eso, por favor?

—¿Por qué?

—Porque si vamos a tener la conversación que sospecho, me gustaría pensar que no es el alcohol quien habla.

—Sabes que podrías haber dicho que no, ¿verdad? —dijo Cardenia mientras yacían acurrucados en la cama.

—¿Cómo iba a rechazarte? —respondió Marce—. Eres la emperox. Podrías haberme pegado un tiro.

Cardenia le dio un suave puñetazo.

—A eso me refiero. No quería que pensaras que era una especie de orden, que estaba tirándote los tejos porque no podías rechazarme.

—Créeme, después de la conversación de esta noche, nunca se me habría ocurrido pensar que estabas ordenándome que me metiera en la cama contigo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Cardenia, y escondió la cara en el pecho de Marce—. No me lo recuerdes. Nunca me lo perdonaré.

—A mí me ha parecido muy dulce.

—Te juro que no soy una mujer celosa. Se trataba de otra cosa completamente distinta.

—¿De qué?

—Era algo así como «le gusta otra y ahora estoy triste y me voy a comer una tarta entera».

—Esa es una definición muy precisa.

—Bueno, las tartas están buenísimas. —Cardenia levantó la cabeza y besó a Marce—. Pero tú me gustas más.

—Me alegra saber que soy mejor que una tarta.

—No te burles.

—No lo hago.

—Aún quieres ir en la expedición a Dalasýsla, ¿verdad? —dijo Cardenia un minuto más tarde.

—Sí, por supuesto —respondió Marce.

—Podría acompañarte.

—Creo que la Interdependencia lo notaría si la emperox desapareciera de repente.

—Eso no es del todo cierto. Samuel III desapareció durante varios meses y nadie lo echó mucho de menos.

—Quizá a ti te preocupe más el bienestar de la Interdependencia que a ese Samuel III.

—Es posible.

—Y si tenemos en cuenta la cantidad de controversias que has provocado últimamente, es indudable que la gente notaría tu ausencia.

Cardenia lo miró a los ojos.

—Eso ha sido una maliciosa referencia a las visiones, ¿no?

—Creo que lo mejor será que no responda.

—Bien. ¿Qué opinas tú sobre ellas? Sé sincero.

—¿Acaso importa lo que yo piense?

—Sí. A mí me importa.

—Lo que yo opino es que la emperox Grayland II está haciendo todo lo que puede para que la civilización humana sobreviva a los próximos diez años. Y porque esa es mi opinión, si tiene visiones y estas contribuyen a la supervivencia de la humanidad, tiene todo mi apoyo.

Cardenia volvió a besar a Marce.

—Gracias.

—Es decir, me habría gustado más que te hubieras inclinado un poco más hacia la ciencia —añadió Marce.

—Quizá la próxima vez.

Marce resopló.

—¿Qué piensas sobre la Marina Imperial?

—Nunca me he parado a pensar en ella, la verdad —respondió Marce—. ¿Por qué?

—Porque voy a reclutar la nave, la tripulación y los científicos de la

marina para tu expedición a Dalasýsla. Son rápidos y discretos, y nadie hace preguntas cuando la emperox encarga una misión a la Marina Imperial. Bueno —se corrigió Cardenia—, la gente preguntará, pero no lo hará fuera de la cadena de mando.

—¿Cuándo estarán listos para partir?

—Voy a decirle al almirante Emblad que los quiero listos para dentro de una semana. Si puede ser dentro de cinco días, mejor.

—A eso sí que lo llamo yo ser rápido.

—Sí. —Cardenia se puso encima de Marce—. Y eso es porque tú vas en esa expedición y te quiero de vuelta cuanto antes. Porque lo que quiera que sea esto que tenemos, quiero recuperarlo lo antes posible.

Libro segundo

Nueve

Cal Dorick se las había ingeniado para sacar de la cárcel a Nadashe Nohamapetan durante exactamente ocho horas.

—El juez por fin nos ha concedido una audiencia para examinar tu estado mental —le dijo Dorick en su reunión semanal—. Voy a argumentar que tu encierro aquí es un atentado contra tu ya de por sí frágil salud mental y que necesitas que te trasladen a un hospital psiquiátrico. Obviamente, la fiscalía se opone, así que el juez ha solicitado tu presencia para evaluarte personalmente, porque, ¿quién necesita la carrera de psiquiatría cuando tiene la de derecho y una opinión desmesurada de sí mismo?

—¿Y tú crees que estar en un hospital psiquiátrico es mejor que estar aquí? —preguntó Nadashe.

—No es la solución óptima, naturalmente. Pero siempre es mejor estar en un sitio donde nadie intenta apuñalarte con una cuchara.

—Pensaba que la versión que habíamos acordado era que la mujer de la cuchara y la mujer del cepillo de dientes querían apuñalarse la una a la otra y que yo pasaba casualmente por ahí.

Nadashe reparó en el esfuerzo titánico que realizaba Dorick para no poner los ojos en blanco.

—De acuerdo. Siempre es mejor estar en un sitio donde nadie intenta apuñalar a nadie justo cuando tú pasas casualmente por ahí. Por cierto, ¿qué ha sido de la mujer del cepillo de dientes?

—Creo que continúa en la celda de aislamiento. Al parecer, no es la primera vez que ataca a alguien con un cepillo de dientes.

—Está usted conociendo a gente muy interesante, lady Nadashe.

—Y mírame, aquí sigo contigo.

Dorick levantó un dedo como queriendo decir: «*Touché*. Lo reconozco».

—Volviendo a nuestro asunto, compareceremos ante el juez pasado mañana. Ya conoces el procedimiento. Vendrán y te pondrán las esposas, te subirán a la superficie por el ascensor y te meterán encadenada en un vehículo del sistema de transporte terrestre. Me he puesto pesado con las medidas de seguridad, así que te alegrará saber que estarás sola en tu transporte, y con «sola» me refiero a que sólo te acompañarán tres guardias armados con porras aturdidoras y pistolas paralizadoras, armas no letales, me han asegurado, pero extraordinariamente dolorosas. Es una medida de precaución por si acaso experimentas una descarga de adrenalina y revientas las cadenas, o por si cueles una ganzúa en el furgón de alguna rocambolesca manera que no puedo imaginar porque no me pagan lo suficiente. Lo que me recuerda que te registrarán antes de subir al vehículo en la ida y en la vuelta, en profundidad. Lo siento, era una condición innegociable.

Nadashe se encogió de hombros.

—Seguro que en la universidad me toquetearon más.

—No sé qué hacer con esa información. Si de verdad deseas que el juez considere en serio lo perjudicial que es para tu frágil salud mental seguir encerrada aquí, sería de gran ayuda que mostraras un aspecto, digamos, perjudicado.

—¿Estás insinuando que no parezco lo suficientemente frágil?

—Estoy diciendo que, si bien yo creo que tu apariencia indolente te sienta por lo general muy bien, para esta vista en concreto te convendría seguir otra táctica. O no, tal vez te vaya bien siendo tú misma.

Nadashe se quedó mirando a su abogado.

—Recuérdame otra vez por qué te contraté.

—Sinceramente, no lo sé. Pero en vista de que ya me has pagado por adelantado para que te represente durante los próximos cuarenta años, gracias. Por cierto, a mi mujer le gustan más los nuevos muebles del comedor

que yo, lo digo porque quizá quieras mantenerme.

—Me lo pensaré.

—Continuemos. Suponiendo que la vista para determinar tu estado mental no dure todo el día, y no lo hará, ya que nuestro juez rara vez dedica más de quince minutos a los asuntos si puede evitarlo, lo he arreglado con tu guardia de honor para que utilices la sala de reuniones de mi despacho. Te he organizado varios encuentros, incluido uno con tu madre, la condesa de Nohamapetan.

Nadashe se estremeció al oír eso.

—¿Preferirías no verla? —preguntó Dorick—. Puedo cancelarlo. Vivo temeroso de su furia vengativa cada vez que hago una cosa así, pero mi cliente eres tú, no ella.

—No —dijo Nadashe—. Prefiero verla en lo que, al menos en teoría, es mi terreno a hacerlo en el suyo.

—Si yo no lo organizo, no tendrías por qué verla.

—Me parece enternecedor que pienses eso.

—¿Tienes alguna petición especial para cuando te reúnas con ella?

—Quiero que la registren antes de entrar en la sala por si acaso lleva encima cucharas o cepillos de dientes.

—No tengo ni idea de si estás bromeando o no, así que voy a apuntarlo por si acaso. —Dorick escribió una nota.

—Como intentes registrarla, probablemente sus guardaespaldas te lanzarán por la ventana.

—Está bien saberlo. —Dorick eliminó la nota.

—¿Qué hay de lo otro?

—¿Qué es lo otro?

—Lo otro.

Dorick miró a Nadashe con cara de no saber de qué le hablaba durante unos segundos, hasta que comprendió a qué se refería.

—¡Ah, eso! Bueno, lamento decir que el respaldo en relación a tu carácter que has pedido a tus amigos difícilmente llegará, y tengo la impresión de que no pocos de ellos incluso se toman muchas molestias para evitarme. Así que todavía estoy trabajando en ello. Por otra parte, quizá te interese saber que

han aparecido nuevas fuentes con información de lo más intrigante relacionada con tu querido y difunto hermano Amit.

—¿En serio?

—Sí. Al parecer, tu hermano había hablado con varias figuras prominentes de los bajos fondos con vistas a perpetrar un fraude con los seguros de varias naves de la familia. Da la impresión de que había estado malversando fondos de la Casa de Nohamapetan y necesitaba reponer el dinero antes de que saliera a la luz. Nada que una buena estafa con la «destrucción de una nave espacial valorada en varios miles de millones» no pudiese resolver.

Nadashe asintió con la cabeza.

—¿Qué te había dicho yo?

—Incluso a mí me cuesta creerlo —dijo Dorick.

Nadashe sonrió. La breve interpretación que Dorick acababa de brindarle para que pareciera que él no sabía nada sobre su trato con Deran Wu, pues era una trama criminal en la que no podía verse involucrado, era triste y un poco patética, pero necesaria.

—Aparte de mi madre, ¿con quién más voy a reunirme?

—Lord Teran Assan ha solicitado verte.

—¿Con qué fin?

—Dice que quiere tu sabio consejo sobre ciertos miembros del comité ejecutivo. Al parecer, está encontrando dificultades para llevarse bien con unos cuantos.

—Eso le pasa porque es un gilipollas.

—También sería esa mi hipótesis. No obstante, dada la posición que ocupa en el comité, es una relación que vale la pena cultivar. —Dorick enarcó las cejas al hacer esta última declaración para dar a entender a Nadashe que Teran Assan podría ser útil y que quizá convenía tenerlo contento.

Nadashe resopló.

—Encárgate de que el encuentro sea lo más breve posible.

—Cuenta con ello. También han llamado desde el despacho de lady Kiva Lagos para preguntar si sería posible que te entrevistases con ella.

—¡Santo cielo! ¿¡Para qué!?

Dorick miró sus notas.

—Al parecer, quiere hacerte algunas preguntas sobre asuntos financieros.

—Las finanzas de la casa eran cosa de Amit, no mía.

—El despacho de lady Kiva ya preveía esa respuesta y dice que podrías tener alguna información que les sería útil.

«¿Qué estará tramando esa mujer?», se preguntó Nadashe. Ella y Kiva nunca habían tenido mucha relación en la universidad, a pesar de que estaban en la misma residencia de estudiantes y de que Kiva se tiraba a Ghreni. Ambas comprendían instintivamente que la mejor manera de que reinara la armonía entre ellas era manteniéndose alejadas la una de la otra. Ahora Kiva estaba al frente de los negocios de Nadashe, y eso no le gustaba un pelo.

—Todavía no les has respondido, ¿verdad?

—No, esperaba a tener tu aprobación.

—Entonces no te molestes en responderles. No sé qué estará haciendo con nuestras finanzas, pero no quiero formar parte de ello ni tampoco estar cerca. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Me aseguraré de que no tengas que preocuparte por la investigación que está llevando a cabo lady Kiva de las finanzas de tu empresa —dijo Dorick sin mucho entusiasmo, lo que significaba que entendía que la orden implicaba algo más que rechazar la petición de la entrevista. Entonces miró su reloj—. Y esto es todo por hoy. Nos veremos pasado mañana. Procura evitar los cepillos de dientes y las cucharas hasta entonces. Y practica tu tristeza.

—No necesito practicar mucho —le aseguró Nadashe. Y era verdad. Humor negro o no, indolencia o no, lo cierto era que la vida en la cárcel estaba pasándole factura. La perspectiva de llevar esa vida todo el día, todos los días, durante el resto de su vida, no era algo en lo que le gustara pensar. Si para evitarla tenía que fingir un pequeño desorden mental delante del juez, estaba dispuesta a intentarlo.

Tenía que salir de allí como fuera.

—Lo que digo es que no sabe a pescado —dijo uno de los guardias a otro mientras el furgón avanzaba dando sacudidas por la superficie sin oxígeno de Central. Los dos guardias habían estado hablando sobre comida durante la última media hora; el tercero roncaba apoltronado en un asiento. Nadashe lo envidiaba.

—¡Claro que sabe a pescado! —replicó el otro guardia—. El pescado siempre sabe a pescado. Por eso se llama pescado.

—Ya, pero lo que yo digo es que no sabe como la mayoría del pescado.

—Entonces no será pescado.

—¡Eso es lo que estoy diciendo!

—Pero sigue sabiendo a pescado —dijo el segundo guardia—. Aunque diferente.

—No, no lo entiendes —dijo el primer guardia, y entonces se volvió a mirar a Nadashe para incluirla en el acalorado debate sobre qué era lo que hacía que el pescado fuera pescado.

«No, no, ni se te ocurra, capullo», pensó Nadashe, mirando de un modo intimidador al guardia para que no se atreviera a hablarle.

—Bueno, dígame qué piensa sobre este pescado... —dijo el guardia, pero entonces se produjo una sacudida terrible y el vehículo se elevó en el aire y aterrizó violentamente sobre un costado, y Nadashe sólo pudo pensar lo agradecida que se sentía por no haber pronunciado sus últimas palabras en una estúpida discusión sobre acuicultura.

Pasados unos segundos se dio cuenta de que no estaba muriendo, sino que colgaba del techo del vehículo, puesto que la pared lateral a la que estaba encadenada era ahora el techo. Era admirable cómo habían aguantado las cadenas. No estaba muerta, y esa era una buena noticia, pero el silbido grave y estridente que oía le decía que el aire estaba escapando del compartimento del furgón en el que la transportaban, lo que significaba que pronto moriría por asfixia, y esa no era una noticia tan buena.

Miró abajo y vio que el tercer guardia yacía hecho un ovillo, con el cuello partido. «Murió durmiendo —pensó Nadashe—. Qué suerte.» Los otros dos guardias estaban en lo que ahora era el suelo, aturdidos.

—¡Necesito una mascarilla! —les gritó Nadashe—. ¡Eh! ¿Me oís?

¡Necesito una mascarilla!

Uno de los guardias, el que estaba convencido de que el pescado no sabía lo suficientemente a pescado, o lo que cojones fuera su problema, la miró desconcertado y asintió, y se puso a buscar en la pared del furgón las mascarillas de oxígeno de emergencia.

—¡Esa no es la pared! —le espetó Nadashe—. ¡Están en el suelo!

No-sabe-a-pescado tardó unos segundos en procesar las palabras de Nadashe, y luego, como por arte de magia, se le encendió una luz en el interior de la cabeza y dio con el cajón inserto en la pared, que ahora era el cajón inserto en el suelo, dentro del cual estaban las mascarillas de oxígeno de emergencia. No-sabe-a-pescado se puso una y le dio otra a Entonces-no-será-pescado, decidió que el tercer guardia no la necesitaría y le pasó otra a Nadashe, que se la puso con cierta dificultad, ya que tenía las manos esposadas.

—Usted quédese aquí —dijo el guardia. Nadashe se quedó atónita: ¿adónde iba a ir estando encadenada y esposada?—. Nosotros vamos a comunicarnos por la radio.

Se produjo otra tremenda sacudida y la puerta posterior del vehículo se fue volando; los guardias, los vivos y el muerto, fueron succionados por el vacío sin oxígeno de la superficie de Central. Nadashe agarró con desesperación la mascarilla para que no se fuera volando de la cara. Justo antes de que se le emborronara la visión, vio que No-sabe-a-pescado y Entonces-no-será-pescado perdían sus mascarillas y jadeaban y se congelaban hasta morir.

Hablando de lo cual, Nadashe de inmediato sintió el frío en la piel. En teoría, la carretera que recorría la superficie de Central se encontraba en la zona templada del planeta con rotación sincrónica, pero «templada» tenía un significado distinto cuando había una variación de temperatura de quinientos grados centígrados. En este caso, «templado» significaba «frío polar».

Una luz iluminó el rostro de Nadashe y a continuación aparecieron dos personas vestidas con trajes espaciales que llegaron hasta ella y le cortaron las cadenas y las esposas. Nadashe cayó sobre sus brazos desde el techo e inmediatamente la introdujeron en un traje amplio y cerrado herméticamente

que le proporcionó calor y oxígeno. Se quedó parada un momento, disfrutando de ello, hasta que la sacaron de un empujón del vehículo accidentado. Mientras salía, vio los cuerpos de los guardias, todos muertos, y el estado del vehículo destrozado. Se trataba de un furgón que se conducía manualmente, así que imaginó que el conductor habría corrido la misma suerte que ellos, si no una peor.

Los desconocidos llevaron casi a rastras a Nadashe hasta lo que parecía un contenedor de mercancías con una esclusa de aire. La metieron en ella y la cerraron herméticamente. Una vez presurizada la esclusa, se abrió una puerta interior y otras dos personas tiraron de Nadashe para meterla dentro; las mismas personas arrojaron a la esclusa un cuerpo decapitado y cerraron la puerta para reiniciar el ciclo. Después, las dos personas se concentraron en Nadashe y le quitaron el traje de cuerpo entero y la mascarilla de oxígeno.

Toda la operación, desde que la habían liberado de las cadenas del furgón volcado hasta que la habían introducido en aquel misterioso lugar, se había realizado en menos de sesenta segundos.

—Lady Nadashe —dijo alguien. Nadashe se volvió y vio que quien le hablaba era lord Teran Assan, que llevaba puesto un traje espacial—. Es un placer verla.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Nadashe.

—Sólo estoy supervisando su rescate —respondió Assan. Nadashe abrió la boca para decir algo más, pero Assan levantó una mano—. Espere un momento —dijo, y enfiló hacia la esclusa de aire, que ya había concluido el proceso de reciclado—. Por cierto, su madre le envía recuerdos.

—¿De verdad?

—Pronto podrá verla. —Assan le dedicó un saludo militar y salió por la puerta de la esclusa.

Lord Teran Assan no iba a mentir: estaba absolutamente encantado de que su plan de fuga estuviera saliendo a la perfección.

Y el plan lo había concebido él; él era quien se lo había planteado a la condesa de Nohamapetan.

—Mire —le había dicho, mostrándole la recreación de su plan en la pantalla de la tableta—. En este tramo de la carretera a Subcentral la vigilancia es escasa y fácilmente eludible. Ya tengo a mis piratas informáticos trabajando en ello. Puedo provocar una caída de cinco minutos en los sistemas de vigilancia.

—Sólo quedarán los drones que siguen el furgón —dijo Tinda Louentintu. La directora de personal de la condesa se ocupaba, como siempre, de llevar el peso de la conversación—. Envían imágenes en directo encriptadas al recinto penitenciario.

—Así es —dijo Assan—. Pero esas retransmisiones se pueden pinchar y alterar. Sólo se necesitan las claves de la encriptación de cada uno de los drones, que casualmente tengo en mi poder porque a la supervisora de los drones le gusta más el dinero que la seguridad.

—Luego está la vigilancia por satélite —señaló Louentintu.

Assan sonrió.

—Eso ha sido lo más difícil de todo. Necesitaba a alguien que pudiera darnos acceso al satélite, lo que significa acceso a equipamiento militar. La buena noticia es que, entre Jasin y Deran Wu, la condesa sabiamente ha elegido a Jasin como su Wu favorito. A cambio, este ha aceptado colaborar, como una manera de agradecer el favor de la condesa.

—Tendrá que ocultar la manipulación de un satélite militar —dijo Louentintu—. Porque cuando el satélite deje de retransmitir, las sospechas no tardarán en aparecer.

—El satélite seguirá retransmitiendo, por supuesto —continuó Assan—. No vamos a ocultar la explosión del furgón, sino que vamos a escenificarla para hacer que parezca que el vehículo sigue avanzando a una velocidad más lenta, así que cuando alguien vea las imágenes enviadas por el satélite, hará mucho tiempo que nos habremos ido. Y emplearemos la misma simulación para los drones y para las cámaras de seguridad. A nadie se le ocurrirá venir a buscarnos porque nadie nos verá. Lo único que verán será lo que nosotros queramos que vean. Y lo que queremos que vean es la trágica y fortuita explosión del furgón.

—Se darán cuenta de que Nadashe no está.

—Ya lo he tenido en cuenta.

—¿Qué ha pensado?

Assan miró directamente a la condesa.

—Quizá prefiera no conocer los detalles.

—¿Cuánto tiempo necesitará? —preguntó Louentintu.

—Con las personas adecuadas, menos de cuatro minutos. Obviamente, luego hay que sumar el tiempo para ir y para volver, pero no habrá nadie vigilándonos.

—¿Confía en su capacidad para hacer esto?

—Con su ayuda y con la ayuda de Jasin Wu, sí.

—¿Qué necesita de nosotros?

—Su consentimiento, y dinero.

—¿Cuánto? —preguntó la condesa.

—Condesa, esta operación exige llevarse a cabo con rapidez y hacerse bien. No saldrá barata.

Assan consiguió su consentimiento, su acceso a través de sus propios contactos y de los contactos de Jasin Wu, y su dinero, en tal cantidad que permitía que se realizaran de manera rápida y eficaz cosas que parecían imposibles. Naturalmente, Assan estaba acostumbrado a las grandes sumas de dinero; no en vano era el administrador de los negocios de su familia en el sistema de Central. Por sus oficinas pasaba más dinero cada día que todo el que habían poseído algunas civilizaciones enteras. Sin embargo, había una diferencia sustancial entre el ejercicio cotidiano y mundano del comercio y el gasto de unas desproporcionadas cantidades de dinero en operaciones ilegales.

El hecho de que Assan estuviese haciendo esto mientras era el director de su casa y miembro del comité ejecutivo, sólo era, en lo que a él respectaba, la guinda que coronaba el pastel. El viejo dicho «ser impune a la ley» le había venido a la cabeza más de una vez. Iba a salir impune de un asesinato. Y de la fuga de una presa. Y por los menos de otros siete delitos graves.

Estaba eufórico. Assan nunca se había sentido más vivo en toda su existencia.

Era obvio que él estaría allí durante la operación para rescatar a lady

Nadashe. Era una misión de alto riesgo, pero sumamente gratificante para él, o eso le dijo a la condesa. Se sentía obligado por su honor a asegurarse de que se ejecutaba dentro de los estrechísimos márgenes de error y de tiempo que requería. Ya había hablado con la líder del equipo de mercenarios que llevaría a cabo la misión y había estado de acuerdo en que su presencia era necesaria para que supervisara la última fase del rescate y se encargara del toque final que Assan había incluido en el último momento.

Louentintu tenía razón, por supuesto. Si el cuerpo de Nadashe desaparecía del furgón, nadie creería que había sido un trágico accidente. Todo el mundo sabía que los Nohamapetan tenían dinero y poder, y que creían que las normas eran unos consejos cuyo cumplimiento era opcional en el mejor de los casos. Todo el mundo, desde el cuerpo de policía de Subcentral hasta el Ministerio Imperial de Investigación, metería sus narices en el caso si el cuerpo de Nadashe desaparecía.

Por lo tanto, Assan hizo correr la voz a través de agentes con los que nunca podrían relacionarlo de lo que buscaba: una mujer de la altura, peso y color de piel de Nadashe. Assan dejó claro que no quería una víctima de asesinato, pues eso llamaría la clase de atención que quería evitar. Pero si una mujer, bueno, aparecía muerta, él estaría feliz de que lo avisaran.

No tuvo que esperar mucho. El médico forense que había cobrado la recompensa le había asegurado al agente de Assan que la mujer no había sido asesinada, sino que había muerto al resbalar en la bañera, ¿y por qué no iba a ser verdad? La mujer estaba soltera; era una trotamundos sin verdaderos amigos ni familia cercana. Nadie la echaría de menos, ni siquiera los archivos de la morgue, de donde se borró oportunamente su nombre.

La mujer, quienquiera que fuera, dejó de existir al margen de la utilidad que Assan iba a darle. La llevaron al lugar del rescate sin cabeza ni huellas dactilares. Le habían drenado el sistema circulatorio y sustituido la sangre por un acelerador químico que destruiría su ADN sin necesidad de la presencia de oxígeno, que mantuvieron dentro de su cuerpo colocándole unos sellados de cera en el cuello y en las yemas de los dedos.

Era una mujer robusta y explotaría como un castillo de fuegos artificiales. Los investigadores encontrarían un cuerpo del mismo tamaño y altura que el

de Nadashe, pero si el plan salía bien, de él sólo quedarían cenizas. Aun en el caso de que no fuera así, sería imposible identificar sus restos.

Assan, enfundado en su traje espacial, observó cómo sus mercenarios introducían el cuerpo en los restos del furgón junto con los cadáveres de los guardias. A continuación lo harían explotar otra vez, exactamente igual que si se quemara la batería por un problema interno del sistema del vehículo. La batería no necesitaba oxígeno para arder, un detalle sumamente oportuno en un planeta sin atmósfera. Ella era su propio combustible, y sólo para asegurarse, le prenderían fuego. Otra pequeña ayuda para que los cuerpos se calcinaran completamente.

Notó una mano en el hombro. La jefa de los mercenarios estaba indicándole por señas que revisara el sistema de comunicación de su traje. Assan lo revisó; se le había olvidado encenderlo.

—Lo siento —dijo, refiriéndose al sistema de comunicación.

—Le transferimos al traje una llamada por una línea segura —dijo la mercenaria—. Es la condesa.

Assan asintió. Cuando se estableció la comunicación con la condesa, dio la espalda a la mercenaria para tener un poco de intimidad mientras hablaba con ella.

—Al habla Assan.

—Lord Teran —dijo la condesa—. ¿Cómo va la operación de rescate?

—Exactamente de acuerdo con lo planeado, y en el tiempo previsto. Nos marcharemos de aquí en menos de dos minutos.

—Su planificación ha sido excelente.

—Gracias, condesa. Me alegra poder ayudarla.

—Me ha ayudado —le aseguró la condesa—. Pero creo que ya no necesitaremos sus servicios, lord Teran.

Assan estaba a punto de preguntar qué quería decir cuando lo distrajo un cuchillo que le perforaba el riñón derecho y continuó rajándole ese costado. El aire que había dentro de su traje comenzó a escapar al vacío, mezclado con su propia sangre. Assan se dio la vuelta, todavía con el cuchillo clavado en el riñón, y vio a la jefa de los mercenarios empuñando otro cuchillo. Esta vez se lo hundió en el estómago y también le rajó el costado. El traje de Assan

comenzó a bombear oxígeno al casco de una manera prodigiosa para compensar el que se perdía por todas las demás partes, lo que significaba que Assan todavía podía oír lo que decía la condesa.

—Usted estaba actuando como intermediario entre los primos Wu y yo, y entonces se me ocurrió preguntarme por qué necesitaba un intermediario. Así que me reuní con ellos. Resulta ser que ha estado jugando con ellos como si fueran imbéciles, y eso no les gustó nada. Llegamos a un acuerdo alternativo que nos satisfacía a todos. También llegamos a la conclusión de que este plan de fuga suyo sería más eficaz si fracasaba y usted moría ejecutándolo. Ya lo hemos arreglado para que el abogado de Nadashe aparezca como su cómplice. Todo ha sido preparado al detalle. Hemos tenido que modificar los planes que tenía para las imágenes de vídeo. Ahora muestran algo completamente diferente.

El cuerpo rígido de Assan se derrumbó sobre el suelo.

—Bueno —continuó la condesa—, imagino que ya casi se ha agotado su oxígeno, lord Teran, así que ha llegado el momento de despedirnos. Gracias por el gran servicio que nos ha prestado. Sólo tiene que hacer una última cosa por nosotros.

Assan oyó un suave ruido de fricción y notó que lo levantaban en el aire, lo transportaban y lo arrojaban al interior del furgón.

Lo último que vio fue el cuerpo decapitado de la mujer del que tan orgulloso se había sentido. El frío había contraído sus dedos hacia las palmas de las manos, y a Assan le pareció que estaba haciéndole un gesto de desprecio con el dedo corazón levantado.

En otras circunstancias se habría reído; en cambio, ardió.

Diez

—¿Qué significa que Nadashe Nohamapetan ha muerto? —preguntó Grayland II a Hibert Limbar, el jefe de la Guardia Imperial. Dejó el té matinal, para el que se había reservado exactamente cinco minutos en uno de sus jardines privados antes de acudir a su siguiente compromiso.

—Esta mañana se ha producido un intento de fuga —dijo Limbar—. A juzgar por las imágenes de los sistemas de seguridad, el resultado ha sido espantoso. Todo el mundo ha muerto, incluida la persona que intentaba rescatar a lady Nadashe. Y, majestad, esa persona parece ser lord Teran Assan.

—¿Cómo?

—No quedaba mucho que investigar, ya que el fuego provocado por la batería del vehículo ha quemado casi todo lo que había en su interior, pero las pruebas que hemos recogido son bastante concluyentes. Lord Teran y el abogado personal de lady Nadashe habían mantenido un contacto frecuente últimamente. Tengo agentes colaborando con la policía de Subcentral, con el Ministerio de Instituciones Penitenciarias y con el Ministerio de Investigación. Interrogaremos al abogado de lady Nadashe y veremos qué dice de este lío.

Grayland asintió.

—¿Alguien ha informado ya a la condesa de Nohamapetan?

—Según tengo entendido, el ministro de Investigaciones ha asumido la

tarea de informar a la condesa y de tomarle declaración. Me ha parecido bien cederle ese honor. —El tono empleado por Limbar daba a entender de una manera muy sutil que no lo consideraba en absoluto un honor, más bien una situación que podía estallar en cualquier momento, y Grayland sólo podía estar de acuerdo con él.

—Le enviaré un mensaje de condolencia —dijo Grayland. Limbar hizo un extraño ruidito con la boca que no pasó desapercibido para la emperox—. ¿No?

—Lady Nadashe había sido acusada de atentar contra vuestra vida, majestad —dijo Limbar—. Enviar un mensaje de condolencia sería visto como un gesto de hipocresía por vuestra parte. Es sabido que la condesa de Nohamapetan ve insultos donde no los hay y es proclive al resentimiento. Quizá sería más aconsejable una declaración pública para anunciar las muertes de lady Nadashe y de lord Teran y para lamentar que la justicia no haya podido seguir su curso.

—Tiene razón, eso me parece mejor —dijo Grayland—. Gracias.

—Hay otro pequeño asunto que deberíais conocer, majestad. Ya han comenzado a circular rumores que os involucran en este suceso. Se dice que lord Teran no estaba actuando por su cuenta, movido por sus propios fines, sino que había sido contratado para que asesinara en vuestro nombre, ya que están apareciendo cada vez más pruebas de que el atentado contra vos no fue planeado por lady Nadashe, sino por Amit Nohamapetan.

—Eso es ridículo. Sobre todo la parte en la que se acusa de planear el atentado a Amit Nohamapetan.

—Existen informes nuevos que sugieren que Amit Nohamapetan se relacionaba con personajes de dudosa reputación en asuntos de índole económica —dijo Limbar—. Entre otras cosas.

—Yo estuve con lord Amit hasta los segundos previos a su muerte —dijo Grayland—. No leo la mente, pero le aseguro que la expresión que vi en su cara justo antes de que muriera no era la de un hombre que tenía un plan maestro para matarme o para destruir su propia nave.

—Por supuesto, majestad.

Grayland entornó los ojos ligeramente.

—No pensará usted que pueden tomarse en serio esos informes, ¿verdad?

—Lo que yo pienso es que hay alguien que está tomándose muchas molestias en sembrar la duda acerca de la culpabilidad de lady Nadashe en el intento de magnicidio. Antes de este suceso, habría firmado que el equipo de la defensa de lady Nadashe estaba haciendo todo lo posible para presentar una hipótesis alternativa del caso. Pero este último incidente me hace pensar que está pasando algo más.

—Una teoría conspirativa.

—Estoy de acuerdo. Pero no todas las teorías conspirativas cuajan sólo porque alguien se lo proponga, majestad. A veces forman parte de una campaña de desinformación. Y, perdonadme por lo que voy a decir, pero vos últimamente habéis dado motivos al pueblo para que sea pasto de las campañas de desinformación.

—¿Se refiere a mis visiones?

—Sí, entre otras cosas. No me corresponde a mí ponerlas en duda, majestad. Sólo digo que crean una confusión que os perjudica en la misma medida que os beneficia. Pero, para seros sincero, eso me preocupa menos que el rumor que ha surgido acerca de vuestra próxima comparecencia en el parlamento.

—Ah —dijo Grayland—. El que asegura que voy a declarar la ley marcial en toda la Interdependencia.

—Así es.

—Nuestro equipo de prensa ya ha desmentido ese rumor.

Grayland percibió más que oyó el suspiro de reprobación de Limbar hacia ese comentario.

—Majestad, nadie espera que anunciéis que vais a declarar la ley marcial, hasta que finalmente la instauréis.

—Entiendo lo que quiere decir, sir Hibert. Pero la realidad es que la ley marcial no forma parte de mi programa para la comparecencia en el parlamento. Mis mensajeros y yo hemos sido muy claros en este asunto. No sé qué más se puede decir.

—Ese es precisamente el problema de los rumores. No se basan en nada, así que no existe nada eficaz contra ellos. La verdad no los elimina y la gente

que propaga esos rumores lo sabe.

—¿Piensa que alguien está levantando esta polvareda para desacreditarme?

—Sois la emperox, majestad. Siempre hay alguien que desea desacreditaros. Va con el cargo.

—¿Con qué fin?

—Probablemente con varios fines. Tengo agentes investigándolo. Mi intención al contároslo era evitar que os preocuparais o que os volvierais paranoica, majestad. Sólo quería informaros de lo que se habla fuera para ayudaros a elaborar el mensaje que queréis transmitir.

—Sí, naturalmente. —Grayland volvió a coger la taza de té y dio un sorbo. La dejó de nuevo y miró a Limbar—. ¿Creéis que lady Nadashe está realmente muerta?

—En este momento no tenemos motivos para pensar lo contrario.

Grayland sonrió.

—Ha encontrado la manera de no responder directamente mi pregunta.

—Entonces diré que no tengo motivos para pensar lo contrario —se corrigió Limbar—. También sé que el fuego carbonizó los cadáveres hasta tal extremo que es casi imposible identificarlos por los medios de los que disponen los forenses. Son un montón de cenizas y de huesos descompuestos. Sin duda no podría ser más conveniente.

—¿Hasta dónde puede llegar mi paranoia en este asunto, sir Limbar?

—Vos no deberíais estar paranoica por nada, majestad. La paranoia es mi trabajo. Dejádmelo a mí. Mis agentes y yo descubriremos la verdad, cualquiera que sea.

—Se lo agradezco —dijo Grayland.

Limbar hizo una reverencia y se marchó. Inmediatamente apareció Obeles Atek para llevársela a la siguiente cita, y luego a la siguiente, y a la siguiente, por los siglos de los siglos, amén.

Salvo que esta vez Atek no se la llevó.

—La arzobispa Korbijn está aquí y quiere hablar con vos. Creo que sobre Teran Assan.

—¿Y qué pasa con la agenda de hoy?

—Vuestros próximos compromisos son presentaciones y saludos. Puedo cancelarlos.

Grayland frunció el ceño.

—No los cancele, sólo retráelos. Tengo media hora para comer. Póngalos para entonces.

—Pero tenéis que comer, majestad.

—Puedo saltarme una comida de vez en cuando, Obelees. Llevo encima una barrita de proteínas. Me la comeré mientras acompaña hasta la salida a un grupo y vuelve con el siguiente.

Atek sonrió.

—Iré a buscar a la arzobispa. —Obelees Atek se marchó.

Grayland terminó el té y frunció el ceño para sí. La muerte de Nadashe Nohamapetan le producía una serie de emociones contradictorias. No tuvo más remedio que reconocer que la primera de todas era alivio. Nadashe había sido un fastidio desde el mismo momento de su coronación.

Pero no sólo Nadashe. Toda la desagradable y cargante familia Nohamapetan había estado encima de ella y no le había dado un respiro. Nadashe con su conspiración; Amit con su nada atractiva imperturbabilidad; y ahora la condesa de Nohamapetan con su aparentemente inagotable ira.

Grayland rememoró su encuentro anterior con la condesa. No podía negar que había tenido la intención de ponerla en su sitio, y lo había conseguido. Pero también le había tendido la proverbial rama de olivo con su ofrecimiento de clemencia hacia Nadashe enviándola a lo más parecido a un hotel de cuatro estrellas que existía en el sistema penitenciario imperial. Grayland esperaba que se apreciara ese pequeño gesto de buena voluntad; sin embargo, la condesa apenas consiguió contener su ira. Grayland era consciente de que había dado un paso en falso en algún momento, pero, por mucho que se esforzara, era incapaz de determinar cuándo exactamente.

La muerte de Nadashe, entre otras cosas, anulaba todo eso. Ya no tenía que preocuparse de lo que tramara Nadashe ni de la furia de la condesa a causa de la situación de su hija.

«No estés tan segura», le dijo a Grayland esa parte tan irritante de su cerebro, y tuvo que admitir que probablemente tenía razón. Limbar le había

hablado de los rumores que ya estaban propagándose sobre su relación con el asesinato de Nadashe. Eran ridículos, pero Limbar afirmaba que eso daba igual, sobre todo a alguien como la condesa de Nohamapetan. Si esta había montado en cólera cuando Grayland tuvo un gesto de piedad hacia su hija, probablemente la idea de que la había asesinado la convertiría en un volcán de furia a punto de entrar en erupción.

El segundo sentimiento que le provocaba la muerte de Nadashe era tristeza, y este hecho la confundía y la fastidiaba un poco. Nadashe nunca la había tenido en gran estima. Se habían conocido cuando ella aún era Cardenia Wu-Patrick y su hermano Rennered era el príncipe heredero. Nadashe, cuando aún llevaba poco tiempo saliendo con Rennered, había evaluado el grado de cortesía que debía dispensar a la hermana bastarda de su novio heredero al trono y se circunscribió a él. Cardenia no era entonces lo bastante madura emocionalmente para comprender por qué se sintió ligeramente herida e infeliz aquel día con Nadashe. Incluso ahora sentía desazón.

Y quizá eso explicara su tristeza. Si Nadashe hubiera sido sólo una pizca más amable con ella, o más sabia, o simplemente un ser humano un poco mejor, ella y Cardenia (y también Grayland II, ahora en todo su esplendor, esperando con su taza de té vacía la siguiente cita) podrían haber sido amigas, y tal vez algo más que amigas: confidentes.

Incluso ahora, Nadashe poseía algunas virtudes a ojos de Grayland. Era una mujer inteligente, segura de sí, hermosa y con todas esas cualidades que a Grayland siempre le había costado, y aún le costaba, ver en ella misma. Haberse ganado la amistad y la confianza de una criatura como Nadashe habría significado muchísimo para ella. Sin embargo, no haber disfrutado de ella porque Nadashe simplemente no le prestaba atención, ni consideraba que valiera la pena prestársela, representaba para Grayland una verdadera tragedia.

«Sólo es que echas de menos tener amigos», le dijo su cerebro, y era cierto. Pensó en su querida y difunta Naffa, que había sido todo lo que Nadashe podría haber sido si hubiera querido. La ausencia de Naffa le partía el corazón, no en el sentido amoroso ni sexual, simplemente en el sentido de echar de menos a la amiga más querida, a la persona que te comprendía de

verdad.

«Marce te comprende», le dijo la parte quinceañera de su cerebro. Y, bueno, tal vez era cierto. Grayland pensó en la primera noche que habían pasado juntos y el recuerdo la llenó de una felicidad casi lánguida. Se habían tratado con una torpeza casi ridícula, hasta que de repente esa torpeza desapareció, como si el subtítulo de la escena cambiara de «Oh, Dios mío, ¿qué está pasando aquí? ¿Funcionará?» a «¡Joder! Esto funciona y es fantástico», que, por una vez, ya no fue sustituido por ningún otro subtítulo, gracias a Dios, sólo felicidad y satisfacción. Por primera vez desde la muerte de Naffa, y de una manera completamente distinta, que no era inesperada pero tampoco del todo prevista, Grayland volvió a sentirse ella misma.

Marce había hecho que se sintiera así, como lo había hecho antes Naffa. Y tenía la sensación de que Nadashe, con todas sus cualidades, que se habrían complementado con las suyas propias, también hubiese podido hacerlo.

Pero Nadashe era... Nadashe. No era la suma de sus virtudes. Era otra cosa. Algo que rechazaba lo que Grayland tenía para ofrecer, salvo su posición y lo que podría haber hecho por la Casa de Nohamapetan si la hubiera ocupado en su lugar.

Obelees Atek regresó al jardín acompañada por la arzobispa Korbijn, que vestía de una manera sencilla y discreta en lugar de la ostentosa vestimenta oficial de su cargo. Grayland sonrió al reparar en ese detalle. Korbijn estaba dándole a entender que prestaba atención a las preferencias en el vestir de Grayland.

La emperox sonrió, dejó de lado sus pensamientos sobre Nadashe y el resto de la Casa de Nohamapetan y se levantó para recibir a su visitante. Nadashe ya no estaba, y todo lo que había ansiado para sí y para su familia ya formaba parte del pasado; también todo lo que había sido o podría haber significado para Grayland. La emperox se permitió sentir libremente el alivio y la tristeza que le provocaban su muerte y luego arrinconó esos sentimientos para centrarse en Korbijn y en sus preocupaciones reales y actuales.

«Adiós, Nadashe. Te deseo toda la paz del mundo. Y espero que continúes muerta.»

Once

Después de pasar todo un día escondiéndose y moviéndose furtivamente con los mercenarios (una cosa demasiado tediosa para relatar e incluso para volver a pensar en ella), Nadashe se encontró a bordo de la *Puedes echarme a mí toda la culpa de todo*, el *five* privado de su madre.

Nadashe pensó que era una extravagancia casi inaceptable que su madre utilizara el *five* para trasladarse de un sistema estelar a otro, pero, por otro lado, lo cierto era que su madre prácticamente vivía en él. El *five* era su hogar, incluso cuando estaba estacionado en la órbita de Terhathum. Nunca bajaba a Terhathum, ni siquiera a Basantapur, su ciudad más importante.

«Bueno, ese era el trato, ¿no? —pensó Nadashe—. Papá se quedaba con Terhathum y mamá con el resto del universo.»

Nadashe estaba escondida, con bastantes comodidades, en su apartamento privado en la *Culpa*. Era el que su madre siempre se reservaba para sí, porque la nave espacial era condenadamente grande y tenía apartamentos para alojar a un par de centenares de sus mejores amigos si quería. De hecho, viajaba con un séquito de amistades, lacayos y similares. Era una condesa y la cabeza de la Casa de Nohamapetan; además era una narcisista que necesitaba y exigía atención. Todo esto hacía que viajara seguida por una pequeña ciudad. Pero los ciudadanos se mantenían en el lado opuesto del anillo de la nave a aquel en el que la condesa tenía sus aposentos. Las únicas habitaciones que había en su lado del anillo eran las suyas propias y las de sus tres hijos.

«Ahora dos», pensó Nadashe, y suspiró. No estaba preparada para tener esa conversación con su madre.

Pero todavía no la había tenido; su madre no estaba en la *Culpa*, sino en Subcentral, donde estaban comunicándole la terrible noticia de que su hija, la traidora, la asesina, la magnicida, había explotado como un castillo de fuegos artificiales durante un infructuoso intento de fuga que había terminado con su vida y con la de tres guardias, un conductor y lord Teran Assan.

La presencia de Assan era una noticia jugosa que los medios de comunicación habían exprimido al máximo. A todo el mundo le fascinaba la idea de que Assan, obsesionado con la pérfida Nadashe Nohamapetan, hubiera planeado su fuga junto con su estúpido abogado, a quien habían utilizado como mensajero. El mismo abogado que casualmente había saltado al vacío mientras su familia estaba en el zoo, mirando jirafas enanas y nutrias de pelo largo.

Nadashe frunció los labios al pensar en él. ¡Ay!, pobre Dorick. No tenía ni idea de dónde estaba metiéndose, y probablemente seguía sin tenerla cuando los guardaespaldas de la condesa lo empujaron por la ventana. Al menos a su familia no le faltaría de nada, siempre y cuando Dorick le hubiera dicho a su mujer dónde guardaba el dinero, y si las autoridades no lo descubrían.

Todavía nadie había sugerido la posibilidad de que Nadashe siguiera viva. En el escenario de la fuga había un cadáver para cada uno de los implicados, y lo que quedaba de ellos en todos los casos era difícilmente identificable. A Assan, por ejemplo, lo habían identificado gracias a un anillo con sello de titanio del que todo el mundo sabía que estaba muy orgulloso. Casi todo lo demás se había derretido, quemado o reducido a cenizas. Los únicos que sabían que Nadashe seguía viva eran los mercenarios que la habían rescatado, pero Nadashe tenía la certeza de que todos ellos se encontrarían en el lado equivocado de un arma letal en un futuro razonablemente cercano. También lo sabía la tripulación de la *Culpa*, pero ninguno de ellos tenía la intención de contárselo a nadie, ya que su trabajo y su vida dependían de ello.

Bueno, y la madre de Nadashe, que seguramente estaría poniendo el grito en el cielo en Subcentral. Nadashe podía imaginársela haciendo rechinar los

dientes y rasgándose las vestiduras ante los investigadores imperiales que estuvieran buscando el más leve indicio que sugiriese que el intento de fuga de su hija había sido algo distinto a un espantoso fracaso.

«Que investiguen, si quieren», se dijo Nadashe. Mientras tanto, ella estaba a salvo en un lugar seguro al que, más que cualquier otro sitio, podía llamar hogar. La cama era indescriptiblemente blanda y las sábanas eran cálidas y suaves, la comida era exquisita, en la ducha había toda el agua caliente que quisieras y la ropa no era toda del mismo y condenado color naranja. Nadashe celebró su suerte con un bocadillo gigante, luego se dio una ducha de cuarenta minutos y después se quedó dormida bajo una montaña de mantas durante casi todo el día.

Cuando despertó, su madre estaba sentada en una silla junto a su cama. La condesa había estado observándola mientras dormía. Nadashe se preguntó cuánto tiempo habría pasado allí, mirándola, y luego, casi de una manera inconsciente, se preguntó también en qué momento la maternal mirada llena de cariño se habría transformado en algo completamente distinto, en algo no del todo decoroso.

Nadashe se incorporó en la cama y sonrió a su madre.

—Hola, mamá.

La condesa le propinó una fuerte bofetada en la cara.

—Esto es por matar a tu hermano.

Le dio otro bofetón.

—¿Y esto por qué?

—Por permitir que te capturaran —respondió la condesa.

Nadashe se frotó la mejilla.

—Esperaba que estuvieras más enfadada por la muerte de Amit.

—No podría estar más furiosa. Era mi favorito.

—Lo sé. Ghreni también lo sabía.

—Nunca lo guardé en secreto.

—Podrías haberlo hecho. Otros padres lo hacen.

—Quería a tu hermano —dijo la condesa—. Y habría sido un consorte maravilloso de la actual emperox. Y entonces habríamos tenido un Nohamapetan en el trono.

—Debo decirte, mamá, que eso no iba a ocurrir.

—Se podría haber arreglado de alguna manera.

Nadashe esbozó media sonrisa.

—¿Ya conoces a la nueva emperox? No es de las que se dejan manipular.

—Ya me he dado cuenta.

—También yo me di cuenta —dijo Nadashe—. Mucho antes que tú. Y cuando quedó claro que nunca se casaría con Amit, fue el momento de probar otra cosa. Hay un montón de primos Wu. Con alguno habría salido bien.

—No tenías por qué matar a Amit para llegar a ella.

—Había otras complicaciones.

—¿Te refieres a tu absurdo plan de apoderarte de Fin? Y, sí, estoy enterada de él —añadió la condesa cuando vio la cara que ponía Nadashe—. Tú, Amit y Ghreni. No erais tan listos como pensabais cuando creíais que estabais ocultando vuestras huellas mientras robabais dinero de las cuentas de las empresas para financiar vuestras malditas aventuritas. Esa Kiva Lagos está investigando nuestra contabilidad de los últimos diez años. Has puesto en peligro la casa entera.

—La culpa es casi toda de Amit —dijo Nadashe—. Él era el que falsificaba los libros.

—Pero tú eras la que le pedía que lo hiciera —le espetó la condesa—. Tú eres la lista, Nadashe. Siempre lo fuiste.

—Soy lo que tú has hecho de mí, mamá.

—Pero no fuiste lo bastante lista para conservar a Rennered Wu.

Nadashe resopló, se dejó caer sobre la cama y se tapó la cara con una almohada.

—No quiero volver a oírlo.

La condesa le quitó la almohada de la cara.

—Tenías una misión: convertirte en la emperox consorte. Era mi deseo. Era el deseo del emperox. Estuvimos años preparando el terreno. Y dejaste escapar la oportunidad.

—Maldita sea, mamá. Por última vez: yo no dejé pasar la oportunidad. Rennered decidió que le gustaba demasiado tirarse a todo lo que se movía y no estaba dispuesto a reprimir sus impulsos.

—Podrías haber buscado un acuerdo con él.

—Lo hice. Tuvimos una conversación sobre ese tema. Le dije que podía meter la polla donde quisiera siempre y cuando yo fuera la única que engendrara sus hijos. Pensaba que eso era lo que él quería: un matrimonio de conveniencia con beneficios sexuales. Pero resultó ser que él quería que yo estuviera celosa. O qué sé yo. Aspiraba a la monogamia y al amor verdadero, pero además quería tirarse a cualquier cosa que se le pusiera delante. Y se sintió ofendido cuando le ofrecí el sexo, que iba a tener de todas maneras, en lugar de la monogamia, que no tenía ninguna intención de practicar. Era un cerdo.

—Aun así, podrías haberlo convencido.

—Si de verdad lo crees, mamá, no deberías haberlo matado.

La condesa se encogió de hombros.

—Te hizo daño. Estaba furiosa. Y de todos modos tienes razón. Tus opciones con él eran cada vez más escasas y no podíamos arriesgarnos a que se casara con otra persona.

Nadashe se quedó mirando boquiabierta a su madre.

—¡Pero si acabas de decirme que podría haberlo convencido!

—Estoy dándote la razón —repuso la condesa—. Pensaba que te alegrarías.

Nadashe cerró los ojos.

—¡Dios mío, mamá, eres agotadora! Por favor, elige otro tema.

—Matrimonio.

—Es el mismo tema.

—Mismo tema, distintos protagonistas.

—¿De qué hablas?

—Jasin Wu.

—¿Qué pasa con él?

—Deberías plantearte casarte con él.

—Ya está casado.

—Eso sólo es un detalle sin importancia. Además, no tiene hijos, y eso siempre es útil.

—¿Útil para qué?

—Vamos a convertirlo en el próximo emperox —dijo la condesa.

Nadashe volvió a incorporarse.

—No está en la línea de sucesión.

—Es un Wu. Cuando Grayland no esté, esa línea de sucesión quedará en un segundo plano. A partir de ahí sólo habrá que negociar.

—Otros Wu también aspirarán a ser el próximo emperox.

—Sólo hay un competidor serio: Deran Wu. Y ya nos hemos ocupado de él.

—¿Cómo?

—Deran apoyará la candidatura de Jasin para convertirse en emperox y convencerá a sus seguidores para que hagan lo mismo. A cambio, cuando Jasin sea el emperox, cederá el control absoluto de la Casa de Wu a Deran. Se acabó esa tontería del consejo de administración que mantiene paralizada la casa.

—¿Y el resto de primos lo aceptarán sin más?

—Una vez hecho, no estarán en disposición de oponerse. Pronto te reunirás con Jasin y con Deran. Podrás juzgar por ti misma la seriedad con la que se toman el plan.

—¿Y Jasin me tendrá como consorte?

—Sí, ya ha dicho que está de acuerdo.

—Intentó matarme en la cárcel.

—Aún no te conocía como persona.

—Además, está el pequeño detalle de que se supone que estoy muerta.

—Bueno, ya lo solucionaremos. Ya estamos ocupándonos de eso. Tú misma ya estabas ocupándote de ese asunto. Sé que estabas planeando culpar de todo a Amit. Deran Wu me lo contó. Le he pedido que siga por ese camino.

Nadashe estaba francamente atónita.

—Acabas de decir que Amit era tu favorito.

—Y lo es. Siempre lo será. Pero está muerto, y a ti te necesitamos viva, y a ser posible, inocente. Jasin te ofrece el trono.

—¿A cambio de qué?

—Es obvio. A cambio de que lo ayudemos a destronar a Grayland.

—«Destronar» es una palabra muy ambigua, madre.

—No es necesario matarla —dijo la condesa—. El aislamiento y el destierro tendrían el mismo efecto.

—¿Y cómo planeas hacerlo?

—La propia emperox ya ha dado los primeros pasos en esa dirección con su tontería de las visiones. Se ha apartado de la Iglesia y está a punto de apartarse del parlamento. Algunas casas nobles ya le han dado la espalda. Sólo es cuestión de tiempo. Eso y eliminar a algunos de sus aliados clave. Empezando por Kiva Lagos, que de todos modos es una fuente inagotable de problemas en este momento.

—¿Cómo planeas eliminarla?

—Deja que me preocupe yo de eso, Nadashe.

—No es que Grayland y la Casa de Lagos tengan una relación muy estrecha —dijo Nadashe—. Librarnos de ella tiene un efecto más beneficioso para nosotros que perjudicial para la emperox.

—Tengo algo más perjudicial para Grayland.

—¿Qué?

La condesa no respondió inmediatamente.

—¿Sabías que Grayland quería convertirte en su rehén?

—¿Cómo pensaba hacerlo?

—Me dijo que iba a conmutar tus penas de muerte por una cadena perpetua en Xi'an, en un lugar donde siempre te tendría a mano. Fue su manera de hacerme saber que, si alguna vez me pasaba de la raya, lo pagaría con tu vida.

Nadashe esbozó una sonrisa irónica.

—Dijo eso porque no te conoce. No conoce a nuestra familia.

—Eso no es lo importante —dijo la condesa—. Lo importante es que pensó que podría dominarme mediante una persona a la que creía que amaba, controlarme mediante una persona a la que creía que amaba.

Nadashe reparó en la extraña construcción de las frases de su madre, pero no dijo nada.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?

—Voy a hacer que Grayland experimente en sus carnes lo que quería

hacerme sentir a mí. Voy a demostrarle que puedo hacer lo que quiera con las personas que más le importan.

—¿Y quiénes son esas personas? —preguntó Nadashe—. ¿Qué personas le importan tanto como para que puedas hacerle daño con ellas?

Doce

Marce Claremont observó cómo la *Oliveer Bransid* encendía los faros e iluminaba la cara exterior del casco de la estructura que flotaba a su lado.

—¿Quería ver Dalasýsla? —dijo la capitana Kinta Laure. Señaló la pantalla del puente de mando—. Ahí está.

—Ahí está —repitió Marce. La *Bransid* sólo iluminaba un área minúscula del casco de Dalasýsla: la estructura primaria del hábitat con forma de cilindro alargado que se extendía varios miles de metros y que había albergado seres humanos y todo lo que formaba parte de sus vidas. Al otro lado de Dalasýsla, tapado por la estructura, se encontraba el planeta gigante Dalasýsla Principal, del tamaño aproximado de Neptuno, el planeta del sistema en el que había surgido la humanidad.

—Es increíble que siga aquí —dijo la capitana Laure.

—Se encontraba en una órbita estable cuando la corriente del Flujo desapareció —explicó Marce.

—Eso ocurrió hace ochocientos años. Es mucho tiempo para que cualquier objeto artificial mantenga una órbita estable. La gravedad de las otras lunas debería haber ejercido alguna influencia. El paso de un cometa también podría haber afectado. El impacto de un meteorito o la pérdida de gases por algún daño podrían haberlo desplazado. Probablemente ocurrió, puesto que Klupper —Laure señaló con la cabeza a un miembro de su tripulación— me dice que Dalasýsla ya no está en una órbita estable. Ha

comenzado a girar en espiral en dirección al planeta.

Marce frunció el ceño.

—¿Eso nos afecta de alguna manera?

—No, a menos que pasemos aquí unos cien años —dijo Laure—. Intentemos acabar antes.

Marce asintió y volvió a concentrarse en la pantalla. A primera vista, Dalasýsla no se diferenciaba mucho de la mayoría de los hábitats que los humanos habían construido en el espacio. Estos habían diseñado seis o siete modelos básicos de hábitats cuyas dimensiones podían aumentarse y que les permitían recrear algo parecido a la gravedad mediante el movimiento de rotación. Dalasýsla consistía en un cilindro O'Neill modificado, un modelo en el que no se habían introducido grandes cambios durante siglos. Era eficiente, relativamente sencillo y funcionaba.

Es decir, mientras se tuvieran las personas y los recursos necesarios para mantenerlo en funcionamiento. Cuando escaseaba cualquiera de esas dos cosas, surgían los problemas.

—¿Está muerto? —le preguntó Marce a la capitana.

—Está muerto —respondió Laure—. Desde hace mucho tiempo. Hemos medido su temperatura interior. No difiere mucho de la que hay fuera. Dentro hace tanto frío como fuera. Su equipo tendrá que ponerse los trajes para entrar.

Marce asintió. Su reducido equipo de científicos iba a ponerse los trajes de todos modos. Ochocientos años es mucho tiempo. Nadie quería contaminar nada, ni ser contaminado.

—Entonces no hace falta que llevemos nuestro destacamento de marines —bromeó Marce.

—Llevará su destacamento —dijo Laure—. El hecho de que ese lugar esté muerto no significa que no pueda matarlos.

—Eso es cierto.

—Va a ser su primera misión de verdad, ¿no? —preguntó Laure, mirándolo a los ojos.

—Sí.

—Y nunca ha realizado ninguna clase de trabajo de campo —continuó

Laure.

—La verdad es que no. Soy físico del Flujo. Me dedico a las ecuaciones matemáticas. Eso no requiere salir de un despacho.

Laure asintió.

—Usted manda, lord Marce. Esas son nuestras órdenes. Pero debería saber que tiene un equipo de científicos de la Marina Imperial a su disposición. Todos ellos tienen experiencia en misiones de campo. Tiene sus marines. Las misiones de campo son lo suyo. ¿Acepta consejos?

—Sí, claro.

—Entonces ahí va el mío: usted manda, pero es inteligente y escuchará a su equipo cuando le hable. Y escuchará sobre todo a la sargento Sherrill y a sus hombres cuando le digan que vaya o no vaya a un sitio. Los escuchará y no correrá riesgos. Estamos muy lejos de casa, lord Marce. Y todos queremos volver.

—Gracias, capitana Laure. La alegrará saber que de todos modos eso era exactamente lo que tenía pensado hacer.

—Bien —asintió ella—. No me parece usted estúpido, pero nunca se sabe.

Marce sonrió.

Laure señaló con la cabeza la pantalla.

—Terminaremos la inspección visual de la estructura dentro de un par de horas y entonces será el turno de su equipo. Puesto que Dalasýsla está muerto, probablemente tendrán que entrar por puertas de acceso exteriores.

Marce asintió.

—Eso es lo que habíamos planeado. En los archivos imperiales encontramos los planos de la estructura. Sabemos por dónde queremos entrar. Si esa puerta es accesible, estaremos a poca distancia de la sala de mandos de la red de ordenadores.

—¿Aún cree que podrá poner en marcha el sistema?

—La verdad es que no —respondió Marce—. Ochocientos años son muchos. Pero vale la pena intentarlo. Nos ahorraría un montón de tiempo. Y seguramente respondería muchas preguntas.

—He oído las grabaciones de los últimos días de este lugar —dijo Laure

—. Me sorprendería que no lo encontraran todo destrozado.

—Sí. —Marce había leído las transcripciones y oído las grabaciones de las últimas transmisiones procedentes de Dalasýsla, que databan de un par de años después de que la corriente del Flujo desapareciera. La versión breve era muerte, enfermedad, represión y destrucción. La versión larga lo había dejado con la pregunta de qué demonios pasaba con la gente.

La respuesta era bastante sencilla: cuando la gente sabía que estaba condenada a morir, daba igual el esfuerzo que hiciera para luchar contra ello, perdía la capacidad para tomar decisiones pensando en el futuro a largo plazo. Marce no podía reprochárselo, pero, teniendo en cuenta que ahora toda la Interdependencia se enfrentaba a un destino parecido, tenía la esperanza de que hubiera otras opciones.

Laure le puso una mano en la espalda.

—Vaya a preparar a su equipo. Y, lord Marce...

—¿Sí?

—Espero que descubra algo bueno allí, algo que nos salve a todos.

Dalasýsla estaba muerto, lo que significaba que no funcionaban los mecanismos que abrían las esclusas de servicio para entrar en el hábitat. Abrirlas exigiría tiempo y esfuerzo, probablemente los del soldado de primera Gamis, que era el especialista en mecánica del destacamento de marines. La *Bransid* disponía de las herramientas que requería la operación (habían previsto que las necesitarían, así que las habían subido a bordo), pero entonces la gente de Laure encontró una esclusa de servicio abierta, no muy lejos del punto de acceso planeado. De pronto, Marce y su equipo tuvieron una cosa menos de la que preocuparse.

—No se entusiasme demasiado —le advirtió la sargento Sherrill mientras ella y Marce se ponían los trajes junto al resto de los miembros del equipo—. Sólo significa que encontraremos un mamparo cerrado cuando entremos. En cualquier caso, no será sencillo llegar hasta esa sala de mandos.

Los trajes para la misión eran los más modernos en cuanto a diseño y tecnología; eran ligeros y flexibles, resistentes a los agujeros, los desgarrones

y el vacío, y encima se reparaban solos hasta cierto punto (si la avería superaba ese punto, seguramente estabas jodido). Además, estaban dotados de unos pies magnéticos y de un reciclador de aire que permitía que el oxígeno de la bombona que llevaba incorporada durara una media de quince horas. Incluso podías hacer tus necesidades en él, también hasta cierto punto. Marce esperaba no pasar tanto tiempo fuera como para que eso se convirtiera en un problema. Los cascos contaban con toda clase de equipos de grabación; todo lo que vieran y oyeran quedaría registrado.

El equipo que participaba en esta misión era reducido: Marce y Gennety Hanton, un técnico informático de la marina e historiador que se había especializado en sistemas informáticos antiguos, como los que había en Dalasýsla, la sargento Sherrill y los soldados de primera Gamis y Lyton. Nadie esperaba llegar a la sala de mandos en esta incursión, cuyo objetivo era principalmente abrir un camino a través de los numerosos mamparos que se interpondrían entre ellos y la sala.

Salvo que en algún momento en el transcurso de los últimos ochocientos años alguien les hubiera hecho el trabajo.

—Echen un vistazo a esto —dijo Gamis. Los miembros del equipo de reconocimiento, todos ellos con el traje puesto, se reunieron alrededor de la pantalla ante la que estaba sentado el soldado. Gamis, a través de la pantalla, dirigía por control remoto un dron que estaba adentrándose en las zonas de servicio que había al otro lado de las esclusas. La cámara del dron mostraba los mamparos que había en el interior del hábitat, doblados o agujereados, algunos completamente destruidos.

—Alguien tenía muchas ganas de entrar ahí —dijo Hanton.

—O de salir —repuso la soldado de primera Lyton.

—¿Hasta dónde puede llegar el dron? —preguntó Sherrill.

Gamis hizo aparecer un mapa tridimensional de la sección de Dalasýsla en la que estaba el dron y lo sobrepuso a la imagen que mostraba el ingenio volador.

—El pajarito está aquí. —Gamis señaló un pasillo en el mapa—. Y nosotros queremos llegar aquí. Hay una distancia de un kilómetro y medio más o menos. —Gamis hizo avanzar el dron por el pasillo—. Sinceramente,

sargento, pasados los primeros mamparos, da la impresión de que el camino está despejado. No parece que esa parte de Dalasýsla hubiera sido cerrada herméticamente para evitar la pérdida de presión.

—Lo que significa que el hábitat se quedó sin energía antes de que esa zona en concreto perdiera todo el aire —apuntó Hanton.

—Es posible —asintió Gamis mientras seguía dirigiendo el dron. La imagen que transmitía era una combinación de varias longitudes de onda de luz (por encima, por debajo, y en el rango de percepción del ojo humano) todas ellas fusionadas para ofrecer una imagen monocromática—. O quizá se produjo una avería. O pudieron ocurrir otras mil cosas. Ah. —Gamis hizo volar el dron alrededor de unos restos suspendidos en el aire—. Debería haber activado el detector automático de colisión.

—No hay gravedad —observó Marce.

—No, pero no debía haberla. ¿O sí? —preguntó Gamis—. El hábitat ya no gira.

—Sería más preciso decir que ya no se mueve con una rotación sincrónica.

—Vale, está bien. Si quiere ponerse técnico, adelante, señor.

—No hay cuerpos —señaló Sherrill.

—¿Cómo dice, sargento? —Gamis se volvió para mirar a su superior.

Sherrill señaló el monitor.

—Se ha adentrado un kilómetro en la estructura y todavía no hemos visto ningún cuerpo.

—Aún estamos en las zonas de servicio, sargento —dijo Gamis—. La gente sólo entra en ellas si tiene que hacer algún trabajo concreto en la misma estructura. Supongo que lo que quede de los cuerpos se concentrará en el hábitat propiamente dicho.

—Aun así, me parece raro.

—A mí me parece bien no ver antes de lo debido una momia de ochocientos años congelada. —Gamis hizo avanzar el dron un poco más y entonces lo detuvo frente a una puerta—. Ahí la tiene. Su sala de mandos de los sistemas de Dalasýsla. Una de ellas, por lo menos. Y lo único que tenemos que hacer para llegar a ella es caminar lentamente con nuestras botas

magnetizadas.

—Entonces ¿hemos traído todo este equipo para abrir mamparos para nada? —preguntó Sherrill.

—Yo no diría que para nada —replicó Gamis—. Esta sólo es una pequeña sección del hábitat. Es probable que haya otras zonas cerradas. Tendremos que averiguarlo. Pero al menos hemos tenido suerte con esta.

—Bueno, pues disfrutemos de ella —dijo Hanton—. Una vez que entremos ahí, tendré que ver si soy capaz de poner en marcha algún aparato. Quizá ya hayamos agotado toda nuestra suerte.

Marce decidió que no le gustaban los trajes espaciales. Había comenzado a picarle la nariz nada más ponerse el casco, y ya había intentado rascársela instintivamente tres veces; y en todas ellas sus dedos chocaron con la visera. A la tercera soltó un gruñido de frustración que Hanton oyó a través del circuito de comunicación.

—Terminará acostumbrándose, señor.

—Eso espero —dijo Marce, exasperado.

La caminata hasta la sala de mandos fue lenta, como había prometido Gamis. Las botas magnéticas de los trajes mantenían al equipo con los pies en el suelo; de todos modos iban unidos unos a otros mediante un cable, por si acaso alguno cometía un error y salía volando por el aire. A Marce lo sacaba de quicio el paso de tortuga al que obligaban los zapatos magnetizados, a lo que se sumaba que caminaban casi en absoluta oscuridad, sólo alumbrados por las linternas de los cascos. Cuando llegaron a la puerta de la sala de mandos se sentía como si hubiera corrido una maratón.

—¿Lo ven? Al final necesitareé esto —dijo Gamis, sacando la palanca del pequeño contenedor que llevaban con ellos. La ausencia de gravedad facilitaba a Gamis y a Lyton transportarlo entre los dos, pero les ponía más dificultades a la hora de maniobrar con él en las manos. La inercia hacía que tirara de ellos de una manera incontrolada.

Gamis y Lyton ajustaron la palanca y esta abrió la compuerta como por arte de magia. Marce se sorprendió al oír las protestas de la puerta mientras

se abría, pero entonces se dio cuenta de que las oía a través de los pies: el ruido había viajado por el suelo y penetrado en su traje.

Cuando entraron en la sala de mandos, Marce reparó en unas marcas que había en la puerta y se las señaló al soldado de primera Gamis, que asintió con la cabeza.

—No somos los primeros que hacen esto —dijo Gamis.

—¿Podría decirme de cuándo son las marcas? —preguntó Marce.

—No lo creo —respondió el soldado de primera—. Podrían haberlas hecho hace quinientos años o la semana pasada. Pero apuesto a que no fue la semana pasada.

Una vez dentro de la sala de mandos, los miembros del equipo se dispersaron. Lyton arrojó algo hacia el techo de la habitación y de repente la luz inundó la sala; todas las sombras se extendían desde ese único punto de luz.

—Hágase la luz —dijo Lyton, y se volvió hacia Hanton—. Durará unas seis horas.

—Es más que suficiente —dijo este, que fue hasta el maletín con el equipo y sacó un pequeño módulo de ordenador, un teclado y un diminuto cubo que suministraba energía. Lo llevó todo hasta un terminal de la sala de control.

—¿Llevas un cable para enchufarlo? —le preguntó en broma Gamis.

—No lo necesito —respondió Hanton, encendiendo el cubo de energía. En el dispositivo parpadeó tres veces una luz de color rojo que finalmente permaneció encendida de color azul—. Revisé los archivos. Estos terminales tenían placas de inducción. Lo único que tengo que hacer para encenderlos es suministrarles energía.

—Si sólo es un terminal, no podrás hacer nada con él —dijo Lyton.

Hanton negó con la cabeza.

—Se utilizaba sobre todo como terminal, pero tiene una caché de la memoria local. Eso es bastante importante porque los hábitats se basaban en la redundancia. Si el sistema de ordenadores primario caía, los sistemas operacionales podían seguir ejecutando las funciones básicas con la información almacenada en estos terminales. Al menos el tiempo necesario

para reparar el sistema de ordenadores primario.

—Para eso tendrás que acceder a él —apuntó Gamis.

Hanton dio unas palmaditas al módulo que había sacado del maletín.

—Si consigo encenderlo, he traído algunos juguetitos conmigo, amigos. Un sistema de seguridad de ochocientos años está a punto de conocer las herramientas de desciframiento modernas. Debería ser un acontecimiento bastante instructivo.

—¿Y si no se enciende? —preguntó Marce.

—Bueno, hay otra docena de terminales en la sala.

Marce asintió y paseó la mirada por la sala de mandos. Era amplia y circular, y la luz, que provocaba sombras afiladas, le confería un aspecto un poco truculento. En un tramo de la pared había una ventana y una puerta que daba a otra habitación, en la que había una serie de cajas metálicas negras dispuestas en fila. El verdadero corazón de procesadores del hábitat, o uno de ellos, pues un hábitat de estas dimensiones podría tener varias salas como esta repartidas por todo su espacio. Los sistemas redundantes salvan vidas.

Durante un tiempo, por lo menos. Los ordenadores que había en esas cajas negras seguramente ya no funcionaban, como ocurriría con todos los demás que hubiera en el hábitat. Encenderlos requeriría algo más que el cubo de energía que había llevado Hanton.

Marce se preguntó qué habría pasado en Dalasýsla cuando los sistemas de energía dejaron de funcionar. Una combinación de reactores y de energía solar suministraba toda la electricidad que necesitaba el hábitat. Dichos generadores y paneles solares, así como la red de distribución de energía, eran propensos a sufrir las mismas averías mecánicas que cualquier otro sistema. De manera que había muchas cosas que podían fallar. Marce imaginaba que los sistemas fallaron antes de que desaparecieran quienes poseían los conocimientos para su mantenimiento, pero era difícil saberlo con certeza. Cuando el mundo se desmorona, es fácil que se convierta a los científicos en cabezas de turco.

—¡Oh, hola! —exclamó Hanton—. Mirad quién acaba de despertarse.

Marce se dio la vuelta y vio que el terminal se encendía y en la pantalla aparecían unas líneas de diagnóstico.

—Es increíble —dijo Gamis.

El sistema está formado en su mayor parte por circuitos de estado sólido —dijo Hanton mientras navegaba por los menús—. Está construido con materiales muy estables. Nivel industrial, no de usuario doméstico. Cuando se construye un hábitat, se hace para que dure.

—Vale —asintió Gamis—. Pero ochocientos años...

—Oh, somos condenadamente afortunados —declaró Hanton—. Pero una parte de nuestra suerte se la debemos a cómo se construyó. Vale. Aquí está. —Pulsó una tecla y apareció una estructura de almacenamiento de datos—. Todos los datos locales. Estoy transfiriéndolos a mi ordenador para abrirlos en un entorno virtual.

—¿Qué hay ahí? —preguntó la sargento Sherrill.

—Montones de cosas —respondió Hanton—. ¿Qué quiere?

Sherrill miró a Marce.

—Usted manda, lord Marce.

Marce meditó un momento.

—Me gustaría saber cuándo dejó de funcionar Dalasýsla. Eso nos dará una idea de lo que puede esperarse de otros hábitats en la misma situación.

Hanton asintió con la cabeza.

—Aquí tengo un archivo de registro de accesos.

—¿Sólo del terminal?

—Hay uno del terminal. Y hay otro que parece ser de toda la sala de mandos. Este debió de ser el terminal del administrador.

—¿Y tendrá registrada toda la actividad?

—Mientras hubiera energía, seguro —afirmó Hanton.

—Ábralo.

Hanton abrió el archivo.

—Mmm... —murmuró al cabo de un minuto.

—¿Qué pasa? —quiso saber Marce.

—No sé si me creerá cuando se lo cuente —respondió Hanson.

—Pruebe.

—Permítame que lo organice para que sea más sencillo entenderlo. — Hanson estuvo escribiendo en el teclado durante un minuto y luego le hizo un

gesto a Marce para que se acercara a la pantalla—. He volcado los datos a una hoja de cálculo que hace un recuento de accesos por año. Este es el año anterior a la desaparición de la corriente del Flujo. Hay varios miles de accesos porque la gente abría y cerraba sesión todos los días, ¿verdad? El año de la desaparición de la corriente, lo mismo; y también al año siguiente. A lo largo de los siguientes veinte años, el número de accesos va disminuyendo gradualmente porque lo que está pasando aquí es bastante grave. Veintitrés años después, todo termina. Si quería saber cuándo se pusieron feas las cosas de verdad, ahí lo tiene.

—Veintitrés años no son muchos —dijo Sherrill.

—No, no lo son —repuso Hanton. Siguió bajando por la hoja de cálculo—. Bueno, podría pensarse que ahí acaba todo, ¿verdad? Pues no, porque miren lo que sucede al cabo de cincuenta años. —Señaló una avalancha de accesos.

—¡Aún quedaba alguien vivo! —exclamó Marce.

—Y más de una persona. Ahora, miren. —Hanton continuó bajando por la hoja de cálculo—. Hay accesos cada cierto número de años hasta hace trescientos años. Y luego hay esto. —Durante los siguientes veinte años había una enorme cantidad de accesos al terminal—. Alguien volvió a conectar a la red Dalasýsla. O al menos una parte de él.

—Temporalmente —apuntó Marce.

—Veinte años me parecen demasiados para afirmar que fue temporalmente —dijo Hanton—. Y después de esos veinte años ocurre lo mismo: los accesos disminuyen y luego caen en picado, esta vez durante siete años.

Marce volvió a mirar con detenimiento la pantalla.

—Pero no cesan del todo.

—No —admitió Hanton—. Otra vez cada cierto número de años, durante casi tres siglos. —Siguió bajando por la hoja de cálculo—. Aquí. Aquí. Aquí. Y así sucesivamente.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Gamis.

—Hasta hace treinta años —respondió Hanton—. En ese momento se produjo el último inicio de sesión. Fue la última vez que alguien estuvo en

esta sala.

—Pero ¿cómo es eso posible? —exclamó Lyton—. Este lugar está más muerto que una maldita piedra.

—No tengo ni idea de cómo es posible —reconoció Hanson—. Yo sólo describo lo que dicen los datos. Pero eso explica por qué el sistema del ordenador no está completamente degradado. Cada vez que se enciende, ejecuta un diagnóstico y repara los pequeños problemas que aparecen con el tiempo. —Señaló el terminal—. Ahora mismo está haciéndolo.

—Entonces, Dalasýsla sigue vivo —dijo Marce.

—Dalasýsla no —lo corrigió Hanton—. Lyton tiene razón. Este lugar está muerto. Quiquiera que haya estado viniendo aquí probablemente buscaba los recursos del hábitat y utilizaba el sistema para extraerlos. Pero todavía queda alguien vivo en esta parte del universo. O lo estaba hasta hace treinta años.

Una voz sonó de pronto en el oído de Marce. Era Roynold, que se había quedado a bordo de la *Bransid*.

—¿Marce? ¿Estás ahí?

Marce se alejó de Hanton y del terminal y se llevó inconscientemente la mano a la oreja para oír mejor a Roynold, pero la presencia del casco lo sacó otra vez de sus casillas.

—Estoy aquí. La cosa está poniéndose muy interesante en Dalasýsla, Hat.

—¿Habéis encontrado pruebas de que quede alguien vivo en el sistema?

—Sí —respondió Marce—. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque la capitana Laure ha puesto a su tripulación a buscar los otros hábitats más pequeños del sistema.

—¿Y ha encontrado alguno?

—Ha encontrado muchos. Treinta y seis, para ser exactos.

—¿Y?

—Todos están inactivos como Dalasýsla. Fríos como Dalasýsla; en su interior hay la misma temperatura que en el espacio.

—Vale —dijo Marce, desconcertado.

—Pero han encontrado otra cosa que no es exactamente un hábitat. Es más bien una *tenner*.

—¿Una nave espacial?

—Sí —asintió Roynold—. Y, Marce, lo raro de esa *tenner* es que su interior está caliente.

Trece

—Una oferta de paz —dijo Senia Fundapellonan cuando entró en el despacho de Kiva Lagos para la reunión. Tendió la mano por encima del escritorio para entregarle un objeto a Kiva.

Esta lo cogió. Era una pulsera de filigrana de plata oxidada con un topacio engastado de un dorado color marrón.

—A ver si lo adivino —dijo Kiva—. Has ido a una feria, has derribado todas las botellas y te han dado a elegir entre esto y el elefante de peluche como premio.

—No pude elegir. Pero el elefante de peluche me lo he quedado.

—Vale, pero ¿por qué me das esto? —preguntó Kiva, dejando la pulsera en la mesa—. No estoy cabreada contigo porque no hayamos vuelto a vernos desde nuestro breve encuentro con la emperox. No estamos saliendo.

—En realidad no es un regalo mío —repuso Fundapellonan—, sino de la condesa de Nohamapetan. Terhathum es célebre por sus topacios. Aunque mucha gente no lo sabe porque la familia Nohamapetan tiene el monopolio del maíz y del arroz, y la Casa de Hoak no va diciendo por ahí de dónde proceden los topacios que vende.

—¿Y a qué debo exactamente este regalo de la condesa? Corre el rumor de que me odia a muerte.

—La condesa considera que vuestra relación comenzó con mal pie. Supongo que, a raíz de la muerte de su hija, piensa que ha llegado el

momento de resolver vuestras diferencias. —Fundapellonan señaló la pulsera—. Esta pulsera es un símbolo. Su precio en el mercado es insignificante; seguramente no cueste más de mil marcos. Pero perteneció a Nadashe. La condesa espera que este hecho sirva para convencerte de la sinceridad de su deseo de que empecéis de cero.

—Vaya, vaya —dijo Kiva. Volvió a coger la pulsera, que, por otra parte, era bonita, y la miró con interés—. La idea ha sido tuya, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no sé si alguna vez has visto a la condesa de Nohamapetan, pero tiene los sentimientos de un maldito caimán. No me la imagino ni por un momento atormentada por la muerte de su hija, cogiendo esta cosa y enviándote para que la ayudes a realizar el viaje curativo de su puta alma.

—Me parece que estás subestimando a la condesa.

—Lo dudo.

—¿Dudas que exista la posibilidad de mejorar el alma humana?

—Creo que para mejorar el alma primero debes tener una.

—Eres mala, Kiva Lagos —replicó Fundapellonan.

Kiva se encogió de hombros.

—¿Quieres que le diga a la condesa que rechazas su regalo?

—Claro, porque sólo me faltaba darle otro motivo para odiarme, gracias.

Fundapellonan sonrió.

—Entonces le diré simplemente que le expresas tu alegría y tu humilde agradecimiento.

—Sí, esas palabras parecen propias de mí.

—Tanto como parece propio de la condesa la idea de regalarte la pulsera.

—Entonces, fue tuya, ¿verdad?

—Es posible que le haya dicho que la pulsera era de tu estilo.

—Pues no entiendo por qué. Casi nunca me pongo joyas.

—Quizá por eso pensé que me gustaría verte con ella puesta.

Kiva se la puso.

—¿Y bien?

—No te queda mal —dijo Fundapellonan.

—Vale. —Kiva se la quitó y volvió a dejarla sobre el escritorio—. Y

después de este momento de sensiblería que hemos compartido, di lo que tengas que decirme para que yo te conteste que no y podamos seguir con nuestras vidas.

—La condesa te invita a reconsiderar tu papel como administradora de los negocios de la Casa de Nohamapetan en el sistema de Central.

—De acuerdo.

—¿En serio?

—Claro —dijo Kiva, y contó mentalmente hasta uno—. Ya está. Y mi respuesta para la condesa es la siguiente: «Que te jodan». Ya se lo dije una vez: no. Ya presentó el caso ante la maldita emperox y lo perdió. Y la emperox no sólo rechazó su petición, sino que dijo explícitamente que yo debía seguir en el puesto y que la Casa de Nohamapetan tenía que colaborar conmigo en mi investigación sobre las cuentas de la familia en el sistema de Central. Una colaboración que, por cierto, todavía no he recibido, y ya estoy empezando a mosquearme.

—Comunicaré este asunto a la condesa.

—Hazlo. Comunícale también la parte de «que te jodan». Asegúrate de emplear mis palabras. Y cuando hables con ella, déjale claro que si tú o cualquier otra persona vuelve a presentarse en mi despacho para sugerirme que debería dimitir del puto trabajo que la condenada reina del universo habitado conocido me ha encargado, voy a comenzar a cabrearme.

Fundapellonan se la quedó mirando.

—¿Esta eres tú sin estar cabreada?

—Tú todavía no me has visto cabreada.

—Tomaré nota de ello.

—Tampoco la condesa. Y si hace que me cabree, ni todas las pulseras de la amistad del mundo la ayudarán.

—¿No hay nada que te haría reconsiderar tu decisión?

Kivaladeó la cabeza.

—¿Otra vez con los sobornos?

Fundapellonan abrió los brazos.

—Cuando salga de aquí debo poder decir que lo he intentado todo.

—¿Qué más te queda por intentar?

—Esto era lo último.

—¿Estás segura? Porque todavía no hemos llegado a las amenazas veladas.

—No hay amenazas veladas.

—La condesa debe de haber perdido la forma.

—Bueno, está asimilando la muerte de un hijo. Por segunda vez este año.

—Es posible. —Kiva volvió a mirar la pulsera y luego a Fundapellonan

—. ¿Qué haces luego?

—Estoy ocupada.

—¿Y después?

—Siempre estoy ocupada.

—Sé de buena tinta que no estás tan ocupada.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Estoy sugiriendo que podríamos quedar.

—A lo mejor estoy evitándote.

—Pues estás haciéndolo fatal, porque ahora mismo estás en mi despacho.

—Por trabajo.

—Repartiendo regalos.

—De parte de otra persona.

—Que has elegido tú.

—Sí, es cierto.

—Pásate más tarde y me la pondré para ti... Sin nada más.

—Trato hecho.

—¿Por qué cojones trabajas para los malos? —le preguntó Kiva a Fundapellonan unas horas más tarde, mientras estaban en la cama después de una sesión de sexo de una calidad superior a la media.

Fundapellonan la miró enfadada.

—La Casa de Nohamapetan no son los malos.

—Me parece que alguien necesita ponerse al día sobre ciertos acontecimientos recientes.

—Está bien —dijo Fundapellonan—. Es posible que algunos miembros

de la Casa de Nohamapetan sean malos.

—Fratricidio, asesinato, intento de asesinato, desfalco, gusto por los hombres discutible... Y eso que sólo estoy hablando de una de esas hijas de puta.

—Vale, es mala. Bueno, lo era.

—Sigue siéndolo, sólo que ahora está muerta.

—Pero ni siquiera trabajo para ella.

—Trabajas para su madre. ¿De dónde crees que le venía la maldad?

—Estrictamente hablando, tampoco trabajo para ella. Trabajo para la casa.

—Una casa dirigida por la condesa, tu jefa, y su familia. Joder, haces unas distinciones que no existen.

—Soy abogada, ese es mi trabajo. No estoy defendiendo que algunos miembros de la familia Nohamapetan sean unos angelitos, ni siquiera unas personas decentes. Pero trabajo para la casa. Y en el día a día, la Casa de Nohamapetan es una casa noble tan decente como cualquier otra.

—Si tú lo dices.

Fundapellonan se incorporó apoyada sobre un codo.

—¿Y qué me dices de la Casa de Lagos, eh? Seguramente no te sorprenderá saber que antes de conocerte hice un poco de, llamémoslo así, contrainvestigación sobre tu casa. ¿Quieres que te dé una lista de sus problemas en temas laborales y de las varias leyes de seguridad laboral que la Casa de Lagos infringe sistemáticamente? ¿Cuántas veces sólo en los dos últimos años la Casa de Lagos ha comparecido ante los gremios por mala praxis? ¿A cuánto asciende el presupuesto anual de la Casa de Lagos para la «resolución de conflictos»? ¿Pero si hasta tenéis un presupuesto destinado al pago de indemnizaciones y no modificáis vuestras prácticas a menos que el gasto en ese apartado supere lo presupuestado durante tres años seguidos! Cosa que está a punto de suceder, por cierto.

—Podría hacer la misma contrainvestigación sobre la Casa de Nohamapetan y presentarte una lista similar.

—Eso es precisamente lo que intento decirte —repuso Fundapellonan—. La casa es una empresa; necesita representantes. No es perfecta, pero

tampoco la encarnación del mal.

—Pero tu jefa sí lo es.

—Es irónico que seas precisamente tú quien dice eso, una mujer que ha obtenido millones de marcos de beneficio de los refugiados que huyeron en su nave de una devastadora guerra civil.

Kiva se la quedó mirando.

—Vaya. Has investigado a fondo, ¿eh?

—¿Por qué lo hiciste?

—Necesitaba el dinero.

Fundapellonan sonrió y se puso encima de Kiva.

—Verá usted, Kiva Lagos, eso fue realmente malvado.

—Y sin embargo, aquí sigues conmigo.

Fundapellonan se sentó a horcajadas sobre Kiva.

—A lo mejor es que me gusta la gente mala. —Agarró la muñeca de Kiva, le sacó la pulsera y se la puso. Levantó la mano para contemplarla.

—Te queda bien —dijo Kiva.

—Va perfecta con el color de mi piel —repuso Fundapellonan, y salió volando de la cama.

—Oye —le dijo Kiva a Fundapellonan unas horas después.

Esta intentó hablar, pero Kiva le hizo un gesto con la mano.

—No te molestes. Tienes un tubo en la garganta. Todo tu sistema respiratorio está un poco jodido en este momento. Como toda tú, en realidad. Te dispararon, joder. En mi propia cama.

Fundapellonan abrió los ojos con incredulidad y miró frenéticamente a su alrededor.

—Relájate, relájate, ¿vale? Relájate —la tranquilizó Kiva—. Estás bien. Estás a salvo. Bueno, no estás bien exactamente. Has estado a punto de morir varias veces. Pero ya no vas a morir. Y ahora estás a salvo. He pedido un favor. —Kiva hizo un gesto amplio con la mano—. Bienvenida a la suite médica de la emperox en el palacio de Brighton.

Fundapellonan puso los ojos como platos.

—No te preocupes, yo corro con los gastos.

Esto hizo que sus ojos se distendieran una pizca.

—Voy a contarte lo que ha pasado —dijo Kiva—. Te dispararon en el pecho. La bala entró por la puerta corredera de cristal. Mi habitación está en la planta decimoséptima, joder, así que es poco probable que fuera un accidente. Mi principal hipótesis es que la bala iba dirigida a mí y acabó encontrándote a ti. No te ofendas, pero creo que hay más gente que desea mi muerte que la que desea la tuya. Me parece una hipótesis razonable, ¿no?

Fundapellonan asintió de una manera casi imperceptible.

—¿Le habías dicho a alguien de la Casa de Nohamapetan que ibas a verme esta noche?

Fundapellonan miró fijamente a Kiva sin moverse.

—No estoy enfadada contigo, Senia. No creo que me tendieras una trampa. Pero necesito saber si alguien de la Casa de Nohamapetan sabía que ibas a verme.

Fundapellonan asintió con la cabeza.

—¿Le dijiste que me pondría la pulsera para ti?

La abogada volvió a asentir.

Kiva sonrió.

—Por eso sé que no me tendiste una trampa. De lo contrario, no te habrías puesto la pulsera por nada del mundo. Y yo estaría muerta. Esta noche me has salvado la vida, Senia. Te has llevado un disparo por mí.

Fundapellonan parpadeó.

—Sí, lo sé. Si hubieras podido elegir, no lo habrías hecho. También quiero darte las gracias por no morir. No lo digo sólo porque me gustes. Un asesinato baja mucho el precio de una propiedad.

Senia parpadeó otra vez.

—Es demasiado pronto. Vale. Me parece justo. ¿Qué te parece esto otro, entonces? Primero, es evidente que deberías dejar el trabajo, porque tu jefa, que es la personificación del mal, seguramente acaba de pegarte un tiro. Y, sí, sé que el objetivo era yo, pero el solo hecho de que se le pasara por la cabeza dispararme mientras estaba contigo debería darte a entender que estaba dispuesta a correr el riesgo de que tú fueras una víctima colateral, o que no le

importaba que vieras cómo me volaban la tapa de los sesos. Segundo, si dejas de trabajar para la Casa de Nohamapetan, te ofreceré un trabajo en la Casa de Lagos. Es cierto que nuestras prácticas son cuestionables, pero quizá puedas ayudarnos a corregirlo. Tercero, con independencia de la decisión que tomes, quiero que sepas que pienso que mereces algo mejor que esto. Y cuarto, ¿recuerdas que te dije que nunca me habías visto cabreada?

Fundapellonan asintió.

—Bueno, pues eso está a punto de cambiar.

Kiva le hizo cosquillas en la nariz a Tinda Louentintu, la jefa de personal de la condesa de Nohamapetan. Louentintu resopló en sueños y se rascó la nariz, y luego se dio la vuelta en la cama.

Kiva observó durante un par de minutos cómo roncaba ese pedazo de mierda y luego se dirigió al cuarto de baño de la habitación de hotel de Louentintu (en la que había entrado con una llave maestra, por la que había pagado una cantidad de dinero indecente a uno de los subdirectores del hotel con menos escrúpulos), sacó de su envoltorio uno de los vasos esterilizados que había en el lavabo, lo llenó de agua, regresó a la cama y la vertió sobre la cara y las orejas de Louentintu. Esta se despertó y se incorporó escupiendo.

—Oh, genial, se ha despertado —dijo Kiva—. Hola, soy Kiva Lagos —se presentó, y le propinó un puñetazo en mitad de la cara.

Sonó un chasquido y de la nariz de Louentintu salió despedido un chorro de sangre. La jefa de personal de la condesa se llevó las manos a la cara jadeando y se manchó de sangre los dedos. Miró a Kiva.

—¿Por qué?

Pero Kiva le soltó otro derechazo en la nariz y Louentintu chilló.

—Perdón, ¿me ha preguntado algo? —dijo Kiva. Sacudió la mano e hizo una mueca. Estaba casi segura de que se había roto un dedo con la nariz de aquella hija de puta, pero no iba a darle el gusto de reconocerlo, así que volvió a echar la mano hacia atrás para preparar otro puñetazo—. Adelante, pregúnteme lo que quiera, montón de mierda pestilente.

Louentintu no dijo nada. Pero Kiva le estampó otro puñetazo. La jefa de

personal se derrumbó sobre las almohadas. Había sangre por todas partes. Cuando respiraba, el aire hacía un ruido espantoso al pasar a través de los huesos triturados de su nariz rota.

—Ahora que hemos pasado los preliminares, le explicaré qué hago aquí —continuó Kiva—. Esta noche, una amiga mía, y empleada de tu jefa, maldita rata de alcantarilla, ha recibido un disparo delante de mis ojos. Estaba encima de mí, probándose una bonita pulsera, cuando de pronto ha salido disparada dos metros con un maldito agujero en el pecho. Ha sido un puto milagro que haya sobrevivido.

—No sé de qué me habla —dijo Louentintu entre resuellos.

—Ni se le ocurra seguir por ahí, o la sacaré a rastras de la puta cama y la tiraré desde el balcón. Me importan una mierda las consecuencias. Así que si le apetece averiguar si puede volar, señora, vuelva a decirme que no tiene ni puta idea de lo que hablo.

Louentintu no dijo nada.

—Bien. Las dos sabemos para quién era esa bala —continuó Kiva—. Pero resulta ser que acabó atravesando a Senia Fundapellonan. Está bien, de acuerdo, se lo diré. El puñetazo que le he dado era para la condesa de Nohamapetan. Supongo que tengo tan mala puntería como ella. La diferencia es que Senia no merecía lo que le ha pasado. En su caso, sin embargo, ocurre todo lo contrario. Sé que cuando la condesa de Nohamapetan caga, usted le limpia el culo.

»Así que va a hacer lo siguiente: ahora subirá con esa cara hecha un cuadro los seis pisos que nos separan de la habitación en la que está durmiendo su jefa y la despertará. Le dirá que ha fallado el puto disparo y que mañana a primera hora entraré en la Torre de los Gremios, subiré a mi despacho y me sentaré en mi bonita silla detrás de mi bonito escritorio con un té delicioso, y que luego voy a destruir su puta empresa.

»Pienso dedicar cada minuto de cada día de lo que me resta de vida a hacerle a su casa lo que acabo de hacerle a su nariz de mierda. Ya me he hartado de la avariciosa familia de gilipollas de la condesa, así que voy a hacer que los gremios consideren seriamente la posibilidad de privar del derecho al voto a la casa y de meter a todos y cada uno de sus miembros en la

cárcel. Hasta ahora sólo he estado matando el tiempo, de manera que imagine lo que soy capaz de hacer cuando estoy motivada.

—O —dijo Louentintu.

—¿Qué?

—He dicho «o». —Louentintu había dejado de sangrar por la nariz y se había limpiado la cara con la sábana, de manera que ambas cosas estaban manchadas de sangre—. Cuando alguien amenaza siempre hay un «o»: «Quiero esto o destruiré su casa». Su amenaza ha quedado clara, lady Kiva. Estoy esperando el «o».

—¿Cómo está su nariz?

—Ha estado mejor.

Kiva asintió y le asestó otro puñetazo. Louentintu volvió a derrumbarse contra el cabezal de la cama.

—Esto ha sido mi «o» —dijo Kiva—. Asegúrese de que a la condesa le llega el mensaje. Y dígame que saque su culo de Central. Tiene una nave de la hostia. A partir de ahora, puede dormir en ella.

Catorce

La nave era enorme, como todas las *tenner*, y estaba rodeada por un anillo, también como todas las *tenner*. Pero, a diferencia del resto de las *tenner*, el anillo no rotaba para generar la fuerza que mantenía a las personas y los objetos fijos a las paredes y el suelo. En toda la nave las luces estaban encendidas, aunque se apagaban de vez en cuando. Marce supuso que, en el mejor de los casos, la energía y los sistemas de la nave funcionaban de manera intermitente. El interior de la nave estaba «caliente», aunque sólo en relación al espacio que la rodeaba. Salvo en un tramo del anillo, la nave registraba una temperatura de sólo un par de grados centígrados.

Lo interesante de la nave no era esta en sí, sino la multitud de objetos que la rodeaban: docenas de elementos cilíndricos, cada uno de ellos de una longitud que en ningún caso superaba los treinta metros, conectados mediante cables a uno o varios de esos mismos objetos, rotando en torno a un punto central que a su vez estaba conectado a la *tenner*. Marce observó uno de los cables desde la sala de reuniones de la *Bransid* y vio que algo se movía por él: un pequeño contenedor unido a una polea mecanizada. Mientras lo miraba, la polea trasladó el contenedor hasta uno de los cilindros, que lo engulló.

—¿Está pasando de verdad lo que estamos viendo? —preguntó Jill Seve cuando el contenedor desapareció. Seve era especialista en lingüística de la marina y también tenía un doctorado en antropología, por lo que el almirante

Emblad la había considerado idónea para esta misión.

—Bueno, estamos viéndolo —repuso el biólogo Plenn Gitsen—. La pregunta que deberíamos hacernos es si queremos creerlo o no.

—Es decir, ¿cómo es posible que viva gente ahí fuera? —dijo Seve—. ¿Cuánto hace que desapareció la corriente del Flujo?

—Ochocientos años —respondió Roynold, que estaba mirando la pantalla al lado de Marce.

—¿Cómo puede alguien vivir así durante ochocientos años? —preguntó Seve, señalando el monitor.

—Seguramente no vivieron así ochocientos años —dijo Gennety Hanton—. Hemos encontrado pruebas de que hubo gente en Dalasýsla hace treinta años. Si tuviéramos tiempo para examinar los demás hábitats del sistema, lo más probable es que descubriéramos que algunos estuvieron habitados o fueron visitados recientemente. Bueno, en un tiempo relativamente reciente.

—¿Quiere decir que han estado viviendo así durante treinta años? —inquirió Seve.

—Eso parece —respondió Hanton.

—Vale, entonces, ¿cómo demonios puede vivir alguien así durante treinta años?

—Viven así porque no tienen elección —dijo con irritación Roynold—. Es obvio. Nuestro trabajo es averiguar por qué y cómo.

—Entonces, ¿vamos a ir allí? —preguntó Hanton, mirando a Marce.

Marce se volvió a Gitsen, el biólogo.

—¿Vamos a ir? —le preguntó.

—Quienesquiera que sean, llevan casi mil años aislados en Dalasýsla —respondió el biólogo—. El número de personas con las que han vivido toda su vida no creo que supere los dos centenares. No son muchas.

—¿Le preocupa que les contagiemos nuestras enfermedades y mueran? —quiso saber Roynold.

—O a la inversa —repuso Gitsen—. No tenemos ni idea de qué bacterias o virus han mutado y evolucionado en su limitado entorno. No podemos entrar sin más y abrazarlos. Eso podría suponer la muerte segura para los dos grupos.

—Entonces, usted vota por que no vayamos —dijo Marce.

Gitsen negó con la cabeza.

—Yo no he dicho eso. Creo que debemos ir allí. Esas personas representan un milagro para la ciencia. Han logrado sobrevivir durante ochocientos años a la desaparición de su civilización. Tenemos que hablar con ellos. Pero debemos ser precavidos.

—¡De vuelta a los trajes! —exclamó Hanton.

—Usted no tiene que ir —dijo Seve—. No hay sistemas informáticos a los que debamos acceder.

—Que nosotros sepamos —replicó Hanton.

Roynold se volvió hacia Marce.

—¿Qué especialistas necesitas?

—A Seve y a Gitsen seguro —respondió Marce—. Quizá deberíamos proponérselo también a Merta Ells —añadió, refiriéndose a la doctora de la *Bransid*—. Y sé que la capitana Laure querrá que nos acompañen por lo menos un par de marines. Y tú también puedes ir, Hat.

—¿Qué te hace pensar que quiera ir? —preguntó Roynold.

—Yo fui en la última misión —dijo Marce.

—En la que debería haber ido yo —aseveró Roynold—. Ya sabes que no me gusta mucho la gente.

—Lo siento —se disculpó Marce.

—No pasa nada —dijo ella. Devolvió la atención a la nave—. Pero ¿cómo lo haremos? ¿Nos presentamos en la puerta y llamamos?

—¡Eh! —exclamó Hanton—. ¿Han visto eso?

—¿Ver el qué? —preguntó Marce.

—Una de las luces del anillo ha comenzado a parpadear.

Marce miró detenidamente la nave y apenas advirtió la luz en cuestión.

—¿Puede ampliar la imagen en ese sector?

—Ahora mismo —respondió Hanton.

—No parpadea de manera aleatoria ni regular —observó Seve un minuto después—. Es una combinación de destellos largos y cortos. Es un código.

Hanton miró con atención unos segundos y luego sacó la tableta y abrió la función de búsqueda.

—Ya sé qué es —dijo—. La Marina Imperial tiene un código para las naves en problemas que puede utilizarse cuando los sistemas de comunicación fallan.

—¿Usando las luces? —preguntó con incredulidad Roynold—. Si tenemos en cuenta la distancia media que hay entre dos naves, hay que ser muy optimista para creer que va a funcionar.

—Yo no he dicho que sea lo ideal —repuso con irritación Hanton—, sólo que es algo de lo que disponemos. De todas maneras, no es exclusivo de las naves espaciales. Se puede usar con vehículos terrestres y embarcaciones marinas.

—¿Y ese sistema de comunicación no ha cambiado en ochocientos años? —preguntó Marce.

—¡Claro que ha cambiado! —respondió Hanton. Giró la tableta para mostrarle la pantalla a Marce—. Pero entre las bases de datos que descargué para la misión están las claves para descifrar el código de hace ochocientos años.

—Buen trabajo —lo felicitó Marce.

—Sólo formaba parte de un archivo mucho mayor sobre naves espaciales en general, pero acepto llevarme el mérito —dijo Hanton—. Ahora, denme un momento para que pueda concentrarme en esto.

—Hay tres mensajes independientes —dijo Hanton unos minutos después—. El primero es: «El sistema de comunicación está inoperativo».

—Eso ya lo sabíamos —apuntó Roynold.

Hanton levantó una mano para que no lo interrumpiera.

—El segundo es: «Sistemas en estado crítico».

—¿Y cuál es el tercero?

—«Socorro.»

Los dalasýslianos eran al mismo tiempo bajos y alargados, como resultado, conjeturó Marce, de la desnutrición y de la baja gravedad. Marce se dio cuenta de que, a su lado, la doctora Ells se moría de ganas de llevarse a uno de ellos a la enfermería para examinarlo. No se lo reprochaba; en su

situación, él probablemente habría deseado lo mismo.

Por el momento, sin embargo, Marce quería más que cualquier otra cosa poder comunicarse con ellos.

La capitana Laure había rechazado de manera tajante la petición de Marce de ir sin escolta; tampoco había aceptado poner en riesgo a todos los especialistas científicos de la misión. Finalmente, Marce, Ells, Seve y la soldado de primera Lyton se habían puesto los trajes y montado en un transbordador, y habían esperado junto a una esclusa de aire mientras uno de los dalasýslianos les abría manualmente la puerta. El dalasýsliano llevaba puesto un traje espacial que no era de su talla y que parecía viejo y lleno de parches... porque lo estaba.

Cuando los cuatro miembros de la misión entraron en la nave, el dalasýsliano volvió a cerrar la puerta exterior y esperó a que la esclusa volviera a llenarse de aire. Luego abrió la puerta interior, se quitó el traje y lo dejó junto a ella. Iba casi desnudo y su sexo no quedaba claro. Dio la impresión de que estaba esperando que los tripulantes de la *Bransid* también se quitaran los trajes. Cuando se dio cuenta de que no iban a hacerlo, el dalasýsliano hizo un gesto con los hombros como queriendo decir «como queráis», se adentró en la microgravedad e indicó por señas a los recién llegados que lo siguieran. Marce y sus compañeros obedecieron y avanzaron pesadamente con sus botas magnetizadas.

El interior de la nave se caía a trozos, o estaba en un estado magnífico para tratarse de una nave con más de ochocientos años de antigüedad, dependiendo del punto de vista. Allí donde mirara, Marce veía partes remendadas de manera rudimentaria y apaños realizados precipitadamente. Era el Frankenstein de las naves espaciales, claramente reconstruida con trozos y elementos de otras naves y hábitats. Los habitantes eran como aves de rapiña, aunque no podrían haber sido otra cosa para sobrevivir el tiempo que lo habían hecho.

El dalasýsliano condujo a la tripulación de la *Bransid* hasta lo que parecía un comedor, o lo que habría sido un comedor en una nave medianamente normal. En él había varias docenas de dalasýslianos, todos ellos de un aspecto muy similar al del individuo que los había llevado allí.

Eran humanos, pero no se parecían en nada a los humanos que Marce había visto hasta entonces. Eran criaturas del espacio y de las naves espaciales como no había otras en toda la Interdependencia. Miles de millones de ciudadanos de la Interdependencia vivían en el espacio, por supuesto, pero lo hacían en hábitats con una gravedad y una atmósfera plenas, con todas sus necesidades básicas y la mayoría de los lujos cubiertos. Es decir, los habitantes de la Interdependencia vivían en el espacio, no eran del espacio, como lo eran estos dalasýslianos.

«Este es el futuro que nos espera», pensó Marce, con la esperanza de que el estremecimiento involuntario que recorría su cuerpo no fuera visible a través del traje espacial.

El dalasýsliano que los había llevado al comedor enfiló hacia el grupo formado por sus semejantes y otro de ellos se adelantó para ponerse delante del equipo de Marce y comenzó a hablar. Marce no entendió una palabra de lo que dijo.

—¿Jill? —dijo Marce, dirigiéndose a su lingüista, cuando el dalasýsliano dejó de hablar.

—Habla en la lengua estándar de la Interdependencia —dijo Seve—. O al menos una variante. Parece ser que han desarrollado una evolución vocálica.

—¿La comprendes?

—Más o menos. —Seve se colocó frente al dalasýsliano que había hablado y dijo, señalándose—: Humano. —Luego señaló a Marce—. Humano—. Hizo lo mismo con Ells y Lyton.

El dalasýsliano lo comprendió enseguida y pronunció una palabra que podría haber sido «humano» si alguien la hubiera grabado y reproducido hacia atrás con el dispositivo adecuado, hubiera pronunciado y grabado la palabra resultante y vuelto a reproducir hacia atrás, así una docena de veces. Seve repitió el procedimiento con un puñado de objetos que había en la habitación. Luego dijo algo al dalasýsliano que a Marce le sonó completamente ajeno a una lengua.

El dalasýsliano asintió con la cabeza y se quedó esperando.

—Un momento, ¿qué le has dicho? —preguntó Marce.

—Creo que le he dicho: «Hable despacio, nos cuesta entender sus

palabras». Supongo que ahora lo averiguaremos.

El dalasýsliano empezó a hablar de nuevo, esta vez mucho más despacio, y a Marce le pareció distinguir unos sonidos que podrían haber correspondido a palabras que él conocía.

—Él, creo que es un hombre, se llama Church y es el capitán. Esto es todo lo que queda de Dalasýsla —dijo Seve. Hizo una seña con la cabeza a Church para que continuara—. Dice que esta nave alberga lo que queda de Dalasýsla desde hace cien años. —El hombre siguió hablando—. Eran más, pero el resto de las naves y de los hábitats fueron fallando con el paso del tiempo. Dice que han sobrevivido gracias a que han estado yendo de hábitat en hábitat y de nave en nave cogiendo lo que necesitaban. —Church dijo algo más—. Pero ya no pueden continuar haciéndolo.

—¿Por qué?

Escucharon lo que decía el capitán.

—Creo que se les han jodido los sistemas de propulsión —dijo Seve—. Tienen energía suficiente para propulsar la nave, pero no pueden realizar maniobras. —Otra pausa—. Tienen energía para hacer funcionar algunos sistemas de la nave, pero no pueden llegar a los demás hábitats para coger el material necesario para seguir reparando la nave. No paran de aparecer nuevas averías, y llegará un momento en que toda la nave fallará.

—¿Cuánto tiempo les queda?

Seve le hizo la pregunta a Church, que se volvió hacia otro dalasýsliano, que fue el que respondió.

—Hace dieciocho meses que comenzó a fallar el sistema de propulsión —tradujo Seve—. Esta persona es el jefe de ingenieros y calcula que dentro de uno o dos años fallarán demasiados sistemas esenciales de la nave.

—¿Tienen un jefe de ingenieros? —se sorprendió Lyton.

—Han mantenido en funcionamiento la nave todo este tiempo —apuntó Marce—. Claro que tienen un jefe de ingenieros. No presuponga que estas personas son estúpidas, Lyton.

—Lo siento —dijo la soldado de primera.

Church le hizo una pregunta a Seve y esta le respondió.

—Quería saber qué hemos dicho.

—¿Se lo ha contado?

—Sí.

Church dijo algo y Seve lo escuchó con atención.

—Está de acuerdo en que no son estúpidos. Sólo están desesperados. Nos piden ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó Marce.

—Con los sistemas de propulsión, para empezar. Y con otros aspectos técnicos de la nave. Comida... Perdón, comida no, suministros. Cosas que puedan cultivar, medicamentos, información, tecnología moderna...

Church miró a Marce y dijo algo. Marce se volvió a Seve.

—¿Acaba de decir «de todo»?

—Eso creo, sí.

—Bueno, no se lo reprocho —dijo Marce, y se quedó pensativo.

—¿Qué pasa? —preguntó Seve.

—No parecen sorprendidos de vernos —observó Marce.

—¿Qué quiere decir?

Marce hizo un amplio movimiento con el brazo para señalar la habitación y a los dalasýslianos.

—Llevan por lo menos cien años viviendo en esta nave, y antes de eso subsistían como podían en uno de los hábitats del sistema. La corriente del Flujo que los unía al resto de la Interdependencia desapareció hace ochocientos años. ¿Cómo reaccionaría usted si viviera en una comunidad que ha permanecido aislada durante siglos y de repente fuera redescubierta por la civilización?

—La verdad es que no lo sé —respondió Seve.

—Yo seguramente me cagaría en los pantalones —dijo Lyton.

Seve se la quedó mirando de un modo extraño.

—¿Piensa que deberían tratarnos como si fuéramos dioses o algo así? —preguntó la doctora Ells.

—No —respondió Marce—. Pero tampoco creo que esta fuera mi reacción. —Se volvió a Seve—. Pregúntele.

—¿Qué quiere que le pregunte?

—Pregúntele por qué no parecen sorprendidos de vernos.

Seve le hizo la pregunta a Church y se quedó perpleja al oír la respuesta.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que no le sorprende vernos porque la última nave que vino les dijo que vendrían más.

—¿Cómo? —exclamó Marce.

Church volvió a hablar.

—Dice que la última nave vino hace trescientos años y que su tripulación se quedó aquí. Dice que todas las personas que están aquí, incluido él, llevan su sangre. Y dice que su capitán repetía continuamente que vendrían más naves en algún momento. Así que no les sorprende que hayamos aparecido. Sabían que lo haríamos. Estaban esperándonos. Dice además que hemos elegido un buen momento para venir y que nos dan las gracias por ello.

Quince

La arzobispa Gunda Korbijn estaba pensando de nuevo en arte.

Concretamente pensaba en la estatua *Rachela en la asamblea*, de Admirable Pritof (Admirable no era su verdadero nombre, pero, tras su muerte, algún avisado marchante de arte que debía de tener sobreabundancia de sus esculturas hizo un magnífico trabajo de marketing). La escultura estaba inspirada en el cuadro con el mismo nombre pintado por Hippolyta Moulton que colgaba de las paredes del Instituto de Arte Imperial, no muy lejos de la catedral de Xi'an.

En el cuadro, Rachela se dirige a una asamblea de políticos lumbreras y figuras destacadas del mundo financiero, que se sentirán tan conmovidos por sus palabras que inmediatamente dejarán de lado sus mezquinas diferencias para fundar la Interdependencia. Moulton imaginó el momento con una Rachela hermosa, con el rostro sereno y la expresión indescifrable que se había convertido en icónica. Al parecer, los políticos y los hombres de negocios escuchaban con tanto fervor sus palabras que no les importaba que las pronunciara un maniquí.

La escultura de Pritof ofrecía otra versión del momento. El escultor había reproducido con exactitud la postura de Rachela en el cuadro de Moulton, pero la expresión de su rostro era completamente diferente. El gesto sereno e inescrutable de la profetisa había sido sustituido por una expresión de astucia, de conciencia plena y (esto se ha discutido de un modo exhaustivo durante

siglos en las revistas académicas) de sarcasmo. La Rachela de Moulton era un icono religioso; la de Pritof era una mujer con unos objetivos muy claros.

De las dos Rachelas, la representación de Moulton era la más famosa, por eso se encontraba en el Instituto de Arte Imperial, mientras que la escultura de Pritof vivía en una especie de exilio en la catedral de la Iglesia Interdependiente de Šumadija, el sistema natal de Pritof. Sin embargo, a Korbijn eso le daba igual. A pesar de ser arzobispa y la jefa real de la Iglesia, la horrorizaban los rostros indescifrables de la iconografía. Consideraba que despersonalizaban a Rachela, la hacían menos humana y más inevitable. Y si bien a la Iglesia Interdependiente le convenía un aire de cierta inevitabilidad (lo cierto era que a todas las Iglesias les convenía una cosa así), Korbijn, que por profesión e inclinación estudiaba la historia, sabía que no había nada de inevitable en ella.

Tomemos como ejemplo la famosa asamblea que conmemoraban las dos obras de arte. Los políticos y los grandes empresarios no se habían quedado mirando a Rachela embelesados, sino que se habían reído de ella y se habían burlado de su ingenuidad. Por supuesto, tampoco habían salido de la sala y se habían aliado para crear la Interdependencia. Se tardaron años y fueron necesarios incontables acuerdos entre bastidores para lograr ese objetivo, con detalles muchísimo más profanos que elevados. El cuadro de Moulton era una obra de propaganda muy posterior, encargado por uno de los predecesores de Korbijn en el arzobispado de Xi'an. La verdadera historia de la asamblea no se había borrado de los libros de historia, por supuesto, pero la gente prefería la versión de Moulton. Casi siempre que alguien pensaba en *Rachela en la asamblea*, la imagen que le venía a la cabeza era la del cuadro de Moulton.

Por eso a Korbijn le gustaba más la escultura. Sospechaba que la expresión real de Rachela durante la asamblea debió de parecerse más a la representada por Pritof que a la de Moulton. Por enésima vez deseó que Rachela hubiera sido algo más divino que humano, porque entonces habría podido invocarla y preguntarle qué demonios estaba pensando cuando decidió dirigirse a aquellos políticos y hombres de negocios, qué eran realmente sus «profecías» y en qué medida debían regir la Iglesia a la que

Korbijn había dedicado los últimos cuarenta años de su vida.

A menos que pudiera ser emperox por un día. No era un secreto que los emperox tenían a su disposición una tecnología vetada al resto de los mortales capaz de grabar todos sus pensamientos y, una vez muertos, crear a partir de ellos una reproducción que actuaba como consejero del emperox vigente. En el palacio imperial había una sala destinada a ello. Korbijn no sabía si la información registrada se remontaba a Rachela, pero de ser así, tenía una larga lista de preguntas para la recreación digital de la profetisa.

«Si los recuerdos de Rachela están grabados, seguro que Grayland le ha hecho las mismas preguntas que le haría yo», pensó Korbijn.

Por eso precisamente se había puesto a pensar en la escultura de Pitrof; porque, como Rachela, Grayland II iba a dirigirse a una asamblea.

Teóricamente iba a hablar en el parlamento de la Interdependencia, una institución de la que oficialmente era miembro el emperox como único representante del hábitat de Xi'an, aunque era una tradición que el emperox no asistiera a sus sesiones ni votara.

Pero el público que iba a escucharla no estaba compuesto únicamente por los miembros del parlamento. La galería de la cámara se había convertido en el lugar más exclusivo de Xi'an, y los miembros de las grandes casas de la Interdependencia se pegaban por conseguir uno de sus asientos. Korbijn no tenía que esforzarse para ello, pues la habían invitado a ofrecer una bendición formal antes de la intervención de la emperox, pero otros obispos y preladados de la Iglesia se batían en la misma guerra que las grandes casas por conseguir un asiento. Al final del día, los principales poderes de la Interdependencia (políticos, comerciales y eclesiásticos) estarían allí.

«Cuando finalmente se produzca la comparecencia», se corrigió mentalmente Korbijn. Era sabido por todos que la emperox iba a hablar en el parlamento, pero todavía no había fijado la fecha exacta; lo único que respondía el Ministerio de Información cuando se le preguntaba sobre la cuestión era que sería en breve. Grayland estaba esperando a algo, aunque lo que podría ser ese algo era objeto de intensas especulaciones.

A diferencia de Rachela, cuando Grayland II se dirigiera a la asamblea ya sería emperox y, en teoría, la persona más poderosa del universo conocido.

Korbijn no estaba segura del todo de si eso realmente era la ventaja que parecía a primera vista. Era probable que Rachela fuera vista como una excéntrica carismática cuando se dirigió a su público escéptico. Grayland era vista como un peligro. Korbijn estaba al tanto de los rumores que afirmaban que Grayland pretendía utilizar su discurso para anunciar la declaración de la ley marcial, con el argumento de que la clausura de las corrientes del Flujo exigiría un grado de control más elevado. Y amparándose en la ley marcial, Grayland se dedicaría a deshacerse de sus enemigos, como había hecho con Nadashe Nohamapetan.

Korbijn puso los ojos en blanco cuando le contaron ese rumor, pero su actitud cambió cuando aceptó entrevistarse con Tinda Louentintu, que le solicitó un encuentro de un día para otro. La jefa del personal de la condesa de Nohamapetan se presentó con un aspecto muy llamativo, como si hubieran utilizado su cara como saco de boxeo. Cuando le preguntó si se encontraba bien, Louentintu le contó algo sobre que había tropezado con el escalón de la puerta del balcón, cosa que Korbijn inmediatamente sospechó que era mentira, pero Louentintu le dejó claro que no quería hablar sobre el tema, sobre todo cuando sugirió a Korbijn que se planteara la posibilidad de un cisma en la Iglesia de la Interdependencia.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó la arzobispa en lugar de ordenar la detención de Louentintu por blasfemia, para lo que tenía potestad como prelada de la Iglesia, aunque rara vez se hacía y, en todo caso, sólo serviría para complicar un poco más las cosas.

—Por la supervivencia de la Iglesia, naturalmente —respondió Louentintu—. La condesa sabe que usted recientemente reunió a sus obispos para hablarles de la emperox y de sus visiones, y de cómo estas han afectado a su control sobre la Iglesia Interdependiente. También sabe que no fueron pocos los que abogaron por un cisma para preservar la integridad de la Iglesia.

Korbijn recordó el interminable debate/intercambio de gritos al que se refería Louentintu y le hirvió la sangre al pensar que alguno de sus obispos se había ido de la lengua. Ya se encargaría en otro momento de quienquiera que hubiera hablado de más.

—Supongo que unos pocos defendieron esa postura —dijo Korbijn—. Pero le advierto de que la reunión estaba concebida como un libre intercambio de ideas. No había ninguna intención de que saliera de ella un programa de actuación.

—Claro que no. Pero eso no quita que pudiera haber salido una cosa así.

—Por favor, vaya al grano, lady Louentintu.

—Lo que quiero decir es que, si usted abogara por un cisma, encontraría aliados.

—Con todo el respeto debido a la condesa de Nohamapetan, la Iglesia no necesita pregonar que cuenta con aliados como ella.

—A pesar de lo desafortunado de la misma, comprendo su respuesta. Por lo tanto, la alegrará saber que no tendrá que pregonar nuestro apoyo. Otros aliados más importantes la respaldarán.

—¿Qué quiere decir exactamente con «respaldarán»?

—Intuyo que el respaldo será económico y material para que la nueva Iglesia conserve los bienes inmuebles de la Iglesia anterior, para empezar.

—Por lo tanto, no se tratará de un cisma sino de un mero golpe de Estado.

—No tendría por qué ser eso siquiera. Pero hay muchas personas, miembros del parlamento, de las grandes casas y, sí, también de la Iglesia, que están empezando a ver la necesidad de invitar a la emperox a dejar el trono.

—«Invitar» —dijo Korbijn—. Qué palabra más considerada ha elegido.

—No tiene por qué recurrirse a la violencia —declaró Louentintu—. A estas alturas, la condesa de Nohamapetan comprende mejor que nadie que es inútil emplear la violencia con la actual emperox. La ha sufrido más que ninguna otra persona, incluida la propia emperox. Han muerto dos de sus hijos y el tercero se encuentra en Fin y no volverá a verlo jamás. Pero puede evitarse la violencia si se ejerce la presión suficiente en el momento oportuno y en el lugar adecuado.

De repente, Korbijn comprendió lo que estaba insinuándole Louentintu.

—Están planeando algo para la comparecencia de la emperox en el parlamento, ¿verdad?

—Nosotros no estamos planeando nada —replicó Louentintu—. Pero hay

otra gente que está pensando hacer algo.

—Corre un riesgo enorme diciéndome eso —repuso Korbijn—. Pertenezco al comité ejecutivo y mantengo una estrecha relación con la emperox.

—Mantiene una relación estrecha con ella, en efecto, y es un riesgo contárselo. Pero podría haber ordenado que me detuvieran por blasfemia hace unos minutos. Usted también es una persona poderosa, arzobispa. Su Iglesia no le debe nada a Grayland II. Y cuando haya un emperox nuevo, este podría tomar la decisión de separar formalmente el cargo de emperox del de jefe de la Iglesia y nombrar al arzobispo de Xi'an vigente cardenal de Xi'an y de Central.

—¿Hasta tan lejos en el futuro llegan sus planes?

—Le repito que no son los planes de la Casa de Nohamapetan, sino unos planes que han llegado a nuestro conocimiento.

—Pero es usted quien se presenta ante mí para intentar tentarme con ellos, lady Louentintu.

—No estoy aquí para tentarla, arzobispa. Sólo he venido para darle a conocer las posibilidades que existen. Y para apelar al ángel que lleva dentro. Vivimos tiempos convulsos, y la desaparición de las corrientes del Flujo sólo añade incertidumbre. No cabe duda de que todos nos dirigimos hacia una época oscura. La emperox tiene buenas intenciones, pero no es la persona adecuada para guiarnos a través de lo que tendrá que afrontar la Interdependencia. Otra persona tendrá que hacerlo. Y lo mejor para todos será que esa persona sea elegida más pronto que tarde.

Korbijn sonrió.

—Es curioso, habla igual que una persona conocida mía que vino a verme recientemente para tratar el mismo asunto.

—Vuelva a hablar con esa persona. Quizá le diga lo mismo que yo.

—No es posible. Ha muerto.

Louentintu tardó unos segundos en procesar la información.

—Es una pena.

—Sin duda es una pena para él —dijo Korbijn.

—Piense en lo que le he dicho, arzobispa —insistió Louentintu—. Van a

ocurrir muchas cosas, y la Iglesia va a jugar un papel fundamental en todas ellas. Pero de usted depende cuál será ese papel y su futuro. La emperox comparecerá pronto en el parlamento, y el día que lo haga, el tiempo se habrá agotado.

«Bueno —pensó Korbijn cuando Louentintu se hubo marchado—, ha ido casi exactamente como predijo Grayland.»

—Sabe que acudirán a usted muy pronto, ¿verdad? —le había advertido Grayland cuando la visitó para hablar sobre lo que le había sucedido a Teran Assan. Habían charlado brevemente sobre el desgraciado destino de Assan y las consecuencias prácticas que tendría su muerte en el comité ejecutivo. Luego Korbijn había sacado a colación la conversación que había mantenido con Assan sobre su inminente comparecencia en el parlamento, que la había llevado a convocar una reunión con sus obispos. Grayland la había escuchado con interés, asintiendo en todo momento, y después había hecho esa crítica afirmación.

—¿A quién os referís? —le preguntó entonces Korbijn.

—No quiero parecer una paranoica de las teorías de la conspiración, pero lord Teran acaba de morir intentando rescatar a Nadashe Nohamapetan. Me extrañaría que la condesa de Nohamapetan no negara que ella o su casa hayan tenido algo que ver en ello, naturalmente. No obstante, lord Teran, a pesar de sus muchas cualidades, no era una persona dada a actuar por su cuenta y riesgo.

—¿Pensáis que formaba parte de un plan más amplio?

—Pienso que he asustado a un gran número de personas poderosas con mis declaraciones sobre las visiones —respondió Grayland II—. Cosa que, por otra parte, no me sorprende. Las visiones siempre son perturbadoras y alteran el orden, y las personas con poder no quieren verse mezcladas en ello; no entienden que los cambios se producirán quieran o no. Mis visiones alteran el orden ahora para evitar el caos después. Pero eso no les sirve de nada, así que planean algo para mantener el orden que conocen.

—¿Y qué es ese algo?

Grayland sonrió.

—Oh, me parece que usted lo sabe perfectamente.

—Un golpe de Estado.

Grayland asintió con la cabeza.

—O algo similar. No me refiero a un burdo intento de magnicidio como el perpetrado por Nadashe, sino a algo más general, más elegante e irrefutable. Y, por supuesto, van a necesitarla a usted, arzobispa Korbijn, y a la Iglesia. Por lo tanto, estoy bastante segura de que se le acercarán para proponerle un trato.

—Y queréis que os informe de quién acude a mí —sugirió Korbijn. Para sorpresa de la arzobispa, Grayland se encogió de hombros.

—Me da el nombre de la persona que acuda a usted y después, ¿qué? ¿Hago que la investiguen o que la detengan? Le aseguro que Hibert Limbar ya está investigando a todo el mundo, incluidas usted y yo, porque ese es su trabajo. Si hago que detengan a quien vaya a hablar con usted, sólo tendré a una persona detenida. Sus cómplices se desentenderán de ella y borrarán todos sus vínculos comunes, como han hecho con lord Teran. Mientras tanto, seguirán adelante con sus planes. Así que no, arzobispa, no tengo ninguna necesidad de que me diga quién acude a usted. No cambia nada que conozca o no su identidad.

—¿Qué queréis que haga entonces?

Grayland volvió a sonreír.

—Quiero que se pregunte qué clase de iglesia quiere que sea la Iglesia Interdependiente —respondió la emperox.

—No os entiendo.

—Creo que sí me entiende —dijo Grayland—. O por lo menos me entenderá cuando piense en ello.

—De acuerdo —repuso sin demasiado convencimiento Korbijn.

Grayland rio abiertamente.

—¡No pretendo ser enigmática! Sólo intento decirle que en mil años ninguno de sus predecesores se ha visto en la situación en la que la he puesto yo con mis visiones místicas. Pero tiene que decidir si en la Iglesia todavía hay sitio para alguien como yo.

—Para una profetisa.

—Bueno, no sé si yo diría tanto. Pero sí.

Esta vez fue Korbijn quien sonrió.

—Si hay sitio para mí —dijo la emperox—, sabrá qué hacer cuando le pidan su apoyo. De lo contrario, supongo que también sabrá qué hacer. En cualquier caso, le pido disculpas.

—¿Por qué?

—Por ser una molestia —respondió Grayland—. Todo sería más sencillo para usted si no me hubiera saltado el guion. Lo siento.

—Disculpa aceptada —dijo Korbijn. Y luego soltó sin pensárselo dos veces—: Sabéis que habrían ido a por vos de todos modos, ¿verdad?

Grayland había vuelto a sonreír al oír eso. Ahora, al recordarlo, Korbijn se dio cuenta de por qué le vino la mente en realidad la escultura de Pritof: en ese momento, Rachela y Grayland mostraban la misma sonrisa.

Dieciséis

—¿Qué tipo de nave estoy buscando? —preguntó la capitana Laure.

—Una como esta —respondió Marce—. Sólo que más grande.

—Eso sí que acota la búsqueda —dijo irónicamente Laure.

—Los dalasýslianos dicen que la nave no tenía anillo —apuntó Marce—.

Así que no es como una *fiver* o una *tenner*. Probablemente posea una tecnología de campo de presión para generar gravedad similar a la de la *Bransid*. Pero era de mayor tamaño que esta. Según la leyenda, la tripulación estaba formada por doscientas o doscientas cincuenta personas.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Laure—. Estamos buscando una nave mítica que apareció hace trescientos años, sin anillo, lo suficientemente grande para contar con una tripulación de doscientas personas.

—No es mítica —replicó Marce.

—A mí me suena a mítica.

—La doctora Gitsen ha analizado el genoma de algunos dalasýslianos —dijo Marce—. ¿Sabe qué ha descubierto?

—¿Endogamia?

—No —respondió Marce—. Bueno, sí, pero no en un grado tan alto como cabría esperar, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Es un alivio —repuso Laure.

—Gitsen ha descubierto un elemento que no se corresponde con la composición genética de los dalasýslianos que se conserva en los registros

que tenemos de ellos y que tampoco se halla en el ADN de los pueblos de la Interdependencia.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, después de mil años, los seres humanos de la Interdependencia y los de la Tierra son lo suficientemente distintos como para distinguirlos. Somos bastante infalibles a la hora de identificar los antepasados inmediatos de las personas. Y una parte considerable de los antepasados de esta gente no es de por aquí. Ni de ningún otro lugar de la Interdependencia.

—No quiero parecer cruel, pero ¿los ha visto? —dijo Laure—. Han pasado los últimos cien años por lo menos metidos en una nave que apenas los protege de los rayos cósmicos. Es probable que su ADN haya sufrido más alteraciones que la de cualquier otro grupo de criaturas.

—Gitsen ha tenido eso en cuenta —afirmó Marce—. Su conclusión sigue siendo la misma.

—A mí me parece inquietante.

—No es inquietante, sino importante. Alguien más ha estado aquí, capitana. Mucho después de que la corriente del Flujo desapareciera y mucho antes de que llegáramos nosotros. Los dalasýslianos afirman que la nave sigue aquí, en algún lugar.

—Lo más seguro es que ya la hayan desguazado para reutilizar sus piezas.

Marce negó con la cabeza.

—Al parecer, no podían llegar a ella para aprovechar sus piezas. De todos modos, dicen que ni siquiera lo intentaron, porque en ella no había nada compatible con sus naves o sus hábitats. Esa información debería servirle de algo, ¿no, capitana?

Laure negó con la cabeza.

—Sigo pensando que me ha puesto a buscar un fantasma.

—De todos modos, está catalogando todos los objetos construidos por el hombre que encuentra en esta zona —dijo Marce—. Lo único que le pido es que me avise si da con una nave que se parezca, aunque sea remotamente, a la que han descrito los dalasýslianos. Han pasado más de mil años desde que

encontramos pruebas de civilización humana fuera de la Interdependencia. Creo que vale la pena el esfuerzo.

Laure asintió.

—Estaré atenta. Pero no espere milagros. Y no me dé más la lata con este asunto.

—De acuerdo —prometió Marce.

—Cambiano de tema —dijo la capitana—. Sé que ha traído a un dalasýsliano para enseñarle la nave.

—A Church, el capitán, sí —repuso Marce—. Gracias por conceder su permiso.

—Pensaba que le preocupaba que enfermaran con nuestros gérmenes.

—Lleva puesto su traje espacial y ha sido esterilizado antes de subir a bordo.

—Un traje espacial que tiene más de ochocientos años.

—Bueno, él afirma que el traje pertenece a esa nave que estamos buscando.

—¿Y lo es?

—No —respondió Marce—. Es un traje espacial estándar de la Interdependencia, anterior a la desaparición de la corriente del Flujo.

—¿Y cómo ha ido el paseo?

—Agotador para él, porque no está acostumbrado a la gravedad plena. Lo llevamos en una silla de ruedas la mayor parte del tiempo. Le ha parecido interesante ver una nave que realmente tiene todas sus partes internas en el interior. Todavía estaría acribillando a preguntas a los ingenieros de no ser porque le hemos recordado que estaba quedándose sin oxígeno.

—¿Y entiende lo que le dicen?

—Sí, capitana, casi todo. Probablemente más que yo. Poseen una inteligencia excepcional, la verdad. No podría ser de otra manera para sobrevivir tanto tiempo en estas circunstancias.

—Todo el mundo me dice lo mismo —repuso Laure—. A mí me siguen pareciendo unos duendecillos.

—No le falta razón —le dijo Roynold a Marce un rato después, mientras comían—. A mí me producen escalofríos, te lo aseguro.

—A ti no te gusta la gente en general —le recordó Marce—. Tú misma lo reconoces.

—Ya, pero no es sólo eso.

—Son prejuicios.

—Ya lo sé —repuso Roynold—. Así que les hago el favor de mantenerme alejada de ellos.

—¿Y qué hay del otro tema del que hemos hablado? —preguntó Marce.

—¿Te refieres a la idea de que haya aparecido una corriente del Flujo desde otro lugar? —Roynold se encogió de hombros—. Es completamente posible. En la Interdependencia hay más corrientes del Flujo que en cualquier otro lugar de esta zona del universo debido a una singularidad en la topografía multidimensional, pero nada hace que se circunscriban a nuestra zona del universo ni que las corrientes del Flujo no puedan aparecer en el espacio de la Interdependencia desde otro lugar. Después de todo, así es como llegó aquí la humanidad.

—Te pregunto si has encontrado algún indicio que apunte en esa dirección.

—Aún no, pero eso podría cambiar en cualquier momento —respondió Roynold—. He puesto la sonda que hemos traído a investigar la topografía local y estoy introduciendo los datos que envía en los modelos más recientes, pero, aparte de las corrientes que ya conocemos, no he encontrado nada. Sabré más a medida que reciba nuevos datos. A eso me dedico mientras tú andas por ahí divirtiéndote.

—Yo no ando por ahí divirtiéndome —protestó Marce.

—Llámalo como quieras. Yo sólo digo que no estás dedicando mucho tiempo a tu labor como físico del Flujo. De momento estoy encargándome yo sola. Por cierto, me gustaría que quedara constancia de ello cuando llegue el momento de publicar nuestra investigación.

—Me parece justo.

—Acabas de demostrarme que has abandonado el mundo académico. Si todavía fueras profesor estarías exigiendo a gritos constar como el autor principal.

—¿Cuántos datos necesitamos recopilar para encontrar posibles indicios

de que hay otras corrientes que llegan a este sistema?

—Es difícil saberlo, y en gran medida dependerá de la antigüedad de las corrientes de entrada y de salida. Si bien este aspecto no es del todo sorprendente. Nuestro modelo no es muy preciso a la hora de predecir el comportamiento individual de las corrientes más allá de dos décadas. En la variación en masa de las corrientes que estamos prediciendo hay un margen de un par de miles de años.

—Aún me pongo nervioso al pensarlo.

—No estaremos aquí para verlo, así que a mí no me quita el sueño —manifestó Roynold.

—Me parece una manera interesante de afrontar la vida.

—Pues no lo es, la verdad —repuso ella—. Escucha, si encontráis esa nave, intentad averiguar de dónde llegó exactamente y cuándo. Con esa información podremos hacer el recorrido inverso y quizá construir un modelo.

—Si averiguamos de dónde llegó, no hará falta construir un modelo —señaló Marce—. Ya sabremos de dónde vino.

—Ya, pero si construimos un modelo, podremos predecir si esa corriente del Flujo en concreto regresará en algún momento.

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó Marce—. La corriente del Flujo de entrada desde Central desaparecerá dentro de dos meses. No nos servirá de nada tener esa información.

—A nosotros no, cabeza hueca —dijo Roynold—. Pero sí a los duendecillos.

—¿A los dalasýslianos?

—Sí, a ellos. A lo mejor les gustaría dejar atrás una vida de rapiña desesperada. A menos que pienses que son capaces de poner en marcha su nave antes de que la corriente del Flujo de vuelta a la Interdependencia desaparezca.

—Hemos revisado su sistema de propulsión —dijo el capitán de fragata Vyno Junn, el jefe de ingenieros de la *Bransid*, cuando Marce acudió a él para que lo informara de las novedades—. Está hecho polvo y no puede repararse, al menos con las herramientas que yo tengo a mano o que tienen

ellos, en el tiempo que nos queda para irnos.

—¿Podemos hacer una incursión a alguno de los hábitats cercanos? —preguntó Marce.

—¿Para qué? —replicó Junn—. Eche un vistazo a los diagramas. En los hábitats no hay sistemas de propulsión o de navegación que funcionen ni remotamente como los de las naves espaciales. Están ahí para mantener una velocidad constante de rotación y la posición orbital, no para acelerar hasta los bajíos del Flujo o para viajar a otros planetas. Y antes de que me lo pregunte, ya hemos examinado los cascos de las naves más próximas. Estos tipos ya se han llevado todo lo que valía la pena.

—Así que están jodidos, ¿no? —dijo Marce.

—Ya estaban jodidos cuando llegamos nosotros —aseveró Junn—. Sólo estamos dándoles un poco más de tiempo. Estamos ayudándolos a reparar algunos sistemas de soporte vital y de energía, de un modo muy chapucero, la verdad, pero los dejaremos mejor de como estaban. Y estoy bastante seguro de que podemos poner en marcha el anillo antes de marcharnos, lo que los ayudará con la agricultura. Y sé de buena tinta que estamos abriendo toda la fruta fresca que llevamos a bordo para darles las semillas. Además de sacos de patatas, nabos y toda clase de tubérculos.

—Estamos quebrantado las leyes de la Interdependencia —dijo Marce. Pensó en su amiga y antigua amante Kiva Lagos, que probablemente habría desollado a todo aquel que regalara semillas de cítricos sin recibir a cambio un pago para la Casa de Lagos.

—Según lo veo yo, si alguien tiene algún problema con lo que estamos haciendo, que venga e intente cobrar algo —dijo Junn—, pero más vale que se dé prisa.

—¿Y si los lleváramos con nosotros? —le sugirió Marce a la capitana Laure tras su visita a Junn.

—¿A los dalasýslianos?

—Claro.

—¿Y dónde los metemos, lord Marce? —preguntó la capitana.

—Podemos apretarnos un poco.

—Eso es imposible —dijo Laure—. Esta nave está diseñada para una

tripulación de cincuenta personas, y a ella tenemos que sumar la docena de marines y su equipo de científicos. Supongo que ya se habrá dado cuenta de que su camarote tiene el tamaño de un cuarto escobero. El mío, lamento decirle, no es mucho más amplio. Cada centímetro cuadrado que no está reservado a los pasajeros ya está destinado a otra cosa. ¿De cuántos dalasýslianos estamos hablando?

—De unos doscientos.

—Se lo pregunto otra vez: ¿Dónde los metemos? Literalmente no hay espacio para ellos en la nave.

—Tenemos una bodega.

—Ya —dijo Laure—. Que sería ideal siempre y cuando no se sentaran en ningún momento. Lo que me lleva a otra cuestión primordial, lord Marce. Los dalasýslianos nunca han estado en un entorno de gravedad plena. Ellos están acostumbrados a ¿cuánto? ¿A una tercera parte de $1 g$?

—Sí, esa es la gravedad en su nave.

—Por lo tanto, vamos a someter sus cuerpos al triple del peso al que están habituados.

—Podemos apagar nuestros campos de presión.

—Esa sería una solución hasta que llegáramos a la Interdependencia. No sé de ningún hábitat que mantenga de manera constante una gravedad de una tercera parte de $1 g$. Para ellos, vivir en Central sería como para nosotros hacerlo en un gigante gaseoso. Y en último lugar, aunque consiguiera meterlos a todos en la bodega y llevarlos a casa con un campo de presión de una tercera parte de $1 g$, ¿cómo propone que los mantengamos aislados para que no se contagien de alguna de nuestras enfermedades para las que no tienen defensas, o viceversa? El sistema de ventilación de la bodega está conectado con el del resto de la nave. Sólo lo cerramos cuando limpiamos el aire del interior para llevar a cabo una esterilización. Partiríamos de aquí con dos centenares de refugiados, pero tengo la impresión de que no serían tantos los que llegarían a Central, lord Marce.

—Si se quedan aquí morirán.

—No —lo corrigió Laure—. Morirán si se quedan aquí en esa chatarra que tienen por nave. Quizá podamos ayudarlos a resolver ese problema.

—¿Qué quiere decir?

Laure sonrió.

—Presentía que en algún momento usted y yo tendríamos esta conversación, lord Marce, así que quizá le interese saber que ya he enviado una cápsula de correo al almirante Emblad, con un mensaje confidencial en el que le resumo los problemas que afrontan los dalasýslianos. La Marina Imperial cuenta con varias naves que han sido retiradas del servicio recientemente, entre las que hay al menos una *fiveer*. No les pasa nada, salvo que son viejas, si bien ninguna es tan vieja como esa antigualla en la que viven el capitán Church y su tripulación. Es posible que la marina esté interesada en ahorrarse los gastos de desguazar esa *fiveer*. Sobre todo si usted, señor, enviara la misma sugerencia a su amiga la emperox.

—Me parece una idea excelente —reconoció Marce, e hizo algunos cálculos mentales—. El tiempo será muy justo para todo aquel que quiera regresar.

—A los capitanes no nos gusta hablar sobre ello, pero es posible pilotar una nave hasta y desde un bajío del Flujo exclusivamente por ordenador, sobre todo si no hay que ponerse de acuerdo con la tripulación.

—Entiendo.

—No le diga a nadie que se lo he contado. De lo contrario, haré que lo arrojen por una esclusa de aire, señor.

—Su secreto está a salvo conmigo, capitana.

—Me alegra oírle decir eso. Y aprovechando que está tan amable conmigo, lord Marce, permítame decirle que me alegra que haya venido a verme, porque me ha ahorrado el esfuerzo de ir a buscarlo. Tengo noticias para usted.

—¿De qué se trata?

—Creo que hemos encontrado esa nave que andaba buscando. Bastante lejos de aquí.

—Otra nave, otra esclusa de aire —dijo el soldado de primera Gamis, y abrió con la palanca la puerta de la esclusa de la misteriosa nave de Marce.

Marce, Gennety Hanton y Sherrill entraron en ella flotando y Gamis volvió a cerrar la puerta exterior a su espalda. A continuación, forzó la puerta interior y se llevó una sorpresa, como todos sus compañeros, cuando oyó y sintió la entrada de una ráfaga de aire.

—Conserva la atmósfera —dijo Sherrill.

—¿Quiere quitarse el casco, sargento? —sugirió Gamis.

—Yo que usted no lo haría —dijo Hanton—. A menos que le guste respirar un aire que está a una temperatura de doscientos setenta grados bajo cero.

—Vamos —dijo Marce, y lideró a su equipo al interior de la nave con los pesados andares a los que los obligaban las botas magnetizadas.

—Esto es muy extraño —comentó Sherrill mientras avanzaban por el interior de la nave—. Todos los mamparos están abiertos. No hay ninguno cerrado.

—Aquí no hay nadie —dijo Gamis—. Ni siquiera un cadáver congelado.

—El capitán Church contó que la tripulación de la nave se quedó con los supervivientes de Dalasýsla —recordó Marce—. Esta nave no tuvo un final violento. Es probable que simplemente la dejaran aparcada.

—Está a tomar por culo de Dalasýsla —señaló Hanton. La nave se encontraba en la órbita del punto de Lagrange de Dalvik, la luna más grande de Dalasýsla Principal. La tripulación de la *Bransid* la había divisado sólo unas horas después de que Dalvik apareciera por el lado opuesto del planeta. El propio hábitat de Dalasýsla orbitaba a una distancia mayor respecto a Dalvik para evadir tanto la gravedad de la luna como el violento campo magnético de Dalasýsla Principal. El transbordador, volando a máxima velocidad, había tardado seis horas en llegar a la nave. El equipo sólo disponía de un par de horas antes de que la nave volviera a esconderse detrás de Dalasýsla Principal.

—Quizá lo hicieron a propósito —sugirió Marce.

—Creo que escondieron el puente de mando tan bien como la nave —se quejó Gamis—. Sería más sencillo si tuviéramos un mapa de la cubierta.

—¡Lo he encontrado! —exclamó Sherrill, que iba delante del grupo.

Gamis refunfuñó.

El puente de mando era una sala estrecha, casi íntima, y oscura, sólo iluminada por una luz que brillaba desde lo que parecía el puesto de navegación.

—Hay una luz encendida —dijo Hanton, señalándola—. Esta nave todavía tiene energía, después de tanto tiempo.

—Busquemos la calefacción —propuso Gamis.

Marce se acercó al puesto de navegación y miró fijamente la pequeña luz, que se hallaba en el interior de la propia consola del puesto. La luz destelló en los ojos de Marce, que farfulló algo y dio un paso atrás. Las luces del puente de mando se encendieron después de una intermitencia inicial.

—¿Qué demonios ha pasado? —exclamó Sherrill, mirando a su alrededor.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó Hanton a Marce.

—He mirado la luz —respondió el físico del Flujo.

—Bueno, pues no vuelva a hacerlo.

—Creo que ya es un poco tarde.

Desde algún lugar lejano de la nave llegó un ruido vibrante: el sonido de una nave despertando de su letargo. Marce sintió una presión en los hombros. Un campo gravitatorio, o algo por el estilo, se había activado y comenzado a generar una fuerza cercana a la gravedad plena.

—Vale, declaro oficialmente que esto no me gusta —dijo Gamis, y dio media vuelta para dirigirse a la salida del puente de mando.

Gamis dio la voz de alarma y levantó el arma. Sherrill hizo lo mismo.

La persona que estaba en la puerta levantó una mano en un gesto que parecía querer decir: «No me disparen, por favor».

—Esperen —dijo Marce. Gamis y Sherrill mantuvieron las armas levantadas, pero no se movieron de donde estaban. Marce enfiló hacia la persona de la puerta, que lo miró mientras se acercaba, sin bajar en ningún momento la mano.

Marce se detuvo delante del desconocido y tendió hacia él un dedo que atravesó la mano levantada como si no estuviera allí.

Porque en realidad no estaba allí.

—Gamis, si hubiera disparado, lo único que habría conseguido es

agujerear la pared —dijo Marce.

—¿Es una proyección? —preguntó el aludido.

—Eso o un fantasma.

—Genial —dijo Sherrill—. ¿De quién?

Marce volvió a mirar la imagen de la persona plantada en la puerta.

—Muy buena pregunta.

—Su acento y su gramática me resultan extraños, pero creo que puedo entender lo que dicen —declaró la aparición, con un acento tan extraño para Marce como el suyo lo era para la aparición, pero perfectamente inteligible—. Hablan de un modo similar a los dalasýslianos, aunque con ligeras diferencias.

—Hablo en la lengua estándar —dijo Marce.

—Estándar, sí —repuso la aparición, y ladeó levemente la cabeza—. ¿Vienen de la Interdependencia? Aparte de los dalasýslianos, no conozco a nadie procedente de allí. Me encantaría que eso cambiara.

—Vengo de la Interdependencia —dijo Marce—. Todos venimos de la Interdependencia.

—Maravilloso.

—Soy lord Marce Claremont, de Fin.

—Un noble de verdad —exclamó la aparición—. Esto sí que es inesperado. ¿Y la pareja que sigue apuntándome con sus armas a pesar de que no les servirán de nada?

—Son la sargento Sherrill y el soldado de primera Gamis —dijo Marce, y les hizo un gesto para que bajaran las armas. Ambos obedecieron a regañadientes—. Y él es Gennety Hanton, especialista en ordenadores.

—Creía que lo era —dijo Hanton—. Viéndole a usted ahora, estoy empezando a cuestionármelo.

—¿Cree que soy una proyección generada por ordenador y no un fantasma, señor Hanton?

—Doctor Hanton.

—Doctor Hanton. Le ruego que me disculpe.

—¿Y no es así?

—Lo más preciso sería decir que soy un poco de las dos cosas —

respondió la aparición.

—¿Quién y qué es usted, entonces? —quiso saber Marce.

—Me llamo Tomas. Tomas Reynauld Chenevert. O me llamaba, antes de morir, cosa que ocurrió, según estoy descubriendo ahora, hace más de trescientos años. Santo cielo. La *Auvergne*, la nave en la que están ahora, era de mi propiedad. Ahora podría decirse que soy la *Auvergne*. Cómo me convertí en la nave después de ser una persona es una larga historia que será mejor reservar para otro momento. Pero sigo prefiriendo que me llamen Tomas, si no les importa. O *monsieur* Chenevert, si lo prefieren.

—Encantado de conocerle, *monsieur* Chenevert —dijo Marce.

—Lo mismo digo, lord Marce. ¿O es lord Claremont?

—Lord Marce. El conde de Claremont es mi padre.

—Un conde. Vaya.

—Esto es muy raro —dijo Hanton.

—Ciertamente —repuso Chenevert—. Me puse a dormir con el convencimiento de que nunca despertaría por completo. Salvo por los procesos mínimos de mantenimiento, la nave ha permanecido aletargada durante trescientos años. Pero ahora he despertado y encima tengo invitados. ¿Serían tan amables de explicarme qué hacen aquí?

—Esta nave despertó mi curiosidad —respondió Marce.

—¿En qué sentido? —inquirió Chenevert.

—En primer lugar, quería averiguar de dónde procedía.

—La respuesta es sencilla: procede de Ponthieu.

—¿Dónde está eso? ¿En la Tierra?

Chenevert sonrió.

—Oh, no, lord Marce. Ya nada procede directamente de la Tierra, ¿no es así?

Antes de que pudiera responderle, Marce oyó un pitido en el oído: un mensaje de la capitana Laure, grabado porque la *Bransid* se encontraba a varios segundos luz de la *Auvergne*: «Tenemos un problema. Ha entrado otra nave por el bajío del Flujo. Nos ha localizado y se dirige hacia nosotros. Nuestros intentos de ponernos en contacto con ella han sido infructuosos. Suponemos que es una nave hostil».

—¿Han oído? —preguntó Gamis. El mensaje se había enviado a todo el equipo. Sherrill le hizo un gesto para que se callara.

El mensaje continuaba: «No regresen a la *Bransid*. Si la nave es hostil, su transbordador será un blanco fácil. Estamos acelerando para alejarnos de la nave dalasýsliana y hacer que la otra nave nos siga. La doctora Seve y Lyton aún están con los dalasýslianos. Si es necesario y posible, la *Bransid* entrará en el bajío de la corriente del Flujo para regresar a Fin. Si eso sucede, diríjense a la nave dalasýsliana y refúgiense en ella. Prepararemos una misión de rescate. No respondan a este mensaje. No utilicen la radio hasta nuevo aviso. Buena suerte».

—¿La *Bransid* cuenta con los medios para defenderse? —preguntó Marce a Sherrill.

—En el pasado, la *Bransid* fue una nave de interceptación —explicó el sargento—. Pero hoy en día realiza misiones de correo. No dispone de armas para una batalla. Únicamente tiene armamento defensivo.

—Por lo tanto, si esa otra nave es hostil, la *Bransid* será una presa fácil —añadió Hanton.

—La capitana Laure le dará guerra —afirmó Sherrill.

—No es eso lo que he preguntado.

—¿Su nave está siendo atacada? —preguntó Chenevert.

—Aún no —respondió Marce—. Pero es posible que suceda pronto.

—No por parte de los dalasýslianos.

—No. —Marce cayó en la cuenta de que Chenevert había permanecido dormido trescientos años, así que no debía de estar al corriente de los últimos acontecimientos.

—Entonces ¿por parte de quién?

—Todavía no lo sabemos.

—Lamento decirles que no estoy en disposición de poder ayudarlos demasiado —dijo Chenevert—. Estoy utilizando la energía almacenada en las baterías para mantener la gravedad y los sistemas de soporte vital. El interior de la nave alcanzará pronto una temperatura agradable. Pero reactivar los propulsores llevará horas.

—¿Podemos ayudarlo de alguna manera?

—Gracias, pero no. La sección de ingeniería está totalmente automatizada, desde antes incluso de que yo me convirtiera en la nave. Ustedes sólo entorpecerían los procesos.

—La nave no tardará en esconderse detrás de Dalasýsla Principal —dijo Hanton—. Así que de todos modos quedaremos aislados de la *Bransid*.

—Si le pasa algo a la *Bransid* estaremos jodidos de verdad —dijo Gamis.

—Pueden quedarse aquí, si lo desean —dijo Chenevert.

—¡Genial! —exclamó sarcásticamente Gamis—. ¿No tendrá bocadillos?

—Silencio, soldado —ordenó Sherrill. Gamis cerró la boca. La sargento se volvió hacia Marce—. Aunque podría ser una opción.

Marce asintió.

—¿Qué provisiones tenemos en el transbordador?

—Barras de proteínas para cinco días. Y agua para unos tres días.

—Yo tengo agua —dijo Chenevert.

—¿Y comida? —repuso Marce.

—Lo siento, pero no. Y aunque la tuviera, después de trescientos años seguramente no querrían probarla.

—Así pues, tenemos toda el agua que necesitamos pero comida sólo para cinco días —dijo Sherrill.

—Los dalasýslianos nos darán comida —sugirió Marce.

—Pero si ni siquiera tienen comida suficiente para alimentarse ellos, señor. Por no mencionar que no podemos quitarnos los trajes espaciales sin correr el riesgo de infectarlos.

—¿Qué les ha pasado a los dalasýslianos? —preguntó Chenevert.

Marce se tomó un momento para pensar qué contarle a Chenevert sobre los dalasýslianos y cómo hacerlo.

—Es complicado —dijo al fin—. Pero los últimos trescientos años han sido duros para ellos.

—Oh —exclamó Chenevert—. Cielo santo.

—¿Está seguro de que los motores se reactivarán? —preguntó Marce.

—Deberían hacerlo. Yo he estado durmiendo, pero la *Auvergne* ha continuado realizando las comprobaciones rutinarias de los sistemas y de los procesos. Puedo asegurarle que todos los sistemas de la nave funcionan

correctamente.

—¿Y las armas? —inquirió Sherrill.

—No es una nave de guerra —dijo Chenevert—. No dispone de misiles ni de armamento físico, aunque su utilidad sería cuestionable después de trescientos años. Sin embargo, antes de partir de Ponthieu me vi obligado a instalar una batería de cañones de rayos.

—¿Por qué? —preguntó Gamis.

—Digamos que preveía que cuando tuviera que abandonar Ponthieu tendría que hacerlo de manera repentina y que sería muy probable que me persiguieran, y que mis perseguidores preferirían verme hecho añicos antes que dejarme escapar.

—¿Qué era usted, un delincuente?

—Eso depende de a quién le pregunte, soldado Gamis —dijo Chenevert—. Aunque todas las personas que podrían responderle ya están muertas.

—¿Todavía funcionan esos cañones de rayos? —preguntó Sherrill.

—Deberían hacerlo cuando los motores se reactiven. Naturalmente, no están instalados en ellos, pero son los que les suministran la energía.

—¿Está pensando en atacar a la otra nave? —le preguntó Marce a la sargento.

—Es lo que yo haría si esta nave fuera mía —respondió Sherrill—. Pero no lo es.

Todos se volvieron hacia Chenevert.

—Bueno, esto es muy repentino —dijo este—. Despierto después de trescientos años y me encuentro a cuatro desconocidos en mi nave que quince minutos después me piden que entre en combate por ellos. Es una situación muy distinta a la simple oferta de cobijo temporal.

—¿Eso es un no? —inquirió Sherrill.

—Es un «me lo estoy pensando». —Chenevert miró a Marce—. Faltan por lo menos seis horas para que los motores completen la reactivación, lord Marce. Sugiero que las pasemos poniéndome al día de los acontecimientos más recientes.

—No sé si seis horas serán suficientes.

Chenevert asintió.

—Me conformo con que me cuente qué ha sucedido en los últimos trescientos años.

Diecisiete

Nadashe no había visto a su madre en ese estado en años. Uno de los motivos era que Kiva Lagos había utilizado a Tinda Louentintu como un saco de boxeo, aunque no era tanto por su preocupación por el bienestar de la pobre Louentintu como por el mensaje que Lagos le había enviado a la condesa para que se largara del planeta. La condesa se largó del planeta y regresó a la *Culpa* hecha una furia.

Sin embargo, ese sólo era el menor de los motivos. El principal era que Jasin y Deran Wu tenían previsto realizar una visita clandestina a la *Culpa* para conocer a Nadashe y para explicarle a la condesa todos los detalles del emocionante plan conspirativo que se traían entre manos. Nadashe puso mentalmente un sarcástico énfasis en la palabra «emocionante» porque, hasta la fecha, para ella había sido cualquier cosa menos eso. De hecho, su papel en la conspiración para derrocar a Grayland II se limitaba a casarse.

Eso la sacaba de quicio. No tenía problema alguno en casarse cuando participaba de lleno en la intriga; así había sido con Rennered Wu, el príncipe heredero. Nadashe había intervenido de lleno en ese plan, con plena consciencia de lo que hacía, y desempeñado un papel activo en él. Había cortejado a Rennered haciéndole pensar que era él quien estaba cortejándola a ella, lo había hechizado, lo había divertido, se lo había follado y había complementado las aptitudes de él con las suyas de manera que había convencido a Rennered de que su matrimonio era algo más que una práctica

alianza política.

Nadashe habría tenido que fingir el resto de su vida (bueno, por lo menos el resto de la vida de Rennered) que lo amaba. Estuvo dispuesta a hacer ese sacrificio a cambio de todo lo que habrían obtenido ella y la Casa de Nohamapetan. En cualquier caso, nunca había llegado a odiar a Rennered. Era un tipo superficial y de una inteligencia limitada, por decirlo de una manera suave. Por eso le gustaba a su hermano Amit: estaban cortados por el mismo patrón. Además, pensaba con la polla; Nadashe enseguida había comprendido que esa era una cuestión con la que tendría que aprender a convivir, ya que no podría privarlo por completo de sus devaneos. A pesar de todo eso, Rennered no era una persona horrible ni cruel. Era respetuoso y cariñoso, y sabía elegir los momentos adecuados para ser una cosa y la otra. Y encima era tratable. Nadashe podría haberlo aguantado sin dificultad.

Y entonces, un día, de repente, dejó de ser cariñoso y tratable y le transmitió su intención de cancelar el compromiso matrimonial. Aparte del bochorno que habría supuesto para Nadashe, un problema importante pero también algo con lo que podría haber vivido, la Casa de Nohamapetan habría sufrido un derrumbe en su estatus social. El resto de las casas habían estado haciendo negocios con la familia Nohamapetan con el convencimiento de que uno de sus miembros de la siguiente generación se sentaría en el trono. Con el nombre de Wu, naturalmente, pero nadie ponía en duda que cuando Nadashe se convirtiera en la esposa del emperox, la familia Nohamapetan sería la que llevara las riendas del imperio. Y todo el mundo actuaba en consecuencia.

Por lo tanto, si Nadashe era repudiada, todo lo demás se iría por el desagüe. Y el resto de las casas se enzarzarían en una frenética competición por la corona. Los matrimonios de los emperox siempre eran alianzas políticas en uno u otro sentido.

No pasaba nada si el amor también estaba presente en mayor o menor grado. Todo el mundo sabía que Attavio VI, por ejemplo, había sentido un afecto sincero por su consorte, Glenna Costu, con quien se había casado porque la Casa de Costu había ayudado a su madre, la infame Zetian III, en unas inversiones personales ruinosas que habrían llevado a la bancarrota las

cuentas privadas imperiales. Pero en un imperio en el que la sucesión dinástica era innegociable, la única manera de medrar que tenía una casa era concertando un matrimonio con la Casa de Wu. Todos los matrimonios eran políticos. Y en la arena política, si Nadashe era degradada, también lo era la Casa de Nohamapetan.

El problema se resolvió solo cuando Rennered empotró el coche en un muro durante una carrera automovilística antes de que pudiera anunciar oficialmente que no iba a seguir adelante con su compromiso de matrimonio con Nadashe. Murió y habría otro emperox, y por lo que se sabía de la timorata e insustancial Cardenia Wu-Patrick, era bastante improbable que Nadashe se convirtiera en la consorte imperial. Sin embargo, la Casa de Nohamapetan seguía siendo la primera de la lista para subir al trono por medio del matrimonio.

Nadashe todavía se admiraba del plan magistral de su madre para asesinar a Rennered. Se había ejecutado a la perfección, hasta tal punto que todo aquel que inicialmente sospechó del accidente, es decir, toda la Guardia Imperial y el Ministerio de Investigación, no encontró nada sospechoso en los restos del vehículo. La condesa no le había contado a Nadashe lo que se proponía hacer, cómo pensaba llevarlo a cabo ni cuándo ocurriría. La condesa ni siquiera se encontraba en el sistema cuando sucedió.

La muerte de Rennered había dejado tan pasmada y horrorizada a Nadashe como a cualquier otra persona. Pero sólo durante cinco minutos. Transcurrido ese tiempo, comenzó a preguntarse cómo se habría perpetrado. Fue lo bastante lista para no decirle a su madre directamente que sabía que había sido ella hasta hacía un par de días. Y sólo lo hizo porque se suponía que ella misma debería estar muerta ahora. No podía hacerle ningún daño.

Su madre le había respondido sin el menor atisbo de arrepentimiento: «Claro que fui yo. Era necesario hacerlo».

El hecho fundamental era que, desde el mismo instante en que Nadashe había puesto el punto de mira en Rennered Wu hasta el momento en que este se estrelló contra el muro del circuito de carreras, ella había participado de una manera activa en el plan. Su objetivo era convertirse en esposa, pero ella era quien había maniobrado para lograr ese objetivo.

Esta vez sólo era un objeto que su madre ofrecía.

—Ponte derecha —le dijo la condesa a su hija mientras esperaban a sus invitados.

—No puedo ponerme más derecha —repuso Nadashe.

—Pareces encorvada.

—¿Qué importa eso, madre? Ya me has vendido y me han comprado, ¿no?

—Sí —dijo la condesa—. Pero todavía no te han llevado a casa. Aún podrían devolverte. No sería la primera vez que ocurre una cosa así. De manera que ponte derecha.

Nadashe suspiró e irguió la espalda todavía un poco más. La condesa, satisfecha, devolvió la atención a la puerta.

Entre Jasin y Deran Wu había cinco años de diferencia, pero, mirándolos, Nadashe habría dicho que se llevaban más de diez. Jasin, unos diez años mayor que Nadashe, era un hombre rollizo y fofo, con una cara que tenía la consistencia de una rosquilla y un peinado que sólo podía describirse como tosco. Su rostro transmitía inteligencia, pero no curiosidad. Nadashe llegó a la conclusión de que debía de ser un hombre conservador, pero no en el sentido útil de prudente a la vez que práctico y reflexivo. Simplemente quería que las cosas se hicieran como a él le gustaba, que era como siempre se habían hecho. Nadashe imaginó que en la cama sería un muermo.

Deran, por el contrario, tenía una cabellera magnífica, cuidada pero sin pasarse. El traje que llevaba puesto le quedaba como un guante. Su rostro expresaba inteligencia y compromiso. Nadashe advirtió que paseaba la mirada por la habitación y reparaba en los detalles sin desatenderlas a ella ni a su madre. Caminaba con pasos enérgicos. Era evidente que también era un hombre conservador, pero su conservadurismo poseía una escala de valores que iba más allá del mero «las cosas se hacen así». Nadashe estaba segura de que Deran sería flexible en los métodos si el resultado obtenido era el mismo, y el que él deseaba, es decir: su objetivo era mantener el statu quo con él en la cima. Nadashe imaginaba que en la cama Deran daba primero su dosis de placer a su amante y luego se cobraba la suya, eso sí, asegurándose siempre de obtener su parte.

«Por supuesto, tendré que quedarme con el muermo», pensó Nadashe.

La condesa saludó a los dos hombres: a Deran de una manera cortés pero mecánica, y a Jasin con más efusividad. Cualquiera que viera la escena se habría dado cuenta de quién había decidido la condesa que era más importante. Deran, por su parte, parecía tomárselo con humor.

—Jasin, esta es mi hija Nadashe —la presentó la condesa.

Nadashe se adelantó con la mano tendida y Jasin se la estrechó como si estuviera en una reunión de negocios.

—Lady Nadashe, es un placer.

—Es maravilloso conocerlo, lord Jasin —dijo Nadashe.

—Yo, esto... quisiera disculparme con usted, lady Nadashe —comenzó Jasin.

—¿Por qué, señor?

—Mientras usted estaba en prisión, una de mis colaboradoras...

—Oh, sí, la asesina de la cuchara.

—Visto lo visto, no fue la decisión más inteligente por mi parte.

—Lord Jasin, usted actuó de acuerdo con lo que en su opinión era lo mejor para los intereses de su casa —repuso Nadashe—. Como está haciendo ahora. Respeto ese sentimiento, si bien debo confesar que me alegro de que su colaboradora no fuera todo lo competente que usted esperaba.

—Aun así, le ruego que acepte mis disculpas.

—Mi querido Jasin —dijo Nadashe, renunciando al «lord» para dar una apariencia de familiaridad—. Si vamos a ser emperox y consorte, lo primero que tenemos que hacer es olvidar los asuntos triviales del pasado. No tiene nada de lo que disculparse. Sólo hay que pensar en lo podemos conseguir si pasamos página.

—Bueno, pues que así sea —manifestó Jasin. Sonrió y devolvió su atención a la condesa de Nohamapetan.

Nadashe, que había puesto una nota de intimidación en el tono de su voz, se quedó perpleja al ver la reacción de Jasin. Todo ese esfuerzo para nada. Miró a Deran, que tenía una ligera sonrisa irónica en los labios. Por lo menos él se había dado cuenta de su jugada, y también de sus nulos resultados.

De hecho, cuando los cuatro se sentaron y se pusieron a hablar sobre

temas de índole conspirativa, quedó claro que Jasin sólo estaba interesado en el plan de la condesa Nohamapetan, que esta expuso detalladamente. Jasin escuchaba y aportaba comentarios contundentes, aunque de escaso interés, y en menos de diez minutos fue evidente que Nadashe y Deran estaban de más en el plan y en su organización. De vez en cuando, ella o Deran intervenían con un comentario o una idea. La condesa y Jasin reconocían momentáneamente la existencia de ese comentario o idea e inmediatamente reanudaban su planificación mano a mano. Al cabo de media hora, Nadashe decidió que necesitaba una copa.

Deran la acompañó al mueble bar.

—Supongo que se siente tan útil como yo ahora mismo.

—«Útil» es una palabra interesante para describirlo. —Se sirvió un whisky.

—Bueno, no lo sé. —Deran lanzó una mirada a la condesa y a Jasin, que seguían metidos en su mundo—. Estoy contento con que se produzca esta revolución y que sólo tengamos que contribuir con nuestra presencia para recoger los beneficios.

—Mientras dure, en todo caso —dijo Nadashe. Cogió otro vaso, lo llenó de whisky y se lo ofreció a Deran.

—Gracias —dijo, y levantó el vaso hacia ella—. Por «mientras dure».

—Amén. —Nadashe miró a Deran mientras daba un sorbo a su vaso de whisky y tomó una decisión repentina. Se volvió hacia la condesa—. A Deran le gustaría ver la nave, madre. Voy a acompañarlo para enseñársela.

—Ah, de acuerdo —repuso mecánicamente la condesa, y volvió a concentrarse en su conversación con Jasin.

Deran miró a Nadashe.

—Me gustaría ver la nave, ¿es eso?

—Sí —asintió Nadashe—. Unas partes más que otras.

—Gracias, por cierto —dijo Nadashe después de recibir su dosis de placer y de que Deran obtuviera también la suya.

—De nada —repuso Deran—. Gracias también a ti.

—No hablo de esto —replicó Nadashe.

—Vaya. ¿Tan mal ha estado?

—No ha estado nada mal. Quería darte las gracias por evitar que me apuñalaran con una cuchara en la cárcel.

—¡Ah, por eso! —exclamó Deran—. No fue nada. Tu salvadora había sido miembro del cuerpo de seguridad de la casa. Se divorció, se dio a las drogas duras para olvidar y se destruyó la vida. La cárcel ha hecho que se desenganche y que recupere la forma. Sinceramente, es lo mejor que podría haberle pasado. Se alegró de que le encargara el trabajo. Hizo que se sintiera un poco como si estuviera de nuevo en el trabajo.

—Se cargó a la otra mujer con un cepillo de dientes. Estoy segura de que eso le ha costado un par de años más en la cárcel.

—Qué va. No le alargarán la condena. Lo considerarán un acto en defensa propia.

—Que cometió cuando llevaba encima un cepillo de dientes afilado.

—Es la cárcel. Todo el mundo lleva uno encima.

—Yo no lo llevaba.

—Y por eso estuviste a punto de ser apuñalada con una cuchara.

—Tienes razón. ¿Por qué me ayudaste?

—Porque sabía que Jasin planeaba matarte y me pareció que no sería bueno para los negocios de nuestra casa que empeoraran las relaciones con tu familia.

—¿Eso es todo?

—Y porque pensé que, si te hacía un favor, mi familia saldría beneficiada.

—¿Algo más?

—Y porque pensé que probablemente íbamos a necesitar un emperox pronto y que ese emperox necesitaría un consorte, alguien cuya familia estaría eternamente agradecida por tener una segunda oportunidad. Además, a ti ya te habían examinado.

—Lo que sé seguro es que tú ya me has examinado.

—Pensaba que había sido al revés, pero sí.

—Perdona. He estado en la cárcel. Ha pasado un poco de tiempo.

—Créeme, no hay nada que perdonar.

—Pero tú ya no vas a ser el emperox —observó Nadashe—. Te has conformado con un premio de consolación.

—En primer lugar, las probabilidades de que yo me convirtiera en el emperox eran mínimas. Jasin es rígido y lento, pero tiene mucha inercia y está ligeramente por encima de mí en la cadena trófica. Si lucháramos, el combate sería igualado, pero él acabaría imponiéndose. Y en segundo lugar, el control total de la Casa de Wu no me parece un «premio de consolación». Es bastante apetecible.

—Es una pena —lamentó Nadashe—. Podría haberme acostumbrado a esto.

Deran sonrió.

—Sabes que no tienes por qué renunciar a ello, ¿verdad?

—Lo siento, pero no es así como funcionan las cosas. Yo puedo tener mis entretenimientos y Jasin los suyos, si los quiere, pero no podemos tener personas que supongan una amenaza real.

—¿Crees que yo sería una amenaza?

—Sé que lo serías. Por eso vas a quedarte con la Casa de Wu. Vas a estar tan ocupado dirigiendo los negocios de la familia y defendiéndote de los ataques de parientes furiosos a los que has arrebatado el poder que no podrás levantar los ojos de tu escritorio en los próximos treinta años.

—Dicho así, no suena tan apetecible.

—Porque no lo es. Al menos en comparación con lo que podrías conseguir, que es todo.

Deran se quedó pensando en silencio unos segundos y luego se sentó en la cama.

—No sé por qué te preocupa tanto —dijo al fin—. Jasin es perfecto para ti. Es ambicioso, pero carece de imaginación. Puedes orientarlo en la dirección que quieras y nada de lo que se interponga en su camino lo detendrá. ¿No es eso lo que la Casa de Nohamapetan quiere en un emperox?

—Es lo que quiere la casa —asintió Nadashe—. Es lo que quiere mi madre. Mira cómo está con Jasin. Reconoce una criatura manipulable en cuanto la ve.

—Pero no es lo que quieres tú.

Nadashe se incorporó, se sentó a horcajadas sobre el regazo de Deran y enroscó las piernas a su cuerpo. Le pasó los brazos por el cuello y sus dedos se pusieron a jugar con el pelo cuidado pero sin pasarse de la nuca.

—Quizá yo quiero a alguien a quien no tenga que orientar en ninguna dirección en particular. Quizá quiero a alguien que aprecie lo que puedo ofrecerle en vez de alguien que acepte utilizarme para conseguir sus objetivos. Quizá quiero a alguien que me dé unos hijos que no sean unos sosos deprimentes. Quizá quiero a alguien que sepa follar y que me haga feliz cuando lo hacemos.

Deran sonrió de nuevo y Nadashe notó su erección debajo de ella. Eso significaba que su periodo refractario era medianamente breve, algo que habría apreciado en otro momento, porque ahora mismo ella todavía estaba a mitad de camino.

—Quizá, Deran Wu —continuó Nadashe—, yo quiero a alguien que sea un verdadero emperox, no el títere de mi familia. Grayland se equivoca en muchas cosas, pero tiene razón cuando dice que todo está cambiando. Necesitamos alguien que esté a la altura de la situación. Ella no es esa persona. Y mira a Jasin. Apuesto a que todavía no ha aceptado que las cosas están cambiando y que la próxima década vamos a vivir un tiempo de caos y peligro. Puedo presionarlo y provocarlo, pero es limitado por naturaleza. Nada de lo que se interponga en su camino lo detendrá, pero nunca llegará a donde necesitamos que llegue. Por lo tanto, quizá quiero a alguien que llegue hasta allí, con mi ayuda, no por mis presiones.

—«No por mis presiones» no suena propio de una Nohamapetan —repuso Deran.

—Estoy dispuesta a trabajar en ello —dijo Nadashe.

Deran le sonrió y en su gesto apareció el destello de algo verdaderamente humano: un atisbo de duda.

—Apenas me conoces. Yo apenas te conozco. Estás pidiéndole demasiado a un completo desconocido.

—Está decidido que me case con tu primo, a quien conozco incluso menos. De todos modos, Deran, hablemos claro. Se trata de una alianza

política. Pura y llanamente. Nos conocemos lo suficiente para que por lo menos los dos comprendamos eso.

—Entonces, ¿me has «enseñado la nave» porque quieres que hagamos un trato?

—No, lo he hecho porque necesitaba sexo —dijo Nadashe—. No voy a mentirte, Deran. La visita a la nave ha sido tan satisfactoria que mi oferta de un trato político se ha vuelto más interesante.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Deberías hacerlo. Pero ahora necesito que me digas si aceptas mi oferta. Si la rechazas, gracias por acabar con mi sequía. Si la aceptas, tenemos que ponernos manos a la obra cuanto antes.

—¿Quieres sabotear a tu madre y a mi primo?

—No —respondió Nadashe—. Quiero que ellos continúen lo que están haciendo.

Dieciocho

Justo antes de que la *Auvergne* desapareciera detrás de Dalasýsla Principal, Marce recibió un mensaje encriptado de Hatide Roynold:

La nave que viene hacia nosotros definitivamente es hostil. Hemos enviado una cápsula al bajío del Flujo y la han destruido. Toda la tripulación está en sus puestos y los demás nos hemos recluso por seguridad. Creo que vamos a tener que luchar para escapar. Estoy segura de que la capitana Laure piensa que esto tiene muy mala pinta. La nave no puede haber aparecido aquí por casualidad.

Laure me ha dado permiso para que te envíe este mensaje. Dice que si la cosa se pone fea, meterá todos los datos de la misión en una cápsula con un transpondedor de activación retardada para que puedas localizarla. Entre otras cosas encontrarás nuevas notas mías que te parecerán interesantes. La capitana me ha pedido que te diga también que ya ha enviado la petición de la nave para los dalasýslianos. De ser así, sólo tendrás que aguantar el tipo un par de semanas hasta que llegue. Respira sólo cuando sea necesario. No voy a mentirte, Marce, casi habría preferido quedarme en casa, o haberte acompañado en esta misión. Este es el resultado de una vida de introversión.

Pero gracias de todos modos. No estabas obligado a escucharme cuando te abordé en la calle, pero lo hiciste. Creíste en mí y nos hicimos amigos. Me gustó eso de ti.

H.

Cuando la *Auvergne* volvió a salir de la sombra del planeta, la *Bransid* era una nube de fragmentos en plena expansión.

—Ahí está esa nave —dijo Hanton, señalando un punto en la pantalla del puesto de mando de la *Auvergne* que se movía hacia el bajío de la corriente del Flujo que llevaba a Central.

—¿Está seguro de que es la nave? —preguntó Sherrill.

—Seguro. Es lo único que se mueve a esa velocidad en esta parte del sistema sin estar en órbita alrededor de Dalasýsla Principal. —Señaló otro punto en la pantalla—. Ese es el bajío de entrada en la corriente del Flujo para volver a Central. Si mantiene la velocidad, tardará veinte horas en llegar a él. De momento no está acelerando, cosa que me parece interesante.

—¿Por qué? —preguntó Marce.

—Significa que no está utilizando los motores —respondió Sherrill—. El uso de los motores implica una aceleración constante. Por el contrario, está utilizando la inercia para moverse.

—Podría tener los motores dañados —sugirió Marce.

—Es posible.

—O simplemente no tienen prisa —señaló Gamis.

—Tal vez —repuso Sherrill—. Pero nosotros aceleramos para entrar en el bajío cuando vinimos al sistema de Dalasýsla. Sé que ese era también el plan de la capitana para el viaje de vuelta. Estos bajíos del Flujo tienen los días contados. —Miró a Marce—. No se ofenda, pero sus predicciones sobre el tiempo que estarán abiertos podrían ser erróneas.

—No me ofendo —dijo Marce.

—La capitana Laure no quería permanecer aquí ni un minuto más de lo estrictamente necesario. Habríamos acelerado a toda potencia durante todo el trayecto de vuelta. —Sherrill señaló el puntito en la pantalla que representaba la nave hostil—. A no ser que sean idiotas, ellos deberían hacer lo mismo. Por lo tanto, tiene que haber una razón para que no aceleren.

—Son demasiadas suposiciones —apuntó Gamis.

—Pero no son malas —repuso Marce—. Si tienen los motores dañados es porque la *Bransid* ha hecho blanco en ellos. Vuelven renqueando a casa.

—Pero su plan continúa siendo volver a casa —dijo Hanton—. Eso significa que su generador de campo sigue operativo.

—Mientras les aguanten los motores —señaló Sherrill—. Si se quedan sin

ellos, no tendrán la energía necesaria para el generador de campo.

—*Monsieur Chenevert* —dijo Marce, volviéndose hacia la proyección del capitán de la *Auvergne*.

Este sonrió.

—Estaba preguntándome cuándo se acordaría de que estaba aquí, lord Marce.

—¿Podemos interceptar esa nave?

—Su trayectoria los lleva más allá de Dalasýsla Principal. Si nos quedamos aquí, cuando lleguen nos encontraremos detrás del planeta. Pero, naturalmente, no hay ninguna razón para que nos quedemos aquí. Los motores de la *Auvergne* y los sistemas de energía ya están completamente operativos. —Chenevert hizo un gesto con la cabeza en dirección a la pantalla del puesto de mando, que, de repente y para sorpresa de Hanton, se puso negra momentáneamente y luego mostró una imagen nueva: una carta de navegación con una trayectoria de interceptación—. Si no aceleran, podremos interceptarla dentro de diez horas —continuó Chenevert—. Sin embargo, si aceleran, la cosa cambia. Si sus características técnicas son similares a las que me han dado de la *Bransid*, tardaremos como mínimo dieciocho horas en interceptarla. Justo antes de que lleguen al bajío del Flujo.

—¡Y entonces la haremos volar por los aires! —exclamó Gamis—. Como han hecho ellos con la *Bransid*.

Chenevert miró a Marce.

—¿Es esa su intención, lord Marce?

—No.

—¿Cómo? —espetó cabreado Gamis—. ¡Esos hijos de puta se han cargado a nuestra tripulación, señor! Me parece justo que les devolvamos el favor.

Marce negó con la cabeza.

—Matarlos no arreglaría nada.

—No le entiendo, señor —replicó Gamis.

Marce se volvió hacia Chenevert.

—Usted sí me entiende, espero.

—Creo que sí —respondió la proyección.

—¿Lo conseguiremos?

—Depende del estado de la otra nave y de lo que yo pueda averiguar sobre ella a través de los escáneres y las imágenes. Debo advertirles que tendremos que acercarnos bastante.

—Defina «bastante».

—No creo que les guste mi definición.

—Creo que saben que estamos aquí —dijo Hanton cuando la nave disparó un par de misiles a la *Auvergne*, desde un millar de kilómetros de distancia.

Sherrill observó en la pantalla las imágenes de los misiles captados por los sensores mientras surcaban el espacio hacia ellos.

—Son como colmenas llenas de abejas —dijo la sargento—. Contienen múltiples cabezas explosivas. Se abrirán para liberarlas antes del impacto.

—Qué maleducados —dijo con sorna Chenevert, y esperó a que los misiles se acercaran a un par de centenares de kilómetros para destruirlos con sus cañones de rayos. Los proyectiles se volatilizaron silenciosamente en el vacío.

—¿Sus rayos sólo son eficaces a cien kilómetros? —quiso saber Hanton.

—Eso es lo que quiero que piensen en la otra nave —respondió Chenevert—. No creo que nuestros amiguitos hayan disparado esos misiles con la intención de destruirnos. Más bien me parece que querían averiguar si responderíamos. Y ahora creen que lo saben.

—No es la primera vez que hace esto, ¿verdad?

—Ya les he contado que tengo práctica en escapar durante una persecución.

—¿Hasta qué distancia mantienen su eficacia, en realidad? —preguntó Marce.

—No mucha —dijo Chenevert. Hizo aparecer en la pantalla del puesto de mando la imagen de la nave que perseguían. A poco menos de mil kilómetros, la nave enemiga era una cuña apenas distinguible. La *Auvergne* se aproximaba a ella desde un ángulo alto en relación al plano de la eclíptica del sistema de Dalasýsla. «La muerte desde lo alto», pensó Marce.

—¿Alguna hipótesis sobre el tipo de nave?

—Parece una nave de clase Farthing —respondió Sherrill un minuto después.

—Me temo que eso no me dice nada —repuso Chenevert.

—Es una nave de interceptación —explicó la sargento—. Poca tripulación, rápida y con armamento relativamente abundante. Está diseñada para interceptar naves de piratas y contrabandistas. Y con «interceptar» quiero decir destruir.

—Por lo tanto, no hay duda de lo que han venido a hacer aquí —dijo Marce.

—Creo que nunca la ha habido. Es curioso, cuando se retiran del servicio esas naves, la mayoría acaban en manos de los piratas. Supongo que para poder escapar de las naves de la marina que los persiguen y combatir con ellas si es necesario.

—¿Y se salen con la suya? —preguntó Chenevert.

—La marina envía entonces naves más grandes en su persecución.

—Más misiles —anunció Hanton.

Esta vez los misiles colmena liberaron sus cabezas explosivas antes, y una de ellas se acercó a diez mil metros de la *Auvergne* antes de que Chenevert la destruyera.

—Todavía está jugando con ellos, ¿verdad? —preguntó Gamis.

—Si pensar eso hace que se sienta mejor, pues sí —respondió Chenevert.

—Dicho así no hace que me sienta mejor.

—Lo siento.

Cuando la *Auvergne* se acercó a unos doscientos kilómetros de la otra nave, esta le disparó con sus propios cañones de rayos. Las partículas estuvieron en contacto con la *Auvergne* durante una décima de segundo. Cuando se desvanecieron, alrededor de la nave enemiga había pequeñas nubes de fragmentos.

—Ah, fantástico —exclamó Gamis.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Marce a Chenevert.

—Estaba esperando que la nave abriera fuego para confirmar dónde tenía los cañones de rayos. Una vez que lo he sabido, los he destruido. Y también

he destruido todo lo que me ha parecido que podrían ser cañones de rayos. Sólo para estar seguros.

—Más misiles —informó Hanton, señalando la pantalla.

—Claro que eso no significa que no dispongan de más armamento defensivo —dijo Chenevert—. Discúlpenme un momento.

La distancia se había reducido a cincuenta kilómetros y Marce y el resto de la tripulación pudieron distinguir algunos detalles de la nave enemiga a través de la pantalla del puesto de mando.

—¿Ya? —preguntó Marce.

—Casi —respondió Chenevert.

Cuarenta kilómetros.

—Usted dirá —dijo Marce.

—Ya casi estamos.

Treinta kilómetros, y la nave aparecía enorme en la pantalla sin la necesidad de aumentar la imagen.

—Estoy empezando a ponerme nervioso —dijo Marce.

—Ya queda poco —lo tranquilizó Chenevert.

—Misiles —anunció Hanton.

—Qué descaro —farfulló Chenevert un segundo después. Los fragmentos de uno de los misiles colisionaron con la *Auvergne* con un tintineo.

Diez kilómetros.

—Ahora —dijo Chenevert, y abrió fuego con los cañones de rayos. Pero no había apuntado al motor, sino a una pequeña zona del casco encima y a la derecha de él. El rayo abrió un boquete en el casco y se introdujo en la nave. Por la brecha escaparon aire, vapor y una pequeña cantidad de fragmentos. Marce oyó un zumbido vibrante en el interior de la *Auvergne*, señal de que estaban llevándose a cabo los ajustes necesarios para que la nave mantuviera la distancia con la otra y no se empotrara en ella, lo que habría provocado la destrucción de ambas.

—¿Eso es todo? —preguntó Gamis.

—Es suficiente —respondió Chenevert, y se volvió a Marce—. Necesitaba acercarme para hacerme una idea de cómo se distribuía la energía por la nave. Presuponíamos que el motor estaba dañado, así que no quería

correr riesgos. He enviado el rayo a través de lo que parece un circuito central de distribución de energía con la intención de detener su funcionamiento, así los sistemas de propulsión y de energía se apagarán hasta su reparación para evitar una explosión.

—¿Cuánto tiempo pueden tardar en repararlo? —preguntó Marce.

—Bueno, lo he destruido, así que nunca lo repararán. Imagino que ahora están ejecutando los sistemas de la nave con la energía de reserva para las situaciones de emergencia.

—De momento eso basta para mantenerlos vivos, pero no podrán activar el generador de campo —observó Sherrill—. Si entran en el bajío del Flujo sin la burbuja espaciotemporal, estarán jodidos.

—Mantienen el rumbo en dirección al bajío —dijo Hanton—. Llegarán a él dentro de nueve horas y quince minutos.

—Comamos una barrita de proteínas mientras esperamos su llamada —propuso Marce.

La llamada se produjo cuando faltaban cuatro horas para llegar al bajío.

—Nave sin identificar, aquí *La princesa está en otro castillo* —dijo la voz por la radio. Hanton había proporcionado a Chenevert las frecuencias más habituales en las comunicaciones y este había ordenado a la *Auvergne* que las revisara periódicamente hasta que captara alguna señal—. Aquí el capitán Cav Ponsood. Por favor, responda.

—Hola, *Princesa* —contestó Marce—. Aquí la *Auvergne*. Soy lord Marce Claremont.

Hubo un largo silencio.

—¿Ha dicho lord Marce Claremont?

—Así es.

Hubo un silencio aún más largo.

—¿Qué demonios está pasando? —exclamó Gamis.

—Lord Marce, ha inutilizado nuestra nave y ahora vamos a la deriva —dijo Ponsood cuando volvió a hablar—. Estamos sin energía principal y la de emergencia está agotándose.

—Lo sé —replicó Marce—. También sé que su trayectoria los conduce directamente al bajío del Flujo. —Eché un vistazo a la pantalla del puesto de mando, donde Chenevert había abierto un práctico temporizador—. Entrarán en él dentro de tres horas y cincuenta y cinco minutos. Les recuerdo que si entran en el bajío sin el generador de campo, su destrucción será instantánea.

—Esto... Sí —admitió Ponsood—. Ya tenemos eso presente, y gracias por recordárnoslo.

—De nada.

—Lord Marce, nos llama la atención que haya tomado la decisión de inutilizar nuestra nave en lugar de destruirla.

—Correcto, capitán Ponsood.

—Nos gustaría saber cuáles son sus intenciones a partir de ahora, lord Marce.

—Bueno, capitán, eso depende exclusivamente de usted.

—Explíquese, por favor.

—¿Por qué ha destruido la *Bransid*?

—Nos pagaron para ello.

—¿Quién les pagó?

—No lo sé. Nos contrató un intermediario que no quiso revelarme la identidad de la otra parte. Yo... esto... me muevo en un ámbito profesional muy especializado. No siempre conozco a la persona que me contrata.

—Gracias, capitán Ponsood. Disfrute de su olvido. —Marce miró a Chenevert, que asintió con la cabeza.

—No pueden oírnos —dijo la proyección.

—¿Cree que miente sobre quién lo contrató? —preguntó Sherrill.

Marce asintió.

—Pronto lo averiguaremos.

Cinco minutos después, Ponsood volvió a ponerse en contacto por radio con la *Auvergne* y preguntó por Marce. Este le hizo una seña a Chenevert para que abriera la comunicación.

—¿Sí? —dijo Marce.

—Lord Marce, nos contrató un intermediario. Un representante de la familia Wu.

Marce frunció el ceño.

—¿Los contrató la familia imperial?

—No, no de la familia imperial. Más bien de la parte de la familia Wu que administra los negocios de la casa. Parientes de la emperox.

—¿Para quién estaba actuando de intermediario ese Wu?

—Yo le hice esa misma pregunta. No es la primera vez que hago negocios con los Wu, por eso me han contratado para esto, pero nunca lo había hecho a través de intermediarios. Siempre he hablado directamente con la persona que me contrata. El representante no quiso decírmelo, pero lo amenacé con no aceptar el trabajo si no lo hacía. Como el tiempo jugaba a mi favor y los Wu no podían recurrir a nadie más, el intermediario me hizo jurar que lo guardaría en secreto y me dijo que estaba allí en nombre de la condesa de Nohamapetan.

—¿Cómo se enteraron los Nohamapetan de la *Bransid*?

—La condesa se enteró a través de los Wu, que a su vez lo supieron por un almirante. Eso al menos me contó el intermediario. Es obvio que la marina tiene una relación estrecha con los Wu, pues ellos les suministran todas sus naves y sus armas.

—Eso no tiene sentido. Los Wu y los Nohamapetan no se llevan bien.

—Yo desconozco cómo están las relaciones entre las grandes familias, lord Marce. No tengo tiempo para cotilleos. Usted me ha preguntado quién me contrató y yo le respondo.

—Vale, pero ¿por qué la condesa de Nohamapetan querría que atacara la *Bransid*?

—No nos contrató para atacar la nave —manifestó Ponsood, y Marce, en su exasperación, estuvo a punto de cortar de nuevo la comunicación, pero el capitán de la *Princesa* continuó hablando—: La nave le daba igual. Sólo era un medio para llegar a su verdadero objetivo.

—¿Y quién o qué era su verdadero objetivo?

Hubo un silencio.

—Usted, lord Marce. La condesa de Nohamapetan desea tanto su muerte que nos envió para que acabáramos con usted.

Marce no podía creérselo. Paseó la mirada por el puente de mando y vio

que todos los ojos estaban puestos en él.

—¿Hola? —llamó Ponsood. Marce había permanecido callado durante casi un minuto de reloj.

—¿Por qué? —preguntó Marce.

—Eso no me lo dijeron. Sólo me pidieron que me asegurara de que usted moría. Pregunté si se me permitía dejar con vida a los tripulantes de la *Bransid* en el caso de que lo entregaran, y me respondieron que la *Bransid* bajo ningún concepto podía regresar a Central, y tuve que elegir entre destruir la nave entera o sólo el generador de campo. Si hacía lo segundo, condenaba a la tripulación a morir lentamente de hambre o por asfixia, así que opté por la vía rápida. Me pareció más humanitario. Quiero que sepa, lord Marce, que la *Bransid* se defendió a conciencia. Ustedes no nos habrían capturado sin los daños que produjo en nuestra nave.

—¿Y los dalasýslianos?

—¿Quiénes, lord Marce?

—Los habitantes de este sistema, capitán.

—No sé de quiénes me habla, señor. Yo me concentré en la *Bransid*, que ya me tuvo bastante ocupado. ¿Está diciendo que quedan personas vivas en este sistema? ¿Después de ochocientos años?

—Sí.

—Han tenido suerte de que no lo supiera. No entraba en mis planes dejar vivo a nadie que pudiera testificar sobre lo que hemos hecho.

—Salvo a la persona que ha venido a matar.

—No se me escapa lo irónico de la situación, lord Marce. Estoy contándoselo porque no tengo más remedio. Ni mi tripulación ni yo queremos morir aquí ni de esta manera.

—¿Está pidiéndome que le dé la oportunidad que les negó a los tripulantes de la *Bransid*?

—Lord Marce, si pensara que no contempla darnos esa oportunidad, no le habría contado nada.

—Espere un momento —dijo Marce. Miró a Chenevert, que asintió con la cabeza y cortó la conexión. Marce se dejó caer en una silla, hundió el rostro en las manos y comenzó a sollozar.

—Es... —comenzó a decir Hanton, pero Marce levantó una mano para interrumpirlo, y Hanton se quedó callado con evidente incomodidad. Esa sensación de incomodidad era general en la sala.

Al cabo de un minuto, Marce le hizo una señal con la cabeza a Chenevert, que volvió a abrir el canal de comunicación.

—Capitán Ponsood, testificará y contará todo lo que ha pasado.

—Si eso es lo que tengo que hacer para salvar la vida de mi tripulación, lord Marce, repetiré todo lo que le he contado al juez que usted quiera.

—No va a testificar ante un juez, capitán. Se lo contará a la emperox. En persona. Y yo estaré allí escuchándolo.

Hubo un largo silencio.

—Entendido, lord Marce. Dicho lo cual, la *Princesa* se rinde oficialmente. Ahora está usted al mando de la nave.

Marce asintió con la cabeza, pero entonces se dio cuenta de que Ponsood no podría ver su gesto a través de la radio.

—Gracias, capitán. Mi colega, el señor Chenevert, en breve se pondrá en contacto con usted para tratar todos los detalles sobre su transbordo a la *Auvergne*. Esté preparado.

—Lo estaré. Cuanto antes se haga, mejor.

—Entendido. —Marce hizo un gesto con la cabeza a Chenevert—. ¿Podrá ocuparse usted?

—Ya estoy hablando sobre ese asunto con el capitán Ponsood.

El desconcierto de Marce duró hasta que recordó que Chenevert era un ser virtual. Imaginó que dadas sus características era capaz de crear tantas versiones de sí mismo como quisiera.

—¿Hay alguna cosa en especial que quiera traer de la *Princesa*? —quiso saber Chenevert—. Aparte de la tripulación, claro, que, según me han informado, está compuesta por siete personas.

—Son muy pocas.

—Nosotros somos menos.

—Quiero todos los documentos que haya a bordo y cualquier prueba de que los Wu contrataron a Ponsood —respondió Marce.

—Supongo que el pago se hizo en metálico —dijo Gamis.

—Es probable. Aun así, quiero reunir todas las pruebas posibles.

—También necesitamos toda la comida que puedan traer —le dijo Gamis a Chenevert—. Cualquier cosa que tengan. Estoy harto de las barras de proteínas.

—¿Hay alguna manera de salvar la nave? —preguntó Marce—. Seguramente los dalasýslianos podrían aprovechar todas sus piezas.

—El capitán Ponsood me ha dicho que tienen un pequeño transbordador que utilizarán para venir a la *Auvergne* y traer los víveres —informó Chenevert—. Dependiendo del tiempo que tardemos en transportarlo todo y de si todavía se puede pilotar mínimamente la nave, es posible que pueda empujar a la *Princesa* con el transbordador para sacarla de la trayectoria hacia el bajío del Flujo. Tengan en cuenta que probablemente tanto la nave como el transbordador sufrirán daños.

—Eso es mejor que nada.

—En este caso, el comentario puede interpretarse de manera literal —repuso Chenevert—. Si los daños en el transbordador lo permiten, después intentaré programarlo para que empuje la *Princesa* hasta los dalasýslianos. Así podrán desguazar las dos naves.

—También me gustaría dejarles el transbordador de la *Bransid* —dijo Marce—. De todos modos, aquí no tenemos sitio para meterlo. No quiero dejarlo aparcado al lado de Dalasýsla Principal.

—Tenemos que volver para rescatar a Seve y a Lyton —le recordó Sherrill—. No podemos abandonarlas aquí.

—Puedo programar el transbordador para que vaya a la nave dalasýsliana, recoja a Seve y a Lyton y los datos de la *Bransid* y regrese a Central por el bajío —sugirió Hanton.

—Si los Wu sabían dónde estaba la *Bransid*, también saben que existe la posibilidad de que escape de la *Princesa* y regrese —señaló Sherrill.

—¿Piensa que nos tienen preparada una sorpresa en el bajío de entrada en Central? —preguntó Marce.

—Es lo que yo haría si fuera ellos —respondió Sherrill.

—Pero no vamos en la *Bransid* —dijo Gamis.

—No, pero entraremos por el bajío de la corriente del Flujo de Dalasýsla

—repuso Sherrill. Si yo fuera ellos, destruiría todo lo que entrara por él, incluida la *Princesa*. Cuantos menos testigos, mejor.

Marce reflexionó un momento y luego se volvió a Chenevert.

—Pregunte al capitán Ponsood si lleva a bordo alguna cápsula de correo.

—Dice que sí —dijo Chenevert casi de manera instantánea—. Dice que tenía la intención de enviar una después de destruir la *Bransid*, pero olvidó hacerlo porque han estado muy ocupados intentando llegar al bajío con la nave averiada y luego con nosotros.

—Dígale que envíe una con la confirmación de mi muerte y la destrucción de la *Bransid*, y que añada que va a quedarse un mes aquí para saquear los hábitats. Quiero que dé una fecha precisa de su regreso. —Marce miró a Sherrill—. Si los Wu tienen planeado que haya alguien esperando a la *Princesa* para hacerla volar por los aires, tendrán que modificar las fechas para que coincidan.

—Ingenioso —dijo Sherrill.

—No quiero que me hagan trizas. —Marce se volvió hacia Chenevert—. Y usted por fin visitará la Interdependencia.

—Un momento, ¿quiere utilizar esta nave para regresar a la Interdependencia? —preguntó con alarma Chenevert—. Eso no es posible. No dispongo de un generador de campo.

Todas las miradas se volvieron hacia él.

—Es una broma —dijo la proyección—. Claro que hay uno.

—Deberíamos hablar sobre su sentido del humor —dijo Marce después de que él y el resto de los seres humanos que había en el puente de mando se recuperaran de sus pequeños ataques al corazón—. El hecho de estar semimuerto parece haberle afectado.

—Ya era así antes —respondió Chenevert—. ¿Cómo cree que morí?

Libro tercero

Diecinueve

Poco antes de la fecha prevista para el regreso de la *Bransid* al espacio de la Interdependencia, una cita a la que la nave y la tripulación no acudirían, desaparecieron otras dos corrientes del Flujo.

La primera fue la corriente que iba desde Marlowe hasta Kealakekua. En los dos sistemas la población era escasa y el comercio directo entre ellos no era frecuente, ya que se tardaba un mes en ir de uno a otro por la corriente directa, mientras que si se hacía con escala en Beylagan el viaje se acortaba diez días. Este hecho servía para recordar que en una corriente del Flujo no había forzosamente ninguna relación entre el tiempo y la distancia entre dos sistemas, y que las complejidades del Flujo sólo eran comprensibles para un número muy reducido de personas.

Como consecuencia de ello, la corriente del Flujo entre Marlowe y Kealakekua sólo era utilizada muy de vez en cuando para el transporte legal de personas y de mercancías, y se había convertido en una de las rutas favoritas de los contrabandistas, de los piratas y de todo aquel al que no le importara que el viaje durara unos días más si de esa manera evitaba las interceptaciones de la marina y de los cuerpos de aduanas locales. Cuando la corriente del Flujo desapareció, en la lista de naves perdidas no figuraba ninguna que estuviera haciendo un servicio comercial legal. Las ocho naves y el millar de personas que se perdieron estaban realizando viajes privados o ilegales. No existían documentos sobre sus itinerarios, facturas de sus

cargamentos ni registros de sus llegadas y salidas. Desaparecieron sin más. Sus clientes y sus seres queridos nunca sabrían lo que les había pasado porque no tenían por qué conocer que estaban viajando por esa ruta.

La segunda corriente que desapareció era más habitual, pues conectaba los sistemas de Guelph y de Szeged, ambos considerados una parte integrante del núcleo poblacional y económico de la Interdependencia. Debido a la propia naturaleza del Flujo, la investigación del conde de Claremont sobre la desaparición de las corrientes y sus predicciones todavía no habían llegado a Guelph, y el comercio y los viajes entre los dos sistemas estaban desarrollándose a pleno rendimiento cuando se produjo la desaparición de la corriente de manera inesperada para la población de Guelph.

El impacto fue colosal. Decenas de miles de personas desaparecieron, incluidas dos naves de pasajeros, la *Encanto de las estrellas* y la *Oasis de las estrellas*, que transportaban entre las dos diez mil almas. Más de mil millones de marcos en mercancías se volatilizaron. El viaje entre Guelph y Szeged, que hasta entonces duraba siete días y ocho horas, ahora se alargaría más de un mes por rutas alternativas.

La corriente desde Szeged a Guelph seguía existiendo, pero Szeged la cerró al tráfico por temor a una desaparición similar. Guelph interrumpió el tráfico comercial por sus otros tres bajíos de salida hasta que se encontrara una explicación a lo sucedido. La explicación llegó desde Central más de un mes y miles de millones de marcos perdidos después. Supuso un golpe para la sociedad de Guelph del que nunca se recuperaría por completo.

Aparte de la desaparición de esas dos corrientes del Flujo, el fenómeno de evanescencia que Marce y Roynold habían esbozado a la emperox Grayland también estaba teniendo sus efectos, y entre Oecusse y Artibonite apareció una corriente del Flujo que volvió a desaparecer de la misma manera repentina una semana después sin que nadie se hubiera percatado de su existencia. Fue una suerte que ninguna nave comercial hubiera intentado entrar en su efímero bajío, ya que el viaje entre los dos sistemas duraba alrededor de cinco semanas, mucho más tiempo que el de la propia existencia de la corriente.

Una corriente aún más breve, de apenas quince minutos de existencia,

apareció entre Fin y Neunkirchen; su correspondiente corriente inversa apareció siete minutos después y desapareció al cabo de veinte minutos. Como en el caso de la corriente entre Oecusse y Artibonite, pasó desapercibida en los sistemas implicados. Pero Fin, históricamente el sistema más aislado de la Interdependencia, y más que nunca en tiempos recientes, había dispuesto de una puerta de salida y otra de entrada. Que nadie se hubiera enterado de su existencia ni hubiera podido utilizarlas no cambiaba el hecho de que habían existido.

En la Cámara de la Memoria, Cardenia convocó a Rachela I, la primera emperox profetisa, que apareció ante ella y aguardó en silencio a que le hiciera alguna pregunta.

—¿Alguna vez habéis tenido dudas? —quiso saber Cardenia.

—¿Sobre qué? —replicó Rachela I.

Cardenia se echó a reír, porque no podría haber recibido una respuesta más propia de Rachela. Cardenia había hablado con la simulación de la primera emperox muchas veces, tanto sobre la naturaleza de sus visiones como para pedirle consejo acerca de cómo anunciarlas o darles credibilidad, si no ante los miembros de la nobleza, por lo menos ante las masas, a quienes, en principio, estaban destinadas. En todo el tiempo que había pasado conversando con su remota antepasada, Rachela nunca había proyectado (ya fuera de manera figurada o literal, pues su imagen estaba generada por ingeniosos proyectores instalados en el techo de la Cámara de la Memoria) otra cosa que no fuera una confianza serena.

Era probable que eso se debiera en parte a que la Rachela de Cardenia no era la Rachela real, sino sólo un montón de recuerdos y de emociones animados por una inteligencia artificial basada en un algoritmo heurístico, que era capaz de decir qué sentía Rachela en un momento determinado, pero que no podía experimentar ese sentimiento. Ni ninguno de los sentimientos de ninguno de los ochenta y siete emperox que habían precedido a Cardenia, incluido su padre. Cardenia era consciente de que ninguno de esos emperox existía y que estaba hablando con Jiyi, el avatar de la Cámara de la Memoria,

que adoptaba el aspecto de los distintos emperox como podría cambiarse de camisa. Pero cuando Rachela I o Attavio VI estaban delante de ella, era fácil olvidar que no estaba hablando con la persona real.

Pero, dejando a un lado que fueran simulaciones generadas por ordenador y la ausencia de emociones reales, no podía negarse que por lo menos un residuo de la personalidad de cada emperox asomaba durante las conversaciones. Emperox que habían sido neuróticos hablaban y respondían las preguntas como neuróticos. Los arrogantes y estúpidos daban respuestas arrogantes y estúpidas. Los escalofriantes (y de estos había unos cuantos) provocaban aún más escalofríos con la ausencia de una emocionalidad manifiesta.

Rachela I no era escalofriante, ni arrogante, ni neurótica. Era... Rachela. Rebosaba seguridad en sí misma; una clase de confianza que Grayland estaba aprendiendo a fingir, pero que todavía no sentía.

Grayland reflexionó sobre la pregunta de Rachela I.

—Está bien. ¿Alguna vez habéis tenido dudas sobre algo?

—Por supuesto. Sólo los sociópatas no tienen dudas, y yo nunca fui una sociópata en vida.

—¿Y ahora lo sois?

—Si trajerais un psiquiatra para que me examinara, seguramente me diagnosticaría como sociópata. Actualmente carezco de empatía, aunque puedo fingirla. Cosa que puede ser una definición de manual de sociópata. Lo cierto es que ahora mismo no tengo dudas.

—Pero las tuvisteis cuando vivíais.

—Sí, muchas. Desde las pequeñas dudas triviales sobre personas, cosas, incidentes, hasta las más elevadas, como dudas existenciales. Por ejemplo, tuve dudas sobre si conseguiríamos constituir la Interdependencia.

—¿Por qué tuvisteis dudas?

—Porque, dejando aparte las propias peculiaridades de mi personalidad, era lógico tener dudas. Era lógico preocuparse de que nuestros planes no fueran completos y de que surgieran contingencias que no habíamos previsto, que yo no había previsto, que podrían volverse contra nosotros y afectar al desarrollo de los acontecimientos.

—¿Y vuestras dudas se materializaron?

—Alguna vez.

—¿Y qué hicisteis?

—Modificamos los planes iniciales como pudimos y los llevamos a cabo.

—Improvisasteis.

—Sí. Una de las ventajas que teníamos, y en la que yo siempre hice hincapié, era que sabíamos que el plan no era el objetivo. El objetivo era el objetivo, y lo alcanzaríamos como fuera. Y si para ello había que cambiar los planes iniciales, a veces en plena ejecución, no dudábamos en hacerlo.

—Pareéis sentirnos orgullosa de eso —observó Cardenia.

—Me sentía orgullosa.

—Me refiero a que ahora lo pareéis. Vuestra simulación parece estar orgullosa.

—Yo no lo estoy, pero Rachela lo estuvo. Y es lógico que os exprese ese orgullo. Gracias a eso me convertí en emperox. Debo aclarar que mi destino siempre fue convertirme en emperox; la familia Wu siempre tuvo claro que necesitaba al frente una persona que fuera capaz de encontrar un equilibrio entre su papel en la institución del Estado y en la Iglesia. Una cabeza visible para ambas entidades. Pero yo fui algo más que una cabeza visible, porque constantemente recordaba a los demás que el plan no era el objetivo. Debemos nuestro éxito a eso.

—¿Alguna vez dudasteis si las profecías tendrían el efecto deseado?

—Más de una vez. Lanzamos al mundo algo que habíamos ideado nosotros y que podía fracasar, y yo tuve que darles la vuelta y en alguna ocasión incluso renunciar a ellas para siempre. Ya os he dicho antes que las profecías eran una aspiración, no una predicción. Sólo cuando trabajamos para hacerlas realidad adquirieron la apariencia de inevitabilidad. Y trabajamos muy duro en ello.

—Hacer profecías y sacarlas adelante con éxito es un trabajo mucho más duro de lo que esperaba —admitió Cardenia.

—Es un trabajo muy duro —afirmó Rachela—. Las dejé aparcadas en cuanto pude. Sé que, antes de vos, ningún otro emperox se molestó en hacer profecías porque simplemente eran innecesarias. Ya eran emperox, así que

buena parte del trabajo duro para consolidar su poder ya estaba hecho. Sólo tenían que dedicarse a conservar ese poder. Organizamos las cosas de manera que fuera más sencillo preservarlo mediante los instrumentos del Estado.

—¿Estáis diciéndome que no debería haberme complicado la vida con las profecías?

—Yo no he dicho eso.

—Porque no sois humana y no tenéis ningún interés en ello fuera de lo que os cuento.

—Exacto. Además, vuestro reinado no se parece en nada al de vuestros predecesores, incluida yo. Trabajé duro para fundar la Interdependencia, pero entonces no era la emperox. Cuando me convertí en la emperox, en muchos sentidos, mi crisis, es decir, la formación de la Interdependencia, terminó. La Casa de Wu había logrado su objetivo. Vuestra crisis es la disolución de la Interdependencia. Debéis preparar los sistemas de la civilización humana para que aprendan a estar solos. Tenéis los instrumentos del Estado para hacerlo, pero seguramente eso no será suficiente. Así que ahora también tendréis que utilizar los instrumentos de la Iglesia. Para eso precisamente están ahí. Los puse ahí para que los utilizarais. No vos, concretamente, sino cualquier emperox que se encontrara en esta situación.

Cardenia entornó los ojos.

—¿Previsteis la desaparición del Flujo?

—No —respondió Rachel I—. Nunca llegué a comprender realmente qué era el Flujo. Siempre me pareció un montón de ecuaciones matemáticas, y tenía gente a mi alrededor que se ocupaba de eso. Pero preví que era posible que llegara un momento en que el emperox necesitara disponer de más opciones que meramente la de ser el emperox, que se viera en la necesidad de volver a vestirse de profeta. Sois la segunda emperox profetisa.

Cardenia retrocedió.

—Oh, yo no me hago llamar así.

—No veo cuál es el problema.

—Es un poco... arrogante. Además, no creo que sea un título que pueda ponerme yo misma. Pienso que deben ser los demás quienes lo utilicen primero.

—Desde un punto de vista de marketing, puedo decir que es un error. Si queréis que la gente utilice el título, deberíais comenzar a utilizarlo vos. O al menos sembrar la semilla entre vuestros propagandistas.

—Ahora los llamamos Ministerio de Información.

—Eso da igual. Ponedlos a difundirlo. Os ayudará más de lo que pensáis.

—Tengo dudas —repuso Cardenia.

—Trabajé en publicidad. Sé de lo que hablo.

—No me refiero a eso —dijo Cardenia—. Quiero decir que tengo dudas más elevadas. Sobre todo.

—Es normal. Sois humana.

—Me alegra que os hayáis dado cuenta.

—Se nota que ahora esperáis de mí un consejo sabio.

—Sólo para vuestra información, dicho así suena mal.

—Recordaré que tengo que emplear una manera de hablar más natural la próxima vez.

—Gracias.

—¿Queréis mi consejo de todas maneras?

—Sí. Sí, por favor.

—Es el siguiente: La confianza no consiste en saber que uno tiene razón. Consiste en saber que eres capaz de hacer lo que consideras mejor. Tenéis dudas porque es lógico tener dudas. Para mí también era lógico tenerlas. Pero recordad que el plan no es el objetivo. ¿Cuál es vuestro objetivo?

—Salvar todas las vidas que sea posible empleando todos los medios posibles.

—Tened confianza en eso y todo lo demás vendrá.

—Gracias —dijo Cardenia tras reflexionar unos segundos—. Lo que habéis dicho sobre la confianza me ayuda mucho.

—De nada —repuso Rachel I—. Lo leí una vez en un libro.

Cuando Cardenia salió de la Cámara de la Memoria se encontró en la puerta a Obeles Atek, que estaba esperándola con una expresión de nerviosismo en la cara. Su inquietud se debía en parte a que siempre le producía cierta

incomodidad entrar en los aposentos privados de la emperox, ya que lo consideraba una invasión del espacio privado, y en parte a que no sabía qué era exactamente la Cámara de la Memoria, y eso la turbaba. Cardenia le había explicado que era una especie de sala de relajación (una descripción que en ocasiones era bastante acertada), pero tenía la impresión de que eso no reducía la aprensión de Atek.

Cardenia sonrió a su subalterna, respiró hondo y volvió a transformarse en Grayland II.

—¿Ya ha llegado mi siguiente cita?

—Sí, majestad. Está esperándoos en vuestro despacho. —Atek tendió una mano para que la emperox pasara delante.

Lady Kiva Lagos estaba esperándola, contemplando el techo apoltronada en una silla y moviendo distraídamente un pie. A Grayland le hizo gracia encontrarla así. La mayoría de sus visitas se sentían abrumadas por la estancia y las abundantes antigüedades de valor incalculable, pero Kiva parecía estar pensando: «Vale, aquí hay un montón de chuminadas, ¿y qué?». Un pensamiento que Grayland compartía.

Atek carraspeó discretamente. Grayland vio que Kiva se volvía hacia ella y, al ver que Atek le hacía la señal de «¡levanta el culo!», se ponía en pie y hacía una reverencia.

—Lady Kiva, me alegra volver a verla —dijo Grayland, y dio permiso a Atek para que se retirara—. Vuelva a sentarse, por favor.

—Estaba mirando vuestro techo, majestad —dijo Kiva mientras se sentaba—. Creo que nunca había visto tantas láminas de oro juntas.

—Son muchas, sí.

—Es una de las ventajas de ser emperox.

—Supongo que sí. Sinceramente, no dedico mucho tiempo a pensar en ello. Últimamente apenas miro los techos.

—Pues deberíais hacerlo de vez en cuando, majestad. Son bastante impresionantes.

—¿Cómo está su amiga? Lo siento, en este momento no recuerdo su nombre.

—Senia Fundapellonan.

—Tengo que recordar tantas cosas...

—Yo le dije lo mismo cuando la conocí. Está mucho mejor, gracias, majestad. Y gracias de nuevo por acogerla en el palacio Brighton. Hace que se sienta mucho más segura.

—Por supuesto. ¿Y cómo está usted? Sé que la herida fue su amiga, pero la bala entró por su ventana, lady Kiva.

—He sustituido la ventana por otra blindada para algo más que las balas —respondió Kiva—. Pero sigo viviendo allí. El que quiera encontrarme sabe dónde hacerlo.

—No sé si llamar a eso valentía o imprudencia, lady Kiva.

—Sé que es una imprudencia total, majestad. Pero si alguien está dispuesto a tomarse tantas molestias, da igual dónde duerma. Así que prefiero dormir en mi casa. Además, tengo una idea bastante clara de quién lo hizo. Ya le he expresado mi disgusto.

—He oído rumores de que la misma noche en que dispararon a su amiga, la jefa de personal de la condesa Nohamapetan sufrió un ataque en su propia cama.

—Yo no he oído nada sobre eso, majestad.

—No, claro, ya esperaba que no lo hubiera hecho. —Grayland señaló con la cabeza la mano vendada de Kiva—. ¿Qué le ha pasado?

—¿Esto? —Kiva levantó la mano—. Me la rompí con una tontería.

—¿Valió la pena?

—Absolutamente, majestad.

—Bien, me alegro. Continúe así.

—Esa es mi intención. A propósito... —Kiva cogió una pila de papeles que había al lado de su silla y los dejó caer sobre el escritorio de la emperox—. Hablemos de lo que tengo sobre los jodidos Nohamapetan.

Grayland arqueó una ceja.

—¡Oh, mierda! He dicho una palabrota en voz alta, ¿verdad?

Grayland rio.

—Lo siento —se disculpó Kiva—. Me he esforzado por mantener los buenos modales, majestad.

—Me gusta que sea usted misma, lady Kiva.

—Espero que no os arrepintáis de decir eso, majestad.

—Estoy segura de que no lo haré. Sobre todo después de que me enseñe lo que tiene.

—Si me permitís la pregunta, ¿qué pensáis hacer con ello?

—¿Con la información? Nada todavía. —Y añadió al reparar en la cara que ponía Kiva—: Pero le prometo, lady Kiva, que nada de su trabajo habrá sido en vano. Lo utilizaré. De la forma más eficaz posible.

—En ese caso, entremos en materia. —Kiva sacó las primeras hojas—. Empecemos con esto.

—¿Qué es?

—Las cuentas bancarias secretas de Nadashe Nohamapetan. Es decir, las que ella esperaba que nadie descubriera nunca. Son bastante interesantes.

—¿Por qué?

—Porque hace sólo doce horas alguien ha estado transfiriendo fondos.

Veinte

—¿Todos preparados? —preguntó Gennety Hanton mientras paseaba la mirada por el puente de mando de la *Auvergne*. La nave estaba a punto de salir por el bajío del Flujo en Central.

Si les tenían preparada una emboscada, la llevarían a cabo en el momento en que la nave entrara en el espacio-tiempo tradicional. Las naves salían del Flujo sin impulso, así que la *Auvergne* sería un blanco inmóvil en el espacio para toda clase de misiles, rayos o insultos que les lanzaran. Se había seguido el plan de Marce de enviar a Central una cápsula con información falsa, pero no tenían la menor idea de si habría tenido los efectos deseados. La improvisada tripulación de la *Auvergne* estaba a punto de averiguarlo.

—La batería de cañones de rayos está lista para abrir fuego contra cualquier cosa que se mueva —dijo Chenevert.

Hanton asintió.

—Yo estaré pendiente por si surge algún problema.

—Gracias, doctor Hanton —repuso Chenevert—. Esté especialmente atento a la aparición de misiles.

Marce pensó que era un bonito detalle por parte de Chenevert. Este era un ordenador (y la propia nave en sí), así que necesitaba que un ser humano lo informara de la aproximación de objetos tanto como un padre necesitaría que su hijo de cinco años le pasara las herramientas mientras trabajaba en un proyecto. Pero Chenevert se daba cuenta de que Hanton necesitaba

mantenerse ocupado y no le costaba nada hacerle el favor.

Marce volvió a preguntarse quién o qué había sido Chenevert antes de convertirse en un ordenador o en una nave con conciencia. En las conversaciones que había mantenido con él durante los ocho días que había durado el viaje de vuelta, el ser humano virtual había estado vago en sus explicaciones, y había preferido redirigirlas hacia el tema de la Interdependencia. Chenevert sentía una fascinación ilimitada por ella, y puesto que Marce y sus variopintos compañeros prácticamente los habían obligado a él y a la *Auvergne* a emprender este viaje, a Marce le parecía justo contarle todo lo posible sobre el imperio.

Lo poco que le había podido sacar a Chenevert sobre su vida pasada era que había sido una persona muy rica, aunque no le quedó claro si lo había conseguido por sus propio esfuerzo o porque provenía de una familia acaudalada. También le contó que un día, él y un par de centenares de sus mejores amigos habían decidido realizar un viaje de placer a bordo de la *Auvergne*, llevando con ellos un porcentaje considerable de sus fortunas personales y de sus posesiones. Le habló también de que un día se vieron obligados a huir precipitadamente del planeta natal de Chenevert a través del Flujo, y que se encontraron en el espacio de Dalasýsla, sin posibilidad de regresar.

—¿Eran refugiados? —le había preguntado Marce.

—Preferíamos pensar que éramos expatriados temporales —respondió a eso Chenevert—. Nuestra intención era regresar algún día a casa, pero la física nos lo impidió.

—La corriente del Flujo que utilizaron para entrar en Dalasýsla desapareció.

—En efecto. —Chenevert frunció el ceño y Marce volvió a admirarse de lo lograda que estaba la simulación del ser humano real—. Nos habría venido bien tenerlo cerca, lord Marce. Parece comprender todo eso mejor que cualquier otra persona que haya conocido.

—Había otra persona que sabía tanto como yo sobre el comportamiento del Flujo —dijo Marce.

—Claro. Lamento mucho la pérdida de su amiga, la doctora Roynold,

lord Marce. Sé que ha sido un golpe muy duro para usted. También la desaparición de toda la tripulación de la *Bransid*.

Marce asintió con la cabeza.

—¿Y usted, *monsieur* Chenevert? ¿Echa de menos a las personas que lo acompañaban en su viaje?

—Sí, naturalmente. Aunque ya ha pasado mucho tiempo.

—No tanto para usted. Ha permanecido dormido trescientos años.

—Es cierto que he pasado la mayor parte de esos años durmiendo. Una parte minúscula de mi cerebro se despertaba de vez en cuando para revisar la nave y mantenerla en funcionamiento. Es lo equivalente en una persona virtual a despertarse un momento para rascarse la nariz y luego volver a dormirse.

—Aun así.

—Sí. Bueno, lo cierto es, lord Marce, que, cuando morí, mis compañeros de viaje ya me habían abandonado. Por un buen motivo, porque habían descubierto la manera de devolver a la vida Dalasýsla e invitar a los pocos nativos que quedaban en el sistema a vivir con ellos. Me abandonaron porque habían encontrado un lugar mejor donde vivir, y por eso me sentí feliz cuando se marcharon.

—¿Cómo lo hicieron? ¿Cómo pusieron en funcionamiento de nuevo Dalasýsla? Llevaba varios siglos muerto.

Chenevert negó con la cabeza.

—Muerto no, lord Marce. Aletargado. No sé qué provocó el colapso del hábitat, pero no fue por causa de sus infraestructuras. Oh, sí, el hábitat estaba dañado y lo habían saqueado cuando llegamos. Cuando digo que mis amigos volvieron a ponerlo en marcha, debe tener en cuenta que no me refiero a que lo devolvieron a su estado anterior. Las limitaciones eran muchas. Pero lo que hicieron fue suficiente para alojarlos a ellos y al millar de dalasýslianos que seguían vivos, dispersos por hábitats más pequeños y naves espaciales.

—Es increíble que sobreviviera alguien a tantos años de aislamiento.

—Sí, a mí también me lo parece. Pero también es triste, ¿no cree, lord Marce? Hubo un tiempo en el que los dalasýslianos se contaban por millones y vivían plácida y confortablemente, hasta que un día ese número se redujo a

una ínfima parte que se aferró a la supervivencia con uñas y dientes. Y la causa no fue su aislamiento del resto del universo, sino que en los primeros años críticos de soledad abandonaron la idea de colectividad. Al menos en un número suficiente para obligar a los demás a ocuparse de sí mismos en lugar de hacerlo del problema principal.

—La gente puede llegar a ser un problema —reconoció Marce—. Pero sus compañeros no parecieron tener esas preocupaciones.

—Por lo menos al principio no —admitió Chenevert—. Pero usted mismo me ha dicho que Dalasýsla sólo estuvo activo después unas pocas décadas. El caos que terminó con los dalasýslianos originales debió de regresar.

—¿Usted ya estaba dormido?

—Sí. Estuve despierto el tiempo suficiente para ver cómo reparaban el hábitat y volvían a ponerlo en funcionamiento, y luego me puse a dormir.

—¿Cuándo... —Marce señaló a Chenevert— hizo la transición?

—Casi en cuanto llegué —respondió este—. Cuando me marché ya estaba muriéndome, lord Marce. Me gustaba decir en broma que era como Moisés. Saqué a mi pueblo de Egipto y le enseñé la tierra prometida, pero yo no pude llegar a ella. Me decían que era demasiado melodramático, y tenían razón. Me gusta el melodrama de vez en cuando. Además, tampoco era una cosa que me quitara el sueño. Sabía que cuando mi cuerpo muriera, me esperaba esto. Eso hizo que la muerte fuera menos traumática.

—Es impresionante.

—En realidad es una tecnología muy antigua —explicó Chenevert—. Se han introducido algunas mejoras, pero es un diseño que tiene varios siglos de antigüedad. Viendo su reacción, imagino que en la Interdependencia estas cosas no son comunes.

—Para nada.

—Bueno, también es muy caro y complejo. Hay que desearlo de verdad. Yo lo deseé y lo traje conmigo, y lo integré en la nave.

—¿Le gusta ser una nave?

—La mayor parte del tiempo es muy agradable —respondió Chenevert—. Echo de menos ciertas actividades físicas, como comer y el sexo. A veces discuto conmigo mismo sobre qué es lo que más añoro. Por el momento gana

el comer. Pero sigo prefiriendo continuar estando vivo.

—Y se puso a dormir.

—Bueno, me pareció la decisión más práctica. Contemplaba la idea de que algún día las corrientes del Flujo que nos habían dejado atrapados en Dalasýsla reaparecieran y que lo que quedara de mis compañeros tuviera curiosidad por ver si la situación había mejorado. También se me ocurrió que podrían venir otras personas y, si por alguna razón sus intenciones no eran amistosas, sería útil tener cerca una nave con armas. Esperaba que alguna de esas situaciones se diera al cabo de veinte o treinta años, no de trescientos.

—Podría haberse despertado por propia iniciativa.

—Me gusta dormir. Cuando era un ser humano nunca lo hacía lo suficiente. Creo que ya lo he compensado.

—Los dalasýslianos, los de ahora, recuerdan que usted y sus amigos les dijeron que vendrían más personas de fuera del sistema. Por eso no se sorprendieron cuando llegamos nosotros. Para ellos fue casi como si se cumpliera una profecía.

—No sé si nuestra intención era que se lo tomaran así —dijo Chenevert—. Creo que sólo queríamos que supieran que, si la corriente del Flujo alguna vez reaparecía, era probable que llegara más gente. El tiempo tiene una manera curiosa de distorsionar las cosas, lord Marce. Pero bueno, ustedes han llegado cuando los dalasýslianos más lo necesitaban. Y con sus regalos les han hecho ganar una considerable cantidad de tiempo.

—Una nave destrozada y dos transbordadores que pronto se quedarán sin energía —dijo Marce.

—Quizá no se queden sin energía tan pronto como piensa, porque los dalasýslianos son extremadamente inteligentes. Nadie sabe aprovechar mejor sus recursos que ellos. Al menos así era en mis tiempos, y no parece ser que eso haya cambiado. Y aunque su llegada no se haya producido por mandato divino, el hecho de que hayan aparecido y proporcionado tantas herramientas que los ayudarán a sobrevivir debe de haber supuesto un milagro para ellos. En cuyo caso, la «profecía» se ha cumplido a su manera. O algo muy similar. Por experiencia sé que las profecías son así.

—¿Tiene mucha experiencia en profecías? —preguntó Marce.

—Para lo que viene al caso, la suficiente. Por cierto, cuénteme más cosas sobre la Iglesia Interdependiente.

Los dos habían continuado hablando sobre cualquier tema que no estuviera relacionado con la vida de Chenevert.

Ahora, mientras contaban los segundos para llegar al espacio de Central, Marce se dijo que, con independencia de lo que hubiera sido en su vida anterior, Chenevert parecía un tipo bastante decente.

—Ahí vamos —dijo Hanton sin despegar los ojos de su monitor—. Y... ¡Llegamos! Estamos en el espacio de Central.

—No veo nada volando hacia nosotros con la intención de matarnos —dijo Chenevert al cabo de unos segundos—. ¿Y usted, doctor Hanton?

—Nada. Sólo veo tres objetos pequeños flotando en el bajío del Flujo.

—Yo también los veo —dijo Chenevert. Uno de esos objetos apareció en la pantalla del puesto de mando, agrandado por las cámaras de la *Auvergne*.

—Es un dispositivo de vigilancia —señaló la sargento Sherrill—. Están en casi todas las salidas de los bajíos. Registra el nombre de la nave y la hora de entrada y compara los datos con el archivo de llegadas programadas.

—Les garantizo que no hay una llegada programada para esta nave —dijo Marce—. Ni un archivo con el que compararla.

—¿Es un dispositivo de la Interdependencia? ¿O de los Wu? —preguntó el soldado de primera Gamis.

—En cualquier caso, todos los fabrica la Casa de Wu —dijo Hanton—. La construcción de naves es su especialidad.

—Da igual de quién sea. Nos ha visto —apuntó Sherrill, y se volvió a Marce—. ¿Qué quiere hacer?

—Creo que debemos seguir nuestro camino —respondió Marce.

—¿Señor?

—*Monsieur* Chenevert, envíe por favor un mensaje al servicio de control del tráfico de Xi'an para que comunique a la emperox que su nave espía *Samuel III* ha regresado de su misión secreta y está lista para atracar e informar —dijo Marce—. Y envíelo sin encriptar.

—¿Porque eso es lo que hacen las naves espías? —dijo Gamis.

—Las naves espías que no quieren correr el riesgo de ser destruidas por

los misiles de largo alcance de la Casa de Wu antes de llegar a Xi'an, sí.

—¿La *Samuel III*? —preguntó Chenevert.

—Es una broma que tenemos la emperox y yo. Ya se la explicaré en otro momento.

—Me impresiona que conozca tan bien a la emperox como para compartir bromas que sólo entienden ustedes.

—Bueno, verá... —repuso Marce con evidente incomodidad—. Es una persona bastante cercana con la gente.

—Ya lo creo —masculló Chenevert, reevaluando a Marce, lo que hizo que este se sintiera violento.

—¿Puede enviar el mensaje, por favor? —dijo para cambiar de tema.

—Ya lo he hecho —declaró Chenevert—. El servicio de control del tráfico de Xi'an ya se ha puesto en contacto conmigo.

—¿Está seguro de que es Xi'an? —le preguntó Gamis a Chenevert—. Usted es nuevo aquí...

—Estoy escuchando otras conversaciones procedentes de la misma fuente —dijo Chenevert—. Si sus amigos los Wu tienen la intención de tendernos una trampa, su plan es extremadamente intrincado.

—Nunca se sabe —replicó a la defensiva Gamis.

—Es cierto, nunca se sabe —repuso Chenevert—. Aunque en este caso parece bastante improbable, pues nos envían al puerto imperial privado. Me han comunicado que un destacamento nos escoltará hasta allí. —Miró a Marce—. Tiene que explicarme las peculiaridades del humor de aquí.

Un transbordador lleno de guardias imperiales estaba esperando a la *Auvergne* en la zona de aterrizaje del puerto privado imperial. Los soldados entraron en la nave, se desplegaron desde la popa a la proa y se llevaron a la tripulación de la *Princesa*, que había permanecido encerrada repartida en tres camarotes, en unas condiciones razonablemente cómodas. Un pequeño contingente de guardias imperiales se quedó en la *Auvergne* y el resto partió en el transbordador con la tripulación de la *Princesa*. A continuación llegó una segunda aeronave. En esta viajaban la emperox y otro destacamento de

soldados imperiales.

—Lord Marce —dijo Grayland nada más salir del transbordador—. Es un placer para nos volver a verle.

—Majestad —repuso Marce, que reparó en que Grayland utilizaba el plural mayestático por la presencia de la Guardia Imperial y no porque quisiera poner distancia con él. Precisamente en ese momento tan formal, en el cerebro de Marce apareció la imagen de ellos dos desnudos en la cama de Cardenia. Los cerebros tienen esas cosas. Odió el suyo por jugarle esa mala pasada—. Para mí también es un placer volver a veros.

Grayland miró a su alrededor antes de detenerse de nuevo en Marce.

—La *Samuel III*, ¿verdad?

—En realidad es la *Auvergne*, majestad.

—Lord Marce, esta no es la nave en la que partió.

—No, majestad.

—A pesar de que nos alegra saber que disponemos de una nave espía tan secreta que ni siquiera conocíamos su existencia, nos preocupa lo que haya podido pasarles a la *Oliveer Bransid* y a su tripulación.

—La *Bransid* fue atacada y su tripulación ha muerto, excepto yo y otros cinco de sus miembros.

—¿Quién la atacó?

—Una nave que nos siguió desde Central, majestad. Hemos capturado a su tripulación y la hemos traído con nosotros. Sus guardias se los han llevado de la nave para trasladarlos a un lugar más seguro.

—¿Y su amiga, la doctora Roynold?

Marce bajó la mirada y negó con la cabeza en silencio.

—Lo lamentamos profundamente, lord Marce —dijo Grayland.

—Gracias, majestad.

—Hay muchos asuntos sobre los que nos gustaría hablar con usted, pero quizá la zona de llegadas de un puerto para transbordadores no sea el lugar idóneo para hacerlo. ¿Tendría la amabilidad de acompañarnos al palacio para que hablemos?

—Sí, majestad. Pero antes quisiera pedirlos que vengáis conmigo un momento.

—¿Con qué fin, lord Marce?

—En la nave hay alguien a quien deberíais conocer.

—Esa persona también puede acompañarnos al palacio, lord Marce. Y lo que queda de su tripulación.

—Gracias, majestad. El caso es que... no es tan sencillo.

Unos minutos más tarde, y después de unas breves presentaciones de la tripulación de la *Bransid*, Grayland y Marce entraron en el puente de mando. Un guardia los acompañó dentro, pero Grayland le indicó con un gesto que saliera. El soldado puso mala cara, pero se marchó.

—Marce, siento mucho lo de Roynold —dijo en voz baja Grayland—. Sé lo importante que era para ti.

—Gracias... —Marce se detuvo y sonrió—. He estado a punto de llamarte Cardenia en público.

—No lo hagas. No me importa que hayas estado a punto de llamarme así. Es más, me gusta. Pero no lo hagas.

—Lo recordaré.

Grayland miró a su alrededor.

—¿No iba a conocer a alguien?

—Sí —dijo Marce—. *Monsieur* Chenevert, ya puede salir.

Apareció Chenevert destellando, lo que a Marce le pareció una manera demasiado pomposa de presentarse. Grayland puso los ojos como platos. Chenevert se acercó a ella e hizo una elaborada reverencia.

—Majestad.

Grayland se lo quedó mirando y luego sonrió. Y a continuación hizo algo completamente inesperado para Marce: lo saludó con una reverencia igualmente elaborada.

—Majestad.

Chenevert se puso como loco.

—¡Me ha descubierto! —exclamó—. ¡Qué rápido! ¡A vuestro querido lord Marce nunca se le pasó por la imaginación!

—Él no sabe lo que yo —dijo Grayland.

Chenevert miró a Marce.

—Ya entiendo por qué le gusta la emperox. A mí ya me ha conquistado.

—Esto... ¿Cómo dice? —Marce los miró a ambos.

—Tu amigo... —Grayland se volvió de nuevo a Chenevert—. Lo siento, no me he quedado con vuestro nombre.

—Tomas Reynauld Chenevert.

—Tu amigo Tomas Reynauld Chenevert pertenece a la realeza. ¿Rey? ¿Emperador? ¿Gran duque?

—Un simple rey, majestad.

—¿Sólo? —bromeó Grayland.

—Yo no soy emperatriz como otras —repuso Chenevert—. Pero aquí no hay emperatrices, ¿verdad?

—Emperox. Sin marca de género.

Chenevert señaló a Marce.

—Pero él es lord y su padre es conde.

—¿Esperabais encontrar una lógica en los títulos nobiliarios?

—Ahí me habéis pillado.

—¿Es usted rey? —preguntó Marce.

—Sí. Bueno... —Chenevert hizo un gesto con la mano—. Fui rey. Ahora estoy muerto y el poder ejecutivo del trono suele perderse con el fallecimiento. Además, me derrocaron. Así que cuando todavía estaba vivo fue objeto de debate si seguía siendo rey. Yo creo que sí, pero claro, sólo es mi opinión.

—Aquí hay muchas personas a las que les gustaría hacer lo mismo conmigo —dijo Grayland—. Me refiero a derrocarme.

—No lo recomiendo —dijo Chenevert.

—¿No sería un cambio bueno para mi carrera profesional?

—Tendríais la agenda más libre, cosa que es fantástica. Pero las personas que intentan derrocar a un monarca normalmente también quieren asesinarlo. Y eso es un inconveniente. ¿Ya han intentado asesinaros?

—Un par de veces.

—Oh, entonces todavía sois una novata —manifestó Chenevert.

—Siento interrumpir —dijo Marce, y miró a Grayland—. ¿Cómo has sabido que es un rey? Es decir, que lo fue.

—Porque está así —respondió Grayland, señalando a Chenevert.

—¿Y qué tiene eso que ver con ser rey?

—¿Vos también tenéis algo así? —le preguntó Chenevert a Grayland—. ¿Igual de increíble? ¿Igual de caro? ¿Igual de invasivo?

Grayland asintió.

—Tengo una cosa llamada Cámara de la Memoria. Todos los emperox anteriores están allí, o por lo menos sus recuerdos. Pero vos sois diferente. En la cámara están almacenados sus recuerdos y son capaces de decir qué pensaba o sentía el emperox en su momento, pero son incapaces de sentir ellos mismos. Pero vos parecéis estar aquí mismo.

—Es que estoy aquí mismo. O por lo menos así me siento por dentro. Mi familia no paró de introducir mejoras en el programa informático. Vos debéis de tener una versión muy primitiva.

—Siempre he pensado que fue Rachela quien ordenó su creación. Ella fue la primera emperox.

Chenevert negó con la cabeza.

—Es la misma tecnología que teníamos nosotros, sólo que una versión muy antigua. Se remonta a los tiempos de la Tierra. Vuestro pueblo y el mío la consiguieron justo antes de la Ruptura.

—¿La qué? —inquirió Marce.

—La Ruptura. Así llamamos al episodio que nos aisló de la Tierra y de su red de sistemas conectados mediante las corrientes del Flujo, y de ustedes. —Miró a Marce y a Grayland, que se habían quedado boquiabiertos—. ¿Por qué? ¿Cómo lo llaman aquí?

—Aquí no lo llamamos de ninguna manera —dijo Marce—. Sabemos que perdimos el contacto con la Tierra hace unos mil quinientos años, pero ignorábamos que tuviera una red propia de corrientes del Flujo.

—O que hubiera todo un grupo independiente de sistemas unidos mediante corrientes del Flujo —añadió Grayland.

Chenevert los miró a ambos con una sonrisa incipiente en los labios.

—Qué interesante. Tienen una época oscura. Han perdido toda la información relativa a ella. No saben nada sobre la Ruptura. Ni sobre nosotros. Ni sobre la Tierra y sus sistemas.

—¿Usted conocía nuestra existencia? —preguntó Marce.

—¡Naturalmente! —respondió Chenevert—. Por eso he entrado en su espacio. Estrictamente hablando, mi presencia aquí es una violación del tratado, pero teniendo en cuenta que la opción de volver a casa es bastante remota, estuve dispuesto a correr el riesgo. Y supongo que si ustedes no recuerdan que tenían firmado un tratado con nosotros y con la Tierra, no debería preocuparme por haberlo incumplido.

—¿Tenemos un tratado con ustedes?

—Sí. Bueno, concretamente conmigo no. Con la Asamblea, de la que forma parte mi planeta, Ponthieu. En total son veinte sistemas. Y luego está el imperio de la Tierra, formado por otros quince sistemas. Su conjunto de sistemas, lo que ahora llaman la Interdependencia, era lo que se conocía por Sistemas Libres. Su número es mayor, pero su población es más reducida que en los sistemas de la Asamblea y de la Tierra, ya que la mayoría de los nuestros cuentan con planetas habitables, mientras que buena parte de los suyos... no.

Marce y Grayland volvieron a mirarse, atónitos.

—¿De verdad no sabían nada? —preguntó Chenevert.

—Es la primera noticia que tengo —le aseguró Grayland. Marce asintió con la cabeza.

—Hay una ironía en todo esto, ¿no creen? —dijo Chenevert.

—¿Y cuál es?

—Los Sistemas Libres presionaron para que se firmara el tratado que dividió los sistemas en tres grupos. Y cuando les pareció poco el aislamiento que habían conseguido, provocaron la Ruptura.

—¿Provocaron la Ruptura? —exclamó Marce—. ¿Fuimos nosotros los que hicimos desaparecer las corrientes del Flujo?

—Así es. Bueno, sus antepasados.

—Eso no es físicamente posible.

—Si usted lo dice... Pero sucedió.

—¿Sabe cómo puede hacerse una cosa así? —le preguntó Grayland a Chenevert.

—Yo no. Y, que yo sepa, los científicos de Ponthieu y de la Asamblea tampoco lo sabían hace trescientos años. Sólo lo sabían ustedes, y no

quisieron compartir sus conocimientos. Imagino la razón: querían independizarse de nosotros. Y ahora resulta que ustedes también han perdido esos conocimientos. No puedo decirles que lo lamente, lord Marce, majestad.

—¿Tiene pruebas de lo que dice? —quiso saber Marce.

—Está escrito en nuestros libros de historia.

—¿Y lleva alguno de ellos en la nave? —preguntó Grayland.

Chenevert sonrió.

—Majestad, cuando partí de Ponthieu me marchaba para siempre. Os aseguro que en la nave lo llevo todo.

Veintiuno

—¿Qué sabéis de los Sistemas Libres? —le preguntó Cardenia a Rachela I en la Cámara de la Memoria.

—Fue uno de los precedentes de la Interdependencia —respondió Rachela I—. Aunque durante el periodo de formación de la Interdependencia nadie los llamaba así.

—¿Por qué?

—Era una alianza libre de sistemas que se había disuelto varios siglos antes.

—¿Por qué se disolvió?

—Por la misma razón por la que se disuelven todas las alianzas: conflicto de intereses, estancamiento económico, gobernantes idiotas o corruptos, dejadez, o una combinación de todo eso.

—Soy la emperox de la Interdependencia —dijo Cardenia—. Mi madre era historiadora. ¿Cómo es posible que no supiéramos nada sobre los Sistemas Libres?

—Sí los conocíais, sólo que con otro nombre. Los sistemas educativos cambian con el tiempo. Es posible que en el tiempo y el lugar en el que os criasteis no se considerara un tema importante.

—Tengo la sensación de que estáis dándome evasivas.

—Y yo advierto que os dirigís a mí con cierto tono de hostilidad —dijo Rachela I—. Pero en ningún caso estoy respondiándoos con evasivas.

Recordad que no tengo un ego que pueda ser herido ni necesito justificar mis acciones ni las acciones de los demás. Si tenéis la impresión de que estoy siendo evasiva, es posible que estéis formulando vuestras preguntas de una manera que hace que mis respuestas, en vuestro actual estado emocional, os parezcan evasivas.

—¿Estáis diciendo que el problema no es vuestro sino mío? —preguntó Cardenia.

—Básicamente.

—¿Sabéis? Hoy he conocido la simulación generada por ordenador de un ser humano que podía ser evasivo si quería.

—Es posible —dijo Rachela I—. Yo, sin embargo, no puedo serlo.

Cardenia respiró hondo y trató de centrarse, porque, maldita sea, Rachela tenía razón: estaba siendo un poco hostil y eso le impedía hacer las preguntas correctas. Tras un minuto en silencio, durante el cual la imagen de Rachela I permaneció inmóvil esperando, como lo haría una simulación generada por ordenador, volvió a intentarlo.

—¿Tenéis conocimiento de que en vuestros tiempos se intentara eliminar de los contenidos educativos el periodo de nuestra historia en el que existían los Sistemas Libres?

—No. Ni yo ni mis contemporáneos nos planteamos la posibilidad de hacer una cosa así.

—¿Alguna vez intentasteis censurar o modificar nuestra historia?

—Una vez que me coronaron emperox, mis propagandistas se afanaron en difundir la historia de la creación de la Interdependencia que queríamos que prevaleciera en el futuro, sobre todo con respecto a las profecías, como ya os conté en otra ocasión. Cuando morí, nuestra versión, o una muy cercana a ella, se había impuesto mayoritariamente. Por supuesto, circulaban otras versiones, pero solían tener una aceptación minoritaria y sus autores no enseñaban en instituciones prestigiosas. Además, creamos las leyes que regulaban la blasfemia, a las que apenas se recurría, pero que tuvieron el efecto deseado en la consolidación de la historia oficial.

—Pero no intervinisteis activamente para cambiar ni alterar la historia del periodo anterior a la Interdependencia...

—No, salvo del tiempo inmediatamente previo a la Interdependencia, es decir, cuando estábamos inmersos en su creación.

—¿Sabéis lo que es la Asamblea?

—La pregunta es muy vaga. «Asamblea» puede ser muchas cosas.

Cardenia se mordió la cara interna de la mejilla para no gritarle a Rachela I, que de todas maneras no se habría ofendido, cosa que la enfureció aún más.

—¿Tenéis conocimiento de la entidad política denominada Asamblea, que comprende una serie de estados en sistemas estelares que no forman parte ni la han formado nunca de lo que ahora es la Interdependencia? —preguntó, esforzándose por ser lo más concreta posible.

—No.

—¿Habéis oído hablar alguna vez del Tratado de Tripartición? —siguió preguntando Cardenia, que utilizó el nombre oficial del tratado que había empleado Chenevert.

—No.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de un suceso llamado la Ruptura, por el que los Sistemas Libres se independizaron del resto de los estados humanos?

—No.

—¿Qué pasó para que los sistemas de la Interdependencia quedaran aislados de la Tierra?

—Las corrientes del Flujo para ir a la Tierra y para volver de ella desaparecieron.

—¿Cómo desaparecieron?

—Fue un suceso natural —respondió Rachela I.

—¿Estáis mintiéndome?

—No estoy mintiéndooos intencionadamente. Es posible que os esté dando una información que pensáis o sabéis que es falsa. Si es así, se debe a que la información de mi experiencia personal se ha demostrado incorrecta, y no porque yo esté disimulando.

—¿Alguna vez os preguntasteis si existirían otros sistemas humanos fuera de aquí, aparte de la Tierra?

—Sí, pero siempre de un modo despreocupado y sin un interés sincero. Teniendo en cuenta lo que yo sabía sobre el Flujo cuando vivía, parecía

posible que pudieran aparecer corrientes nuevas y que personas de la Tierra nos visitaran. La trama de uno de los espectáculos más populares durante mi reinado era esa. Se titulaba *El mago de Oz*. Pero nunca dediqué mucho tiempo a esa cuestión. Ya estaba bastante ocupada.

Cardenia se quedó pensativa un momento.

—¿Sois la persona más antigua en la Cámara de la Memoria? Es decir, ¿hay recuerdos y pensamientos de personas que no sean emperox?

—No —dijo Rachela I—. La Cámara de la Memoria se creó exclusivamente para los emperox. Yo misma prohibí que la tecnología empleada en ella fuera utilizada por cualquier otra persona aparte de los emperox. No sólo este dispositivo en concreto, también todos los dispositivos tecnológicos que imitaran su función o sus efectos.

—Pero la tecnología existía antes de que vos la usarais.

—Sí, era una tecnología muy antigua procedente de la Tierra. Cuando sugerí su creación, uno de los investigadores que trabajaban en el proyecto la descubrió mientras revisaba diversos archivos. No se había utilizado, hasta donde yo sé, porque el precio de su implementación es prohibitivo para todo aquel que no sea un Estado o tenga acceso a las riquezas de un Estado.

—¿Cuánto cuesta mantener activa esta cámara? —preguntó Cardenia.

—Ahora mismo muy poco, porque la mayor inversión se realizó en el pasado. La energía y la infraestructura están incluidos en los costes de mantenimiento generales del hábitat de Xi'an, que existe exclusivamente para cubrir las necesidades de los emperox. Para cualquier gasto extraordinario en su mantenimiento o actualización, la hacienda imperial simplemente genera el importe necesario incrementando la provisión de dinero.

—Eso no puede ser legal.

—Es legal porque yo hice que fuera legal —dijo Rachela I—. Y en un sentido amplio, todos los gobiernos emiten dinero para sus propios fines. Este es uno de ellos.

—Por lo tanto, no hay otros ejemplos de utilización de esta tecnología anteriores a la Cámara de la Memoria.

—No que yo sepa.

—¿No os incomodaba que se desconocieran tantas cosas de nuestro

pasado?

—No se desconocen —repuso Rachela—. Pero es posible que se hayan perdido para siempre grandes periodos de esa época.

—¿Cómo pudo ocurrir una cosa así? Hemos sido una civilización con tecnología avanzada y que ha viajado por el espacio desde el principio. La Interdependencia no era como la Tierra, donde los humanos tuvieron que descubrir el fuego, inventar la rueda y los cohetes.

—Todo eso es tecnología —repuso Rachela—. La historia no es tecnología.

—¿Y lo decís en la Cámara de la Memoria, precisamente? —exclamó con incredulidad Cardenia.

—La Cámara de la Memoria no es memoria —puntualizó Rachela—. Es un medio para preservar la memoria. Una biblioteca no es información, sino un medio para preservar la información. En cualquier caso, antes de que la memoria o la información puedan almacenarse, alguien tiene que decidir qué es lo que se almacena. Alguien tiene que escoger. Alguien debe seleccionar.

—Vuestros pensamientos no han sido seleccionados —señaló Cardenia—. Todos vuestros recuerdos, pensamientos y sentimientos, y los de vuestros sucesores, están aquí. De eso se trata esta cámara.

—Sí —asintió Rachela—. Todos los recuerdos, los pensamientos y los sentimientos de ochenta y siete personas hasta la fecha, recopilados durante mil años, en los que han vivido muchos miles de millones de personas, cada una de ellas con recuerdos, pensamientos y sentimientos que ya no existen en ninguna parte, han desaparecido. Nosotros estamos aquí. Esa es la selección.

—Por lo tanto, alguien eligió eliminar todo un periodo de nuestra historia.

—No tiene por qué haber sido de una manera expresa o malintencionada. Como ya os mencioné antes a propósito de los sistemas educativos, cada época tiene sus prioridades. Se eligen unas cosas y se dejan de lado otras. Cuando llegan nuevas generaciones, es posible que no encuentren lo que se había dejado de lado en el pasado para recuperarlo.

—O alguien podría haberlo hecho de manera intencionada —repuso Cardenia.

—Sí. Aunque ocultar el pasado no da tan buenos resultados como

obviarlo.

—¿Qué queréis decir?

—Cuando se ocultan las cosas, siempre habrá alguien que no esté de acuerdo y que por su cuenta guarde y almacene lo que está escondiéndose, de manera que alguien puede encontrarlo después, ya sea por casualidad o porque esté buscándolo expresamente. Por eso yo nunca traté de ocultar las diferentes versiones de la historia; sólo habría conseguido hacerlas más atractivas para los historiadores de las generaciones posteriores. En vez de eso, las ahogué bajo una gruesa capa de historia oficial.

—Nunca ocultar, sólo ahogar —bromeó Cardenia.

—A mí me funcionó.

Cardenia asintió y se despidió de Rachela I, que desapareció de su vista. Ella siguió sentada en la habitación, que estaba tan vacía y austera como siempre, y trató de pensar dónde y cómo podría encontrar la verdadera historia anterior a la Interdependencia, de cuando los Sistemas Libres, en sus aparentes estupidez y tozudez, condenaron a sus descendientes al terrorífico caos. Cardenia tuvo que admitir que si esas personas hubieran sido sus predecesores inmediatos, también habría querido enterrar su historia.

Pero tenía que saberlo. No era que no confiara en Chenevert, o el rey Tomas XII de Ponthieu, ni en su información, pues este no tenía ninguna razón para mentirles a ella o a Marce. Sin embargo, afirmaciones extraordinarias exigen pruebas extraordinarias, y lo que Chenevert afirmaba era lo más extraordinario que Cardenia había oído en su vida. Necesitaba pruebas que lo sustentaran.

Bueno, ¿y por dónde empezar? La Biblioteca Imperial de Subcentral tenía los fondos bibliotecarios más importantes de la Interdependencia, con quinientos millones de volúmenes en papel y en formato electrónico, algunos de los cuales databan de los tiempos de Rachela I. la Biblioteca Imperial de Xi'an, en realidad la biblioteca personal de Cardenia en tanto que emperox, aunque estaba abierta a visitantes e investigadores, contaba con veinte millones de volúmenes, una gran mayoría de ellos dedicados a la vida y la obra de los emperox. Sólo bucear entre los volúmenes de la más pequeña de las bibliotecas, incluso limitándose al área de estudio apropiada, le llevaría

más tiempo del que tenía, y probablemente más del que disponía la Interdependencia antes de que todo se desmoronara. Y, además, había literalmente varios miles de millones de libros, de documentos y de tesis repartidos por toda la Interdependencia.

«Nunca ocultar, sólo ahogar», pensó Cardenia. Se preguntó qué clase de persona intentaría encontrar las historias que se habían ocultado. Y entonces se le ocurrió otra idea.

«Bueno, estoy en la Cámara de la Memoria.»

—Jiyi —dijo Cardenia, llamando al avatar por defecto de la Cámara de la Memoria, una criatura sin edad ni sexo definidos.

Jiyi apareció delante de Cardenia y esperó.

—Esta cámara almacena los recuerdos y los pensamientos de todos los emperox anteriores —dijo Cardenia.

—Así es —afirmó Jiyi.

—¿Qué más almacena?

—Me ayudaría que fuerais más concreta.

—¿Qué hay sobre la Ruptura?

—¿Os referís al notable grupo musical del siglo tercero, a la película del año 877 o al episodio anterior a la Interdependencia por el cual los Sistemas Libres rompieron sus vínculos con la Tierra y con la Asamblea?

—Así que es cierto —le dijo Marce a Cardenia esa misma noche, en la cama.

—No sólo es cierto —repuso ella—. Jiyi me dijo que menos de cincuenta años después de que se produjera, se llegó a un acuerdo político para referirse a la Ruptura como un suceso natural en lugar de algo instigado por los Sistemas Libres. Nadie quería asumir la responsabilidad.

—¿Porque se hizo un uso tan terrible de la tecnología?

—Porque los Sistemas Libres estuvieron a punto de desaparecer por culpa de la hambruna. Dependían económicamente del resto de los sistemas de la Asamblea y de la confederación de la Tierra como nosotros lo hacemos de los demás sistemas de la Interdependencia. Jiyi me dijo que se alzaron muchas voces en ese sentido, pero se impuso la voluntad política de dar la espalda a

las otras dos uniones. Después de felicitarse unos a otros, se produjeron revueltas por la escasez de comida y de recursos. Cientos de miles de personas murieron y los Sistemas Libres comenzaron a atacarse unos a otros, hasta que la situación se enderezó.

—Se dieron cuenta de que así no llegarían a ninguna parte, ¿no?

—No. Cuando todos los integrantes de la vieja guardia murieron, la siguiente generación decidió no volver a hablar del asunto. Y funcionó, casi del todo.

—¿Cómo es que Jiyi sabe todo eso? —preguntó Marce.

—No va a gustarte la respuesta —respondió Cardenia.

—Vamos a ver, me he enterado hoy de que Jiyi existe y vive en una habitación secreta donde mantienes conversaciones con antepasados que llevan muertos varios siglos, así que nada de lo que me digas me parecerá más inquietante.

—Jiyi tiene acceso a la información de todo el mundo.

—Vale, tenías razón, acabas de ponerme los pelos de punta —dijo Marce—. ¿Cómo es posible?

—Jiyi nació hace mil años con la misión de almacenar recuerdos. Durante este tiempo ha aprendido a introducir sus espías en todas las redes de la Interdependencia y a encontrar todos los recovecos donde la gente archiva información. Pero sólo la información que la gente trata de ocultar activamente. Jiyi despliega por todas partes sus pequeños programas informáticos y estos le envían la información que descubren, que Jiyi almacena para la eternidad.

—¿Por qué sólo información secreta?

—Porque la información que no es secreta es accesible a todo el mundo. El programa de Jiyi no ve la necesidad de recopilarla. Rachela lo programó así. O al menos pidió que lo programaran así, pues no creo que ella fuera programadora. Hoy le he preguntado sobre eso y me ha contestado que cuando se ocultan cosas siempre habrá alguien que no esté de acuerdo. Supongo que ella fue la primera en hacerlo.

—¿Por qué no te ha dicho simplemente que ha estado haciendo eso durante un milenio?

—Porque no es una persona de verdad, sólo un programa que responde las preguntas que le haces. Y yo no le he preguntado si Jiyi tenía esa información.

—A mí me suena a evasivas.

—A mí también.

—Entonces, Jiyi lo sabe todo —dijo Marce.

—No —repuso Cardenia—. Sabe todo lo que se ha querido ocultar. Lo demás no lo almacena porque no tiene la necesidad de hacerlo. Puede acceder a esa información como tú o como yo. Sin embargo, existe la posibilidad de que acabe desapareciendo todo aquello que se pretende esconder. Y Jiyi no puede permitir que ocurra. Eso no significa que sepa de manera instantánea todo lo que se oculta. No tiene poderes mágicos. Jiyi permanece aquí mientras sus espías están dispersos por toda la Interdependencia, y tardan algún tiempo en regresar. Pero en el universo no hay nadie más paciente que Jiyi. Antes o después averigua todo lo que se propone descubrir. Pueden pasar décadas, pero acaba haciéndolo.

—Me surgen tantas preguntas... —dijo Marce—. Y ninguna de ellas es buena.

—A mí tampoco me gusta —admitió Cardenia—. Sin embargo, sin Jiyi no habría conocido la verdad sobre nuestro pasado.

—Eso no es del todo cierto. La información estaba ahí. Jiyi la encontró. Tú también podrías haberla encontrado antes o después.

Cardenia negó con la cabeza.

—La información estuvo ahí en algún momento. Quién sabe si todavía podría encontrarse en la misma medida en que la tiene almacenada Jiyi.

—Todo esto es muy inquietante, Cardenia.

—Sí, pero ¿sabes qué es lo más raro de todo? Que, por lo que yo sé, ninguno de los emperox anteriores aparte de Rachela sabía lo que estaba haciendo Jiyi. Sólo lo utilizaban para hablar con otros emperox.

—Como hacías tú, hasta hoy —señaló Marce—. Porque te dijeron que para eso servía la Cámara de la Memoria. Su nombre es eso, no la Cámara de la Información Oculta.

—Me pregunto cómo habrían sido las cosas si otros emperox lo hubieran

sabido.

—Habrían sido terribles —dijo Marce—. Es una forma de conocimiento absoluto, algo por encima del poder absoluto que ya tienes.

—Yo no tengo un poder absoluto —protestó Cardenia.

—Claro que no —admitió él con sorna—. Por eso nadie está preocupado por tus visiones místicas del futuro de la Interdependencia ni teme que declares la ley marcial cuando te dirijas al parlamento, cosa que puedes hacer a tu antojo, como una vulgar persona sin un poder absoluto.

—Bueno, yo al menos no tengo la sensación de tener un poder absoluto —se corrigió Cardenia.

—Prométeme que nunca les contarás a tus hijos lo que Jiyi es capaz de hacer —dijo Marce—. Estuviste a punto de casarte con un Nohamapetan. Se me hiela la sangre cuando pienso lo que lo ocurriría si alguno de ellos se enterara de lo que puede hacer Jiyi.

—Tengo más malas noticias para ti.

—Oh, cielo santo.

—Una red recorre mi cuerpo y mi cerebro —explicó Cardenia, señalándose la nuca—. Todo lo que pienso, siento y digo queda grabado. Y cuando muera, todo eso también quedará almacenado en la Cámara de la Memoria. Por lo tanto, el hecho de que yo no se lo cuente a mis hijos en vida no significa que no acaben descubriéndolo una vez que yo muera.

—¿Y eso no te incomoda? —preguntó Marce tras pensarlo un momento.

Cardenia se encogió de hombros y le dio a Marce un codazo de complicidad.

—Un poco, pero también tiene sus ventajas. Cuando era niña apenas veía a mi padre. Yo le quería, y él a mí, pero nunca llegamos a conocernos de verdad. Y ahora, gracias a la Cámara de la Memoria, puedo charlar con él todos los días, si quiero. Para mí eso es una bendición.

—Sí —estuvo de acuerdo Marce.

—Si te gustan tus padres lo es —continuó Cardenia—. No imagino a mi padre hablando con su madre con tanta frecuencia. Según he oído, fue una persona horrible con él y con todo el universo.

—¿Has hablado con ella alguna vez?

—Sólo en una ocasión, para preguntarle una cosa concreta sobre sus políticas. Cuando llevaba cinco minutos hablando con ella me dije que probablemente nunca más volvería a hacerlo.

Ambos permanecieron en silencio un momento.

—Entonces... ¿ahora esto está grabándose? —preguntó Marce al fin.

—Todo lo que hago se graba —respondió en un murmullo Cardenia.

—Así pues, esto...

—No, no nos ha grabado teniendo sexo. Es decir, sí lo ha hecho —dijo Cardenia, pero cuando vio la cara de pánico de Marce, matizó—: Pero no nos graba como tú piensas. Sólo se graba cómo me he sentido mientras lo hacíamos, lo que he sentido por ti, y cómo me siento ahora.

—¿Y qué le contará tu recreación a quien le pregunte por ello?

—Que todo lo anterior me ha hecho sentir bastante bien, la verdad.

—Bueno... verás... no entres en detalles, por favor.

—A lo mejor el que lo pregunte también será hijo tuyo —añadió Cardenia, y al momento le pareció increíble lo que acababa de decir, pero ya era tarde, ¡joder!, así que tendría que apechugar con ello.

—No podemos casarnos —dijo Marce con timidez—. Yo estoy muy por debajo de tu estatus. Estrictamente hablando, apenas soy un lord.

Cardenia le dio una palmadita en el pecho fingiéndose insultada.

—¡No diga usted qué es lo que no podemos hacer, lord Marce! ¡Somos la emperox y nuestro poder es absoluto! Nos casaremos con usted si eso es lo que queremos.

—Claro, majestad —dijo Marce—. Lo siento, majestad. Informadme sobre mis deberes matrimoniales, majestad.

—Todavía no, aún está a prueba, lord Marce.

—Tenedme a prueba todo el tiempo que gustéis. Pero, por favor, dejad de usar el mayestático imperial. Me hace sentir un pervertido.

Cardenia rio, se montó encima de Marce y comenzó a besarlo; enseguida se dejó llevar por todo lo que vino a continuación, salvo la parte práctica de su cerebro, que no paraba de repetirle: «Ahora tienes un conocimiento y un poder absolutos. Quizá haya llegado el momento de utilizarlos». Cardenia le respondió: «De acuerdo. Pero ahora cállate. Estoy ocupada».

El cerebro de Cardenia se calló.

Pero unas horas después la despertó y volvió a hablarle. Cardenia escuchó lo que le decía y luego acarició el pelo de Marce y lo despertó.

—Creo que estoy preparada.

—¿Eh? Vale —dijo Marce, todavía somnoliento—. ¿Preparada para qué?

—Para dar el siguiente paso —respondió Cardenia—. ¿Me ayudarás?

—Sí. Pero ¿tiene que ser ahora? Me gustaría seguir durmiendo.

Cardenia dejó que continuara durmiendo, luego ella se levantó, se dirigió a la Cámara de la Memoria, y entró.

Veintidós

Y fue así como se agotó el tiempo para todos los planes y las intrigas.

La arzobispa Gunda Korbijn estaba sentada en un pequeño patio del complejo de la catedral de Xi'an, tomando su té matutino, cuando llegó el anuncio de que la emperox iba a hablar en el parlamento ese mismo día, a las seis en punto de la tarde. Korbijn leyó el comunicado y asintió para sí, terminó el té y le pidió a Ubes Ici que llamara a Tinda Louentintu, la jefa de personal de la condesa de Nohamapetan, y la pasara con ella cuando contestara.

Tinda Louentintu contestó la llamada y habló muy brevemente con la arzobispa Korbijn; apenas intercambiaron un par de palabras. Después, tras despedirse con las cortesías convencionales, Louentintu llamó a la condesa de Nohamapetan, que continuaba enclaustrada en la *Culpa*. Louentintu estaba exultante.

A bordo de la *Culpa*, la condesa de Nohamapetan también expresó su júbilo y dio instrucciones a su jefa de personal para que se pusiera en contacto con determinadas personas en un orden muy preciso. Algunas de esas personas tendrían que ponerse en contacto a su vez con otras personas, así que debían ser las primeras con las que se hablara, y a continuación con las demás, que, si bien no eran tan importantes, ofrecían garantías por su número y su *quorum*. Concluido esto, la condesa se puso en contacto con Jasin Wu.

Para entonces, Jasin Wu ya se había enterado de la comparecencia de la emperox en el parlamento, y estaba a punto de comenzar su propia ronda de contactos y mensajes codificados cuando recibió la llamada de la condesa para recordarle lo que ya sabía, como si fuera un lacayo en vez del director general de la casa más grande e importante de la Interdependencia. Pero Jasin contuvo su irritación porque comprendía el valor de las alianzas y de los planes a largo plazo. Después de hablar con la condesa, Jasin procedió a llamar a las personalidades que constaban en su propia lista, entre las que estaban el almirante Emblad, de la Marina Imperial, y luego pidió a su secretario que llamara al secretario de Deran Wu con el fin de invitar a su primo a su despacho para mantener una conversación.

Deran Wu ya estaba al corriente del anuncio cuando recibió la invitación. Los primos esperaron a que sus respectivos secretarios salieran del despacho de Jasin Wu, cerraron la puerta y se dedicaron a llevar a cabo sus planes comunes y sus llamadas telefónicas, distintos pero relacionados con los planes y los contactos de los que tenía conocimiento la condesa de Nohamapetan. Tal vez la Casa de Wu hubiera establecido una alianza de conveniencia con la Casa de Nohamapetan, pero había que dejar clara una cuestión fundamental: no se trataba de una alianza entre iguales; la Casa de Wu, tanto en su vertiente de casa noble como por el hecho de ser la familia imperial (que estaba a punto de experimentar una remodelación), siempre sería la socia principal.

Deran Wu abandonó el despacho de su primo y se puso a realizar las llamadas y a enviar los mensajes de su propia lista; informó a su secretario de que le había surgido una reunión imprevista en la otra punta de la ciudad para que le reorganizara la agenda del día y, cuando el ascensor lo bajó hasta su coche, envió un mensaje encriptado a Nadashe Nohamapetan para informarla de que estaba poniendo en práctica el plan. Luego le expresó de una manera que juzgó al mismo tiempo graciosa y sexy cómo esperaba que celebraran juntos su inminente triunfo. Después partió hacia su reunión, con una persona que no lo esperaba en absoluto.

Nadashe Nohamapetan leyó el segundo mensaje de Deran con un ligero repelús y borró de su cabeza al menor de los primos Wu, pues en ese

momento tenía otras preocupaciones más acuciantes; en concreto, el traspaso de cerca de cien millones de marcos de sus cuentas secretas a una unidad de almacenamiento encriptada que tenía con ella en la *Culpa*. Nadashe había sufrido un leve ataque de pánico cuando descubrió que le habían embargado algunas de sus cuentas secretas, así que decidió que era el momento de disponer de su dinero en efectivo.

Cien millones de marcos no eran nada en comparación con los activos de la Casa de Nohamapetan que le correspondían, pero, puesto que estaba temporal e inoportunamente muerta, su capacidad para acceder a sus cuentas legales se había visto seriamente afectada. La madre de Nadashe se había comprometido a transferirle esos activos, pero todavía no lo había hecho, y, dadas las circunstancias, cien millones de marcos en efectivo eran mejor que nada.

Naturalmente, si todo salía según lo planeado, Nadashe regresaría pronto al mundo de los vivos, para empezar. Pero eso dependía en gran medida de Deran, de ahí que por el momento tolerara sus desagradables mensajes. También dependía de otra persona: el almirante Emblad de la Marina Imperial. Nadashe decidió que había llegado el momento de ponerse en contacto con él.

El almirante Lonsen Emblad se quedó estupefacto cuando recibió mensajes de una muerta. Pero después de comprobar a conciencia la identidad de la remitente y de asegurarse de que no estaba siendo el objetivo de un bromista o del servicio de inteligencia del Ministerio de Investigación, mantuvo una larga y fructífera conversación con Nadashe en la que esta fue muy precisa en las promesas, los pagos y los detalles de los planes que ya estaban ejecutándose, así como en las expectativas que Nadashe tenía de que dichos planes continuaran desarrollándose sin obstáculos. Después de hablar con la hija de la condesa de Nohamapetan, Emblad meditó sobre la información que le había dado la muerta mientras trataba de decidir si apostaba por la Casa de Wu o por la Casa de Nohamapetan. Apenas tenía unas pocas horas para tomar una decisión. El almirante Emblad decidió proseguir con sus reflexiones en el club de oficiales, tomándose una copa.

Kiva Lagos, que era quien había jodido a Nadashe con sus cuentas

secretas (sólo lo había hecho para ver cómo reaccionaba la persona que estaba sacando dinero de ellas), recibió la noticia de la comparecencia de la emperox mientras estaba con Senia Fundapellonan, que celebraba que le habían sacado de la garganta el maldito tubo de respiración asistida. Kiva sonrió al enterarse del anuncio porque conocía los planes que se habían puesto en marcha y sabía que iba a pasárselo bomba observando cómo se desarrollaban las cosas.

Puso al día de los últimos acontecimientos a Fundapellonan, porque esta últimamente no profesaba ningún amor hacia los Nohamapetan y se alegraría al enterarse de su calvario; también porque Kiva se sentía bien charlando con ella. Empezaba a considerar que tal vez estaba desarrollando un sentimiento hacia Fundapellonan que, si bien no era muy propio de ella, ¡a quién cojones le importaba lo que fuera propio de ella!, porque no era un personaje de ficción destinado a hacer todo lo que le saliera del culo a un escritorzuelo.

Senia Fundapellonan sonrió a Kiva, porque también sentía algo por ella.

Marce Claremont no necesitaba que lo informaran de la comparecencia en el parlamento porque estaba con la emperox cuando esta tomó la decisión, algo que todavía le parecía increíble y asombroso. No tanto por el hecho en sí de haber estado con ella en ese momento como el lugar en el que estaban ambos, la cama de la emperox, y lo que estaba haciendo, que no era otra cosa que yacer desnudo después de un placentero revolcón matinal. Ahora Marce era consciente de que estaba enamorado de Cardenia, no porque ella fuera la emperox (esa parte, de hecho, lo acojonaba), sino porque eran extrañamente complementarios.

Y si bien en este momento estaba feliz por haberse enamorado un poco de ella, entre sus sentimientos comenzaba a asomar un atisbo de melancolía, porque sabía que su relación estaba condenada al fracaso; no porque fueran incompatibles, sino porque ella era la emperox y él alguien que estaba muy por debajo de su rango. Los emperox no se casaban por amor ni con personas que eran nobles casi por cortesía. Se avecinaban tiempos difíciles y Cardenia iba a tener que tomar algunas decisiones. Marce estaba preparándose, de una manera silenciosa y casi inconsciente, para el momento en el que Cardenia se viera obligada a tomar una decisión respecto a él.

Hasta entonces, sin embargo, Marce haría lo que Cardenia le había pedido: analizar los datos que Roynold y él («Venga ya, sabes que Roynold hizo casi todo el trabajo», se reprendió mentalmente) habían reunido en Dalasýsla, cotejarlos con los datos que ya tenían y luego con la apabullante cantidad de datos históricos sobre las corrientes del Flujo que poseía Chenevert, que se remontaban a los tiempos de la Asamblea, de la Tierra e incluso de los Sistemas Libres. Estos datos en cuestión eran de un momento anterior a los últimos trescientos años, algunos incluso de hacía más de mil quinientos años. Sin embargo, esto también ocasionó que se triplicara la comprensión que adquirió Marce de la topografía general del Flujo. El análisis de los nuevos datos también aportó información novedosa y provocó un incremento esperanzador en su comprensión del comportamiento del Flujo en el universo de la Interdependencia. Si Chenevert no hubiera sido un ente virtual, Marce lo habría abrazado.

Tomas Reynauld Chenevert, antes Tomas XII, quien, siendo fieles a la verdad, no había sido del todo injustamente derrocado, sabía que la emperox iba a hablar en el parlamento, pero no era un asunto que le preocupara especialmente, porque no veía en qué sentido podría afectar eso a sus intereses actuales. De momento le suscitaba más interés el pequeño programa espía confinado en un entorno virtual que había creado a propósito para él. El programa había intentado acceder a la *Auvergne*, pero el sistema informático que había encontrado en la nave, completamente diferente (y en esta parte del universo, también único), había causado su confusión. Chenevert lo había capturado y aislado temporalmente para descifrar su código y su programación, y averiguó que se trataba de un espía del programa semiautónomo de inteligencia artificial del que le había hablado la emperox Grayland II.

Chenevert reflexionó sobre todas las posibilidades que le ofrecía el espía y decidió que lo mejor sería ir poco a poco, así que lo envió de vuelta a su jefe con una invitación de Chenevert para conocerse.

Jiyi, que todavía no había recibido esa invitación, se enteró de la comparecencia parlamentaria porque la emperox Grayland II había pasado buena parte de la mañana hablando con las recreaciones de varios emperox en

la Cámara de la Memoria, especialmente con las de Rachela I y Attavio II, y con el propio Jiyi, al que había pedido información que escapaba del ámbito del conocimiento de los propios emperox. Jiyi, que no poseía emociones ni sentimientos propios, más allá de acceder a los pensamientos y a las emociones grabados de los emperox previos y hacer que sus simulaciones se los describieran al emperox vigente, no pensaba nada sobre la comparecencia en el parlamento. Si le hubieran pedido que diera su opinión sobre ella, probablemente habría respondido que para manifestar algún pensamiento al respecto tendría que esperar a que la actual emperox, Grayland II, muriera y su sucesor le preguntara sobre ella.

La actual emperox, Grayland II, que todavía no había muerto, no necesitaba que la informaran de la comparecencia en el parlamento porque era ella quien iba a hablar y quien había comunicado a todo el mundo la fecha exacta en la que iba a producirse. Y después de dejar que pasara el tiempo suficiente para que el anuncio se difundiera, Grayland II ordenó algo más: el envío de invitaciones personales para una recepción especial previa a la comparecencia, que se celebraría a las cuatro en punto de la tarde en el salón de baile del palacio imperial. La recepción en el palacio imperial sería breve, con el fin de que todos los invitados, y la propia emperox, llegaran puntualmente al parlamento, que se encontraba en el extremo opuesto del hábitat de Xi'an. No obstante, en las invitaciones advirtió que la recepción sería inolvidable.

Cada una de las invitaciones llegó acompañada por una nota impresa de la propia emperox en la que anunciaba a su destinatario que durante la recepción se le reconocerían sus esfuerzos y los servicios prestados a la Interdependencia. La asistencia era ineludible, por mandato imperial, y la hora límite de llegada eran las cuatro y diez de la tarde.

En el fondo, a Grayland no le preocupaba que alguien pudiera faltar a la cita, pues estaba segura de que ningún invitado querría perderse el acontecimiento.

Kiva había llegado a las cuatro en punto, como se solicitaba, vestida con un

ridículo traje de chaqueta y pantalón que por alguna razón estaba de moda, así que era adecuado en una ocasión como esta, a pesar de que no tenía ni idea de qué se trataba; el secretario de Grayland había sido muy vago en los detalles, más allá de repetirle con insistencia que la emperox en persona había requerido su presencia. Vale, de acuerdo, perfecto. Kiva tenía la impresión de que, después de todo, tendrían su noche de peinarse la una a la otra y de cotillear sobre chicos.

Este pensamiento hizo que Kiva buscara con la mirada a Marce Claremont, que seguramente, pensó, estaría tirándose en ese momento a la emperox, y bien por ella, ¿por qué no? A Kiva le gustaba Marce, que había sido un amante notable, aunque no especialmente imaginativo, y un ser humano decente en un universo en el que esas cosas no se prodigaban. Eso lo convertía en un compañero perfecto para la emperox, que también parecía una persona decente que debía de ser válida, aunque no atrevida, en la cama. No todos podían ser atrevidos en la cama. Tampoco todos necesitaban serlo.

Después de esta reflexión, Kiva no vio por ninguna parte a Marce. En el salón de baile se encontraban las figuras políticas y económicas más prominentes de la Interdependencia: importantes miembros del parlamento, los cabezas o los directores generales de las casas nobles, unos cuantos almirantes y generales, e incluso un puñado de obispos, la arzobispa Korbijn entre ellos. Kiva se fijó en que todas las personas que había en la fiesta y que no estaban sirviendo bebidas o aperitivos superaba de largo su estatus, lo que confirmaba que estaba allí porque ahora Grayland y ella eran amiguitas o algo así.

De repente, un destello de lentejuelas atrapó la mirada de Kiva, que se volvió y vio a la zorra de la condesa de Nohamapetan charlando animadamente con Jasin Wu y el almirante Emblad, que la escuchaban educadamente con atención, aunque era evidente que les importaba una mierda su cháchara. Kiva calculó mentalmente los problemas en los que se metería si le cantaba las cuarenta a la condesa allí mismo. No le gustó el resultado de las cuentas, así que decidió tomarse una copa para ver si así cambiaba alguna de las variables.

Antes de que pudiera interceptar a uno de los camareros que repartían las

copas, se abrió una de las puertas laterales del salón de baile y se anunció a la emperox. Todo el mundo aplaudió en pie la entrada de Grayland II. La emperox aceptó sus aplausos y enfiló hacia el ornamentado atril que dominaba el salón, con la clara intención de decir unas palabras y, seguramente, entregar algunos premios absurdos. Kiva gruñó para sus adentros. Si hubiera sabido que se trataba de esa clase de invitación, habría intentado escaquearse. Miró a su alrededor y advirtió que un par de centenares de personalidades muy importantes estaban pensando lo mismo que ella en ese momento.

—Venga —dijo en voz baja Kiva—. Pasemos de una puta vez al discurso en el parlamento y aplastemos algunas cabezas.

Mientras Grayland esperaba a que los aplausos concluyeran, saludó con diversos gestos a algunas de las personas que se encontraban en el salón, agitando una mano, con una sonrisa o señalándola. Grayland finalmente vio entre la multitud a Kiva y, cuando ya retiraba su mirada de ella, hizo algo inesperado.

«Un momento, joder, ¿acaba de guiñarme un ojo?», pensó Kiva, y miró de nuevo a su alrededor para ver si el guiño iba dirigido a otra persona. Pero cerca de ella no vio a nadie más que, en su opinión, le importara un pimiento a la emperox. Así que no había duda de que ella había sido su destinataria.

Kiva lamentó no haber conseguido la copa. Algo le decía que pronto iba a necesitarla.

—Hola, mis queridos amigos —dijo Grayland cuando terminaron los aplausos—. Es un placer para mí ver a tantos de ustedes reunidos hoy aquí. Representan lo mejor de la Interdependencia en cuanto a liderazgo y compromiso con nuestra unión. Sé que están ansiosos por verme hacer el ridículo delante del parlamento. —Este comentario provocó algunas risas de circunstancias—. Pero antes me gustaría decir unas palabras. Por favor, concédanme el gusto. En primer lugar, lady Kiva, ¿sería tan amable de acercarse al atril?

«¿De qué cojones va esto?», pensó Kiva mientras caminaba hacia allí, acompañada por los aplausos de cortesía.

—Lady Kiva —continuó la emperox—, en un periodo de tiempo muy

breve, usted ha demostrado poseer una astucia y una habilidad extraordinarias para los negocios. Cuando la nombré administradora de la Casa de Nohamapetan, nadie esperaba que hiciera tanto para sanear las cuentas de la familia y poner orden en sus libros de contabilidad. Usted representa lo mejor de las casas nobles. Por lo tanto, le asigno el asiento vacante en el comité ejecutivo de la Interdependencia. Felicidades, lady Kiva.

El anuncio fue recibido con aplausos. Una mujer se acercó a ella con una cosa de cristal que Kiva cogió torpemente mientras la mujer tiraba de su otro brazo para llevarla hacia Grayland, que se apartó del atril para estrecharle la mano.

Kiva se inclinó hacia ella.

—Joder, no quiero este trabajo, majestad —le dijo a Grayland al oído.

—Lo sé —respondió Grayland—. Aun así, la necesito en el comité. Lo siento.

Kiva sonrió forzosamente y dio media vuelta para regresar a la multitud, pero Grayland la sujetó por el codo.

—No. Quédese aquí. Ocupe un sitio detrás de mí.

—Sí, majestad.

—Le aseguro que lamentaría perderse lo que viene a continuación —dijo Grayland, y regresó al atril para llamar a la arzobispa Korbijn.

Ella se acercó al atril vestida con la indumentaria de su cargo, o eso supuso Kiva, pues no frecuentaba las iglesias, aunque una vez había mantenido relaciones sexuales en una catedral: un lugar genial para hacerlo si te gustan el frío y el eco. Kiva descubrió allí que no le gustaba ninguna de esas dos cosas.

—Me dijo que quería tratar un asunto conmigo hoy, aquí —le dijo Grayland a Korbijn—. Ahora tiene la ocasión de hacerlo, arzobispa.

Kiva la observó mientras se situaba ante el atril y luego reparó en las expresiones de incertidumbre y de desconcierto que mostraban no pocos rostros del público. Unas cuantas personas cuchicheaban. Otras simplemente parecían disgustadas.

—Majestad, durante el último mes vuestra conducta ha suscitado graves e importantes preocupaciones —declaró la arzobispa Korbijn—. Vuestras

visiones sobre el futuro de la Interdependencia, si bien han consolado a muchos de nuestros feligreses, también han generado un recelo legítimo entre los poderosos, tanto dentro de nuestra Iglesia como fuera de ella, respecto a vuestro estado de ánimo y, sí, a vuestra salud mental.

El volumen de los murmullos aumentó repentinamente.

—Por consiguiente, permitidme que sea absolutamente clara sobre cuál es la posición de la Iglesia Interdependiente en este asunto.

Los murmullos cesaron de la misma manera abrupta y el silencio se prolongó varios segundos.

«Por el amor de Dios, no alargues esto —pensó Kiva—. Suéltalo de una vez.»

—La Iglesia Interdependiente —continuó la arzobispa Korbijn— confirma y celebra que la naturaleza de vuestras visiones es coherente con nuestras doctrinas y nuestra fe, y respalda sin fisuras la capacidad y la grandiosidad de su poder revelador. —En este momento regresó el alboroto—. Igualmente reafirmo que sois la jefa de nuestra Iglesia. Os seguiremos a donde nos llevéis.

La arzobispa retrocedió, se arrodilló frente a Grayland II y le besó la mano derecha.

El jaleo se adueñó del salón.

Grayland II pidió a la arzobispa que se levantara y se colocara al lado de Kiva. Esta miró con el rabillo del ojo a Korbijn, que en ningún momento le devolvió la mirada. Kiva reparó en que estaba sudando copiosamente.

«De verdad que ojalá hubiera conseguido esa copa», pensó Kiva. Entonces se dio cuenta de que todos los camareros habían desaparecido del salón, junto con la mujer que le había entregado la cosa de cristal que todavía sostenía en el brazo izquierdo. Decidió dejarla en suelo.

Grayland había regresado al atril y pedía a los presentes con los brazos levantados que guardaran silencio. Finalmente la obedecieron.

—Sé que para muchos de ustedes ha sido una sorpresa —dijo la emperox—. Lo siguiente que les tengo preparado también lo será. Cuando todos ustedes recibieron la invitación, se les dijo que se les reconocerían los servicios prestados a la Interdependencia. Ahora ha llegado ese momento.

Mis queridos amigos, lo haré de un modo sencillo. Todas las personas que se encuentran en este salón y que tengo delante de mí están detenidas por traición.

En ese momento las puertas del salón de baile se abrieron estrepitosamente y comenzaron a entrar guardias imperiales que se desplegaron por los márgenes de la estancia. Un destacamento también formó una línea delante del atril, por si acaso había alguien lo suficientemente estúpido como para atacar a la emperox.

Nadie lo intentó. Tras unos chillidos y alaridos iniciales, la multitud formada por aquellos importantes traidores se sumió en un silencio de estupefacción.

—Sé lo que están pensando: ¿Cómo es posible que tenga el descaro de acusarlos? Sin embargo, amigos míos, no soy yo quien los acusa. —Grayland hizo un gesto con la cabeza hacia una puerta lateral, que se abrió para que entrara Deran Wu. Este fue inmediatamente increpado e incluso algunas personas quisieron abalanzarse sobre él, pero los guardias imperiales interpusieron las armas para impedirselo. Deran permaneció inmutable.

—Deran Wu ha tenido la amabilidad de explicarnos con todo lujo de detalles la conspiración —dijo Grayland—. Y tengo que confesar que quedé impresionada con su puesta en escena: hacer que la arzobispa Korbijn me denunciara delante del parlamento mientras realizaba la bendición y anunciara el cisma de la Iglesia, hacer que la condesa de Nohamapetan me acusara del asesinato de su hija Nadashe...

—¡Vos la matasteis! —le espetó la condesa—. ¡Está muerta por vuestra culpa!

—Estaba viva esta mañana cuando intercambié mensajes con ella —dijo Deran Wu, lo que provocó exclamaciones ahogadas de perplejidad—. Ahora mismo está en su nave, condesa.

—Almirante Emblad —dijo Grayland—. Usted iba a anunciar que la Marina Imperial ya no estaba bajo mi mando. Luego, llegaría el golpe de gracia. —Grayland desvió la mirada hacia el hombre que estaba al lado del almirante—. Usted, Jasin Wu, anunciaría que la Casa de Wu, mi propia familia, ya no podía apoyarme para que siguiera siendo la emperox con la

excusa de que sólo era una familia entre docenas de ellas. Como puede ver, todas esas casas están representadas aquí.

«Hostia puta. Esto es increíble», se dijo Kiva. El salón casi retumbaba con el silencio sepulcral.

—Eso me recuerda otra cosa —añadió Grayland, y volvió a señalar la puerta lateral con la cabeza.

—Oh, Dios mío, ¿y ahora qué? —dijo Korbijn.

Entró un hombre apuesto vestido de negro que se detuvo a la vista de todos los presentes.

—Primo, es posible que recuerde al capitán Cav Ponsood. Contrató su nave en nombre de la condesa de Nohamapetan para que interceptara y destruyera la nave en la que viajaba lord Marce Claremont, de Fin. Y lo hizo porque la condesa creía que lord Marce era una persona importante para mí y que matándolo me haría daño.

Kiva miró a la condesa de Nohamapetan, quien, a pesar de su empeño, no podía evitar disimular la sonrisa que se le dibujaba en los labios al imaginar a lord Marce hecho picadillo en el espacio.

«A la mierda —pensó Kiva—. Pienso darle una buena patada en el culo.»

Otro hombre entró por la puerta lateral. Era Marce Claremont. Miró fijamente a la condesa.

—El plan no le salió como esperaba —dijo Marce dirigiéndose a ella—. Pero asesinó a casi todos los demás miembros de mi tripulación. Fue usted, condesa. —Se colocó detrás de Grayland. Kiva se fijó en cómo la miraba y ya no tuvo ninguna duda de que estaban juntos.

—Bien —dijo Grayland II desde el atril—. Yo sé por qué estoy hoy aquí, así que hablemos de por qué lo están ustedes. Todos están aquí por lo que piensan de mí. Piensan que soy débil, que soy una niña ingenua. Piensan que mi preocupación por la desaparición de las corrientes del Flujo es un estorbo para sus negocios y sus planes de poder. Piensan que mis visiones hacen de mí una persona inestable, o delirante, o cínica. Piensan que, porque me he convertido en emperox de manera imprevista, no debería ocupar ese cargo. Eso es, si no todo, una parte de lo que piensan de mí. Y porque eso es lo que piensan, han conspirado para derrocarme, para mantener el statu quo

mientras se lo permitan las corrientes del Flujo y dejar que otros se preocupen de lo que suceda después.

»Pues bien, mis queridos amigos, anoche tuve una visión. Una visión nueva. Y en ella veía todos sus planes, sus intrigas y sus engaños, todas sus mentiras, sus maquinaciones y sus cuentas bancarias secretas. Vi a cada uno de ustedes tal como es, no cómo se presenta. Y en esa visión los vi aquí, delante de mí. Humillados. Como lo están ahora.

»Díganme, ustedes, que podrían haber sido las personalidades más notables de la Interdependencia y eligieron no serlo: ¿quién es ahora el débil? ¿Quién ha sido ingenuo? ¿Quién es un cínico? ¿Y quién es la emperox?

»Han dudado de mí. Pero eso ya ha terminado. Querían destruirme y no lo han conseguido. Querían quemarme y yo soy el fuego que consume. Van a sentir lo que es quemarse.

»Esa fue mi visión, y mi profecía. Y ahora también son las suyas.

Grayland dejó que su magistral sermón permaneciera flotando en el aire durante el tiempo suficiente para que a Kiva se le pusiera la carne de gallina. Y entonces, de repente, dio una palmada.

—Bien, eso es todo. Ahora tengo que hablar en el parlamento...

—¡Yo lo maté! —gritó la condesa de Nohamapetan.

—¿Perdón? —dijo Grayland.

—¡A vuestro hermano Rennered! ¡Mandé que manipularan su coche! —

La condesa se adelantó en dirección a Grayland, que no se movió de su sitio —. Yo hice que se estrellara contra el muro. Yo lo maté. ¡Gracias a mí os convertisteis en emperox! ¡Me lo debéis a mí!

Grayland se alejó del atril con el gesto pensativo y enfiló hacia la condesa. La miró a los ojos.

—Condesa, yo no le debo una mierda.

Y a continuación salió del salón de baile.

—Joder, te juro que es la mejor fiesta en la que he estado nunca —le dijo Kiva a Marce.

Epílogo

—Así que has ganado —le dijo Attavio VI a su hija en la Cámara de la Memoria—. El caos se ha adueñado de las grandes casas porque muchas de ellas participaron en la traición. La Iglesia está bajo tu control absoluto. El ejército está realizando una purga para deshacerse de los elementos corruptos. Y has declarado la ley marcial.

—No he declarado la ley marcial —lo corrigió Cardenia—. He dado al parlamento un plazo de seis meses para que elabore un plan con el fin de preparar la Interdependencia para la desaparición del Flujo. Si no son capaces de hacerlo, me ocuparé personalmente del asunto. Dentro de seis meses habrán desaparecido otras veinte corrientes del Flujo. A partir de ahora las cosas sólo irán a peor.

—Has dicho que tu amigo, lord Marce, piensa que puedes ganar un poco más de tiempo para los sistemas con las corrientes evanescentes.

—Lord Marce puede permitirse ser optimista. Yo no. Yo tengo que ponerme en el peor de los casos. Y el peor caso es que la Interdependencia no esté preparada porque el parlamento no ha sido capaz de encontrar una solución, y nuestro único planeta con una superficie habitable está bloqueado por otro Nohamapetan.

—Sólo enviaron una nave a Fin —señaló Attavio VI.

—Era una nave enorme, papá —replicó Cardenia—. La *Profecías de Rachela* tenía una dotación de diez mil marines y el armamento suficiente

para reducir a cenizas cualquier cosa que saliera por el bajío de la corriente del Flujo y que no les gustara.

—Pero sigue siendo sólo una nave.

Cardenia negó con la cabeza.

—Ya no. Cuando detuvimos al almirante Emblad, otras naves más pequeñas consiguieron llegar al bajío del Flujo. Sus capitanes sabían que también los detendríamos si se quedaban. Cuatro naves en total. Ghreni Nohamapetan ha recibido refuerzos en Fin. Y quién sabe, es posible que ahora Nadashe también esté allí.

Nadashe Nohamapetan había huido de la *Puedes echarme toda la culpa* antes de que la detuvieran, con cien millones de marcos en una unidad de almacenamiento. Había dejado una nota de despedida: «Vete a la mierda, Deran Wu». Al parecer, Deran había sorprendido a Nadashe al anunciar públicamente que estaba viva.

Deran iba a salir impune de todo porque había acudido al Ministerio de Información con una unidad de almacenamiento encriptada que contenía todos los detalles de la conspiración y había solicitado hacer un trato. El ministerio había aceptado la oferta antes de que Cardenia se enterara. La emperox se había enfadado porque no necesitaba la información de Deran: ella había descubierto a través de Jiyi todos los datos que estaban en posesión de Deran. Cardenia habría preferido encerrarlo en la misma celda que a su otro primo porque sabía que había participado en la contratación de la nave que destruyó la *Oliveer Bransid* y estuvo a punto de matar a Marce. Pero imaginó que le convenía no aparecer como si hubiera obtenido toda la información por arte de magia. Los métodos de Jiyi para recopilar información no eran precisamente legales. Las pruebas de Deran serían irrefutables en un juicio.

En cualquier caso, Deran era ahora un héroe, con la historia de que había participado en la investigación para desenmascarar una conspiración a gran escala contra la emperox. La historia era una patraña, pero era una patraña que lo catapultaría hasta el puesto de director general de la Casa de Wu. Deran ocuparía ahora el que había sido el despacho de Jasin. Daba la impresión de que nunca había deseado otra cosa.

«Por lo menos sabes dónde está», se dijo Cardenia. Nadashe, por el contrario, seguía libre. No tenía acceso a las cuentas de la Casa de Nohamapetan (después de que la condesa perdiera completamente los estribos y confesara el asesinato de Rennered, Cardenia había ordenado el embargo y la auditoría de todas las cuentas de los Nohamapetan), pero todavía podía hacer mucho daño con cien millones de marcos en el bolsillo.

«Espero que hayas ido a Fin. Así te perderé de vista durante una temporada», pensó Cardenia.

—¿Sigues aquí? —preguntó Attavio VI.

—Me había puesto a pensar en los problemas, perdona.

—No me importa esperar.

—No te importa nada —repuso Cardenia, y sonrió—. Aun así, me gusta mucho hablar contigo. Ojalá lo hubiéramos hecho más a menudo cuando vivías. De todos modos, me conformo con esto.

—Gracias —dijo Attavio VI—. En la medida en que puede gustarme algo, a mí también me gusta charlar contigo.

Cardenia salió de la Cámara de la Memoria y encontró a Marce, que estaba leyendo un mensaje en su tableta.

—Acabo de hablar sobre ti —le dijo Cardenia mientras se acercaba a él.

—Con tus amigos imaginarios, ¿no?

—No son imaginarios. Es sólo que no son reales.

—Una distinción muy sutil —bromeó Marce.

—Supongo.

—¿Qué les has contado?

—Que tú puedes permitirte el lujo de ser optimista con el comportamiento del Flujo, pero yo no —respondió Cardenia.

—No sé si soy optimista con el Flujo —repuso Marce—. Pero sí sé que estoy emocionado. Ahora sabemos muchísimo más sobre él que hace un par de meses. ¿Quieres que te cuente las hipótesis con las que estoy trabajando?

—Hazlo, por favor —dijo cariñosamente Cardenia. Le gustaba mirar a Marce cuando se ponía en plan científico loco.

—Estoy casi seguro de que la desaparición actual de las corrientes del Flujo está relacionada, al menos parcialmente, con la Ruptura.

—¿Qué quieres decir con «relacionada»?

—Quiero decir que creo que la Ruptura influyó de alguna manera en la estabilidad de las corrientes del Flujo en nuestra zona del espacio. Las sacudió. Las alteró. Creo que la Ruptura provocó algo así como una onda de presión que se propagó por el Flujo y que la desestabilización actual es el resultado visible.

—¿Una onda de presión?

—Bueno, no es exactamente una onda de presión —dijo Marce—. En realidad es algo completamente diferente. Pero no soy capaz de explicarlo con el lenguaje humano. «Onda de presión» es lo más exacto al concepto que puedo decir con palabras. Si comprendieras el lenguaje matemático, tal vez sería más fácil explicártelo.

—Hatide Roynold comprendía el lenguaje matemático.

Marce asintió.

—Sí. Perfectamente.

—Siento que ya no esté.

—Yo también. En cualquier caso, sólo son hipótesis que hago un poco a lo loco, porque ignoro cómo actuó la Ruptura. Puedo ver sus efectos en los datos de la época que me dio Chenevert, pero desconozco el proceso en sí. Estoy intentando trabajar a la inversa, desde el resultado hasta la causa, pero no es la mejor manera de hacer las cosas. ¿Alguna vez le has preguntado a Jiyi si existen archivos matemáticos sobre la Ruptura? ¿O cómo la provocaron?

—No existen archivos —mintió Cardenia.

—Es una pena —dijo Marce, sin perder el ánimo—. Todo este tiempo hemos pensado que nada de lo que hiciéramos afectaría al Flujo, pero es posible que estuviéramos equivocados. Sabemos que encontraron la manera de desactivarlo.

—¿Hay alguna manera de volver a activarlo?

—¿Te refieres a una corriente del Flujo?

—Sí.

Marce negó con la cabeza.

—Desactivar una corriente del Flujo es relativamente sencillo, sólo hay

que cerrar el bajío.

—¿Sólo?

—He dicho «relativamente» —señaló Marce—. Abrir un bajío es mucho más complicado porque requiere acceder al propio Flujo y moverse por él. Más o menos sería lo siguiente: cerrar una corriente del Flujo es como cerrar una puerta. Abrir una corriente del Flujo sería como perforar un túnel en una montaña.

—Me gusta cuando utilizas el lenguaje humano —dijo Cardenia.

—Es mi segundo lenguaje favorito.

Cardenia señaló la tableta.

—¿Eso es lo que estás mirando en la tableta?

—No, es otra cosa. Es un mensaje de la sargento Sherrill. La conoces.

—Sí, la recuerdo.

—Me dice que la *five* retirada del servicio ya ha partido hacia Dalasýsla —dijo, enseñándole el mensaje en la pantalla—. Llena de provisiones, semillas, cultivos hidropónicos, tecnología, arte y entretenimiento con una antigüedad de menos de ochocientos años. Es increíble lo rápido que se llena una *five* cuando la emperox le dice a alguien que haga algo.

—Dijiste que necesitaban todas esas cosas.

—Ya lo creo —repuso Marce, bajando la tableta—. Tendrías que haber visto su nave.

—Ya te dije que quería acompañarte.

—Me alegro de que no lo hicieras. Por eso sigues aquí.

Cardenia sonrió.

—¿Aprendiste algo de los dalasýslianos que pueda ayudarnos?

—Aprendí que es posible prolongar la supervivencia mucho más de lo que nadie espera cuando es la única opción que tienes —dijo Marce—. No sé si es una lección extraordinaria, pero es una lección. Aunque sólo es útil para un número muy pequeño de personas. Si queremos salvar millones, tendremos que pensar otra cosa. Y la única solución realista que tenemos es llevar a la gente a Fin.

—Eso comportará esquivar una nave enorme sublevada —dijo Cardenia—. Si se te ocurre alguna manera de hacerlo que no sea enviando naves por el

bajío del Flujo hasta que se queden sin misiles, te nombraré duque de Fin.

—No es necesario que lo hagas.

—¿Está usted diciéndonos cómo tenemos que hacer nuestro trabajo, lord Marce? —bromeó Cardenia.

—Lo lamento, majestad.

—Más le vale. Y encuentre la manera de llegar a Fin.

—Bueno, majestad, sobre eso quería hablaros —dijo Marce. Abrió un documento en la tableta—. Es posible que haya encontrado algo.

El imperio en llamas
John Scalzi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Consuming Fire*

Diseño de la portada, © OpalWorks

© John Scalzi, 2018

© de la traducción, Simon Saito, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2019

ISBN: 978-84-450-0686-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com